



Aviso Legal

Revista

Título de la obra: *Cuadernos Americanos*

Director: Silva Herzog, Jesús

Forma sugerida de citar: *Cuadernos Americanos. Primera época (1942-1985). México.*

Datos de la revista:

Año XXXI, Vol. CLXXXIV, Núm. 5 (septiembre-octubre de 1972).

Los derechos patrimoniales de esta revista pertenecen a la Universidad Nacional Autónoma de México. Excepto donde se indique lo contrario, esta revista en su versión digital está bajo una licencia Creative Commons Atribución-No comercial-Sin derivados 4.0 Internacional (CCBY-NC-ND 4.0 Internacional). <https://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/4.0/legalcode.es>



D.R. © 2021 Universidad Nacional Autónoma de México. Ciudad Universitaria, Alcaldía Coyoacán, C. P. 04510, México, Ciudad de México.

Centro de Investigación sobre América Latina y el Caribe Piso 8 Torre II de Humanidades, Ciudad Universitaria, C.P. 04510, Ciudad de México.
<https://cialc.unam.mx/> Correo electrónico: cialc-sibiunam@dgb.unam.mx

Con la licencia:



Usted es libre de:

- ✓ Compartir: copiar y redistribuir el material en cualquier medio o formato.

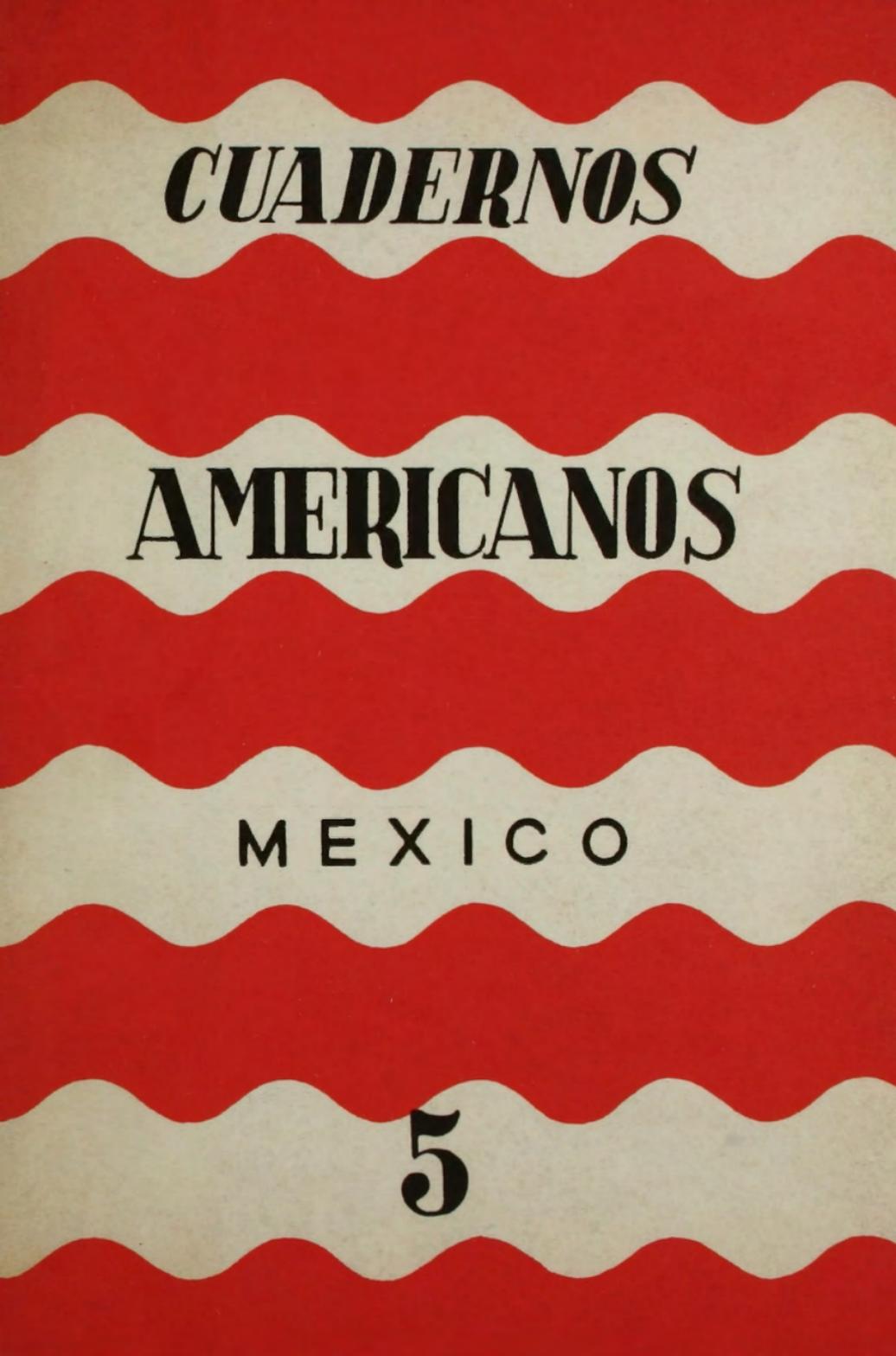
Bajo los siguientes términos:

- ✓ Atribución: usted debe dar crédito de manera adecuada, brindar un enlace a la licencia, e indicar si se han realizado cambios. Puede hacerlo en cualquier forma razonable, pero no de forma tal que sugiera que usted o su uso tienen el apoyo de la licenciante.
- ✓ No comercial: usted no puede hacer uso del material con propósitos comerciales.
- ✓ Sin derivados: si remezcla, transforma o crea a partir del material, no podrá distribuir el material modificado.

Esto es un resumen fácilmente legible del texto legal de la licencia completa disponible en:

<https://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/4.0/legalcode.es>

En los casos que sea usada la presente obra, deben respetarse los términos especificados en esta licencia.

The background of the entire page is a repeating pattern of red and white wavy lines, resembling a stylized ocean or a decorative border. The red waves are on top, and the white waves are on the bottom, creating a rhythmic, undulating effect.

CUADERNOS

AMERICANOS

MEXICO

5

CUADERNOS AMERICANOS

(LA REVISTA DEL NUEVO MUNDO)
PUBLICACIÓN BIMESTRAL

Avenida Coyoacán No. 1035
Apartado Postal 965
Teléfono 5-75-00-17

DIRECTOR-GERENTE
JESÚS SILVA HERZOG

EDICIÓN AL CUIDADO DE
PORFIRIO LOERA Y CHÁVEZ

IMPRESO POR LA
EDITORIAL LIBROS DE MEXICO, S.A.
Av. Coyoacán No. 1035

AÑO XXXI

5

SEPTIEMBRE-OCTUBRE

1 9 7 2

INDICE

Pág. 3

INSTITUTO MEXICANO DE INVESTIGACIONES
ECONOMICAS

Jesús Silva Herzog

EL PENSAMIENTO ECONOMICO, SOCIAL
Y POLITICO DE MEXICO

(1810-1964)

Con 690 páginas y 51 retratos de los autores que se estudian. Encuadernado en tela.

Si usted quiere conocer lo que han pensado 54 mexicanos distinguidos sobre los problemas de la República, es indispensable la lectura de este libro.

—oOo—

PRECIOS:

	<i>Pesos</i>	<i>Dólares</i>
México	70.00	
América y España		6.00

Distribuye:

"CUADERNOS AMERICANOS"

Av. Coyoacán 1035

Apartado Postal 965

México 12, D. F.

México 1, D. F.

REALIDADES DE LA REFORMA AGRARIA

	<i>Pesos</i>	<i>Dólares</i>
Investigación socioeconómica directa de los ejidos de Aguascalientes, por Mercedes Escamilla	10.00	1.00
Investigación socioeconómica directa de los ejidos de San Luis Potosí, por Eloísa Alemán	10.00	1.00

Estos dos libros contienen investigaciones sobre el terreno realizadas durante varios meses con criterio técnico y sin ninguna influencia política. El lector podrá enterarse de los resultados reales de la reforma agraria mexicana.

INSTITUTO MEXICANO DE INVESTIGACIONES
ECONOMICAS

—OoOo—

De venta en las mejores librerías
de México

—OoOo—

Distribuye

CUADERNOS AMERICANOS

Av. Coyoacán 1035

Apartado Postal 965

México 12, D. F.

México 1, D. F.

Tel.: 5-75-00-17

PROBLEMAS DEL DESARROLLO
Revista Latinoamericana de Economía

Organo Trimestral del Instituto de Investigaciones Económicas
 de la Universidad Nacional Autónoma de México.

México, D. F. Año III, Número 11 Mayo-Julio 1972

C O N T E N I D O :

OPINIONES Y COMENTARIOS: Sobre *algunos cambios en la economía mundial*, opina Arturo Bonilla; sobre *las perspectivas del comercio exterior de México*, opina Fernando Paz Sánchez, y sobre *las realidades y problemas del Japón actual* opina Angel Bassols Batalla.

ENSAYOS Y ARTICULOS:

Angel Bassols Batalla: *México: Regiones económicas y regiones agrícolas.*

Horacio Ciafardini: *La reforma agraria y la agricultura mexicana: Intento de sistematización.*

Marcos Kaplan: *La naturaleza del gobierno peronista, 1943-1955.*

Jesús Cambre Mariño: *Monopolios norteamericanos y corporaciones multinacionales.*

TESTIMONIOS:

Juvencio Wing Shum: *El papel del estado: dos sectores con iniciativa.*

Roberto Castañeda: *La política de ciencia y tecnología.*

Ramón Martínez Escamilla: *En torno a los conceptos de "fuerza de trabajo" y "población económicamente activa".*

LIBROS Y REVISTAS — DOCUMENTOS Y REUNIONES

SUSCRIPCIONES: *México*, anual \$80.00, estudiantes: anual \$70.00, semestral \$35.00. *Extranjero*: anual Dls. 7.00.

Por correo aéreo registrado: México, \$100.00. Centroamérica, EUA y Canadá: Dls. 11.00; Sudamérica y Europa: Dls. 12.00. Sólo se atenderán suscripciones a partir del número 5.

NUMERO SUELTO: *México: \$25.00; estudiantes: \$20.00. Extranjero: Dls. 2.00. Números atrasados: México: \$35.00. Estudiantes: \$22.50. Extranjero: Dls. 3.00.*

REVISTA IBEROAMERICANA

INSTITUTO INTERNACIONAL DE LITERATURA
IBEROAMERICANA

University of Pittsburgh,
Pittsburgh, Penna

Director: Alfredo A. Roggiano
Secretario-Tesorero: Julio Matas



No. 78 (enero-marzo 1972)

ESTUDIOS

- Jorge Carrera Andrade, Poesía y Sociedad en Hispanoamérica.
Enrique Anderson Imbert, Filosofía del Escenario.
Enrique Pezzoni, "Blanco". La República al Deseo.
John Fein, La Estructura de "Piedra de Sol".
Tamara Holpzapfel, El "Informe sobre ciegos" o el optimismo de la voluntad.
Jaime Giordano, Forma y Sentido de "La escritura de Dios" de Jorge L. Borges.
Luis Pérez Botero, Caracteres Demonológicos en "Mulata de tal".

NOTAS

- Bruno Podestá, Ricardo Palma y Manuel González Prada: Historia de una enemistad.
Emilio Carilla, Sobre el Barroco Literario Hispánico.
Marguerite C. Suárez-Murias, La Lengua Española, Patrimonio Espiritual y Político.

RESEÑAS



- Nuscripciones y Compras dirigirse a Gloria J. Hardy. 657 AIR Bldg.
University of Pittsburgh.
- Canje, Lillian S. Lozano, 660 AIR Bldg. University of Pittsburgh,
Pittsburgh, Pa. 15213

COLECCION DE DOCUMENTOS PARA LA HISTORIA DEL COMERCIO EXTERIOR DE MEXICO

SEGUNDA SERIE

Vol. I

El comercio exterior y el
artesano mexicano (1825-1830)

Vol. II

El comercio exterior y
la expulsión de los españoles

Vol. III

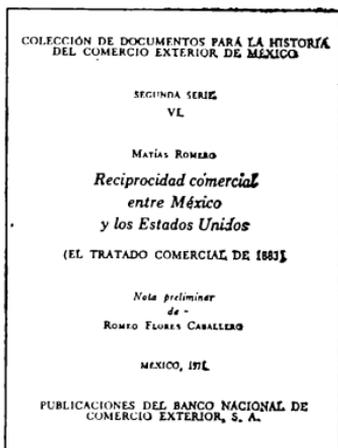
El Banco de Avío y el fomento
de la industria nacional

Vol. IV

El contrabando y el comercio
exterior en la Nueva España

Vol. V

Protección y libre cambio: el debate entre 1821 y 1836



Vol. VI

PRECIO DE CADA VOLUMEN

\$25.00

Dhs. 2.00

PEBIDOS A

**BANCO NACIONAL DE
COMERCIO EXTERIOR, S.A.**

DEPARTAMENTO DE ESTUDIOS Y DIFUSION

Venustiano Carranza 32 México 1, D. F. México

UN NUEVO LIBRO
LA REFORMA AGRARIA EN EL DESARROLLO
ECONOMICO DE MEXICO

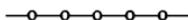
POR

MANUEL AGUILERA GOMEZ

El licenciado Aguilera Gómez es uno de los jóvenes mejor preparados en la ciencia de la economía política. Trabajó durante cinco años para dar cima a este libro, el primero que se ha escrito relacionando la reforma agraria mexicana y su influencia en el desarrollo económico del país.

El material acumulado laboriosamente dará al lector una visión nueva de problema tan fundamental, no sólo en lo económico sino en lo social y en el campo de la lectura.

El Banco Nacional de México ha otorgado a este libro el Premio 1970.



INSTITUTO MEXICANO DE INVESTIGACIONES
ECONOMICAS

Precios:

México . \$ 40.00

Extranjero . 4.00 Dls.

Distribuye:

CUADERNOS AMERICANOS

Av. Coyoacán 1035

Apartado Postal 965

México 12, D. F.

México 1, D. F.

Teléfono: 5-75-00-17

*Precios
Pesos Dólares*

JAMES W. WILKIE.—EDNA MONZON
DE WILKIE

MEXICO VISTO EN EL SIGLO XX

Entrevistas de historia oral. Ramón Beteta, Marte R. Gómez, Manuel Gómez Morín, Vicente Lombardo Toledano, Miguel Palomar y Vizcarra, Emilio Portes Gil, Jesús Silva Herzog

Ninguna de las personas entrevistadas se propuso hacer su autobiografía o la historia contemporánea de México, no obstante lo cual, hay un poco de lo uno y de lo otro. Sin embargo, tenemos la seguridad de que el contenido de la obra será de indudable utilidad e interés para historiadores, sociólogos, economistas, políticos y aún para sicólogos 100.00 9.00



INSTITUTO MEXICANO DE INVESTIGACIONES
ECONOMICAS

Distribuye:

CUADERNOS AMERICANOS

Av. Coyoacán 1035

Apartado Postal 965

México 12, D. F.

México 1, D. F.

Tel.: 5-75-00-17

INSTITUTO MEXICANO DE
INVESTIGACIONES ECONOMICAS

	Pesos	Dls.
<i>Colección de Folletos para la Historia de la Revolución Mexicana</i> , dirigida por JESÚS SILVA HERZOC. Se han publicado 4 volúmenes de más de 300 páginas cada uno sobre "La cuestión de la tierra". De 1910 a 1917	20.00	2.00
<i>Bibliografía de la Historia de México</i> , por ROBERTO RAMOS	100.00	10.00
<i>Trayectoria y ritmo del crédito agrícola en México</i> , por ALVARO DE ALBORNOZ	65.00	6.00
<i>El Problema Fundamental de la agricultura Mexicana</i> , por JORGE L. TAMAYO, autor de la <i>Geografía General de México</i> . Esta obra es algo así como un grito de alarma sobre el futuro del campo mexicano	20.00	2.00
<i>Investigación socioeconómica directa de los ejidos de San Luis Potosí</i> , por ELOÍSA AIEMÁN	10.00	1.00
<i>El pensamiento económico, social y político de México. 1810-1964</i> , por JESÚS SILVA HERZOC	70.00	6.00
<i>México Visto en el Siglo XX</i> , por James Wilkie y Edna M. de Wilkie	100.00	9.00
<i>Investigación socioeconómica directa de los ejidos de Aguascalientes</i> , por Mercedes Escamilla	10.00	1.00

—oOo—

Distribuye:

"CUADERNOS AMERICANOS"

Av. Coyoacán 1035
México 12, D. F.

Apartado Postal 965
México 1, D. F.

Tel.: 5-75-00-17



RECIENTES EDICIONES

NOVEDADES

CH. HALE

El liberalismo mexicano en la época de Mora
352 pp.

R. QUINTERO

Antropología del petróleo
264 pp.

R. BROWN

Psicología social
804 pp. Empastado

A. D. SMITH

El mercado de trabajo y la inflación:
400 pp.

E. R. WOLF

Las luchas campesinas del siglo XX
440 pp.

O. FALS BORDA

El reformismo por dentro en América Latina
C. M. 48, 216 pp.

P. VALLIERES

Negros Blancos de América
—Autobiografía precoz de un terrorista quebequense—
388 pp.

J. DAUBIER

Historia de la revolución cultural proletaria en China
448 pp.

J. BARROS SIERRA 1968

Conversación con Gastón García Cantú
214 pp.

T. MEDIN

Ideología y Praxis política de Lázaro Cárdenas
237 pp.

DE VENTA EN TODAS LAS BUENAS LIBRERIAS O EN:
SIGLO XXI EDITORES, S. A., GABRIEL MANCERA, 65
MEXICO 12, D. F., TEL.: 543-93-92

MANEJE
AUTO
NUEVO EN
EUROPA

ES MAS BARATO QUE
RENTARLO PORQUE
USTED PAGA SOLO LA
DEPRECIACION Y GASTOS
- ESTRENE EL SUYO -
- VISITENOS -

Le entregamos su **RENAULT** nuevo
donde lo desee.

AUTOS FRANCIA
SERAPIO RENDON 117
TELEFONO 5-66-55-22

ó consulte a su Agente de Viajes



FONDO DE CULTURA ECONOMICA

*De nuestra Colección de Obras de Economía
Novedades y reediciones*

C. J. Bottemanne, *Economía de la Pesca*. 570 pp. Empastado, \$150.00.

M. Spiegelman, *Introducción a la Demografía*, 492. pp. \$110.00.

Gonzalo Cevallos, *La Integración Económica de América Latina*, 360 pp., \$50.00.

S. R. Bangs, *Financiamiento del Desarrollo Económico*, 236 pp. \$38.00.

J. A. Schumpeter, *Historia del Análisis Económico*, 812 pp. \$30.00.

Varios autores, *Bienestar Campesino y Desarrollo Económico*. 340 pp. \$60.00.

A. Maddison, *Desarrollo Económico en el Japón y la URSS*, 200 pp. \$32.00.

P. M. Sweezy, *Teoría del Desarrollo Capitalista*. 432 pp. \$35.00.

H. Séé, *Orígenes del Capitalismo Moderno*. 152 pp. \$20.00.

Carlos Marx, *El Capital*. 3 Vols. \$225.00.

Jesús Silva Herzog, *Historia del Pensamiento Económico-Social Desde la Antigüedad al Siglo XVI*.

PIDALOS EN EL FONDO DE CULTURA ECONOMICA, AVENIDA UNIVERSIDAD 975. REFORMA Y HAVRE O MARIANO ESCOBEDO 665. MEXICO, D. F., Y EN TODAS LAS BUENAS LIBRERIAS Y TIENDAS DE AUTOSERVICIO.

ULTIMA PUBLICACION

LOS FUNDADORES DEL SOCIALISMO CIENTIFICO MARX, ENGELS, LENIN.

por

JESUS SILVA HERZOG

Un libro sin académicos engorros con propósitos de divulgación.
Contiene un estudio preliminar y una antología de los tres pensadores estudiados, con veintidós retratos.

—OoOo—

PRECIOS:

	Pesos	Dólares
México	20.00	
Exterior		2.00

—OoOo—

CUADERNOS AMERICANOS

Av. Coyoacán 1035

México 12. D. F.

Apartado Postal 965

México 1, D. F.

Tel.: 575-00-17

CUADERNOS AMERICANOS

SERVIMOS SUSCRIPCIONES DIRECTAMENTE DENTRO
Y FUERA DEL PAIS

A las personas que se interesen por completar su colección les ofrecemos ejemplares de números atrasados de la revista, según detalle que aparece a continuación con sus respectivos precios:

Año	Ejemplares disponibles	América y		
		México	España	Europa
		Precios por ejemplar		
		Pesos	Dólares	
1942	90.00	7.20	7.50
1943	90.00	7.20	7.50
1944	Números 2, 3, 5	90.00	7.20	7.50
1945	Número 4	90.00	7.20	7.50
1946	90.00	7.20	7.50
1947	Número 6	90.00	7.20	7.50
1948	Número 6	90.00	7.20	7.50
1949	Números 2, 4 al 6	90.00	7.20	7.50
1950	90.00	7.20	7.50
1951	75.00	6.00	6.30
1952	Número 4	75.00	6.00	6.30
1953	Números 3 al 6	75.00	6.00	6.30
1954	Números 5 y 6	75.00	6.00	6.30
1955	Número 6	75.00	6.00	6.30
1956	Números 2 al 6	75.00	6.00	6.30
1957	Los seis números	75.00	6.00	6.30
1958	Números 3 y 6	75.00	6.00	6.30
1959	Los seis números	75.00	6.00	6.30
1960	Números 1 y 6	75.00	6.00	6.30
1961	Número 5	45.00	3.60	3.90
1962	Números 3, 4 y 5	45.00	3.60	3.90
1963	Números 1, 3, 4 y 6	45.00	3.60	3.90
1964	Números 1, 2, 3, 4 y 6	45.00	3.60	3.90
1965	Números 4 y 5	45.00	3.60	3.90
1966	Número 6	45.00	3.60	3.90
1967	Números 1, 2, 4, 5 y 6	45.00	3.60	3.90
1968	Los seis números	45.00	3.60	3.90
1969	Números 5 y 6	45.00	3.60	3.90
1970	Números 3, 4 y 6	45.00	3.60	3.90
1971	Número 6	45.00	3.60	3.90

SUSCRIPCION ANUAL (6 volúmenes)

México	\$ 150.00	
Otros países de América y España		Dls. 13.50
Europa y otros continentes		„ 15.50

PRECIO DEL EJEMPLAR DEL AÑO 1972

México	\$ 30.00	
Otros países de América y España		Dls. 2.70
Europa y otros continentes		„ 3.00

Los pedidos pueden hacerse a:

Av. Coyoacán 1035 Apartado Postal 965
o por teléfono al 5-75-00-17
México, D. F.

Véanse en la solapa posterior los precios de nuestras publicaciones extraordinarias.

COMPRAMOS EJEMPLARES DE LOS AÑOS DE 1942 y 1943
Y COLECCIONES COMPLETAS.

PETROLEOS MEXICANOS

AL

SERVICIO DE MEXICO

Marina Nacional 321

México, D. F.

CASA DE LAS AMERICAS

revista bimestral

Colaboraciones de los mejores escritores latinoamericanos,
y estudios de nuestras realidades.

Director: ROBERTO FERNÁNDEZ RETAMAR

Suscripción anual, en el extranjero:
Correo ordinario, tres dólares canadienses
Por vía aérea, ocho dólares canadienses

* * *

Casa de las Américas, Tercera y G, El Vedado,
La Habana, Cuba

SIN NOMBRE

Directora: Nilita Vientós Gastón
Subdirectora: Monelisa L. Pérez-Marchand
Administradora: Oritia Oliveras Carreras

SUMARIO

Vol. II, No. 3 — Enero-Marzo — 1972

*RENE MARQUES: Ese mosaico fresco sobre aquel mosaico antiguo. *CONCHA MELEN-
DEZ: Isla personificada en un cuento de René Marqués. *ANGELA B. DELLE-
PIANE: Leyendo un cuento con claves de René Marqués. *LAURA CALLEGO: Elegía a
Pedro Albizu Campos. *CONCHA ZARDOYA: "No te abriré la puerta". *JOSE ECHE-
VERRIA: La muerte de Don Quijote. *ESTEBAN TOLLINCHI: Las preferidas de la con-
ciencia proustiana. *MARTA MAGALY QUIRIONES: El tiempo y los rostros de Albertina.
*NELLY MARTINEZ: Fernando Vidal Olmos y el surrealismo: una conversación con
Ernesto Sábato. *LUIS GONZALEZ DEL VALLE: Fantasía y realidad en "Mulata de
Tal". *VICTOR J. ROJAS: Sobre el negro en la poesía de Luis Palés Matos y de Jorge
de Lima. *DAMIAN BAYON: Légers: del esteticismo al arte engagé. *GEORGES LONDEIX:
A propósito de "Pour une théorie du nouveau roman" de Jean Ricardou. *JOSE LUIS
CANO: España, 1971 ¿Crisis literaria? *RAUL GUSTAVO AGUIRRE: Fernand Verhezen
o la poesía como espacio vital. *JOSE EMILIO GONZALEZ: Un libro sobre Puerto Rico.
*NOTA: Homenaje a Salinas. — Primer Festival Latinoamericano de Teatro. *LOS LIBROS:
JOSE LUIS MARTÍN, EMILIA DE ZULETA, MARGOT ARCE DE VAZQUEZ, ANGEL
CAPELLÁN GONZALO, SILVIA VIERA. *COLABORADORES.
Vol. II, No. 4, HOMENAJE A BOROJA; Vol. III, No. 1, HOMENAJE A NERUDA

SUSCRIPCIÓN:

Un año	\$ 10.00
Estudiantes, Puerto Rico	\$ 5.00
Número suelto	\$ 2.75
Cordero 55, Santurce, P. R. 00911	
o Apartado 4391, San Juan, P. R. 00905	

CUADERNOS AMERICANOS

(La revista del nuevo mundo)

Publicación bimestral

Circula ampliamente por todos los continentes

Precios para 1971

Suscripción anual:

	<i>Pesos</i>	<i>Dólares</i>
México	150.00	
Otros países de América y España		13.50
Europa y otros continentes		15.50
Precio del ejemplar:		
México	30.00	
Otros países de América y España		2.70
Europa y otros continentes		3.00

Ejemplares atrasados precio convencional

HAGA SUS PEDIDOS A:

Av. Coyoacán 1035

México 12, D. F.

Apartado 965

México 1, D. F.

Tel.: 5-75-00-17

REVISTA HISPANICA MODERNA

Fundador: Federico de Onís

Se publica trimestralmente. Dedicada atención preferente a las literaturas española e hispanoamericana de los últimos cien años. Contiene artículos, reseñas de libros, textos y documentos para la historia literaria moderna y una bibliografía hispánica clasificada. Publica periódicamente monografías sobre autores importantes con estudios sobre la vida y la obra, una bibliografía, por lo general completa y unas páginas antológicas.

Directores:

Eugenio Florit y Susana Redondo de Feldman

Precio de suscripción y venta: 6 dólares norteamericanos al año.

Número sencillo: 1.50 dólares, Número doble: 3.00 dólares

HISPANIC INSTITUTE

Columbia University

612 West 116th Street New York, N. Y. 10027

CUADERNOS
AMERICANOS

AÑO XXXI

VOL. CLXXXIV

5

SEPTIEMBRE-OCTUBRE

1972

MÉXICO, D. F. 1º DE SEPTIEMBRE DE 1972
REGISTRADO COMO ARTÍCULO DE SEGUNDA CLASE EN
LA ADMINISTRACIÓN DE CORREOS DE MÉXICO, D. F.,
CON FECHA 23 DE MARZO DE 1942.

JUNTA DE GOBIERNO

Rubén BONIFAZ NUÑO
Pedro BOSCH-GIMPERA
Pablo GONZALEZ CASANOVA
Manuel MARTINEZ BAEZ
Arnaldo ORFILA REYNAL
Jesús REYES HEROLES
Javier RONDERO
Manuel SANDOVAL VALLARTA
Jesús SILVA HERZOG
Ramón XIRAU
Agustín YAÑEZ

Director-Gerente
JESUS SILVA HERZOG

Edición al cuidado de
PORFIRIO LOERA Y CHAVEZ

Se prohíbe reproducir artículos de esta Revista
sin indicar su procedencia

CUADERNOS AMERICANOS

No. 5

Septiembre-Octubre de 1972

Vol. CLXXXIV

INDICE

NUESTRO TIEMPO

	<i>Pág.</i>
JESÚS SILVA HERZOG. El Presidente Echeverría y la Derecha y la Izquierda en México	7
MARGARET RANDALL. El drama del indio norteamericano	22
CARLOS O. SUÁREZ. Bolivia dio un salto atrás	39
MARIO MONTEFORTE TOLEDO. España, 1972	53
Los <i>Apuntes</i> de Lázaro Cárdenas por MAURICIO DE LA SELVA	66

AVENTURA DEL PENSAMIENTO

MANUEL MARTÍNEZ BÁEZ. Reflexiones sobre la personalidad de Pasteur	75
MANUEL MALDONADO-DENIS. Hostos, El Antillano	92
JOSÉ BLANCO AMOR. La generación violenta	108
IGNACIO CHÁVEZ. La cultura superior en México	116

PRESENCIA DEL PASADO

MIGUEL A. CIPRIANO. Significado y proyecciones de la entrevista de Guayaquil	129
CÉSAR LEANTE. La República de Juan Criollo	139
L. B. KLEIN. Ideas de Unamuno sobre temas americanos	151
G. R. COULTHARD. Edward Brathwaite y el neoafricanismo antillano	170

DIMENSION IMAGINARIA

	<i>Pág.</i>
ALEJANDRO PATERNAIN. Sara de Ibáñez: La esfera cerrada	181
RAÚL LEIVA. Blas de Otero, conciencia poética de España	209
MANUEL PEDRO GONZÁLEZ. Apostillas a Vladimir Nabokov	225
Manuel Durán, por MORAIMA DE SEMPRÚN DONAHUE	245

Nuestro Tiempo

EL PRESIDENTE ECHEVERRÍA Y LA DERECHA Y LA IZQUIERDA EN MÉXICO

Por *Jesús SILVA HERZOG*

UNOS cuantos días después de haber sido designado candidato presidencial por el Partido Revolucionario Institucional, el licenciado Luis Echeverría dijo en más de una ocasión a sus nuevos amigos y admiradores que en México no existía la derecha ni la izquierda, porque nosotros —los mexicanos— tenemos características muy especiales que nos distinguen del resto del mundo. Al candidato no le asistía la razón; porque una persona por importante que sea, no puede ni debe ignorar la significación de las palabras universalmente aceptadas. Y ya que viene a cuento, vamos a dar nuestra opinión acerca del significado de los vocablos momentáneamente en litigio.

Decía el doctor José María Luis Mora que en México sólo existían dos partidos: el del progreso y el del retroceso. Esto lo decía el ilustre polígrafo en la cuarta década del siglo XIX. Un poco después se reconocía la existencia de liberales, moderados y conservadores. Esta división continuó durante el Congreso Extraordinario Constituyente de 1856-1857, y todavía mucho después, quizás hasta los comienzos del gobierno de Porfirio Díaz.

Podemos decir que a partir de 1910, durante el período de la lucha armada, y el de los gobiernos revolucionarios que a mi juicio terminaron en 1940, como otras veces ya lo he escrito, la denominación para distinguir la actitud o la ideología política o ambas cosas a la vez, fue la de revolucionario o reaccionario. Ahora se habla de derecha y de izquierda, aun cuando muchos, muchísimos no tienen ideas claras ni precisas del significado de tales vocablos.

Parece obvio que todo hombre de derecha o derechista es un conservador. En consecuencia, cabe afirmar que a través de toda la historia de las sociedades humanas han existido conservadores u hombres de derecha, lo mismo que progresistas u hombres de izquierda. El conservador es el que quiere conservar lo existente tal y como es, porque está bien situado en el mundo, porque se siente bien en su poltrona, porque la vida es buena para él y teme

cualquier cambio que de alguna manera pudiera perjudicarlo. En ocasiones quisiera realizar algo imposible: detener el tiempo.

Empero, si el hombre de derecha no sólo es conservador sino reaccionario, en ese caso tiene la mirada fija en el pasado y quisiera que las corrientes del río caudaloso de la historia retrocedieran a su manantial originario.

El hombre de izquierda o izquierdista no se siente bien en su mundo porque le parece injusto. Puede o no sufrir él la injusticia, pero le duele el dolor del semejante, la miseria del pueblo, y quisiera con su esfuerzo transformar la sociedad haciéndola marchar hacia adelante y ejercer en ella noble y constructiva misión rectora, en su pequeño círculo, en su provincia, en su país o en el mundo entero.

En consecuencia, de conformidad con lo anterior, tratemos de averiguar quiénes en la historia de México han sido hombres de derecha y quiénes de izquierda, quiénes quisieron conservar lo existente tal y como existía, y quiénes quisieron realizar profunda transformación.

El padre Hidalgo sintió en su recóndita intimidad el dolor de un pueblo sojuzgado y quiso libertarlo. Su profundo desacuerdo con la organización colonial lo arrojó al torbellino de la revolución de independencia. El padre Hidalgo fue un inconforme, fue un hombre de izquierda, en tanto que fueron hombres de derecha los obispos que lo excomulgaron. Murió sin realizar su grandiosa empresa. Lo siguió en la lucha para crear una patria el cura Morelos, nuestro gran cura Morelos, hombre evidentemente de izquierda, y evidentemente de derecha los inquisidores que lo humillaron, lo mismo que el virrey Félix María Calleja.

¿Y quiénes fueron de derecha y quiénes de izquierda durante las guerras de Reforma?

Fueron de izquierda Benito Juárez, el Benemérito; fueron de izquierda Ponciano Arriaga, Ignacio Ramírez, Guillermo Prieto, Melchor Ocampo, Francisco Zarco y otros más que sería prolijo enumerar. Fueron de izquierda porque lucharon para libertar a México del dominio de un clero inmensamente rico, egoísta, avaro e ignorante; y fueron de derecha durante esa etapa dramática y sangrienta de nuestra historia los que fueron a pedir ayuda a Napoleón III, a traernos la intervención francesa y a un flamante emperador, es decir, los que traicionaron a su patria para no perder su riqueza, sus granjerías, sus prerrogativas, sus privilegios.

Para el preciso momento histórico en el que le tocó actuar Francisco I. Madero fue un hombre de izquierda, de igual manera que los que lucharon a su lado. La derecha porfirista no pudo tolerar

el triunfo del caudillo revolucionario y nunca dejó de conspirar en la sombra. Así se creó el clima para el cuartelazo y la traición de febrero de 1913. Ya lo sabemos: Victoriano Huerta, el soldado traidor, ordenó que Madero y Pino Suárez fueran asesinados. Victoriano Huerta fue un típico hombre de derecha, no sólo conservador sino reaccionario al pretender gobernar con fórmulas caducas. Desde luego lo combatió Venustiano Carranza con sus generales improvisados, con sus ejércitos también improvisados de campesinos, de mineros y de artesanos. Del lado de Huerta —esto no puede negarse porque es un hecho histórico incontrovertible— estuvieron con decisión las fuerzas de la derecha, las derechas de siempre: los arzobispos, los obispos, los banqueros, los industriales, los comerciantes y un ejército pretoriano. Carranza —hombre de izquierda en aquel momento histórico— tuvo un solo apoyo: el apoyo del pueblo, del pueblo desnutrido y hambriento.

¿Y ahora en 1972 quiénes son de derecha y quiénes de izquierda?

Son de derecha los descendientes ideológicos de los obispos que excomulgaron a Hidalgo y de los inquisidores que humillaron a Morelos; son de derecha los descendientes ideológicos de los traidores que nos trajeron la intervención francesa y a Maximiliano; son de derecha los descendientes ideológicos de Victoriano Huerta y de los mercaderes de toda laya que lo ayudaron a mantenerse en el poder usurpado. A toda esta variada especie zoológica, hay que agregar a no pocos generales y políticos desgajados de la Revolución, lo mismo que a buen número de sus cachorros o discípulos, traficantes de influencias, enriquecidos en los puestos públicos o en otros menesteres nada honrosos. Y lo irritante estriba en que hay entre estos sujetos de vida turbia, quienes con cinismo increíble se atreven a señalar el rumbo que debe seguir la República. Muchas veces, seguros de que la Revolución ha muerto se muestran públicamente defensores ardientes de la Revolución.

De izquierda son los que llevan el amor por México en la sangre, en la carne y en los huesos; de izquierda son los que luchan sin cesar contra la miseria, la ignorancia y el hambre de las grandes masas de la población; de izquierda son los que defienden la soberanía nacional y la independencia económica del país; de izquierda son los que marchan hacia adelante para alcanzar metas nuevas de convivencia humana; de izquierda son los antimperialistas, los que quieren cambios estructurales profundos, los que saben que jamás México podrá desarrollarse plenamente mientras dependa de las inversiones de las grandes potencias, particularmente de las de los Estados Unidos; de izquierda son los que quieren un gobierno honrado, progresista y patriota; de izquierda son los que sueñan en

una patria grande, libre y respetada, en la cual todos los bienes materiales y culturales estén al alcance de la inmensa mayoría de los ciudadanos.

EL licenciado Luis Echeverría hizo su brillante carrera política y administrativa en el lapso histórico que hemos denominado "neoporfirismo": oficial mayor de la Secretaría de Educación Pública, funcionario del Partido Revolucionario Institucional, subsecretario de Gobernación y después secretario de la misma dependencia del Ejecutivo. Ya candidato a la Presidencia se dio a caminar por todo el territorio nacional y descubrió —tal vez con sorpresa— el hambre, los harapos y los jacales en que viven y mueren millones de compatriotas; descubrió los contrastes irritantes entre la opulencia y la miseria; descubrió a decenas de caciques que oprimen y explotan a sus vecinos, caciques corrompidos, disfrazados de miembros prominentes del PRI; y entonces se dio cuenta de que no conocía México, de que no es posible conocerlo desde la Secretaría de Gobernación o desde otras secretarías de Estado, ni tampoco desde algunas direcciones generales de organismos descentralizados.

En los meses que lleva de presidente el licenciado Echeverría produce la impresión de ser un hombre lleno de buenas intenciones para servir al país, a todos los mexicanos, a todas las clases sociales, lo mismo a ricos que a pobres. En su informe al Congreso del 1° de septiembre de 1971 dijo que gobernar es coordinar. No estamos de acuerdo con ese principio, porque en una sociedad de clases eso no es posible; sencillamente porque no es posible la unión del gavilán con la paloma ni de la oveja lanuda y blanca con el lobo carnicero. ¿Cómo pueden coordinarse los intereses de los banqueros millonarios con los de los campesinos y obreros sujetos a salarios de hambre? No, gobernar no es coordinar; gobernar es trabajar sin descanso para elevar las condiciones económicas y culturales de la mayoría de los habitantes de la República; es lograr el estupendo maridaje de la eficiencia económica con la justicia social, es decir, el desarrollo del país en el cabal sentido del vocablo.

FRECUENTEMENTE se recibe la impresión de que el actual gobierno es un péndulo que en ocasiones oscila a la derecha y a veces a la izquierda. En el primer caso no nos gusta lo que dicen y hacen los funcionarios; en el segundo nos gusta lo que hacen y dicen; por eso nos pareció bien el viaje del presidente Echeverría a Santiago

de Chile y aplaudimos, violando la distancia, los discursos que pronunció en la cena ofrecida por el presidente Allende, en el Senado de aquella nación, y en la Conferencia de las Naciones Unidas sobre Comercio y Desarrollo.

En el discurso de la cena, Luis Echeverría dijo que había ido a refrendar la solidaridad del pueblo y gobierno de México con el pueblo y gobierno chileno, es decir —dable es la interpretación— al elegir la vía del desarrollo socialista. Abogó por la unión de los países latinoamericanos como medio para defendernos frente a las exigencias de "grandes potencias de dimensiones continentales". ¿A qué potencias aludió? Las tres únicas grandes potencias de dimensiones continentales son China, la Unión Soviética y los Estados Unidos.

Agregó que para considerarnos cabalmente libres precisaba "eliminar toda forma de ingerencia extranjera en la conducción de nuestros asuntos nacionales"; y con claridad meridiana defendió las expropiaciones llevadas al cabo por el gobierno socialista de Salvador Allende. He aquí textualmente sus palabras: "De conformidad a esos principios, el gobierno de México considera que las expropiaciones o nacionalizaciones que los Estados lleven a cabo para rescatar el dominio de sus bienes naturales para beneficio de sus pueblos, son expresión de una facultad soberana. Por lo tanto, toda controversia que se suscite respecto del monto y oportunidad con que deban realizarse las compensaciones correspondientes, es de la exclusiva competencia de los tribunales del Estado en cuestión". De seguro recordó el caso de México, cuando nuestro gran presidente Lázaro Cárdenas expropió los bienes de las empresas petroleras en marzo de 1938.

No usó la palabra imperialismo, palabra maldita, palabra satanizada por los imperialistas y sus vasallos; pero para el buen entendedor veamos el párrafo siguiente: "Los países poderosos no han renunciado a sus posiciones hegemónicas. Antes bien, tienden a fortalecerlas, validos de la enorme capacidad de que disponen para acumular en su beneficio los progresos de la civilización y el aumento del intercambio económico. La sociedad contemporánea ha originado, evidentemente, la creación de nuevas formas de dependencia en las que el predominio financiero, militar y tecnológico sustituye, con ventaja, anacrónicas formas de dominación política".

En el discurso ante el Senado, el Presidente de México hizo vigorosa defensa de la democracia como solución para resolver todos los problemas de la convivencia social, defendió el principio de la autodeterminación de los pueblos e insistió en diferentes

momentos en la necesidad de la unión de las naciones de América Latina. Vale la pena transcribir dos párrafos del discurso:

"Concebimos las relaciones interamericanas, tanto bilaterales como multilaterales, dentro del contexto de un pluralismo ideológico y político, que deje en libertad de escoger a cada pueblo el régimen que se derive de su historia y que coincida con sus aspiraciones".

"Reconozcamos que nuestras relaciones son generalmente superficiales y poco frecuentes. Es preciso intensificarlas y hacerlas más entrañables. Debemos mostrar que somos capaces de cubrir, con acciones conjuntas, el enorme espacio humano y geográfico que va del río Bravo del Norte a la punta austral de la Tierra del Fuego. De otro modo, sólo grandes potencias estarán en aptitud de abarcar la dimensión de nuestro continente".

Nosotros hemos defendido en más de una ocasión la tesis del latinoamericanismo en oposición al panamericanismo porque nos parece más lógico, más racional y más conveniente. Aquí y allá, en diferentes ciudades de nuestra América, hemos dicho que si no nos unimos nos hundimos y seremos dominados por la potencia imperial. A esto se refirió Echeverría en el último párrafo arriba transcrito.

Pero seguramente la actuación más importante del Presidente mexicano durante su estancia en Santiago fue su discurso ante la Reunión Plenaria del Tercer Período de Sesiones de la Conferencia de las Naciones Unidas sobre Comercio y Desarrollo. Comenzó por señalar los pobrísimos resultados de las dos conferencias anteriores de la organización, celebradas la primera en Ginebra hace 8 años y la segunda en Nueva Delhi en 1968; defendió la tesis de los países latinoamericanos que sostienen su derecho al mar territorial de 200 millas, y propuso la aprobación de una Carta de los Deberes y Derechos Económicos de los Estados, complementaria de la Declaración Universal de los Derechos del Hombre. El proponente sintetizó el contenido de la carta en los diez puntos que siguen:

1. Libre disposición de los recursos naturales.
2. Respeto irrestricto del derecho que cada pueblo tiene a adoptar la estructura económica que le convenga e imprimir a la propiedad privada las modalidades que dicte el interés público.
3. Renuncia al empleo de instrumentos y presiones económicas para reducir la soberanía política de los Estados.
4. Supeditación del capital extranjero a las leyes del país al que acuda.

5. Prohibición expresa a las corporaciones transnacionales de intervenir en los asuntos internos de las naciones.
6. Abolición de las prácticas comerciales que discriminan las exportaciones de los países no industrializados.
7. Ventajas económicas proporcionales, según los niveles de desarrollo.
8. Acuerdos que garanticen la estabilidad y el precio justo de los productos básicos.
9. Amplia y adecuada transmisión de los avances tecnológicos y científicos, a menor costo y con más celeridad a los países atrasados.
10. Mayores recursos para el financiamiento del desarrollo a largo plazo, bajo tipo de interés y sin ataduras.

La necesidad de la Carta de los Deberes y Derechos Económicos de los Estados, la sostuvo con amplios, excelentes y sólidos argumentos en la última parte de su disertación que aplaudieron con entusiasmo los representantes de los países subdesarrollados o en proceso de desarrollo. Los diez puntos pueden sintetizarse en unas cuantas palabras: defensa de los países del Tercer Mundo y antimperialismo.

De la última parte de su disertación se copian los dos párrafos que siguen:

"Si la experiencia del decenio que culmina se repite en el actual, tal vez nada pueda ya impedir un deterioro irreparable en las relaciones del Tercer Mundo con las grandes naciones industriales.

"Ningún equilibrio puede fundarse sobre la inconformidad de la mayor parte de los habitantes del mundo. *Nuestros pueblos tienen conciencia de que su miseria produce riqueza para otros.** Los rencores acumulados en contra del colonialismo político renacen ahora en contra del colonialismo económico".

Cierto, muy cierto, "nuestros pueblos tienen conciencia de que su miseria produce riqueza para otros". Los pueblos subdesarrollados ya saben que su subdesarrollo se debe a que han contribuido en forma decisiva al desarrollo de las naciones altamente desarrolladas, y saben ya que jamás alcanzarán desarrollo pleno mientras sean explotados por las grandes potencias industriales. Ser o no ser, esa es hoy y en el futuro inmediato la cuestión fundamental.

La iniciativa mexicana no cayó en el vacío. Antes de clausurarse la conferencia fue aprobada el 18 de mayo por 90 votos, 19 abstenciones y ningún voto en contra. Solamente un país latino-

* El subrayado es nuestro.

americano se abstuvo de votar: Ecuador, hoy gobernado por una dictadura castrense.

Es seguro que el proyecto de la Carta de los Deberes y Derechos Económicos de los Estados tendrá que discutirse en Asamblea Plenaria de las Naciones Unidas. Pasará algún tiempo y es imposible prever los resultados.

EL presidente Luis Echeverría ha tenido dos triunfos en foros internacionales. El primero ante las Naciones Unidas sobre el reconocimiento de China Continental, y el segundo en la reciente conferencia sobre Comercio y Desarrollo. Es importante hacer notar que en las dos ocasiones su posición fue la de un mandatario de izquierda.

En la rueda de prensa del 8 de junio en la ciudad de México, un periodista le preguntó al presidente Echeverría si en su próxima entrevista con el presidente Nixon, sostendría las mismas ideas que en diferentes lugares y ocasiones sostuvo en su visita reciente a la República de Chile, a lo cual contestó: "Cuando a mí me preguntaban después de mi viaje a Chile y del apoyo sincero que expresé —desde mi llegada al aeropuerto de Chile— al presidente Allende, por su política nacionalista, y de haber expresado ante el gobierno chileno, ante el Congreso chileno, que está en oposición al poder ejecutivo de la UNCTAD, las bases del respeto a los países en proceso de desarrollo, a su independencia por parte de compañías extranjeras que han querido intervenir en la vida de los países latinoamericanos, particularmente que después de haber afirmado en Santiago de Chile eso que algunos les parecía muy radical o demasiado franco, en que qué iba yo a decir en Washington, les dije: en Washington voy a decir exactamente lo mismo que dije en Santiago de Chile; son las tesis de México, es decir, que Estados Unidos entienda que este proceso de crecimiento latinoamericano debe hacerse con independencia, por lo que respecta a la industria minera y a toda la vida económica en general".

Y precisa reconocer que no sólo cumplió lo que dijo durante su permanencia de siete días en los Estados Unidos. Fue más lejos, mucho más lejos en más de una ocasión, a veces rebasando las fronteras de la prudencia; y como no es posible seguirlo paso a paso, día tras día de tareas agotantes, vamos a ocuparnos únicamente de glosar los discursos ante el Congreso de los Estados Unidos y en la Organización de los Estados Americanos, así como también de sus conversaciones en Nueva York con un grupo de distinguidos intelectuales norteamericanos.

El Presidente de México habló ante el Congreso con dignidad y franqueza no siempre usadas en tal recinto por mandatarios extranjeros. Estableció claramente el abismo que separa a los países desarrollados de los subdesarrollados, repitiendo casi textualmente lo que había dicho en Santiago de Chile: "Ningún equilibrio puede fundarse sobre la inconformidad de la mayor parte de los habitantes del mundo. Nuestros pueblos tienen conciencia de que su miseria produce riqueza para otros. Los rencores acumulados en contra del colonialismo político renacen ahora en contra del colonialismo económico". De seguro substituyó, por parecerle menos fuerte, la palabra "imperialismo" por "colonialismo". Incuestionablemente los países del Tercer Mundo van adquiriendo conciencia de que han sido y siguen siendo explotados por las naciones capitalistas; y ya no quieren continuar siéndolo, ya no quieren ser parias, quieren disfrutar de los bienes materiales y culturales a que tienen derecho, quieren desempeñar cabalmente el oficio de hombre, el más respetable y difícil de todos los oficios.

Luis Echeverría se ha presentado en los foros internacionales como paladín del Tercer Mundo, al cual pertenecen por lo menos dos tercios de los habitantes de la tierra. Considera peligroso para el futuro de la sociedad humana la distancia que separa cada vez más a las naciones poderosas de las que están todavía muy lejos de gozar de todos los bienes de la civilización y hace un llamado a aquéllas para que modifiquen su acción internacional. Copiemos lo que dijo a este propósito en un momento de su disertación: "La paz y el progreso dependen, cada vez en mayor medida, de las actitudes que adoptemos conjuntamente para reducir la alarmante distancia que separa a los pueblos ricos de los pobres. Las presiones demográficas y políticas de los países menos evolucionados ponen en peligro la estabilidad de las sociedades opulentas. De no emprenderse políticas efectivas de desarrollo equilibrado, la miseria cruzará todas las fronteras".

Al leer lo anterior se nos ocurre presentar a manera de ejemplo los siguientes datos: el producto nacional bruto *per capita* en los Estados Unidos en 1971 se elevó a 3,980 dólares; la tasa anual de mortalidad infantil (defunciones de menores de 1 año por cada 1,000 nacimientos) fue de 19.8. Ahora, comparemos esos datos con los del Ecuador: producto nacional bruto *per capita* en 1971, 220 dólares; la tasa anual de mortalidad infantil (defunciones de menores de 1 año por cada 1,000 nacimientos) fue de 86. Los contrastes increíbles, irritantes, entre las pocas naciones inmensamente ricas y las muchas en las que la inmensa mayoría de sus habitantes viven en la más espantosa miseria, pueden multiplicar-

se para vergüenza de nuestra especie, ya que no hemos sido capaces de hacer de la tierra una morada decente, agradable y digna.

Poco después, bordando sobre el mismo tema agregó que la coyuntura del cambio es hoy propicia para unir esfuerzos, que los débiles deben esforzarse por modificar su situación y los poderosos no deben olvidar que "las civilizaciones se consolidan y perduran no cuando sojuzgan sino cuando comparten".

Según cuentan las crónicas, a medida que Echeverría avanzaba en su discurso se advertía cierta sorpresa en no pocos de los legisladores. Nunca ningún presidente de la América Latina había hablado desde la Tribuna del Congreso de los Estados Unidos en forma tan abierta, tan llana, tan conceptuosa y no exenta de crítica sutil (a veces no demasiado sutil) a la política internacional del país más poderoso de la tierra. Planteó sin eufemismos los problemas más importantes existentes entre México y los Estados Unidos, particularmente el de la salinidad del valle de Mexicali que ha sumergido en la desgracia a miles de familias campesinas; y sonaron fuerte, muy fuerte estas palabras: "Resulta inexplicable, de todas formas, que la audacia e imaginación de los Estados Unidos para resolver complejos problemas con sus enemigos no sean empleadas para solucionar sencillos problemas con sus amigos". La mayoría aplaudió el chicotazo; mas los colaboradores cercanos del presidente Nixon se abstuvieron de aplaudir.

En párrafo posterior agregó:

"La interdependencia de los países abre posibilidades insospechadas de progreso; pero, también, nos expone a nuevos sometimientos, tanto más peligrosos cuanto más encubiertos. La cooperación entre Estados independientes exige por ello el ejercicio pleno de las facultades soberanas de cada uno". Independencia, interdependencia o dependencia, he aquí uno de los más serios problemas del actual momento histórico. La independencia absoluta no es posible en los tiempos que corren, como tampoco es posible la autarquía. De aquí que la interdependencia entre los países ha ido imponiéndose cada vez más a causa del sorprendente adelanto de las comunicaciones y de la industria del transporte. Ello es inevitable y puede ser un bien siempre que no se lesione la soberanía de los pueblos. Interdependencia, sí; dependencia, no y mil veces no, porque es sometimiento, pérdida de características esenciales y esclavitud.

LA Organización de los Estados Americanos y su antecesora la Unión Panamericana no pueden ufanarse de haber seguido una

trayectoria limpia; no pueden ufanarse de no haber cometido graves yerros, ni tampoco de haber expuesto libremente sus opiniones frente a la política imperial. Algo más grave todavía: en ocasiones los representantes de los países latinoamericanos han apoyado las decisiones de los Estados Unidos en contra de la independencia y la soberanía de algunas naciones iberoamericanas; y a veces, vergüenza inaudita, la Organización de los Estados Americanos se ha revolcado en el lodo de la ignominia, como en lo de Punta del Este contra Cuba en 1962.

Los Estados Unidos han intervenido en los últimos 74 años diplomática o militarmente en múltiples ocasiones en todos los países latinoamericanos. Solamente vamos a mencionar las intervenciones con fuerzas militares:

En Cuba, cinco veces: la primera en 1898-1902 con el pretexto de la explosión del acorazado "Maine"; la segunda en 1906-1909; la tercera en 1912; la cuarta en 1917-1919, y la última en 1961 al invadir Playa Girón mercenarios conducidos en barcos norteamericanos y adiestrados por oficiales norteamericanos.

En Colombia en 1903 para independizar la provincia de Panamá y así obtener —como la obtuvieron— la concesión para construir el Canal o más bien para terminar de construirlo.

En Panamá varias veces con el pretexto de proteger la vida y los intereses norteamericanos.

En Nicaragua, tres veces: la primera en 1909; la segunda de 1912 a 1925, y la tercera de 1926 a 1933, que culminó con el asesinato del patriota Augusto César Sandino por órdenes de Anastasio Somoza, con complicidad del embajador norteamericano en Managua.

En Santo Domingo, cuatro veces: la primera en 1907; la segunda en 1912; la tercera de 1916 a 1924, y la cuarta en 1965. No se olvide que fue el gobierno de los Estados Unidos el que impuso en la Presidencia del infortunado país al dictador Rafael Leónidas Trujillo, hombre paranoico y malvado de infausta memoria.

En México, dos veces: la primera apoderándose del Puerto de Veracruz en 1914, y la segunda invadiendo el Estado de Chihuahua con la expedición Punitiva al mando del general Pershing.

En Haití una sola vez, ocupando el país con fuerzas militares desde 1915 hasta 1934.

En Guatemala en 1954 para derrocar al gobierno tímidamente progresista de Jacobo Arbenz. Fue la "gloriosa victoria" de Foster Dulles.

La OEA es una organización artificial, híbrida e incompatible con lo que es, con la realidad. La historia, las influencias étnicas

y culturales nos hicieron diferentes. Nos referimos a las diferencias irreductibles, sustantivas, esenciales entre los Estados Unidos y los países al sur del río Bravo. Los intereses de los Estados Unidos no coinciden con los intereses de nuestra América, de la que hablara Rubén Darío a Teodoro Roosevelt en hermoso poema. Lo que es bueno para ellos no siempre lo es para nosotros y suele ser un mal, un daño irremediable.

Pero allí está en Washington el edificio donde se aloja la organización internacional del Nuevo Mundo, allí está la Tribuna desde la cual suelen rendir pleitesía al poderoso imperio ciertos mandatarios de nuestra estirpe idiomática cuando visitan la ciudad capital.

El presidente Echeverría estuvo ahí y habló desde esa Tribuna, pero es honesto decir que lo hizo con señorío, con dignidad, con franqueza y cierto mesurado orgullo mexicano.

Seguramente refiriéndose a México dijo que nos hemos empeñado en resolver pacíficamente nuestras diferencias con otros países y siempre en contra de cualquier solución por medio de la fuerza. Agregó que "creemos que las relaciones entre Estados, tanto en lo político como en lo económico, deben regirse por un Derecho Internacional más evolucionado, más realista, del que ahora conocemos". Se habla mucho del Derecho Internacional, de que esto y aquello está en contra del Derecho Internacional, de que hay que sujetarse al Derecho Internacional, Derecho Internacional para arriba y para abajo... Sin embargo, es muy frecuente no saber dónde empieza ese Derecho ni dónde termina. La sociedad humana ha cambiado en los últimos lustros en el campo de la cultura, en la economía y en las relaciones entre los Estados; mas parece que no ha ocurrido lo mismo con el traído y llevado Derecho Internacional, incomprensible para el común de los mortales porque suele ocurrir en los tiempos que corren que aun cuando hay un punto bien claro de ese Derecho, se viola por las naciones fuertes en contra de las débiles a ciencia y paciencia del resto del mundo.

De manera obvia no es posible evitar al escribir lo anterior, que venga a nuestra memoria los crímenes que en estos momentos están cometiendo los Estados Unidos contra el pueblo de Vietnam.

Copiemos los dos párrafos que siguen:

"Nunca concebimos la unidad hemisférica como fórmula de servidumbre, ni como instrumento exclusivo de un Estado o grupo de Estados, sino como expresión genuina de una voluntad de cooperación para el logro de metas comúnmente aceptadas".

"La OEA debiera reflejar más fielmente las relaciones políticas y económicas que existen entre nuestros países. Las actitudes

que adoptamos en este foro no siempre coinciden con las que sostenemos en otros escenarios. A veces pareciera que aquí se teme el disentimiento o que las discusiones abstractas sustituyen el enfrentamiento con la realidad".

Quienes lean lo anterior, advertirán, inevitablemente, cierto malabarismo verbal. En el primer párrafo se habla de lo que debería ser y en el segundo lo que es, sin disimulos, con lenguaje no usado a menudo en esa tribuna internacional.

Y la crítica continuó en los términos que en seguida se transcriben:

"Cambios internos de trascendencia están ocurriendo en diversas naciones. Grandes transformaciones se avecinan como respuesta a la inconformidad de nuestros pueblos. La OEA no puede ser santuario de principios intemporales, ni menos aún instrumento colectivo de sumisiones inaceptables. Mientras no marchemos en el sentido de la historia, nuestra acción será confusa y vacilante".

"Si el país más poderoso del hemisferio se esfuerza en superar divergencias con otras potencias de ultramar, corresponde a todos nosotros poner término a una política interamericana que niega, implícitamente, el derecho de los Estados miembros a darse la estructura que mejor convenga a sus intereses".

Nosotros, hombres de izquierda desde hace más de medio siglo, y antimperialistas convencidos y decididos, no podemos menos que aplaudir al Presidente mexicano, no obstante que nos desagrada hacerlo tratándose de hombres en el poder.

Lo que más nos gustó fue la repetición de algo importantísimo que ya había dicho en Chile. Nos referimos a la afirmación de que necesitamos garantizar "la facultad soberana de cada país a realizar y a fijar las modalidades de las expropiaciones que considere necesarias para fortalecer su autonomía y favorecer su desarrollo". Todo esto en oposición tajante y categórica a los actos agresivos de los Estados Unidos en América Latina. Estamos de acuerdo, enteramente de acuerdo como lo estarán todos los latinoamericanos progresistas y patriotas. ¿Por qué las riquezas de nuestros pueblos han de ser para provecho de unos cuantos multimillonarios que radican en las grandes metrópolis del capitalismo y no para beneficio de nuestros propios pueblos?

Sin embargo, en el punto importantísimo, trascendental, relacionado con la cuestión de las expropiaciones, advertimos la ambivalencia entre los conceptos expresados por Echeverría en foros internacionales y lo dicho en más de una ocasión en nuestro país por funcionarios del actual gobierno, en el sentido de que el régimen no tiene mentalidad expropiatoria. ¿Hay acaso principios e ideas

para consumo interno diferentes de las ideas y principios para consumo ajeno?

Después de la expropiación de los Ferrocarriles Nacionales de México y de los bienes de las empresas petroleras hay en México todavía mucho que expropiar. Hace tiempo hablamos de la Banca y hoy —ello está de moda— podríamos hablar de la radio y de la televisión. Tenemos la convicción de que nuestro desarrollo, nuestro auténtico y acelerado desarrollo, exige una cada vez mayor intervención del Estado en la vida económica, social, cultural.

EL 17 de junio por la tarde, en un salón del hotel Waldorf Astoria en la ciudad de Nueva York, tuvo lugar la reunión del presidente Echeverría con un grupo de intelectuales y artistas norteamericanos de izquierda, críticos de la política interior y exterior de Nixon. Estuvieron presentes Arthur Miller, William Styron, Thornton Wilder, Albert O. Hirschmann, John Womack, Michael Harrington, Hannah Arendt, Arthur Schlesinger Jr., Aaron Copland, David Halberstam e I. F. Stone. También asistieron Octavio Paz, Carlos Fuentes y Ricardo Garibay. Hubo un franco cambio de impresiones durante algo más de dos horas. Luis Echeverría sorprendió a los norteamericanos y aun a los mexicanos por la forma directa y cruda en que habló de los problemas nacionales e internacionales de México, con mayor aspereza y claridad que nunca antes en parte alguna. Por lo menos éste es el parecer de varios de los asistentes, entre ellos Garibay, quien escribió una amplia y excelente crónica del suceso en el diario *Excelsior* el 6 de julio pasado.

En opinión de Carlos Fuentes no fue una junta protocolaria sino "una reunión en la que hubo verdadera crítica, verdadera oposición de ideas. Muchos de los reunidos no estuvieron de acuerdo con ciertas ideas del presidente Echeverría. El presidente Echeverría no estuvo de acuerdo con muchas de las ideas de las personas reunidas. Y cada uno lo expresó así". Michael Harrington, autor de *La cultura de la pobreza en los Estados Unidos* le dijo a Fuentes: "Muchos de nosotros, los intelectuales americanos, hablamos como liberales románticos del siglo diecinueve. El presidente de México habló como un marxista. Es decir, siempre que nosotros presentábamos una solución de tipo ideal, él volvía a llevarnos a la tierra y nos proponía los problemas de la reforma estructural, de cambio de los factores de poder y de producción".

¿Qué pensó Echeverría al conocer tal opinión? A nosotros nos parece muy probable que Echeverría esté de acuerdo con el materialismo histórico de Marx, al que llama Seligman interpretación

económica de la historia, realismo histórico Henri Sée o concepción científica de la historia Wilfredo Pareto.

Volviendo a Carlos Fuentes, recordemos que en una entrevista, a un representante de *Excelsior* en Nueva York le dijo que si la intelectualidad mexicana de izquierda dejara aislado al presidente Echeverría en manos de los enemigos de la independencia de México, cometería un crimen histórico... Esta declaración ha provocado polémica entre tirios y troyanos y no ha terminado todavía. Sobre cuestión tan importante vamos a echar nuestro cuarto a espadas.

Los intelectuales de izquierda, los profesionistas de izquierda, los estudiantes de izquierda, los obreros y campesinos de izquierda; en fin, toda la izquierda mexicana debe estar con el presidente Echeverría siempre que él hable y actúe como hombre de izquierda, entendiendo por ello lo que se dijo al principio de este artículo.

Ahora bien, en el caso o los casos en que Luis Echeverría se desviara del camino recto, del camino de la izquierda, habrá que llamarle la atención por medio de una crítica sincera, razonable, ponderada, valiente, constructiva, y siempre con señorío, dignidad y decencia. Esta es la forma de servir al Presidente y al país; y no hay que caer nunca, nunca, en el servilismo ni en la adulación; porque "el incienso huele bien pero acaba por tiznar al ídolo" y el incondicionalismo en política es castración mental. Pero si por desgracia Luis Echeverría diera un viraje a la derecha (lo que no deseamos, no creemos ni podemos creer) por las presiones de la gran burguesía nacional y extranjera: banqueros, grandes industriales, grandes comerciantes, es decir, la riqueza y los mercaderes de toda laya, entonces los hombres lealmente de izquierda no apartaremos de él para continuar nuestra lucha a favor del proletariado de las ciudades y los campos, de las masas paupérrimas para quienes se han hecho "todos los males de la tierra y ninguno de sus bienes", según dijera hace ya más de un siglo un ilustre mexicano.

EL DRAMA DEL INDIO NORTEAMERICANO

Por Margaret RANDALL

QUEREMOS remontarnos a nuestras raíces. Queremos descubrir nuestra verdadera historia. Ha constituido siempre una de las ventajas de nuestros opresores presentarnos una historia que: 1) nos roba de nuestra legítima tradición de lucha (temiendo que pudiéramos más fácilmente tomar ejemplo e inspiración de aquellos que nos precedieron); 2) hace que ellos —los opresores— queden bien (convirtiendo en leyenda a los esclavizadores, los expansionistas y los colonialistas), y 3) apoya al sistema que ocupa el poder (glorificando su realidad y sus objetivos y confundiendo y obscureciendo alternativas). Debido a todo esto, nuestros libros de texto mienten.

Si somos negros, nuestros textos escolares nos hacen creer que somos inferiores, incapaces de producir grandes hombres y grandes mujeres, y estúpidos, sucios e incivilizados por nacimiento. Se da siempre la vaga insinuación de que, si bien la esclavitud constituyó un error en un sistema por lo demás ejemplar, hubo de haber alguna falla, con todo, en nosotros, para permitir que nos aprehendieran y nos llevaran inicialmente aquí como si se tratara de ganado. Si somos chicanos o puertorriqueños o americanos de origen asiático, la imagen de nuestra personalidad ha sido definida asimismo por la clase blanca dominante.

Si somos indios, la gloria de 100 años de una increíble lucha por sobrevivir es glosada con historias de locos salvajes que atacaban y escarpaban a inocentes colonos, y crecimos con caracteres de "monitos", como "Tonto" en *El Llanero Solitario* (siendo la implicación sobradamente clara). E inclusive si somos blancos, se loan las hazañas de nuestros antepasados colonialistas e imperialistas y nos enteramos muy poco, en cambio, si siquiera lo hacemos de algo, acerca de los trabajadores, los organizadores sindicales, los abolicionistas, las pioneras de los derechos de la mujer y otros revolucionarios heroicos de nuestro pasado.

Al decidir celebrar —este año— una victoriosa batalla india, en lugar del 4 de julio, como nuestra gran fiesta anual para regocijo de la población, queremos aprovechar la ocasión para explorar

nuestro pasado indio y elevar nuestra conciencia acerca de algunos de los hechos dejados de lado en nuestra historia y nuestros libros de texto. De paso, destruiremos algunos mitos y adquiriremos un poco más de información verídica con que comprender mejor nuestro pasado y nuestro presente colectivos, lo que nos permitirá luchar más eficazmente juntos para la consecución del futuro que todos nosotros queremos.

Para empezar, *no fue* Colón quien descubriera América, porque es lo cierto que cuando Colón dio con el continente americano y lo confundió con la India, a fines del siglo xv, ya exploradores escandinavos y célticos habían llegado reiteradamente allí en el curso de los cuatrocientos años precedentes. Y aun antes de los escandinavos y los célticos, existen pruebas de que antiguos chinos pusieron pie sobre el continente americano casi quinientos años antes de nuestra era. Y a todas estas expediciones se enfrentaron nuestros antepasados americanos originales: los indios. De modo que la explotación que Colón puso en marcha difícilmente puede designarse como descubrimiento.

Se le da mucha importancia a Colón, porque es europeo y personifica así la raza y los valores de nuestra clase dominante. El Día de Colón es fiesta nacional en los Estados Unidos, y en otros países americanos —en México, por ejemplo—, el 12 de octubre se celebra como *El día de la Raza*, lo que es más significativo todavía. Es la misma clase de mentalidad colonial la que hace del día de Colón el Día de la Raza para una población india de piel predominante oscura, que la que reproduce un prototipo rubio, de ojos azules, en casi todos los anuncios, carteles y películas mexicanos. Así, pues, nos enseñan que Colón es el padre de nuestra raza, pero poco nos dicen, en cambio, acerca de las actitudes que Colón y sus contemporáneos llevaron consigo a los pueblos del Nuevo Mundo. He aquí dos citas del diario de Colón:

Me parece a mí que esta gente es ingeniosa y daría buenos servidores.

Esta es de la anotación del 12 de octubre de 1492, el propio día en que celebramos su "descubrimiento". Y he aquí la anotación del 14 de octubre del mismo año:

Esta gente es muy poco experta con las armas. . . Con 50 hombres se los podría subyugar a todos y obligarlos a hacer todo lo que quisiéramos.

La colonización española se caracterizó por correría con captura de esclavos, violación y asesinato, que condujeron a levantamientos y rebeliones por parte de aquéllos. Los españoles reprimieron estas rebeliones con matanzas en masa. También el trabajo forzado y el hambre cobraron un fuerte tributo de la población india. Epidemias de enfermedades contra las que no tenían inmunidad natural los debilitaron también y redujeron fuertemente su número, lo mismo que las ejecuciones en masa y las torturas. En esta forma, cientos de millares de indios fueron reducidos a unos pocos miles y, en algunos casos y lugares, fueron inclusive exterminados por completo.

Hay algunos historiadores liberales (la mayoría de los historiadores pertenecen a la clase blanca dominante, escriben desde el punto de vista de esta clase y sirven a sus intereses) que difieren en cuanto a las cifras que dan del número real y la proporción del genocidio indio, pero no discuten, con todo, el hecho mismo del genocidio. Y admiten también como algo perfectamente lógico el que este genocidio condujera a otra forma de racismo y explotación institucionalizados, esto es, al tráfico de esclavos en gran escala, que había de reemplazar con mano de obra negra traída del continente africano aquello que nunca llegó a ser trabajo forzado rojo en el lugar.

Poco es lo que nos han dicho de la gran resistencia india. Durante toda la subyugación americana, trabajo forzoso, persecución religiosa, hambre y violencia condujeron todos ellos a una forma u otra de rebelión siempre contra fuerzas superiores. Esto se aplica tanto a los incas, en Perú, como a los aztecas, mayas, etc., y aun a los tarahumaras y los yaquis más modernos, en México, y a los pueblos y apaches de nuestro propio suroeste, así como a los llanos y a otras tribus en todos los Estados Unidos.

Entre los tarahumaras mexicanos se produjeron más de doce rebeliones, en cuyo transcurso más de 10 mil indios fueron muertos en un período de 50 años. Actualmente no quedan más que unos pocos miles de tarahumaras, y hace unos pocos años, en un típico antagonismo entre la bondadosa superioridad imperialista de los Estados Unidos y el seudonacionalismo subimperial mexicano, unos furgones de alimento enviados por grupos eclesiásticos "privados" de los EEUU fueron rechazados por el gobierno mexicano, so pretexto de que "México podía cuidar de sus tarahumaras por sí mismo".

Los yaquis y los mayos tienen una gran historia de resistencia, lo mismo que otros pueblos; en 1680, los pueblos del río Grande

se mantuvieron fuera del dominio español por espacio de 18 años. Esta fue la rebelión india particular más afortunada.

Los europeos llevaron no sólo violencia y opresión a los americanos nativos, sino también valores opresivos. Otro mito que podemos destruir aquí es el de que la práctica de escalar fue una innovación india. En efecto, esta práctica fue introducida en las Américas por los colonos holandeses, quienes, al igual que los españoles, necesitaban una forma fácil de llevar la cuenta de los asesinatos de indios. El gobernador de Nueva Holanda fue el primero que introdujo la práctica de escalar como manera de reunir primas sobre los indios. Y la tradición sigue floreciendo en los EEUU, como lo atestiguan los collares de orejas y manos de vietcongs que los mercenarios americanos se ponen.

Los holandeses permitieron que los indios les ayudaran a sobrevivir en la nueva tierra durante los primeros inviernos, pero iniciaron luego el genocidio sistemático de todas las tribus de la costa oriental. Los colonizadores ingleses estaban interesados en la tierra, de modo que su objetivo consistía en quitársela a los indios. Los franceses, por otra parte, estaban más interesados en el negocio de las pieles y, puesto que este negocio depende en gran parte de cierta cooperación de los indios, los franceses no los expulsaron del lugar, sino que trataron, antes bien, de mantenerlos en él, apoyando la idea de las reservaciones.

A medida que vamos aprendiendo más acerca del carácter de nuestros "padres fundadores", la guerra americana de Independencia se nos hace más antipática. En efecto, no sólo poseyeron los fundadores modernos de nuestra nación esclavos negros a quienes subyugaban y negaban todos los derechos, pese a que hablaban de libertad, sino que la revolución misma se basó en el genocidio indio. El historiador indio contemporáneo, Burning Bear, ha escrito en un ensayo sobre los americanos nativos:

La revolución mediante la cual los Estados Unidos obtuvieron la independencia no fue una guerra de la gran masa del pueblo. En realidad fue un número relativamente pequeño de inmigrantes el que participó en las luchas, y ambas partes se sirvieron de indios para que combatieran por ellos. La mayoría de los indios, especialmente entre los iroqueses y los cheroquíes, se pusieron del lado de las fuerzas inglesas, debido sobre todo a la falta de honradez, la brutalidad y la avaricia de que habían sido víctimas en manos de los insurgentes coloniales americanos.

Después de la guerra siguió el largo período de tratados firmados entre el gobierno de los EEUU y las diversas tribus indias.

Todos estos tratados fueron violados, del mismo modo que los EEUU han mostrado el desprecio de los tratados internacionales en todo el curso de su historia, no constituyendo la vulneración de los acuerdos de Ginebra acerca de Indochina, más que un ejemplo entre docenas.

La política india de los EEUU ha sido descrita en forma muy vaga en nuestros libros de texto. El Presidente Thomas Jefferson fue uno de los primeros que practicó la política oficial del desplazamiento forzoso de los indios de sus tierras. Los colonos se sirvieron de toda clase de ardidés y falsas promesas para obligar a los indios a abandonar sus tierras, renunciar a sus derechos o vender dichas tierras y dichos derechos por cantidades irrisorias de dinero.

El Presidente Andrew Jackson fue partidario del método de guerra de la "tierra quemada" contra los indios. Los echó sencillamente por medio del fuego. Fue durante la presidencia de Jackson que se creó el Departamento de Asuntos Indios. Estuvo entonces bajo la jurisdicción del Departamento de la Guerra, con el que permaneció hasta 1849, en que el Departamento del Interior lo heredó. (Y ahora que hablamos de presidentes de los EEUU, no queremos dejar de mencionar que el Presidente Lincoln se alistó en el ejército para combatir a los indios, en 1832, en la Guerra del Halcón Negro).

El desplazamiento de los indios, que se debatió en la prensa nacional y en los organismos de gobierno y se aplicó con mayor rigidez en unos lugares que en otros, se convirtió finalmente en ley, en 1830. Los cherokees, los creeks, choctaws, chickasaws y seminoles fueron cercados y juntados, como animales, y conducidos en rebaño, por la "Vereda de las Lágrimas" a Oklahoma. Hasta 100 personas murieron diariamente de agotamiento, hambre y brutalidad en manos del Ejército de los EEUU. Unos 100 mil indios perecieron en dicha marcha forzada. Sin embargo, en el informe del Presidente Van Beuren al Congreso, de diciembre de 1838, podemos percibir ya la hábil tergiversación de las relaciones públicas que sigue caracterizando las "explicaciones" de los EEUU aún en nuestros días. Dice así: "Me es particularmente grato informar al Congreso del traslado completo de la nación cherokee de indios a sus nuevos hogares al oeste del Misisipi. Las medidas autorizadas por el Congreso en su última sesión han tenido el efecto más feliz..." ¿Feliz para quién?

La única resistencia relativamente eficaz a este desplazamiento forzoso fue la que opusieron los seminoles. La lucha le costó al Ejército 50 millones de dólares y la pérdida de 1,500 hombres a manos de los guerrilleros indios en los Everglades (Florida). Se

trata en ésta de una guerra de guerrilla que la mayoría de los americanos ignora inclusive que tuviera lugar. Sólo fueron capturados un puñado de indios, la mayoría de ellos con el engaño de la bandera blanca de tregua, y todos los jefes hechos prisioneros fueron asesinados.

En 1843, la Oficina de Asuntos Indios anunció una nueva "solución del problema indio" (recuérdese las soluciones de los problemas judíos por parte de la Alemania nazi). La OAI propugnó "menos paga para una población menor". La idea era: reduce la población, y la tierra se comprará más barato.

Nuestros textos pululan de nombres de individuos que nos han sido presentados como "héroes" y que en realidad fueron criminales, como George Armstrong Custer, Kit Carson, los generales Sheridan, Sherman y Crook, y otros. Pero hubo, en cambio, muchos héroes indios de los que nada sabemos y que fueron verdaderos ejemplos de valor, de ingeniosidad y de fortaleza, antimperialistas que lucharon con una enorme desventaja y que a menudo sólo estuvieron en condiciones de salvar la dignidad de su pueblo. Hombres como Toro Sentado, Caballo Loco, Nube Roja, Joseph Dos Lunas, Cuchillo Embotado, Charlie Cara Cortada, Gerónimo, Nachez y muchos más. Y no decimos nada de las grandes mujeres, innumeradas, en gran parte, en nuestras culturas pasadas.

Las guerras de los indios de los llanos tuvieron lugar de 1862 a 1891 y constituyeron una lucha más de debilitamiento de muchas tribus centrales, como las de los crows, cheyenne, arapahos, sioux, etc. Y hubo además las guerras de los apaches contra los españoles durante su período de ocupación del suroeste. Juntamente con un poder superior, traición tortuosa y otros métodos de verdadero genocidio, los EEUU empezaron a desarrollar los medios más sutiles de propagar la filosofía o la ideología, por medio de la cual su expansionismo y su explotación del Tercer Mundo pudiera proseguirse y aun justificarse.

La propaganda que describe a los indios como símbolos de ignorancia que obstaculiza el gran progreso blanco se basa en la misma clase de racismo que la que presenta a los negros como una amenaza contra la educación de los blancos, en el Sur, o incita los trabajadores blancos a encaramarse a las espaldas de sus hermanos negros. O convierte a la gente amarilla y morena en víctimas fáciles, como "chinks", o "expulsa" a cientos de miles fuera de nuestros límites territoriales.

Un ejemplo típico de lo que ocurría durante estas guerras indias lo constituye el tratado firmado por la Comisión de Paz, de los EEUU, con los oglalas, brules, hunkpapas, miniconjous y los yank-

tonais sioux y los arapahos, en abril de 1968. Los indios estuvieron de acuerdo con aceptar reservaciones, pero se reservaron el derecho de cazar "mientras los búfalos vaguen en números suficientes para justificar la caza". Por supuesto, los colonos adoptaron medidas para lograr que el número de los búfalos bajara rápidamente. Los sioux jamás aceptaron dicho tratado.

En noviembre del mismo año apareció finalmente Nube Roja. En la versión del tratado que firmó, la región del Bighorn (del Gran Cuerno), actualmente el Estado de Montana, obtuvo la condición de tierra de indios no cedida, prohibida a los blancos, a disposición a perpetuidad de las diversas tribus que la habían defendido. ¿Qué ocurrió, en realidad, en el Bighorn?

Todos nosotros hemos oído hablar de la "Última Resistencia de Custer". Este es el nombre con que la clase dominante de los EEUU nos ha enseñado lo que ocurrió los días 25 y 26 de junio de 1876. Pero la verdad es que dicha fecha representa una gran victoria de nuestros ancestros americanos originales sobre las fuerzas colonialistas, racistas y genocidas decididas a exterminarlos, con violación manifiesta de los términos del tratado mencionado. Tal vez fue esta la primera verdadera victoria militar en una guerra que no ha terminado todavía.

El 25 de junio de 1876 —casi a 100 años exactamente de la firma famosa de la Declaración de Independencia—, el general George Armstrong Custer y sus hombres sorprendieron un campamento de indios que invernanaban junto al río del Pequeño Bighorn. Custer y 400 de sus hombres fueron barridos en esta batalla. El propio Custer fue muerto, en el primer asalto, en medio del río. Se publicó en la prensa de aquellos días que cada indio muerto costaba al gobierno ¡un millón de dólares! (De modo análogo a como con el derroche casi increíble de bombas, hombres, armas, técnica, etc., en Vietnam, la estructura imperialista de poder no se detendrá ante nada para extender su control).

Digamos de paso que, en un trabajo de fin de curso para su clase de Ética en West Point, Custer escribió: "El hombre rojo está solo en su infortunio. Le vemos ahora al borde de la extinción, *resistiendo en su último baluarte. . . y no transcurrirá mucho tiempo antes de que se hable de él como de una raza noble, que existió en un tiempo, pero que ha desaparecido*". (El subrayado es nuestro).

La población india había bajado a 44 mil individuos en los días del Pequeño Bighorn. La batalla fue librada por indios sioux y cheyenne. Custer tenía con él a exploradores *ree*, utilizados en forma muy parecida a como las fuerzas de los EEUU se sirven en la actual-

lidad de los saigoneses contra sus hermanos vietnamitas (para no mencionar más que un ejemplo reciente en una larga serie de ellos).

La expresión "Última Resistencia de Custer" constituye un buen ejemplo de la forma en que nuestra historia ha sido distorsionada; en efecto, en lugar de designarse como "La Gran Victoria de los Sioux" por ejemplo, o como "La Gloria de «Caballo Loco»" o aun "La Batalla del Pequeño Bighorn", se la conoce con el nombre del opresor: Custer.

Mucho después que las guerras indias hubieron al parecer terminado, tuvieron lugar todavía algunas batallas aisladas. No más tarde que 1911, los paiutes se enfrentaron al Ejército de los EEUU en los llanos alcalígenos del desierto de Nevada. Los libros de historia llaman a esto la "Irrupción de los paiutes", en tanto que los indios lo designan como la "Matanza del Desierto Negro".

Estos no son más que dos ejemplos de acontecimientos ocurridos durante las guerras indias y la forma en que nos enseñaron acerca de ellos en la escuela, en contraste con una descripción prácticamente sin detalles de lo que aconteció realmente. Finalmente, hacia los últimos tiempos del siglo XIX, las guerras indias llegaron a su término. Para 1885, las fuerzas activas de los apaches habían quedado reducidas a un centenar de guerreros. Aquellos que finalmente se vieron obligados a rendirse, fueron enviados a campos de prisioneros en Florida. El Presidente Cleveland habló de celebrar "juicios por crímenes de guerra" (que nunca tuvieron lugar), e hizo ahorcar a los pocos valientes que quedaban, entre ellos Gerónimo, Nachez, etc. En esta forma, el gobierno de los EEUU inició una nueva etapa en su opresión de los indios.

Hacia 1886, la lucha había prácticamente terminado, y todas las reservaciones habían sido establecidas. Agrupados en éstas, los indios se vieron expuestos a una nueva clase de explotación. En efecto, se vieron perseguidos ahora, en lugar de por soldados de caballería, por políticos, comerciantes, misioneros, funcionarios de la Oficina de Asuntos Indios, etc. Burning Bear dice:

La política del gobierno consistía en tener a los indios subalimentados. La política del gobierno consistía en separar a los niños de seis años de sus padres, cortarles el pelo lindo y corto y enviarlos a sedicentes internados, en los que se les enseñaban materias sin importancia y se les castigaba brutalmente por infracciones insignificantes del reglamento o inclusive por hablar su propio lenguaje. El hacinamiento y la mala alimentación en estas escuelas provocaron epidemias y muertes prematuras. Las escuelas se convirtieron en focos de infección de enfermedades que luego fueron llevadas al hogar y propaga-

das en las reservaciones. Todo esto a sabiendas de la administración de los programas de indios. Se esperaba que los niños murieran, y que aquellos que sobrevivieran ya no siguieran siendo indios. . . Estas prácticas no fueron más que una parte del programa americano de rehabilitación.

¿Acaso no se parece esto a la vida en la escuela de los niños puertorriqueños en Nueva York, o de los niños de los chicanos en California, Arizona, Nuevo México y Texas? ¿Acaso no?

El gobierno de los EEUU no sólo impuso hambre e infección a los indios; los relegó a las tierras más difíciles, les negó oportunidades de trabajo, se abstuvo de educarlos y de atender su salud y los convirtió en carne de cañón en guerras en que en ningún modo estaban en juego sus intereses, sino que trató de destruir además la cultura y la organización social indias.

La Ley Dawes, aprobada en 1887, se conoce mejor, entre nosotros, como la Ley de Atribución de Tierra. En dicha época, los indios seguían poseyendo, al menos nominalmente, unos 150 millones de acres de tierra. El gobierno de los EEUU decidió que los indios fueran granjeros, y que la única forma de ser granjero consistía en poseer cada uno su pequeño pedazo individual de tierra. Puesto que esta tierra era propiedad colectiva de la tribu y que la propiedad tribal constituía la base de la fuerza tribal, el gobierno decidió imponer a los indios la buena vieja clase de propiedad individual americana. A cada familia se le asignó un lote individual, y lo que sobrara había de revertirlo al gobierno. A título de curiosidad, "sobraron" 90 mil acres. Pero más importante que el robo en sí fue, por supuesto, el debilitamiento eficaz de la estructura tribal.

¿Cabe efectuar un análisis de clase de los indios en los Estados Unidos? Únicamente diciendo que *todos* los indios son clase trabajadora o inferior. *Todos* los indios de los EEUU son pobres, cualquiera que sea la medida utilizada para la evaluación. No hay, entre los indios, equivalente alguno del "capitalismo negro"; no hay "capitalismo rojo" alguno capaz de impulsar a los indios hacia el sistema móvil superior de la libre empresa americana. Tal vez sea ésta la razón de que el gobierno americano federal se haya resistido siempre a permitir que los indios llevaran a cabo los programas de indios en alguna forma distinta de las más trilladas. Si alguno de estos programas estuviera realmente en manos de los indios, estaría en las manos *del pueblo*.

La reservación india es más verdaderamente una colonia, en el seno de los Estados Unidos, que el *ghetto* negro, así llamado frecuentemente. La reservación india es un pedazo de tierra en el que

viven indios, mientras que su contenido social y económico conjunto en dicha tierra es controlado por el gobierno a través de la Oficina de Asuntos Indios.

Los recursos naturales son explotados por el gobierno federal. Digamos, por ejemplo, que hay un aserradero en la región: el gobierno lo explota. Los indios que obtienen los mejores empleos son aquellos que mejor sirven a los intereses del hombre blanco, aquellos más afines al hombre blanco. Se crean fricciones entre estos indios y la mayoría de sus hermanos y hermanas. La típica situación colonial está presente en todos los aspectos: en el control de la tierra, los derechos de aguas, la caza, la pesca, el cultivo, etc. Los indios tienen libertad para dejar la reservación, por supuesto (¡también los puertorriqueños tienen libertad para ir a Nueva York!). Pero en tal caso se encuentran ante el *ghetto* urbano, con el choque cultural consiguiente. En la reservación, en cambio, han de someterse al paternalismo; en efecto, son los colonizados, que siempre han de pedir permiso en todo aquello que afecta su vida de tribu. El hombre blanco le ha arrebatado a los indios su autodeterminación y su libertad.

La Oficina de Asuntos Indios ha sido la institución a través de la cual el gobierno de los Estados Unidos ha encauzado la mayor parte de sus nuevos y más sutiles tipos de racismo y opresión de los indios en el siglo xx, aunque se ha visto ciertamente secundado en ello por los misioneros, los grupos eclesiásticos, las obras de caridad, los gobiernos estatales, las fundaciones financieras, las industrias, los "comerciantes", los organismos judiciales y administrativos, los elementos del complejo militar-industrial, los turistas, etc.

La actitud del gobierno de los EEUU para con los indios que viven en su territorio es colonialista por completo; en efecto, explota a los indios en forma muy parecida a aquella con que explota los pueblos de las naciones colonizadas que controla o sobre las que influye, como en la América Latina, África y Asia. La ciudadanía de los indios con respecto a los EEUU es asimismo una idea relativamente reciente del hombre blanco. En efecto, nunca se consideró sencillamente como natural que los hombres y mujeres que vivían en el territorio de los EEUU mucho antes de que llegaran los europeos pudieran ser verdaderos americanos. En 1924, se presentó al Congreso un proyecto de ley solicitando la ciudadanía para todos los indios. Y no más tarde de 1940, el Congreso aprobó procedimientos de naturalización para que todos los indios se convirtieran en ciudadanos.

Si el gobierno tiene frente a los indios una actitud totalmente colonialista, hay indios que piden al menos tantas migajas como las

que recibe el Tercer Mundo. La "Resolución de las Treinta Tribus" salió de una reunión de jefes de tribus en Washington, en 1966, justamente antes de que se presentara ante el Congreso de Johnson un nuevo Proyecto de Ley de Ayuda India. Esta resolución pedía para los indios americanos un programa de ayuda exterior de 500 millones de dólares. En parte, decía:

Permitase al Presidente, al Congreso y al pueblo americano extender a los indios de América los beneficios masivos que se ofrecen actualmente a los ciudadanos de las nuevas naciones de Asia, Africa y la América Latina. . . Pedimos un Fondo de Desarrollo de los Indios de América, con bajo interés, a largo plazo, comparable a los fondos asignados a nuestros primos suramericanos (la Alianza para el Progreso). . . La ayuda a dichos pueblos alcanza un total de más de tres mil millones anuales, o sea más de lo que se ha gastado en favor de los indios americanos entre 1789 y 1960. . .

Esto señaló una nueva etapa en la unidad india y en la decisión de presionar al gobierno federal para obtener al menos una pequeña parte de lo que se les debe a los indios, pese a que haya muchos miles entre la nueva ola y los jóvenes más militantes que están perfectamente percatados de que servirse de la llamada ayuda de los EEUU al Tercer Mundo como ejemplo de algo positivo es simplemente liberalismo.

El programa de ayuda exterior que los indios habían rechazado se basaba en la antigua "Ley de Omnibus". El vicepresidente Humphrey había llegado a la brillante conclusión, en efecto, de que "el método paternalista ya no era apropiado". Y el comisario de Asuntos Indios, Roberto Bennet había asegurado a éstos que el gobierno estaba dispuesto a considerar sus puntos de vista. "Por vez primera", dijo, "consultamos a los jefes indios antes de mandar proyectos de legislación al Congreso. Esto constituye una nueva experiencia para ellos, y algunos vacilan. . . Pero el proyecto conjunto tiene por objeto llevar a los indios a participar en mayor grado en las decisiones". Tan paternalista como siempre, al gobierno hubo sin duda de sorprenderle que los indios no vacilaran en lo más mínimo, sino que rechazaron simplemente el proyecto presentado por 44 votos contra cinco. En una carta acompañando su decisión, que enviaron al Presidente Johnson, decían: "Ya es hora de que el gobierno se percate de modo consecuente de que es nuestro servidor, y no nuestro amo".

Veamos algunas estadísticas relativas a los indios *de hoy*, de los EEUU en los años setenta, pese a la Oficina de Asuntos Indios y a

todo el resto del amasijo bien o mal intencionado que pasa por interés, ayuda, etc. El indio americano tiene una perspectiva de vida de 43 años si vive en una reservación; y si ésta se encuentra en Alaska o Arizona, la perspectiva de vida es sólo de 33 años (compárese con la perspectiva de vida de 70 años, del blanco).

La mortalidad infantil entre los indios es el doble de la del resto de los norteamericanos. Hay entre los indios un 50 por ciento de deserción escolar. Y en las reservaciones es discutible si es o no mejor para el estudiante permanecer en la escuela o desertar, porque es el caso que terminar en una escuela de la Oficina de Asuntos Indios equivale solamente a una enseñanza de ocho años en otras partes del país.

Empleos apenas los hay en las reservaciones. El desempleo puede llegar allí al 75 por ciento. Allí donde hay industria, ésta consiste a menudo en fábricas para la manufactura de proyectiles y rifles, de modo que los indios en busca desesperadamente de trabajo acaban por verse absorbidos en la maquinaria de guerra de los EEUU, en donde trabajan de hecho contra sí mismos y contra sus hermanos y hermanas que comparten sus intereses de clase y raza. Una alternativa consiste en el cultivo de la tierra para la mera subsistencia o la de la recolección tradicional de hortalizas y frutas, o la caza y la pesca. Esta es la razón de que uno de los principales problemas de las luchas recientes haya versado sobre los derechos de caza, pesca y recolección de alimento, derechos que se consignaron específicamente en la mayoría de los tratados y que luego fueron conculcados por las leyes federales y estatales.

Muchas de las familias indias de las reservaciones viven en un nivel de vida muy inferior al nivel nacional de pobreza. El promedio se calcula en 1,500 dólares al año. En el condado de Delaware, Oklahoma, el Proyecto Carnegie ha calculado el ingreso indio *per capita* en 500 dólares al año (!). Esto destruye por sí solo el nuevo mito indio de los EEUU, a saber: el del indio rico, fumador de cigarros, que ha adquirido repentinamente una fortuna con el petróleo o el uranio. En el peor de los casos, a los indios se les trata como prisioneros de guerra, y en el mejor de ellos, se los sujeta a tutelaje, como si fueran niños indefensos. El gobierno federal consideró desde el principio, según vimos, a los indios aptos para luchar por él en sus guerras. Unos 25 mil indios lucharon en la Segunda Guerra Mundial y la guerra de Corea, con otros 40 ó 50 mil trabajando en las fábricas para la defensa. No fue sino hasta 1953 en que se aprobó una ley que permitiera a los indios comprar legalmente bebidas alcohólicas.

Ira Hayes fue el indio pima que en la Segunda Guerra Mundial luchó con los *marines* y, sin querer, contribuyó a la idea errónea de la democracia americana, siendo uno de los famosos cuatro que izaron la bandera norteamericana en Iwo Jima. América le agasajó abundantemente con medallas y banquetes, pero luego lo devolvió a su reservación —sin trabajo, sin esperanza y entregado a la bebida entre dos culturas—, donde acabó ahogándose en cinco centímetros de agua en un foso de desagüe, en el desolado erial que era su "hogar". Constituye esto un ejemplo típico de la habilidad de América para servirse de la gente para sus fines de propaganda y abandonarla luego a la realidad del sistema.

En tiempos de Eisenhower se llevó a cabo el "nuevo asentamiento" de los indios y, como resultado de esta explotación (los indios fueron atraídos a las ciudades para satisfacer la necesidad de mano de obra barata), unos 250 mil de ellos viven ahora en los barrios bajos y los *ghettos* de Chicago, Minneapolis, St. Paul, Denver, Santa Fe, Los Angeles, San Francisco, Oakland y Seattle. Aquí han de hacer frente al choque cultural. En 1967, Carol Bitsui, una estudiante de la Escuela Superior de St. Michael, en Santa Fe, escribió acerca de sus "sentimientos como india navajo":

"Crecí en la reservación, en una pocilga que ni tenía agua corriente ni un botón que pudiera apretarse para obtener agua caliente. Mi cama eran unas tablas para cuna, una piel de carnero y la tierra. Mi alimento fue la leche de mi madre, leche de cabra, bayas, carnero y harina de maíz. Mis compañeros de juego eran mis muñecas, el cordero y las lagartijas. Comía con los dedos. La mayor parte del tiempo andaba descalza. Me lavaba el pelo con raíces de yuca, y me lo peinaba con un cepillo de paja. Llevaba el pelo anudado. Tenía que levantarme temprano. Guardaba las ovejas en el desierto abrasador de Coyote Canyon. Llevaba agua del pozo. Molía maíz para mi alimento. Llevaba leña sobre la espalda y con los brazos. Cardaba lana para mi madre. Algunas veces me quedé sin comer porque no había nada en el armario de mi barraca. Llevaba vestidos hechos del trapo de sacos de harina. Cantaba canciones mientras apacentaba mis ovejas. Montaba a caballo sin silla. Iba en un carruaje al puesto de compra. Le dirigía plegarias al Gran Espíritu de mi pueblo. Respetaba la naturaleza, porque era sagrada para mí. Participaba en las ceremonias de mi gente. Iba a danzas squaw, a danzas del fuego y a danzas Yei Bi Chai, no porque me gustara, sino para ser invitada del anfitrión. Escuchaba las leyendas que contaban mis abuelos. El brujo era mi médico y las hierbas eran mi medicina. No hablaba inglés, porque era una lengua extranjera para mí".

¿Cuántos indios hay? Burning Bear y otros sostienen que hay más de cinco millones de hermanas y hermanos de origen indio. El gobierno de los EEUU pretende que hay 551,559 indios "puros". ¿Dónde podemos considerar que se encuentra la verdad entre estas dos cifras tan dispares? Es probable que, lo mismo que ocurre con los negros, los chicanos y otras minorías, que no sea la cantidad de sangre que un hombre o una mujer tengan en sus venas lo decisivo, sino que lo que hace de él o de ella un indio es si se identifica o no con la gente y los valores indios.

La Oficina del Censo define al indio como "aquel que tiene una cuarta parte de sangre india, o la persona que es considerada como india en la comunidad en que vive". Pero a los empleados del censo se les indicó, en 1940 y 1950, "que no formularan preguntas acerca de la raza y se sirvieran de su propio discernimiento"; pero luego, en 1960, se les indicó que "preguntaran acerca de la raza". En dicho año, las estadísticas de los indios subieron enormemente. He aquí algunas cifras oficiales:

1492	800,000	(hay historiadores que indican hasta 12.000,000 para dicho año)
1600-1845	1.153,450	
1860	44,021	
1870	25,731	
1880	66,407	
1890	248,253	
1900	237,196	
1940	333,963	
1950	343,410	
1960	523,591	(con la adición de 28,078 esquimales y aleutianos, esta cifra sube a 551,669)

Vemos que para fines estadísticos (las estadísticas se utilizan para lo que se designa como ayuda, "solución de problemas", etc.), no hay en los EEUU más que 551,669 indios. Para efectuar una apreciación válida real, necesitaríamos incluir todos aquellos a quienes se les niega enseñanza, higiene y vivienda completas; todos aquellos que en 1953 entraban en una tienda de bebidas alcohólicas y no podían comprar una botella; todos aquellos que viven en las reservaciones y mueren antes de llegar a los 43 años de edad, así como todos aquellos que tratan de hacerse pasar por blancos en las ciudades, con la ilusión de una mejor vida para sus niños, etc. etc. Es obvio que, en tal caso, la cifra se acercaría mucho más al cálculo de cinco millones, de Burning Bear.

De 1950 a 1960, el número de los estudiantes indios en las escuelas secundarias (fuera de las reservaciones) subió de 24,000 a 57,000. En dichos años, la juventud india que asistía por lo menos a un año de escuela superior pasó de 6,500 a 17,000. La juventud india, aunque conserve su cultura propia tal vez más que cualquier otro grupo, iba entrando cada vez más en contacto, a nivel nacional, con una juventud en vías de despertar.

Se produce cierta acción recíproca entre la nueva cultura de la juventud que resultará del fenómeno *hippie* y la antigua cultura india, nunca abandonada u olvidada del todo por la población tribal. El uso del peyote y de otras drogas alucinógenas fue tal vez la práctica más obvia común a la Iglesia americana nativa y otros grupos de ritual indios, por una parte, y el sector de la juventud desertora de la escuela que hizo su aparición primera en San Francisco y Nueva York, a principios de los años sesenta. Al final, se produjeron algunos pocos contactos personales. Al paso que el número creciente de los hippies se dirigía —cuando no se orientó hacia una mayor conciencia política y social— hacia un misticismo que desembocaba en el nihilismo oriental o en filosofías totalmente abstractas y sin raíces en su contexto vital, la visión religiosa o filosófica india suele ir más en busca de una práctica coherente con la autodeterminación y la libertad, que se oponen a la opresión. Nada tiene de sorprendente, pues, que la *cultura de la juventud revolucionaria* (aquel elemento de la cultura juvenil con conciencia social, que busca su herencia de identidad en forma muy parecida a aquella en que los pueblos colonizados de cualquier parte del mundo necesitan redescubrir sus raíces propias) conduzca al nuevo examen de la historia, los valores y la realidad indios.

El amor de los indios por la tierra y su respeto de aquello que produce se reflejan en las tendencias de "retorno a la tierra", entre la juventud, en las raíces del nuevo movimiento ecológico y en los estilos de vida comunal y de la familia extensa que, en diversos niveles de la vida americana, empiezan a emprender incursiones contra la estructura de la familia-núcleo burguesa.

Ahora se producen los vigorosos comienzos de un Movimiento Indio: otro frente en la lucha antimperialista en expansión, tanto dentro como fuera del monstruo. Las antiguas organizaciones indias ya no siguen figurando en la vanguardia. En efecto, grupos dirigidos por blancos, como la AAIA (*Association on American Indian Affairs*), han abandonado el curso paternalista y han expuesto a la vista del mundo la "politiquería" anterior, en relación con la "Causa india", y sus programas de adaptación (según los cuales los bebés indios eran literalmente arrancados a sus padres).

Entre las organizaciones más conservadoras anteriores dirigidas por indios, la mayor es el NCAI (*National Congress of American Indians*). Fue fundado después de la Segunda Guerra Mundial y representa nacionalmente a 183 tribus, con oficinas en Denver y Washington, D. C. Las actividades del NCAI han sido de carácter reformista, pero, históricamente, el grupo ha desempeñado, con todo, un papel importante en el desarrollo de los grupos actuales, más radicales y más orientados hacia la acción.

Mil novecientos cuarenta y cuatro fue un año clave para el joven Movimiento Indio. En efecto, en dicho año, algunos jóvenes estudiantes indios de la Universidad de Nuevo México sintieron la necesidad de reunirse y de discutir acerca de sus raíces, sus necesidades, su situación y la táctica a adoptar con miras a la lucha y a un cambio. No pudieron alquilar una sala en su Universidad y, en forma irónica, se vieron obligados a reunirse en el auditorio de la Catedral de St. Francis, en Santa Fe, unos 100 km al norte de Albuquerque. La vieja iglesia había sido construida en 1862 por esclavos indios. Acudieron gobernadores de los diversos pueblos, ancianos prudentes todos ellos, jefes apaches y navajos, y se reunieron con los estudiantes.

"El Poder Rojo" nació en dicha reunión. La brecha entre las generaciones no ha alcanzado entre los indios las proporciones que ha adquirido entre otros grupos, debido, en gran parte, a una auténtica continuidad cultural. Después de esta primera reunión, los "nuevos" indios se han reunido muchas otras veces, en una diversidad de grupos, de organizaciones y en muchas situaciones distintas, aunque siempre en territorio indio y siempre con la antigua población de las tribus. *La tribu* constituye un aspecto central de la vida y el futuro indios.

El 10 de agosto de 1960, durante la famosa Ceremonia de Gallup, en Gallup, Nuevo México, un pequeño grupo se reunió por vez primera como los "Muslims Rojos". Eran un paiute, un mohawk, un ute, un ponca, un sheshone-bannock, un potawatomi, un tuscarora, dos navajos y un crow. Una de sus preocupaciones consistió en encontrar la forma de evitar el encumbramiento político y social y el culto de los jefes, tan típicos de los blancos. Hablaron de la necesidad de encontrar para sí, "como grupo", un lugar. Esto constituye el "nuevo tribalismo".

Algunos de los nuevos grupos revolucionarios indios son los centros indios de los *ghettos* urbanos (muchos de los cuales llevan a cabo acciones políticas directas, como p. ej. el Centro de San Francisco, que ocupó Alcatraz, y el Centro de Seattle, que trató de ocupar Fort Lawton, en el Estado de Washington). Hay indios

que trabajan en el movimiento de las prisiones, y hay un Grupo Cultural Indio en San Quintín, en la cárcel del mismo nombre, que se ocupa concretamente de los problemas de los prisioneros y los ex prisioneros indios.

Hay el NIYC (*The National Indian Youth Council*), que consta sobre todo de estudiantes universitarios indios que se oponen al paternalismo y la explotación de la BIA. Otros grupos son los Nativos Americanos Unidos, la Alianza de Nativos para el Poder Rojo, en Canadá, el Consejo de los Jóvenes Indios Americanos, el Movimiento Indio Americano, etc.

El Movimiento Indio Americano ha realizado una labor importante de control de la comunidad en los *ghettos*. Organizaron una Patrulla India Americana que empezó a fotografiar y dar testimonio de arrestos de indios en el *ghetto* de Minneapolis, aconsejándolos y compareciendo ante los tribunales en apoyo de dichos detenidos. Tuvieron éxito en cuanto a reprimir la brutalidad de los cerdos y el hostigamiento en aquella área.

Hay en el seno de la lucha india una buena cantidad de jefatura femenina. Las mujeres indias cuentan con una tradición que muestra una buena dosis de mayor igualdad que aquella de que gozan sus hermanas blancas. El presidente de la tribu seminole es una mujer: Betty May Jumper. Anne Wauneka es una consejera de los navajos. Mary Natani es una winnegago activa. Kahn-Tenete Horn y Shirley Witt participan activamente en la resistencia mohawk.

Hay unos cuarenta periódicos y publicaciones indios, en todo el país, que van de liberales hasta revolucionarios.

La lucha india, anticolonialista, para la autodeterminación y la liberación de la opresión y la explotación más extremas, puede caracterizarse también mediante las siguientes palabras de un joven sioux a principios de los años sesenta: "El Poder Rojo vencerá... Ya no luchamos por la supervivencia física. Luchamos por la supervivencia ideológica. Nuestras ideas dominarán vuestras ideas. Vamos a hacer trizas el sistema entero del país".

BOLIVIA DIO UN SALTO ATRAS

LA SITUACION BOLIVIANA TRAS LA NUEVA RESTAURACION OLIGARQUICA

Por *Carlos O. SUAREZ*

La estrategia del imperialismo en América Latina

EN 1904 Theodore Roosevelt se dirigía al Congreso de su país en los siguientes términos: "...No es verdad que los Estados Unidos sienten hambre de tierra o maquinan algún proyecto con respecto de otras naciones del hemisferio occidental, excepto por su bienestar. Todo lo que esta nación desea es ver el establecimiento de naciones lindantes, reglamentadas y prósperas. Todo pueblo que es bien conducido puede contar con nuestra amistad desinteresada. Si una nación muestra que sabe actuar con eficiencia razonable y decencia, en asuntos sociales y políticos, si conserva el orden y paga las obligaciones, no deberá temer interferencias de los Estados Unidos. Una actuación crónica errada o una impotencia que resulte en un aflojamiento de los lazos de la sociedad civilizada, puede en América o en cualquier otro lugar, requerir una posterior intervención de cualquier nación civilizada y, en el hemisferio occidental, la adhesión de los Estados Unidos a la doctrina Monroe, puede forzar a éstos, aunque sin quererlo, en casos flagrantes de tales conductas erradas o de impotencia, al ejercicio de un poder de policía internacional. Si cada país bañado por el mar Caribe mostrase el progreso en estabilidad y justa civilización, tal como Cuba lo ha mostrado, que con la ayuda de la enmienda Platt, desde que nuestras tropas dejaron la isla, igual que tantas repúblicas en ambas Américas, están constante y brillantemente mostrando, todas las cuestiones de interferencia de esta nación en sus asuntos, llegaría a un fin".

Ya en el siglo XIX el antiguo imperio, Gran Bretaña, invadía con sus diplomáticos y comerciantes a las débiles repúblicas nacientes, que de integrantes igualitarias de una poderosa federación (proyecto bolivariano), pasarían a ser parcelas semicoloniales de

los vastos dominios ingleses. La advertencia profética de Mariano Moreno —secretario de la Junta Revolucionaria de Gobierno de Buenos Aires en 1810— comenzaba a cumplirse, porque tal como lo señalara el patriota argentino: "...Por ser Inglaterra una de las más intrigantes por los respetos del señorío de los mares y por dirigirse siempre todas sus relaciones bajo el principio de la extensión de miras mercantiles, cuya ambición no ha podido disminuir su carácter, y bajo estos mismos principios han de ser los que dirijan nuestras empresas hacia sus consecuciones en aquella corte..."

Desde las virtuales secesiones de Uruguay, Paraguay y el Alto Perú (actual Bolivia) del original tronco rioplatense, impulsadas por la conjunción de influencias inglesas y complicidades gubernamentales nativas, hasta los posteriores desmembramientos de Colombia y México (en estos casos en beneficio de Estados Unidos), la constante latinoamericana estuvo vinculada a la balcanización. La desarrollada conciencia imperial británica y la incipiente, aunque no menos agresiva de los norteamericanos, comprendía la imposibilidad de dominar a una confederación de la magnitud de Iberoamérica. De allí en más el destierro o la muerte aguardaban a quienes encabezaron los grandes movimientos de liberación y unidad (Bolívar, San Martín, Sucre, Artigas, Santa Cruz, Martí, etc.), del mismo modo que en nuestro tiempo alcanzaría a muchos líderes revolucionarios de Asia, Africa y América Latina. Los instrumentos, modalidades y tácticas han ido variando y acondicionándose a la cambiante relación de fuerzas políticas y sociales (invasiones militares, Santa Alianza, panamericanismo, empréstitos, instigación de guerras fronterizas, antifascismo o anticomunismo, acción psicológica, OEA, Fuerza Interamericana de Paz, Alianza Para el Progreso, etc.), pero lo incommovible y permanente reside en la decisión imperialista de mantener su hegemonía sobre estas vitales reservas económicas y geopolíticas.

Uno de los productos históricos de la atomización latinoamericana, con todas sus secuelas de atraso, aislamiento y debilidad frente a la penetración masiva del capital monopólico extranjero y la pervivencia del semifeudalismo local, fue la Bolivia inmediatamente posterior a las campañas libertadoras de Bolívar y Sucre. Centro de las ambiciones desde la época de la Conquista española, que ubicaba la alucinante leyenda de Eldorado en la zona alto-peruana y, dentro de ella, en Potosí, virtual eje de la explotación económica del virreinato. La plata de Potosí ordenó los cauces de la colonización hispana, determinando en consecuencia las rutas comerciales y la instalación de ciudades en la franja norte de lo

que es hoy Argentina. René Zavaleta Mercado dice acerca de esa circunstancia: "... A diferencia de lo que ocurrió en la mayor parte de los países latinoamericanos, Bolivia no es una creación occidental, por lo menos culturalmente, aunque es cierto que su realización como Estado nacional moderno sólo puede cumplirse a través de las nociones que allegaron los conquistadores... No comienza con los españoles, pero Potosí es una clave porque, como hecho económico, su descubrimiento, su explotación y sus emergencias, más aún que de la conquista misma que de otra manera no hubiera sido sino una incursión, interrumpen el crecimiento natural, hijo de sus propias causas y procurador de sus propios efectos, separado, congruente y sucesivo de aquel cuerpo social preexistente. Deja de ser autónoma, desde entonces, la evolución histórica del país y el cuerpo nacional debe soportar un crecimiento exógeno, desigual y por saltos, introducido desde fuera, al que ciertamente le cuesta acomodarse, dentro del que debe moverse defensivamente porque la iniciativa histórica no le pertenece... Potosí provee y financia el mercantilismo europeo y lo desencadena pero no podía hacerlo sin hacerse mercantil él mismo. Grandes masas indígenas asisten atónitas a la Colonia como atestiguando indiferentes, petrificadas y marginales la creación del mestizaje altoperuano y sus formas culturales, que conllevan los supuestos económicos e ideológicos que trajeron los conquistadores".¹

*Los límites históricos de los
movimientos nacionalistas*

HEMOS escrito en otra ocasión que: "el mundo asiste desde la década del 50 no sólo a un cambio en la hegemonía de las potencias imperiales, sino también a una nueva estrategia de dominación. Las formas tradicionales del reparto mundial y la dependencia establecida entre países metropolitanos y países coloniales y semicoloniales, han sido fundamentalmente alteradas y se organizan en una nueva perspectiva que obliga a reconsiderar el papel de las clases, el contenido de la lucha y de las tareas revolucionarias de los movimientos de liberación de los países oprimidos por la dependencia imperialista".²

Y en el caso particular de Bolivia, país sometido a la doble sujeción provocada por el colonialismo a partir de la táctica di-

¹ *Bolivia: el desarrollo de la conciencia nacional*. Zavaleta Mercado, René. Editorial Diálogo, S.R.L. Montevideo, 1967.

² *Los nacionalismos en el siglo XX*. Payró, Ana Lía y Suárez, Carlos O., Centro Editor de América Latina, Buenos Aires, 1972.

visionista en América Latina, luego reproducida en varias ocasiones, y el ulterior fracaso de la intentona nacionalista de 1952, el análisis de los límites del nacionalismo en los países oprimidos es prioritario e ineludible. Es por ello que agregábamos: "Si las luchas nacionales fueron en los comienzos de la historia moderna la expresión del capitalismo en ascenso, en su enfrentamiento con las clases y sistemas políticos del antiguo régimen, el nacionalismo que surge en los países de la periferia capitalista en la era imperialista está destinado a provocar el enfrentamiento frontal con un sistema que hizo de la división entre países coloniales y metropolitanos imperialistas el eje central, el motor de su posibilidad de dominación y expansión".

No obstante, ante el confusionismo desatado por las clases dominantes latinoamericanas, que en su momento calificaran a los nacionalismos populares de Cárdenas, Perón y Paz Estenssoro de "fascistas", mientras que otros regímenes (Somoza en Nicaragua, Barrientos en Bolivia, Garrastazu Médici en Brasil, etc.) también eran considerados como "nacionalistas", se hace imprescindible destacar que si los contenidos concretos del nacionalismo han ido variando a lo largo de la historia moderna, no puede hablarse de "nacionalismo" sino de "nacionalismos". Es que las características, contenidos y alcances de las distintas variantes nacionalistas, están directamente ligadas no sólo con el momento histórico que el proyecto específico plantea en una realidad política, económica, social y cultural singular, sin que por ello, luego del deslinde, puedan ser convertidos en categorías generalizables y, por lo tanto, universales.

Nacionalismo opresor de los países imperialistas; nacionalismo revolucionario de los países oprimidos. Existe entonces un nacionalismo, que es el de los países opresores, es decir de las potencias capitalistas desarrolladas, metrópolis de la periferia colonial o semicolonial, que puede manifestarse bajo las formas de la democracia burguesa —Estados Unidos e Inglaterra— o del autoritarismo fascista —casos alemán e italiano—. El modelo extremo se ejemplifica con las dos potencias que salen derrotadas de la Primera Guerra Mundial e intentan reabsorber el desastre convocando a las clases medias urbanas y rurales, aterradas por la crisis, a unirse en torno de un poder autoritario, basado en los grandes capitales monopolistas, para ser utilizadas como masa de maniobra en la aniquilación de la clase obrera organizada y como carne de cañón en la guerra de conquista.

Pero, al nacionalismo autoritario y expansionista de los países opresores se opone el nacionalismo revolucionario de los países opri-

midos por el imperialismo, en el que se encarnan las tareas de la revolución nacional, que es a la vez anticapitalista y antimperialista. A la concepción nacional-burguesa, que exalta como contradicción esencial la de la nación oprimida como un todo contra la dominación oligárquico-imperialista, se enfrenta la del nacionalismo revolucionario; ésta afirma que antimperialismo es también anticapitalismo y lucha de clases contra las clases dominantes nativas, en tanto el capitalismo posibilita la penetración imperialista y la burguesía local, en todos sus sectores representativos, se erige en las presentes condiciones como su agente.

No obstante, el liberalismo y el nacionalismo de los países metropolitanos, enfrentados en la Segunda Guerra Mundial como expresiones distintas de un mismo fenómeno interimperialista, son a la vez ideología de las clases dominantes en los países dependientes. El liberalismo oligárquico de cuño imperialista es aquel que confundió a los pueblos haciéndoles creer que en la Segunda Guerra Mundial se enfrentaban dos sistemas de vida distintos: la democracia contra el fascismo, y no dos grupos de naciones imperialistas que disputaban un nuevo reparto universal; es aquel que anatematizó a los movimientos nacionales, acusándolos de "fascistas", tal como ocurrió con Cárdenas en México, Busch y Villarroel en Bolivia, Perón en Argentina, etc. Es aquel que se asoció, a través de la sumisión al libre cambio, al extorsivo sistema de división mundial del trabajo; es aquel que constituyó un esquema interpretativo de la historia de los países periféricos, donde se encarnaba la idea de la civilización, el avance, el desarrollo y el bienestar, en la implantación a cualquier precio social de las estructuras políticas y los contenidos culturales emanados de los países "civilizados" del mundo, es decir, los países imperialistas.

*La Guerra del Chaco y los intentos
de Busch y Villarroel*

Pocos países tan dotados por la naturaleza de riquezas mineras como Bolivia (estaño, zinc, hierro, cobre, petróleo, etc.), se dan generosamente y brindan una gran producción. Sin embargo, y aun si obviamos el despojo que Bolivia sufriera a manos de Chile (provincias de Tarapacá y Antofagasta), todo ese potencial no redundó en beneficio alguno para la nación hasta el triunfo revolucionario de 1952. La llamada "rosca minero-feudal", representada por Patiño, Hochschild y Aramayo, dominaba en asociación con el capital extranjero sin ningún tipo de restricciones.

En medio de esa situación, caracterizada por el máximo de los atrasos y marginaciones para el campesinado indígena, la virtual inexistencia de industrias manufactureras y la explotación irracional de la minería, que incluía desde luego a los mineros, se produce la Guerra del Chaco. Dos de los países que compartían con Haití la categoría de los infradesarrollados de Iberoamérica —Bolivia y Paraguay—, se enfrentan en los campos de batalla para disputarse las zonas petrolíferas ambicionadas por la Standard Oil Co. y la Royal Dutch Shell.

La debilidad de la clase obrera, la secular opresión e ignorancia que sufrían los campesinos, la reducida proporción de las capas medias, imposibilitaron el desarrollo de partidos o movimientos populares de gravitación numérica y política. Es así que en el ejército, derrotado en la contienda con los paraguayos, surge el fermento de un nacionalismo que encontraría en Germán Busch y Gualberto Villarroel a sus más destacados jefes y exponentes. Hombres jóvenes —Busch apenas había superado los treinta años de edad—, supieron recoger los anhelos inorgánicos e intuitivos de las masas desesperanzadas y vendidas por la oligarquía en los campos y selvas del Chaco, cuando creyendo defender a la patria solamente combatían por los intereses del monopolio petrolero norteamericano.

Los pronunciamientos de 1939 y 1944 estuvieron dirigidos a terminar con la hegemonía de la gran minería y los latifundistas. La oficialidad nacionalista impulsó medidas que afectaban al capital monopolista, gravando las exportaciones de minerales y dando pasos hacia una paulatina estatización de las principales explotaciones. Pero, bien se sabe, la oligarquía y el imperialismo siempre tienen eficaces argumentos a mano para calificar a quienes luchan por la liberación económica, política y social, y así como hoy se le endilga el mote de "castro-comunistas", "subversivos", etc., en aquel momento una de las clases trabajadoras más expoliadas de América Latina fue acusada de "nazi-fascista". Para esos fines sirvió con propiedad la izquierda alienada de aquellos años, que en nombre de "la revolución mundial" contribuyó a restaurar a los oligarcas en el poder, tras el suicidio de Busch y el colgamiento de Villarroel en los faroles de la plaza Murillo.

Zavaleta Mercado define con propiedad a esos sectores "marxistas-leninistas": "... Para grupos de temperamento errabundo e indeterminado resultaba muy atractivo evadirse en medio de esquemas ambiciosos y de totalidades académicas de las tareas revolucionarias del país, a la espera de la revolución mundial. Al fin y al

cabo, José Antonio Arze había sintetizado la revolución mundial en un metro cuadrado de papel, con todas sus etiologías y teleologías. Le piden al proletariado que sea internacional y a Bolivia que luche por la revolución mundial sin apercibirse de que el proletariado de las naciones industrializadas es internacional (cuando lo es) porque es nacional; que puede ser internacional porque ya ha sido plenamente nacional. En nombre del internacionalismo practican los piristas una suerte de provincialismo cosmopolita que se desgarran cuando, en la Segunda Guerra Mundial, los intereses del país no coinciden con los de los aliados. En un momento en que la lucha interimperialista, revestida de ideas que a Bolivia no tenían por qué importarle decisivamente, cuando el país debía observar el conflicto en términos de comprar y vender y ganar posiciones para sí, explotando la emergencia de sus enemigos, la alienación stalinista se asocia con el imperialismo para filiar como nazi-fascista al gobierno nacionalista de Gualberto Villarroel y conspira junto con la rosca y toma el poder con ella, restaurando a la oligarquía en el poder en 1946. Después, los ministros stalinistas en el poder realizan masacres de obreros; al servicio del antifascismo pero matando a los trabajadores que encabezaban la lucha nacionalista. Desde entonces, jamás pudieron salir de ese destino libresco, de tácticas continuamente fracasadas porque no se originaban en ellos mismos".

Esas experiencias políticas del ejército boliviano, luego tan directamente ligado a las decisiones del país, preanunciaban su protagónica participación actual. Busch y Villarroel no llegaron a comprender, y de hacerlo no alcanzaron a llevarlo a la práctica, que el ejército de un país semicolonial, en la era del capital monopólico, no puede coexistir con las estructuras del capitalismo dependiente y, a la vez, cuestionarlo con medidas parciales. O el ejército se transforma en agente del cambio revolucionario y destruye a esas estructuras, o éstas terminan por generar la contrarrevolución y el consiguiente retorno de las fuerzas armadas a sus "funciones específicas y profesionales". No hay ejército apolítico: defiende el *statu quo* y se convierte en ocupante, o acaba con él y se transforma en milicia popular. El pueblo de Bolivia lo comprendió el 9 de abril de 1952, cuando los trabajadores y estudiantes deshicieron a dinamitazos a los masacradores de obreros mineros y defensores del latifundio; años más tarde, la pequeña burguesía desvirtuadora de la revolución restablece al ejército que en 1964 daría el golpe de Estado oligárquico-imperialista.

La gestión de gobierno del MNR

EL Movimiento Nacionalista Revolucionario —MNR— asumió el gobierno después del triunfo de la revolución de 1952. Verdadero frente de clases antimperialista y antifeudal, sus tareas abarcaban la liberación nacional y social del país. Términos indivisibles de la dialéctica revolucionaria en los países semicoloniales, donde no hay transformación económica, social y política posible sin la implantación del socialismo, se frustraron en Bolivia ante la inconsecuencia de la pequeña-burguesía para superar los límites del reformismo. Zavaleta Mercado recuerda al respecto aquella frase de Marx: "Lo más difícil de comprender es indudablemente el santo temor con que aquellos hombres se detuvieron respetuosamente en los umbrales del Banco de Francia", que nos retrotrae a un país altiplánico sudamericano donde el Estado oligárquico había sido destruido política y físicamente (disolución de las fuerzas armadas profesionales), pero luego los equipos dirigentes se encargaron de restaurar "la legalidad" del sistema, que, como se sabe, es la antítesis de la revolución.

"Operan a través del MNR y toman el poder por medio de él pero, el comportamiento de las clases nacionales que son nuevas en el ejercicio del poder —el proletariado y el campesinado— es lo que define la suerte posterior de la Revolución. A través de lo que ocurrió con el sindicalismo minero a partir de 1952 es dable ver el grado en que las clases nacionales, que habían logrado hacer un pacto eficaz para tomar el poder, eran tan poderosas como sin experiencia. Es un sindicalismo que representa al grupo social más tenaz, orgánico y comprometido en la lucha contra el Superestado pero que es, al mismo tiempo, débil ante sí mismo, expresión de lo cual es su organización de tipo caudillista, que se hace en torno a la figura de Juan Lechín".

"La consecuencia final de la lucha por la hegemonía política que se produjo de un modo natural y sorprendente entre las personalidades, los sectores, los grupos y también, de un modo diluido, entre las clases y los sub-grupos dentro de las clases fue, por último, la ocupación del aparato estatal —que siempre tenía un carácter flotante y como provisional porque se estaba haciendo en la medida que el poder se definía— por las capas medias. Más exactamente, por individuos de las capas medias, porque éstas no actúan como unidad. En lo inmediato, el proletariado era el que disponía de más fuerza entre todas las clases nacionales del frente del 52, porque era la más coherente, la más moderna y sistemática. La inclinación natural del propio campesinado, políticamente no-

vísimo, era actuar junto al proletariado; y las capas medias, que tampoco manifestaban desacuerdo con el proletariado y que, por el contrario, trataban de incrustarse en sus organizaciones, de moverse a través de ellas, no eran en aquel momento sino una fuerza menor dentro del MNR".³

La errónea concepción del "doble poder", que si es trasladada mecánicamente de la experiencia soviética de 1917 a las singulares condiciones bolivianas de 1952 o cubanas de 1959, puede derivar en tremendos equívocos, llevó a la dirección de la Central Obrera Boliviana a obrar como factor negativo dentro del proceso revolucionario nacional. Al reducir el poder sindical a la presión economicista, Lechín y sus compañeros dejaron el control del Estado en manos de la pequeña burguesía. Allí estarían las bases del fracaso, primero; de la contrarrevolución, después.

La contrarrevolución barrientista

ATRAPADO por insolubles contradicciones, que son inherentes a todos los regímenes que emprenden un proyecto político nacionalista y popular dentro de los límites capitalistas dependientes, el gobierno del MNR fue derrocado a fines de 1964. Sus doce años de administración dividieron la historia de Bolivia en dos partes bien definidas, desarrollando fuerzas y perspectivas antes insólitas para el país mediterráneo de América del Sur. Las vacilaciones y retrocesos de Paz Estenssoro, Siles Suazo, Lechín y demás dirigentes del MNR, terminaron por acelerar la desintegración de un movimiento que fue capaz de escribir una de las páginas más heroicas en las luchas liberadoras latinoamericanas.

En su reemplazo apareció una clásica dictadura militar pentagonista, defensora del "mundo occidental y cristiano" y, desde luego, dedicada entusiastamente a restablecer los viejos privilegios de los capitales monopolistas extranjeros. Barrientos y Ovando, generales formados en las filas del MNR, simbolizaron el histórico error de quienes posibilitaron el resurgimiento de un ejército infisionado por el Pentágono y la CIA, que de allí en más se instalarían en el Palacio Quemado hasta hoy. Hablar del período que va de noviembre de 1964 a octubre de 1970 —que abarcó la ejecutoria desenfundadamente entreguista y represiva de Barrientos, el breve interregno continuista de Siles Salinas y la mistificación pseudonacionalista de Ovando—, sería incursionar en temas que nos apartarían de nuestro interés central, o sea la consideración de

³ Zavaleta Mercado, René: *Op. cit.*, pp. 135-136.

los fundamentos y características de la dictadura de Hugo Bánzer. Sin embargo, es importante recalcar que el gobierno de Bánzer no significa otra cosa que la vuelta del barrientismo al poder, después del lamentable fracaso del general Juan José Torres, que, nuevamente, vino a demostrar que en Bolivia no habrá liberación sin socialismo, ni socialismo sin la asunción directa del poder por la alianza obrero-campesina.

El gobierno del general Torres

TAL como había sucedido en el vecino Perú, la aparición de guerrillas en las zonas campesinas desató grandes contradicciones en el seno de las fuerzas armadas. Un ejército de extracción popular como el boliviano, integrado preferentemente por reclutas de ascendencia indígena y ligados a los problemas sociales y económicos que afligen al país en su conjunto, influye decisivamente en la oficialidad. Pese a los cursos de West Point y Panamá, sobreponiéndose a la constante prédica anticomunista de la oligarquía, muchos jefes responden todavía a las consignas del confuso y emotivo nacionalismo de Busch y Villarroel. Además, no en vano pasó el MNR por el poder, puesto que, pese a su fracaso final, vino a evidenciar que Bolivia no tiene salidas en el marco de las estructuras que actualmente la rigen y que solamente la Revolución Nacional y Social puede brindarle un porvenir independiente y plenamente soberano.

Tras la confusa muerte de Barrientos (¿accidente o atentado?), Ovando pretende frenar los reclamos populares con algunas medidas objetivamente nacionalistas: anulación de las concesiones a la Gulf Oil Co., resguardo de zonas mineras, etc. Pero, la coexistencia en los mandos ultraderechistas que llevaron a cabo las masacres mineras de Catavi y Siglo XX y el ataque contra la guerrilla del Che, neutralizó cualquier avance hacia lo popular. Esa flagrante contradicción explota el 7 y 8 de octubre de 1970, fechas en las que un grupo de jefes audaces, respaldados masivamente por la clase obrera y el pueblo en general, asumen el gobierno e inician los diez tormentosos meses de una misión irrealizable: hacer la revolución a partir de las bases y estructuras políticas y militares contrarrevolucionarias.

Torres lleva a cabo su acción rodeado de regímenes militares absolutamente dependientes de la estrategia continental de Estados Unidos, como son los de Argentina, Brasil y Paraguay, sin que el contrapeso de Perú y Chile alcanzara para superar esa negativa

gravitación. El golpe de agosto de 1971, del cual surge Bánzer y su caricatura de gobierno independiente, fue directamente alentado por Estados Unidos y financiado por el ejército brasileño.

El escritor Rogelio García Lupo se refiere al acontecimiento en su artículo "Los fusiles y los tanques", señalando con agudeza que: "... El 26 de setiembre de 1969 se abrió el atormentado ciclo nacionalista que concluyó el 22 de agosto de 1971, cuando algunos batallones leales y varios centenares de trabajadores enfrentaron sin esperanzas el alzamiento generalizado del ejército de Bolivia. . . En veintiséis meses las fuerzas hostiles del exterior sufrieron algunos cambios; en consecuencia, también influyeron sobre el realineamiento interno. Hubo un enemigo imperturbable, los Estados Unidos, cuyos tres canales de penetración terminaron de ponerse de acuerdo en agosto para derrocar al general Torres. Quiero decir que el curso firme del régimen nacionalista boliviano exigió a los aliados y los agentes de los Estados Unidos un acuerdo formal para derrocarlo. De este modo el Pentágono incitó a su tentáculo, el barrientismo militar; el Departamento de Estado empujó a su protegido, Víctor Paz Estenssoro, y la CIA movilizó a sus empleados, la Falange Boliviana".

La represión indiscriminada y el entreguismo sin freno alguno han vuelto por sus fueros con Bánzer. El llamado "Frente Nacionalista" no es otra cosa que la conjunción de las tres fuerzas que mencionaba García Lupo, tan supeditadas a Estados Unidos y Brasil que sus voceros lo proclaman públicamente. El anterior comandante en jefe del ejército, general R. Terán, que participara activamente del golpe contra Torres, reconoció la ayuda brasileña en dinero y armas. Por otra parte, las sucesivas resoluciones gubernamentales en detrimento de las nacionalizaciones mineras y la metalurgia (que ya contaban con créditos y asistencia técnica de la URSS y otros países socialistas), demuestran el rumbo de paulatino endeudamiento de la economía nacional a los monopolios norteamericanos. Así se vuelven a pagar muy caros los errores del MNR y de Torres, que en vez de consumir la Revolución transaron con los intereses y fuerzas oligárquico-imperialistas, facilitando de tal modo el contragolpe reaccionario.

El general Torres, en un discurso pronunciado en la Facultad de Economía de la Universidad de San Simón en enero de 1970, da las claves de sus posteriores inconsecuencias. Decía Torres: "... Los militares, por la apertura producida en el campo civil, han venido interviniendo con mayor solvencia en la política de los diferentes países, a tal extremo que prominentes escritores marxistas han admitido que en aquellos pueblos donde su clase trabaja-

dora no está sólidamente constituida en motor de la revolución, pudiera ocurrir una sustitución temporal por las fuerzas armadas revolucionarias en el rol de vanguardizar el proceso de liberación. Eso es lo que ha ocurrido en varios países del Cercano y Medio Oriente y con gran novedad en el Perú y en nuestro país". Esta verdad a medias, que por ser tal resulta sumamente confusa y peligrosa, encierra gran parte del meollo de contradicciones que esterilizaron la gestión gubernamental de Torres.

La comparación respecto al proceso peruano, que como se sabe está dirigido por las fuerzas armadas, constituye uno de los aspectos erróneos en los juicios de Torres. . . En Perú, país sometido hasta 1968 al dominio de una oligarquía terrateniente y de los monopolios imperialistas, nunca se había producido una revolución nacionalista como en Bolivia. Por consiguiente, las transformaciones económicas, sociales y políticas allí realizadas, determinaban condiciones muy distintas para la acción de los respectivos gobiernos, cuyas tareas también eran diferentes. No es lo mismo operar sobre un país donde se llevó a cabo una reforma agraria, que hacerlo en uno en el que se mantienen modos de organización y producción feudales. Nada tiene que ver tampoco una explotación minera nacionalizada (caso boliviano), con otra en manos de los consorcios norteamericanos o europeos (caso Perú hasta 1968).

Pero donde Torres tergiversa totalmente el papel de las clases sociales portadoras de la revolución, es cuando manifiesta que "en aquellos pueblos donde su clase trabajadora no está sólidamente constituida en el motor de la revolución, pudiera ocurrir una sustitución temporal por las fuerzas armadas en el rol de vanguardizar el proceso de liberación". Porque si bien no se puede negar la importancia de algunos ejércitos en revoluciones transformadoras (Egipto, Libia, Perú, etc.), esas experiencias nos muestran que donde los militares pretenden reformar las estructuras sin cuestionar los fundamentos del sistema capitalista, o sea convertirse en "modernizadores", la restauración colonialista es un hecho.

El ejército está habilitado para reemplazar en determinadas circunstancias a la clase obrera y campesina (debilidad numérica, desorganización, carencia de sindicatos, etc.), pero a condición de asumir sus tareas históricas sin desviaciones y consecuentemente. ¿Y cuáles son esas tareas históricas?: terminar con el atraso, recuperar las riquezas para la nación, incorporar progresivamente a los sectores marginados del pueblo a las decisiones políticas, extirpar la influencia de la oligarquía y los monopolios extranjeros, modificar substancialmente la condición de clase de quienes detentan el poder con la incorporación de obreros y campesinos organizados, y, pri-

mordialmente, construir las bases económicas y sociales del Socialismo.

De lo contrario, el destino que corrieron los gobiernos del MNR y de Torres se repetirá ineludiblemente. En la etapa más aguda de la monopolización imperialista en América Latina, cuando como nunca el dilema se da entre socialismo o dictadura neofascista, aquellos movimientos nacionalistas que se agotan en los marcos de un capitalismo de Estado, sólo facilitan la acción de las fuerzas reaccionarias. Al ser absorbidas las llamadas burguesías nacionales por el capital monopólico estadounidense (casos típicos de Argentina y Brasil), el imperialismo se convierte en factor de dominio interno a través del partido militar, cuyas funciones derivan hacia la represión. De allí que esos ejércitos se transformen en gendarmerías coloniales de ocupación, al mismo tiempo que la lucha de liberación se torna esencialmente anticapitalista y excluye de su participación y, desde luego, de su dirección, a los sectores de la burguesía local.

El Frente Revolucionario Antiimperialista y las perspectivas de liberación

CONSUMADO el golpe de Estado colonialista de agosto de 1971, las fuerzas populares han sufrido la más dura de las persecuciones. Obreros, estudiantes y militantes políticos cayeron combatiendo contra la restauración del barrientismo y muchos cientos debieron exilarse o pueblan las cárceles del país. A fines del año pasado, reunidos en algún lugar de Bolivia, los representantes de diversas organizaciones decidieron unirse en el Frente Revolucionario Antiimperialista. Dicho Frente, salvo alguna incorporación o retiro posterior, está integrado por los siguientes partidos y agrupaciones: Fuerzas Armadas Revolucionarias, Partido Comunista, Partido Socialista, Partido Obrero Revolucionario, Partido Comunista (Marxista-Leninista), Movimiento de Izquierda Revolucionario, Ejército de Liberación Nacional y Partido Revolucionario de la Izquierda Nacional.

En un manifiesto dirigido al pueblo boliviano, dice el Frente: "... Los objetivos del golpe fueron tanto impedir el logro de la liberación nacional, consecuencia de la movilización popular, como derrocar a un régimen democrático y anti-fascista. El gobierno Bánzer-Selich es el fruto de una acción coordinada de la CIA y el gorilismo brasileño, los que se valieron de militares reaccionarios y vendidos, quienes contaron con la complicidad de la Falange

Socialista Boliviana (FSB) y la corrupta derecha del Movimiento Nacionalista Revolucionario (MNR). El golpe fascista estalló porque Bolivia se había constituido para el imperialismo yanqui en un punto peligroso y ofensivo del ascenso revolucionario en América Latina. No pudo ejecutarse de un modo incruento. El sangriento asalto fue respondido con la heroica resistencia popular en La Paz, Oruro y Santa Cruz, en la que cayeron trabajadores, estudiantes, militares, revolucionarios, sacerdotes progresistas y campesinos".

El Frente Revolucionario Antiimperialista está todavía en la primera etapa de su organización. Mientras tanto, el callejón sin salida en el que se encuentra el régimen de Bánzer tuvo su manifestación más clara en el enfrentamiento con el sádico coronel Sellich, directo responsable de fusilamientos y torturas contra muchos militantes populares.

Escenario de parte del gran conflicto, Bolivia está hoy en el corazón revolucionario de América Latina. El Frente Revolucionario Antiimperialista, receptáculo como es de una larga experiencia de victorias temporales y largos períodos de frustración y derrotas, es el continuador histórico de las realizaciones de Busch, Villarroel, el MNR y Torres. Los errores y claudicaciones contenidos en aquellos intentos liberadores obligan al Frente a llevar el combate hasta sus últimas consecuencias. La disyuntiva es ya ineludible: socialismo o neofascismo, dado que: "El nudo es temible y los tonos son inciertos, pero estos países deberán ser capaces de precipitar una certidumbre. A lo largo de su propio proceso, el pueblo boliviano ha ido creando, para el efecto, lo que se puede llamar las bases subjetivas de su comodidad para moverse dentro de la insurrección continental. Hace mucho tiempo que ha roto esa barrera tan difícil y larga que hay entre estar quieto y tomar un fusil. El sentimiento heroico de la nación, la flexibilidad del razonamiento táctico, la experiencia carnal de las movilizaciones populares, la capacidad de resistir e inquirir en sí mismo aun cuando todas las cosas lo quieren negar, alienar y dispersar, el conocimiento de lo que es la guerra revolucionaria aun en las condiciones del mayor desamparo son, de nuevo, aportaciones hechas, a su costa, por el pueblo boliviano a la lucha que se promete a la América Latina, en este tiempo abundante y excepcional para los corazones animosos. Este es el proceso de la ideología nacional".

ESPAÑA, 1972

Por Mario MONTEFORTE TOLEDO

Tribulaciones del poder

DURANTE los últimos tres decenios, una serie de coincidencias y descentramientos históricos hicieron posible y firme el gobierno franquista. Muchos atribuyeron el milagro de esta supervivencia a suerte del caudillo, olvidando que los verdaderos elementos de estabilidad en España eran el dominio absoluto de la fuerza, el horror colectivo hacia una nueva guerra civil, la administración eficaz de los negocios públicos y la complicidad de las grandes potencias occidentales como pago a la neutralidad de Franco en la conflagración mundial. Hoy día, todos los factores económicos, sociales y externos han llegado al mismo punto de convergencia; rezagado e inadecuado, el aparato político fracasa en sus intentos de sostenerse con los mismos procedimientos represivos que lo mantenían incontrovertido. El relativo aislamiento del sistema ha creado sus propias contradicciones, sobre todo entre los grupos dominantes, y un movimiento plural de oposición organizada y autónoma que al margen de las diferencias ideológicas, exige una libertad indispensable aun para la evolución del desarrollo económico ya alcanzado.

Este es el marco dentro del cual hay que situar y entender la realidad española.

Franco sigue siendo la autoridad suprema y absoluta; es erróneo pensar que su envejecimiento o el problema de la sucesión sean los determinantes de la crisis. De manera paradójica, el poder personal ha creado *un sistema* ya fuera de su control. Este sistema ha sufrido cambios fundamentales a lo largo de la última década y especialmente desde la aceleración del desarrollo moderno que, pese a sus rasgos periféricos, da a España la fisonomía de un país europeo.

El hecho más importante es la rebelión de la Iglesia. En un magno congreso nacional al que asistieron jefes y sacerdotes, se aprobaron cinco puntos, entre los que deben subrayarse dos: el deseo de la Iglesia de separarse del Estado, para no compartir la

suerte ni la responsabilidad del gobierno franquista, y el perdón que solicita al pueblo español por no haber estado de su parte cuando se le reprimió hasta la esclavitud a raíz de la guerra civil. Tal posición —extraordinaria para un clero como el de España— fue adoptada por iniciativa de algunos jerarcas y de numerosos grupos de sacerdotes avanzados, y no sólo bajo la influencia del Vaticano y de los recientes concilios ecuménicos. La Iglesia está a la cabeza de la campaña "antiatea"; pero ha suavizado su ferocidad "anticomunista" hasta el punto de que muchos curas —y no sólo los vascos y los catalanes— protegen a los obreros perseguidos y protestan públicamente contra la represión de los intelectuales.

El segundo fenómeno que debe destacarse es que el gobierno ya no tiene el sustento de un partido político. La Falange es una entelequia nostálgica; las sedes que se le construyeron en todas partes durante la época heroica del franquismo permanecen semivacías. Las únicas expresiones de vitalidad falangista que observé fueron un pequeño desfile de jóvenes frente a la Puerta del Sol de Madrid gritando a coro "Gibraltar... español", y las publicaciones oficiales del llamado "Movimiento"; estas publicaciones carecen en absoluto de actualidad y mezclan, en imposible equilibrio, añoranza por las Tablas incumplidas de José Antonio Primo de Rivera, descontento por la corrupción imperante, y lealtad hacia el caudillo. Un ala de los falangistas engruesa las filas de los ultras y llega a la extravagante desproporción de opinar que Franco se ha vuelto comunista; como pruebas aduce los crecientes negocios oficiales entre España y los países socialistas, las buenas relaciones con Cuba, el apoyo que en el orden internacional da la cancillería al gobierno chileno de Allende y, sobre todo, la tolerancia hacia las actividades de la izquierda, particularmente en el campo sindical. Por atrasada en el orden económico, por purista en el orden político y por su génesis militar, la Falange cuenta con la enemistad del *Opus Dei*, de la nueva burguesía media usufructuaria del progreso material, y de las fuerzas armadas.

El *Opus Dei* ha perdido mucha influencia en el último quinquenio. Sus dos bancos se ven asediados por los otros siete de capital privado. Los nuevos consorcios industriales, comerciales y financieros, así como un fuerte sector de empresas multinacionales le ofrecen una progresiva rivalidad en el orden de los grandes negocios y en su conjunto, le están ganando la partida como fuerza hegemónica dentro del poder. Líderes de primera fila del *Opus* se han visto mezclados en muy feas operaciones, como la del consorcio Mattera, que asume las proporciones de escándalo nacional. Por otra parte, y ante la decadencia de los otros grupos políticos

del franquismo, el *Opus* había llegado a detentar la supremacía ideológica dentro del gobierno. Todo ello le concita la animadversión de las fuerzas armadas. Pero el *Opus Dei* no se encuentra, ni mucho menos, liquidado dentro de la perspectiva de la sucesión de Franco; de hecho, ya comenzó a elaborar su remozamiento, presentándose como la expresión de la burguesía progresista y como el vehículo más eficaz de la plena integración de España a la Comunidad Europea; en el orden de la articulación de fuerzas, está buscando alianzas, incluso con el centro liberal y con la izquierda.

Otro cambio notable es la evolución de los monárquicos. En cierto momento, parecían destinados a convertirse en el centro político más influyente dentro del panorama sucesorio. Para ello contaban con tres factores propicios: la indefinición ideológica, que les permitía entenderse con buena parte de la oposición; las amigables relaciones con la Iglesia y la trayectoria marginal que los exoneraba de las peores responsabilidades del régimen. Pero Franco liquidó el potencial de los monárquicos; sin afectar la lealtad personal que de buen o de mal grado le otorgan, los dividió al investir a Juan Carlos por sobre el hijo y sucesor natural de Alfonso XIII. Una nueva variante, casi chusca, subdivide a esta pequeña grey: el matrimonio del príncipe Alfonso, hermano menor de Juan Carlos, con la nieta del caudillo. La maledicencia española, que a juzgar por lo que de ella heredamos en Latinoamérica tiene pocos límites, razona de este modo: Franco es un hombre de suerte; murió José Antonio, murieron Mola y Sanjurjo con curiosa fatalidad; a lo mejor algo le pasa a Juan Carlos y la corona de Isabel la Católica tendría que posarse indefectiblemente sobre la testa de la nieta del proletario de El Ferrol. El desarrollo económico ha generado otros cambios, menos hipotéticos: tarde y a la inglesa, los nobles españoles se han vuelto comerciantes a través de las sociedades accionadas, y ruedan como furgón de cola de la nueva burguesía empresarial, aunque sin perder la base latifundista y la gigantesca propiedad urbana que el franquismo no afectó.

Por último, hay que considerar las reticencias de la burguesía media independiente, que aunque beneficiaria del progreso y del orden, se siente vulnerable bajo la presión de las corrientes renovadoras y discriminada por la plutocracia y por el capital extranjero. Destinadas a todo el pueblo español y en particular a esta clase intermedia —coadyuvante fundamental de un capitalismo moderno—, los periódicos publican sistemáticamente noticias sobre la violencia y la inquietud reinantes en otras partes del mundo, a fin de que se aprecie y cuide mejor la paz cristiana tutelada por Franco. Pero la falta de libertades democráticas está perjudicando

ya hasta a las fuerzas capitalistas y no hay sector que menosprecie el peligro de una próxima confrontación.

Plagado de contradicciones al nivel de su cumbre, el régimen español cuenta con un solo punto de apoyo incondicional y eficiente: las fuerzas armadas. Gradualmente postergados por los equipos tecnocráticos y económicos de la gran burguesía, los militares cayeron a una posición subordinada; pero la crisis del poder genera de nuevo la necesidad de su ascenso porque la fuerza es el único medio con que cuenta el sistema para prolongar su vida y diferir su descalabro. Todos los centros del poder están de acuerdo con ello. Hace unas semanas tomó posesión de la jefatura de la Guardia Civil un general de los muy pocos que le quedan a la vieja guardia; doscientas personalidades políticas y económicas de las más altas del régimen asistieron al acto, cuya significación alarmó a la buena gente —y ya no digamos a los opositores. El general —a quien por cierto se identifica como uno de los jefes del sector ultra— pronunció un discurso autoritario y hasta destemplado que no deja lugar a dudas sobre la misión a él encargada.

El problema central del régimen es *continuar dentro de cualquier fórmula franquista*, es decir ingeniada, tramada e impuesta por el caudillo. Examinaremos cuáles son sus posibilidades, en vista de las potencias que alimenta el propio desarrollo económico y del papel que juega la oposición en estos momentos.

Prosperidad económica y miseria estructural

HACE diez años la oposición española se esforzaba por convencer a los visitantes de la pobreza del país, la cual era cierta a nivel europeo, pero hiperbólica a los ojos de quienes procedíamos de América. Hoy ningún opositor serio gasta pólvora en atacar al gobierno por ese flanco porque el desarrollo salta a la vista; los obreros viven decorosamente y sólo en algunas regiones rurales se ve pobreza, aunque no miseria. El mundo abisal ha desaparecido de las ciudades.

El gobierno puede enorgullecerse de su obra promocional. Nuevos centros fabriles han sido diseminados y las técnicas que se emplean en la producción son buenas; en calidad, las manufacturas españolas pueden competir con las de cualquier parte. La electrificación es una de las más aceleradas de Europa; sólo la palabra gigantesca puede calificar a la industria de la construcción, destinada no sólo a las necesidades del turismo sino a edificios públicos y a la solución del problema habitacional en multitud de centros

urbanos. Hay rezagos inexplicables, como las carreteras, que en su inmensa mayoría se hallan en mal estado y empeoran. Mas el progreso se traduce en un consumo bastante alto y generalizado, el considerable aumento del ingreso personal en poco más de diez años, el índice inflacionario moderado y un profundo cambio de la sociedad española: más del 70% del producto nacional bruto es generado por la industria y otras actividades, y ni siquiera el 30% corresponde a la agricultura; el sector agrícola se reduce al 27% de la población.

El problema de la economía española consiste en alcanzar los niveles de las sociedades de alto consumo, como Francia o Alemania; este problema es cuantitativo y semejante al de Italia, en manera alguna equivalente al angustioso tránsito del subdesarrollo al desarrollo, como en el Tercer Mundo.

El progreso de España no es ajeno a la planificación y a la dirección del gobierno; pero tampoco a la intensidad con que trabajan los españoles —incluso los andaluces y los extremeños—, a la iniciativa de los empresarios —no sólo los catalanes y los vascos— y a la influencia del resto de Europa.

La debilidad del sistema es la propia del capitalismo; pero sobre todo hay que atribuirlo a la deformidad estructural que ahonda la distribución inequitativa de la riqueza, impide la libre acción de los mecanismos sociales para corregirla y supedita parte importante de la economía al capital extranjero.

Sólo dos quintos de la tierra española, y por cierto con cultivos de secano, son aprovechables. La insuficiencia de la tierra, la introducción de métodos de trabajo racionales y la supervivencia del latifundio se suman para hacer que casi la mitad de la población rural sobre en el campo. Así surge la emigración de millones de trabajadores, a quienes ya no pueden absorber las industrias nacionales. El sector agrario tiene una renta individual inferior a la mitad del promedio nacional. Dentro del contexto europeo, España no puede incrementar su producción agropecuaria porque su productividad es menor que la de la llamada Europa Verde, pese a que allá la mano de obra es más cara; el Mercomún absorbe únicamente el 10% de la exportación agrícola española; el mercado interno tampoco puede mejorar, mientras no se rompa la estructura social que lo deforma.

La tierra se ha subdividido considerablemente; mas no como consecuencia de una verdadera reforma agraria sino de compras directas que hipotecan a los pequeños agricultores de por vida, consumiendo en amortizaciones bancarias los recursos que requerirían para mejorar sus métodos de trabajo. Subsisten el alquiler

de la tierra, la aparcería y otras formas de explotación del productor. Han surgido también sociedades de agricultores medios que constituyen fuertes empresas exportadoras adventicias sobre fincas ajenas. En su conjunto, la agricultura española es sinónimo de baja rentabilidad, hasta cuatro o cinco veces inferior a la industria, y el Estado ya no puede subsidiarla. En 1971, sin embargo, la economía agropecuaria subió en un 6%, o sea el doble que la industria; mas el fenómeno revela principalmente la crisis de la manufactura y la construcción, que obligan al capital a orientarse hacia otras actividades desde hace cerca de tres años, introduciendo una peligrosa tendencia contraria al proceso de industrialización.

La industria está en crisis por razones análogas: la estrechez del mercado externo, la productividad inferior a la europea, el alza en los costos de producción debido al encarecimiento de las materias primas y a la presión de los trabajadores por mejoras de salarios. La construcción, por último, sufre la más espectacular de las mermas, especialmente si se la compara con lo que fue durante los años de las vacas gordas, cuando la alimentaban la vigorosa urbanización y el turismo. El turismo sigue en boga; pero ya no se justifican más instalaciones para acomodarlo.

Precisa esclarecer un error difundido al respecto. El dinero del turismo y las remesas de los trabajadores españoles desde el resto de Europa contribuyen substancialmente a nivelar la balanza de pagos; pero en muy poco modifican la disociación entre el tipo de desarrollo existente y el tipo de estructura social preexistente.

La economía española está muy infiltrada por el capital extranjero, a pesar de lo cual el gobierno continúa estimulándolo a través de los más generosos incentivos. La composición de ese capital ha variado mucho durante el último decenio. En 1962 el principal aportador era Estados Unidos, con el 28%, seguidos por Suiza, con el 24.4%; la República Federal Alemana apenas figuraba entonces con el 3%. Más de la mitad de esos recursos se invertían en el comercio de bienes inmuebles, sobre el que incidía el ascenso alegre del turismo y de la construcción urbana; el segundo rubro era la fabricación de productos químicos y el tercero la industria de alimentos. El año pasado Alemania Federal se colocó en primer lugar, con el 21% de las inversiones; los Estados Unidos bajaron a 14.6% y Suiza a casi lo mismo. Los productos químicos acapararon el tercio de toda la inversión extranjera, el comercio de bienes inmuebles el 13% y la construcción de maquinaria eléctrica subió al 10%. El gobierno de Franco ha procurado diversificar las fuentes de los recursos externos para impedir la influencia hegemónica de una sola potencia sobre la economía interna, pero tales precauciones no se

extienden en lo más mínimo a la esfera política y militar, en la cual a través de las bases estratégicas y de los tratados públicos y secretos, los Estados Unidos ejercen un ascendiente completo. Un embajador norteamericano en Madrid tuvo el descaro de presumir en público de haber hecho destituir a un canciller español que "obstaculizaba las buenas relaciones" entre los dos países.

Política paralela a la de fomento a la inversión extranjera y al proteccionismo de los empresarios es la retracción del Estado en el campo económico, lo cual además tiende a complacer a los dirigentes de la Comunidad Europea. En 1971 el Banco de España redujo considerablemente los créditos a los organismos y las empresas públicos, y anuncia que continuará reduciéndolos.

El ingreso de España en la Comunidad Europea como miembro pleno es la cuestión fundamental en estos momentos. España comercia con el Mercomún en condiciones tan duras como Marruecos; el engrandecimiento del club europeo a diez socios, la integración de Inglaterra —cliente principal de España— y sobre todo las últimas negociaciones sobre los productos agropecuarios, que cautelan los intereses de Italia y de Francia, colocan a la exportación española en circunstancias todavía peores que las actuales. La plena incorporación es la esperanza de casi todos los sectores económicos españoles, y aun de los sectores políticos y sindicales opuestos al franquismo. El gobierno no está en condiciones de evitar la simbiosis por mucho tiempo, pero trata de que los europeos lo acepten, en lo que cabe, tal como es. El Tratado de Roma veda esta manobra, al exigir a los Estados miembros niveles democráticos de participación social y política. A menos que se produjera un conflicto internacional de incalculables proporciones, es difícil que Franco se salga esta vez con la suya, en el ínterin, la crisis interna empeora y el poder ya no tiene soluciones viables para conjurarla.

La oposición. El movimiento obrero

EL proceso de Burgos, montado hace año y medio contra diez y seis dirigentes de la izquierda, tuvo repercusiones capitales para la vida política española. En primer término reveló la cantidad, la organización y la vastedad de los grupos opositores y su determinación de unirse, por sobre sus diferencias ideológicas, contra la existencia y la continuidad del sistema que encabeza Franco; en segundo término, reveló las contradicciones internas y las presiones externas que impiden al gobierno traspasar ciertos límites en materia de derechos individuales y sociales.

La oposición española está compuesta por un ancho abanico que va desde monárquicos y liberales hasta "izquierdistas" muy radicales y tupamaros vascos. Mientras sus planes, mediatizados por la idea de que el franquismo iba a derrunbarse de un momento a otro, incluyeron programas para organizar un nuevo sistema político en el país, los opositores se fagocitaban entre sí, sembrando inevitablemente la desconfianza y la reserva entre los trabajadores y las capas medias. Superado tal optimismo extravagante y tras un examen más objetivo de la realidad, toda la oposición se puso de acuerdo, a través de pactos expresos entre los grupos de ideas meros incompatibles o de coincidencias tácitas, sobre dos puntos fundamentales: enfrentarse a los abusos del poder, aprovechando hasta el máximo las oportunidades que ofrecen las leyes vigentes, y lograr que se instaure en España, en ningún caso más allá del momento en que Franco muera o trate de imponer a sus herederos, un régimen democrático en el que participen los genuinos representantes de las organizaciones políticas y sindicales.

La más irreductible oposición que hay en España emana del regionalismo. Es también la más compleja y la menos articulada, porque incluye formas evolucionadas del viejo separatismo y frente único de clases históricamente incompatibles. Tal es el caso de Cataluña y el país vasco, y de Galicia en un grado menor. Las regiones no se oponen a Franco por la razón obvia de que representa el poder central sino porque el postulado falangista de la unidad de España ha significado la represión contra sus culturas, sus milenarios fueros democráticos y los intereses de la burguesía y del proletariado locales. Sería inagotable la lista de anécdotas que ilustran este tipo de oposición; cito tan sólo el emocionante espectáculo de las sardanas que bailan los catalanes todos los domingos en el atrio de su catedral gótica, la constante peregrinación de los vascos para rendir homenaje al nuevo roble de Guernica y la equis que embadurnan los gallegos sobre las jotas de todos los rótulos indicadores de las carreteras, para proclamar cómo se escribe su propio idioma.

El regionalismo como factor de oposición política dista mucho de equivaler al separatismo de hueso colorado. Franco ha conseguido el sentimiento de la unidad de España por vías muy distintas de las que se imaginó. La burguesía empresarial vasca y catalana entienden esa unidad en términos concretos de su propia conveniencia; el mercado total de la nación le es indispensable para colocar las mercancías que ha llegado a producir, y la personería de España también, para el comercio internacional, señaladamente los tratos con la comunidad europea. Estos objetivos son iguales para toda la burguesía empresarial española y la hacen solidaria. Correlativa-

mente, y aún en grado mayor debido a la lucha de clases, se articula la unificación de los trabajadores, por sobre las diferencias entre las viejas centrales obreras, que la guerra civil profundizó.

A escala nacional, la oposición que afecta más al poder en España es el movimiento obrero. Por medio de la influencia política de los falangistas y de la represión, el gobierno estructuró los sindicatos verticalmente y los controló durante veinte años. Poco después de 1960 y coincidiendo con la expansión del capitalismo moderno, los trabajadores salieron de su apatía y empezaron a actuar con independencia, en condiciones de clandestinidad que les han dado una experiencia extraordinaria y un liderazgo de toda su confianza. A lo largo de la última década han logrado que se reformen algunos de los artículos más opresivos de la legislación laboral y lo que es más importante, que el gobierno tolere algunas de las actividades extralegales. Una de las mayores conquistas del proletariado español es la comisión obrera, que con absoluta prescindencia del liderazgo charro y del sindicalismo oficial, constituye el verdadero liderazgo de la acción de clase. Integradas en su mayoría por miembros del Partido Comunista, las comisiones obreras se ingenian para la celebración de asambleas y dirigen la táctica y la estrategia de la lucha con amplitud política y responsabilidad.

El movimiento obrero español tiene mucho terreno por conquistar. En el orden político brega por la democracia y en el orden económico por alcanzar los niveles de vida e ingreso ya establecidos en la comunidad europea. Cuando atrás señalábamos el acelerado desarrollo capitalista de España, en manera alguna olvidamos su relatividad; el ingreso *per cápita* asciende a un equivalente de 800 dólares anuales, o sea un tercio del francés y dos tercios del italiano. Los obreros son partidarios de la plena integración de España al Mercomún con dos propósitos: la nivelación de salarios hacia arriba y la unificación del proletariado europeo a plazo mayor.

El movimiento obrero independiente arrastra a menudo al sindicalismo oficial para la gran cantidad de acciones que tiene empeñadas. La prensa española, cuya consigna es silenciar esta lucha, se ve forzada a dar noticia de los casos más espectaculares. Las comisiones obreras rompen ese silencio cómplice por medio de boletines periódicos muy bien informados. Sólo durante los últimos quince días que estuve en España —y de esto hace poco— ocurría lo siguiente: en Cádiz, los obreros ocuparon la panificadora Castro y al ser desalojados a golpes por la policía se refugiaron en la parroquia del Divino Protector, con la colaboración del cura. En Sevilla hubo una larga huelga de los portuarios, manifestaciones públicas de los metalúrgicos, los trabajadores de la construcción y los de las fá-

bricas de abonos. En Alava, huelga en la Michelin, en solidaridad con la huelga de cuatro grandes fábricas. En Asturias, paros en nueve empresas y huelgas en ENEIDESA, UNINSA y Montajes de Asturias. En Madrid, huelgas en la Telefunken y en tres fuertes empresas de artes gráficas, y paros en la Standard Electric (Barajas), Rodamientos SKF, Pegaso, ODAG y el Banco Exterior de España. En Galicia, huelga en la enorme siderúrgica Bazán, de El Ferrol; paros en la Citroën y astilleros Freire, de Vigo, y en los astilleros Astano de La Coruña. En Zaragoza, huelga de los trabajadores de la construcción, la General Electric Española y en la base militar norteamericana. En Canarias, huelgas en la CEPSA y la refinería de petróleo de Santa Cruz de Tenerife. En Cataluña, donde la lucha es más enconada y extensa, sesenta mineros ocuparon por la fuerza el local del sindicato; quinientas mujeres manifestantes se refugiaron en la iglesia de Santa María; hubo un paro en todas las fábricas de Sallent y otros en las carboneras de Figals; mil obreros ocuparon la industria de explosivos de Río Tinto; días antes hubo una enorme manifestación en pleno centro de Barcelona.

A casi todas estas acciones responde el gobierno con la agresión de la policía y multitud de presos; pero la fuerza ya no detiene el vasto movimiento obrero independiente. En la mayoría de los casos, los patronos terminan por aceptar buena parte de las demandas y por incorporar el acuerdo en los pactos colectivos.

El Partido Socialista, los democristianos y los pequeños grupos políticos acaparan la mayor clientela entre los trabajadores; los comunistas predominan en la cúpula de las organizaciones y entre las juventudes.

Estudiantes e intelectuales. La oposición

EL movimiento universitario de Francia en 1968 tuvo en España una repercusión que aún dura. En España, sin embargo, la lucha es menos ideológica, más concreta y frontalmente dirigida contra la dictadura, como forma específica del poder, y contra el sistema que sofoca todas las expresiones de la inteligencia y la crítica. Los universitarios españoles son el detonante de la acción política, el núcleo de participación de la clase media en los proyectos de cambio que se gestan para el país.

Hace unas semanas estaban en huelga casi todas las universidades de España y buen número de escuelas técnicas. Incluso los estudiantes de secundaria se agitan periódicamente. Cada movimiento local tiene sus pretextos; pero las causas comunes son el repudio

a las autoridades oficiales y a la ley de educación, que intenta someter la enseñanza media y la superior a un régimen policíaco.

Estos movimientos tienen siempre el mismo desarrollo. Comienzan por peticiones que el gobierno rechaza; sigue la asamblea general, en contra de las leyes que vedan el derecho de reunión; la policía interviene con brutalidad para aislar y disolver los brotes; hay heridos y multitud de presos; los estudiantes salen a la calle y un amplio sector de la población los secunda; más violencia, mayor radicalización en los planteamientos y en el tono de los manifestos y los discursos; el gobierno respalda a las autoridades y escamotea los juicios contra los responsables de la represión, y acto seguido ocupa las universidades y ante la huelga que se mantiene, las cierra. Esto pasa en Cataluña, Oviedo, Salamanca, Valladolid, Palma de Mallorca, Tenerife, Valencia, Sagunto, Madrid, Santiago de Compostela. Centenares de estudiantes y profesores son consignados a los tribunales militares. Los fallos imponen penas de reclusión conmutables a multas. La multa es el arma predilecta del gobierno contra los intelectuales y los estudiantes que afectan lo que en España se llama la seguridad del Estado, en sus varias y sutiles formas.

Las huelgas estudiantiles y el cierre de las universidades crea un malestar que cunde y se traduce en presiones de los padres, las familias, los comerciantes, la Iglesia. Se reabren algunas facultades y se reanudan las clases; al poco tiempo se renueva el ciclo con mayor virulencia. Los obreros aprovechan tácticamente la situación para agudizar su lucha, especialmente en las ciudades donde hay conflictos universitarios. Las comisiones obreras entran en contacto con la dirigencia estudiantil; un frente nutre al otro y se amplía la base.

El otro grupo de la oposición intelectual está formado por los escritores y algunos gremios profesionales, especialmente los médicos. Toda esta gente, no organizada pero en coincidencia de cansancio, objetivos y determinación de actuar, aprovecha con sagacidad las ocasiones que se le presentan para expresarse. Protesta por los atropellos de la policía, las leyes cavernarias, la censura contra la emisión libre del pensamiento, y se solidariza con estudiantes y obreros. Cuando el canciller norteamericano Rogers visitó España oficialmente hace varios meses, cien intelectuales le dirigieron una carta abierta exponiéndole la situación política del país. Rogers mismo había pedido una franca plática con ellos y el gobierno accedió; pero no bien el funcionario norteamericano tomaba el avión, los firmantes de la carta fueron juzgados y se les impuso multas que en total llegan a seis millones de pesetas, o sea casi cien mil dólares. Las multas oscilan entre 500 y 2,000 dólares. Los intelectua-

les más activos en política ahorran todo lo que pueden, para cuando les caigan encima; otros se niegan a pagarlas y permanecen en la cárcel dos, cuatro, seis meses. Los estudiantes y los obreros, por la mejor articulación de sus respectivos grupos, hacen colectas para liberar a sus compañeros; algunos hombres de negocios, en secreto, proporcionan el dinero necesario a sus amigos intelectuales. No sólo los del estado seglar son víctimas de este tipo de represión económica; también los sacerdotes, a quienes se juzga en tribunales especiales.

Hay penas más graves, e incommutables. No menos de seiscientas personas están presas por actividades políticas, que el gobierno trata de presentar como delitos comunes. La tortura es práctica normal en los separos y durante los juicios; los métodos no son ni siquiera muy sofisticados. Conocí a dos jóvenes obreros y a un estudiante recién salidos de la cárcel, que mostraban aún la huella del tratamiento policiaco.

Los intelectuales de España saben, desde luego, que lo fundamental es el cambio del sistema y la implantación de la democracia; pero su lucha más concreta se dirige contra la censura. Desde la salida del ministro Fraga, quien había suavizado bastante las cosas, se ha vuelto casi a la atmósfera sofocante de los primeros años del franquismo. Sin normas legales precisas, el gobierno incauta ediciones, prohíbe periódicos extranjeros, cierra periódicos nacionales, interviene imprentas y reduce la vida del teatro y del cine a bazofia neutra. Los censores son móviles; pero los nuevos son tan mediocres y tan estrechos como los anteriores. Las casas editoriales se ven forzadas a crearse antenas para adivinar cuál es el momento menos patrullado para lograr la aprobación de un libro. A veces la obra se edita, pero el gobierno la secuestra, con la pérdida consiguiente para los editores. En las librerías de España falta casi todo lo fundamental del pensamiento contemporáneo, particularmente obras que se refieren a los problemas vivos de la sociedad y que de alguna manera pueden contribuir al esclarecimiento del juicio y de la conducta social de los españoles. Ningún profesor expone con libertad en sus cátedras; las obras de consulta indispensable entran de contrabando y circulan como si fuesen pertrechos subversivos, igual que la literatura erasmista durante la colonia española en América. La clase media inquieta de Barcelona o del país vasco va a las ciudades vecinas de Francia a ver cine y a respirar aire más limpio.

En estas condiciones, la lucha de los intelectuales y de los estudiantes de España sólo puede calificarse de heroica. Nada los descorazona o los amedrenta; se juegan enteros, todos los días. Hay,

desde luego, quienes ejercen la oposición amaestrada y el oportunismo so capa de aspirar a una influencia "positiva" dentro del régimen; pero ésta no es la oposición ni jugará papel alguno en la arquitectura de un régimen ajeno al actual. Ni siquiera el gobierno los respeta; lo malo es que son bastantes y dan al extranjero poco avisado la sensación de que predomina un movimiento intelectual conformista.

En el extremo de la oposición está la ETA vasca, que practica la violencia por creerla la única solución capaz de minar y liquidar al franquismo. Parece que ideológicamente está dividida en tres grupos principales y de seguro en otros menores, a la manera del "gauchismo" francés. Ninguna de las grandes organizaciones políticas y sindicales de España está de acuerdo con esta línea de acción; pero no polemiza con la ETA por considerar que ésta es la hora de sumar fuerzas coincidentes.

Sería inexacto y demasiado optimista presentar la situación política de España en términos de una minoría decrepita frente a una oposición avasalladora y compacta. Más de treinta años de dictadura crean poderosos intereses, defendidos por los militares y la policía; por otro lado, la intervención extranjera fortalece al poder para evitar o demorar el cambio. Pero nadie podría negar tampoco la profundidad de la crisis ni la efectividad de los sectores movilizados que la están precipitando.

Junto al espeso quietismo que prevalece en la Europa occidental, el fenómeno de España reanima la esperanza y la fe en un gran pueblo que se negó a morir y a aceptar un destino vasallo.

LOS APUNTES DE LAZARO CARDENAS

LA Dirección General de Publicaciones de la Universidad Nacional Autónoma de México ha comenzado, gracias a un grupo de investigadores de la Facultad de Ciencias Políticas, la publicación de las *Obras* de Lázaro Cárdenas, cuyo primer volumen está formado por las 446 páginas del título *Apuntes*.

Dicho volumen trae un Prefacio de Gastón García Cantú y una Introducción de Cuauhtémoc Cárdenas; el primero hace notar que las presentes páginas no contienen confidencias y sí una especie de relación "de hechos de armas, comentarios políticos, decisiones administrativas, itinerarios y reflexiones significativas"; sin embargo, hay mucho más que eso.

Los enemigos emboscados del ex Presidente, así como los de campo abierto, no han tardado en decepcionarse de los *Apuntes*: esperaban más y, por supuesto, quienes les conocen no esperaban menos. Pero la verdad es que no son estas opiniones o desatinadas críticas las que conceden valor a lo escrito por Cárdenas. Cada lector, cada conocedor de lo que significa el pensamiento y la acción de este gran mexicano, de este mexicano universal, contribuirá a formar la auténtica corriente de opinión sobre estas páginas.

Con *Apuntes* se comprueba por qué Lázaro Cárdenas resulta, hasta este momento y en lo que va del siglo, el gobernante mexicano integral, el hombre que por su bondad y su sensibilidad sociales casi llega a la sabiduría de los grandes problemas de su país durante su sexenio, sabiduría que ya es plena a la hora de su muerte; hombre, cuando gobierna, más de voluntad que de estudio, más de honradez y de buenos propósitos que de compromiso con los grupos privilegiados, suficiente entonces para entender que su mandato debe cubrir a la mayoría y que junto a la necesidad masiva material de ésta, se encuentra la necesidad intelectual, de educación, de cultura. Por eso hoy, su figura no sólo se refleja mediante el recuerdo de la expropiación petrolera y del máximo jalón agrario, sino también en las instituciones de investigación científica, de estudio disciplinado y de difusión cultural. Se podría decir, por esto, que es sintomática la publicación de sus *Obras* por la Universidad Nacional Autónoma de México.

En las páginas de *Apuntes* el lector no sólo encuentra una especie de biografía escueta de un general de la Revolución Mexicana, sino la constatación de una recia personalidad cuya trascendencia histórica está ya pro-

bada y comprobada mediante documentos irrefutables producidos durante su vida toda. Una síntesis de esa trascendencia ha sido hecha por Jesús Silva Herzog cuando en su trabajo "Cárdenas en la Presidencia" escribe: "Para nosotros Cárdenas ha sido el político mexicano de mayor proyección internacional y el mejor presidente de México que iguala en estatura a la personalidad egregia de Benito Juárez".

Por supuesto, no fue el propósito del autor trazar su autobiografía y sí más bien escribir unas páginas que pudieran servir de complemento a otros documentos comprometidos con el uso oficial; se diría que hay en ellas un Cárdenas que, no obstante la relación del tipo de hechos recogidos, va siendo dado desde adentro, desde cierta fecunda intimidad; ilustra el caso estas palabras suyas relativas a Plutarco Elías Calles, el hombre a quien admirara desde sus veinte años de edad: "El distanciamiento definitivo con el general Calles me ha deprimido; pero su actitud inconsecuente frente a mi responsabilidad me obliga a cumplir con mis deberes de representante de la Nación... Durante el tiempo que milité a sus órdenes me empeñé siempre en seguir sus orientaciones revolucionarias; cumplí con entusiasmo el servicio, ya en campaña o actuando en puestos civiles. De su parte recibí con frecuencia expresiones de estímulo".

Este aspecto, sin duda contribuye con elementos valiosos para encontrar, en futuros estudios y análisis de quienes se interesen en su personalidad, puntos claves de su a veces controvertida ideología, para señalarle posibles fallas, para producir nuevos enfoques de su obra a fin que surjan también nuevas verdades, nuevas facetas, nuevos puntos de vista que inviten a la seria reflexión, lo cual hasta ahora no ha sucedido porque la mayoría de los investigadores, críticos e historiadores se han conformado con reiterar bajo ciertas modalidades todo aquello dicho hace treinta años; por otra parte, algunos trabajos parecen destinados, en lo ideológico, a disminuir precisamente lo que caracterizó a Cárdenas: su limpia posición de hombre de izquierda.

En *Apuntes* es notable la presencia del hombre que se equivoca en no pocas ocasiones; sin embargo, ello no debe servir para dar margen a la duda, no deben confundirse las equivocaciones con falta de limpieza, con falta de honradez ante su propia ideología, ¿y sus mismas dudas? —que las tuvo, sin perder por ello su excepcionalidad— no pueden jamás ser identificables con indecisión, cobardía u oportunismo.

¿Qué pudo haber hecho más? También en su momento pudo haberlo hecho Benito Juárez. Igualmente puede responderse con otra pregunta: ¿quién ha hecho más después de él desde su posición y con las posibilidades y recursos de entonces? Y asimismo, puede preguntarse de nueva cuenta: ¿dada la situación histórica en que le tocó desenvolverse, no fue la fiel antena captadora de las necesidades nacionales y las contradicciones internacionales para resucitar, políticamente, los proyectos marginales desde 1910 y 1917 y,

económicamente, realizar buena parte de los postulados revolucionarios en positiva conducta nacionalista?

Las páginas de este primer volumen de las *Obras* de Lázaro Cárdenas son útiles para deslindar no pocas responsabilidades. Así, con la luz indirecta que de ellas emana resulta estallantemente risible las dos formas fáciles que algunos aventajados suelen exponer para juzgarlo, formas manidas, sin perspectivas ya, vergonzosas si no conllevan nueva brillantez: que como hombre de la Revolución Mexicana recibió colaboración de los comunistas y que como izquierdista no se identificó plenamente con ellos; pero esas dos formas de verlo resultan miopes porque distorsionan la imagen de su momento histórico, olvidan apreciar el objeto de conjunto, consistente en que Cárdenas es al mismo tiempo un punto sobre el que convergen varios rayos de luz y un reflejo de las fuerzas progresistas nacionales, que, en un instante propicio, aprovecha una crisis política de carácter internacional enfrentando y derrotando a los bloques de sombra que son los grandes intereses de las minorías locales privilegiadas y de los voraces inversionistas extranjeros.

En los *Apuntes* se ve bien que el autor conocía al enemigo y al colaborador; el 11 de febrero de 1936, en el Palacio de Gobierno de Nuevo León dice a los industriales que amenazan con un paro general: "La causa de las agitaciones sociales no radica en la existencia de núcleos comunistas... Más daños que los comunistas han hecho a la Nación los fanáticos que asesinan profesores, fanáticos que se oponen al cumplimiento de las leyes y del programa revolucionario y, sin embargo, tenemos que tolerarlos".

Los inconformes de entonces han dejado sin duda fieles herederos que ahora directa o indirectamente ven imperdonables fallas en los *Apuntes*; nada lentos sabrán señalar que Lázaro Cárdenas ha escamoteado buena parte del recorrido cronológico que ofrece el primer tomo; es decir, de 1913 a 1940 o de cuando el autor tiene dieciocho años y se incorpora al movimiento armado, hasta el instante de salir de la Presidencia de la República. Porque en efecto, faltan años y hay lagunas en algunos que no faltan. Pero esto puede explicarse de dos maneras; la más llana: no siempre el hombre en campaña, o el hombre cubierto por las ocupaciones, falto de sueño, apremiado por serias responsabilidades, tuvo la suerte de contar con el tiempo mínimo para escribir sus impresiones. La otra: la finalidad de los *Apuntes* no es inflamar más la hoguera contra la Revolución Mexicana cuyos errores e injusticias son ya de sobra conocidos; ello, sin aludir al ánimo de Cárdenas siempre dispuesto a aminorar toda violencia o dato innecesario. Por eso, en 1924 anota que el famoso general Salvador Alvarado fue muerto por fuerzas de Federico Aparicio; y en 1923, el 23 de diciembre, sólo consigna un combate en Huejotitlán.

Mas hay otros detalles en los que el lector simpatizante se puede entretener con agrado. Por ejemplo, desde su temprana juventud revolucio-

naria el autor ya muestra su interés por conocer a fondo el país y las ocupaciones de los respectivos pueblos; según la zona por donde incursiona Lázaro Cárdenas anota si se trata de tierras fértiles o áridas, si es propicia la agricultura o la minería, si se cometen injusticias con el pueblo o no, si hay compañías extranjeras o si los explotadores de las mayorías son nacionales.

Antes de llegar a la Presidencia de la República, en 1931, Lázaro Cárdenas repara una injusticia en Michoacán; el 23 de junio anota: "El 19 del actual decretó el Gobierno del Estado la nulidad de los contratos celebrados en los años de 1905 a 1913 y ampliados en 1928, de los montes de veinte poblaciones de la Meseta Tarasca; contratos que fueron celebrados por llamados representantes de los indígenas con las compañías extranjeras Mexican Finance Company, S. A., Bosques Mexicanos, S. A., Lumber and Development Company of Michoacán, S. A., Compañía Industrial de Michoacán y Michoacán Transportation Company... Al celebrarse estos contratos, los indígenas propietarios de los montes los rechazaron protestando por el atropello, pero fueron callados por las autoridades por nuevas injusticias, enviando a filas a los que más enérgicamente se oponían... Estudiaron el caso el ingeniero Carlos Peralta y los licenciados Leopoldo Gallegos y Gabino Vázquez, quienes demostraron la completa nulidad de los contratos, decretándose la liberación de los montes en decreto No. 46, del 19 de junio de 1931".

En sus *Apuntes* el autor rara vez opta por ser reflexivo y menos por escribir valiéndose de lo que suele llamarse inspiración; no obstante, cuando se trata de ciertos hechos muy apegados a sus sentimientos, sean políticos o personalísimos, su pluma toca tonos de verdadera ternura; un ejemplo surge cuando en junio de 1933 habla de su primera hija: "Ahorita, una hora, se apagó la vida de la niña. Muy difícil que viviera habiendo nacido de seis meses escasos. Le di el nombre de Palmira porque este nombre tiene un rincón del Estado de Morelos adonde vamos contentos con Amalia los sábados y domingos a sembrar ahí con ella árboles y flores que a semejanza de los hijos se ven crecer con cariño. Así, allí en Palmira, aislados del bullicio de la ciudad, respirando el aire sano del campo vimos crecer ilusionados el fruto de nuestro afecto... para verlo morir hoy..."

A pesar de que este volumen no persigue, según antes anotamos, otra cosa que complementar el cúmulo de documentos oficiales desde un punto de vista personal, el lector un poco preocupado por el México de ayer y el de hoy sabrá encontrar en sus páginas datos hábiles para establecer oportunas comparaciones. En diciembre de 1934, cuando Lázaro Cárdenas asume la Presidencia, escribe estas líneas que en mucho podrían ser válidas actualmente: "La situación económica del país; los problemas existentes de uno a otro confín de la República; el abandono en que viven numerosos pueblos; la criminal apatía de muchas autoridades y su falta de interés por

resolver los problemas fundamentales que planteó la Revolución; la actitud de elementos que diciéndose revolucionarios sostienen un criterio conservador; la falta de comprensión de jefes militares que desconocen la finalidad social de nuestra Revolución; los grandes intereses creados por individuos que actúan en la política nacional; las concesiones sobre el subsuelo dadas en contra de los intereses del país; y por último los centros de vicio explotados con autorización de funcionarios federales y locales, me hacen comprender que mi labor será ardua, que encontraré fuertes obstáculos oponiéndome a un programa de moralización, de mejoramiento económico de los trabajadores y de reintegración de las reservas del subsuelo. Pero tengo fe en que podré resolver todo esto apoyado en el pueblo y en la confianza que sepa inspirar al país con mis propios actos".

Y ya se sabe, por medio precisamente de los documentos oficiales y del testimonio histórico unánime que sólo los enemigos del pueblo se atreven a desmentir o a ridiculizar, la confianza que supo inspirar al país y el apoyo popular de que gozó a la hora de las grandes pruebas. Ya se sabe que actualmente casi no existe renglón cívico, legal, cultural, patriótico, económico, político, etc., en el que no se vea reflejada la personalidad liberadora de Lázaro Cárdenas.

Gran parte de dicha personalidad es captable en varios pensamientos nacidos de la reflexión cotidiana y recogidos en *Apuntes*; tratemos de copiar algunos esparcidos en diversos momentos y en distintas páginas:

"Estimular al que cumple con su deber prestigia más que considerarse como únicos capaces para gobernar.

"La organización colectiva impulsa, obliga a hacer caracteres. El abandono atrofia, matando la fuerza individual.

"Para educar a un pueblo precisa actitud moral de los hombres del Poder. . . Eliminación radical de los profesionistas dogmáticos que como los ministros religiosos están entorpeciendo las culturas de las masas. . . A los sacerdotes católicos que están bajo la autoridad del Papado de Roma, debe al igual que a los demás ministros de sectas religiosas, considerárseles como extranjeros y extranjeros perniciosos, porque estorban el progreso de los pueblos.

"Gobernante que aparenta lo que no es, le trae el desprecio del pueblo. . . Mientras que existan complacencias para la inmoralidad no podrá haber un gobierno popular.

"Cuando los individuos se desvían de sus primeras rutas pasando de la modestia a la abundancia es lógico que se tornen en enemigos de los principios de la Revolución a la que pertenecieron.

"La campaña más intensa que se hace en contra de México, desgraciadamente, viene de católicos mexicanos que siguen buscando apoyo en el extranjero. . . Es la misma semilla de los que en otras épocas pidieron la intervención extranjera.

"El caballo en que han montado a Mussolini pronto se cansará.

"¿Cómo hace cambiar la adulación el pensamiento sano de los hombres!

"No puede existir democracia política mientras no se imponga la democracia económica... La democracia en los Estados capitalistas sólo será teórica. Siempre influirá el más fuerte.

"Para un periodo de gobierno de seis años, difícilmente se encuentran hombres que después de tres años trabajen como el primer día. Cuando no los hay, conviene renovarlos".

Por supuesto, no terminan ahí los pensamientos de Cárdenas; hay muchos más; y no resultan hijos vanidosos del afán retórico o del vuelo literario sino hijos congruentes de la observación cotidiana, de la indignación ante determinados actos cometidos por revolucionarios que iban dejando de serlo, de los cambios de actitud en los mejores hombres que habían intervenido en un pasado casi glorioso. Quizá por esto se ha dicho en más de una ocasión que a Cárdenas no le falló el pueblo, sino muchos de sus colaboradores.

Por su parte, el autor cambia evolucionando y superándose, lo cual es correcto y natural; la línea recta de su conducta nace desde antes de incorporarse al movimiento armado, y ya en 1906, a los once años de edad se refleja mediante su carácter de niño-hombre, de niño marginado del juego, de niño que porque tiene buena "letra izquierdilla" entra a trabajar de meritorio en la Administración de Rentas de Jiquilpan y aún se da tiempo para aprender el oficio de impresor, de niño que maneja sus propias ideas acerca de la religión y los sacerdotes y que sabe actuar en defensa de tales ideas. De esa época cuenta su experiencia con un sacerdote que va a confesarlo; dice: "Al acercarme a él me hizo una serie de preguntas con frases que yo tenía el concepto de que los sacerdotes no usaban y que llamaban 'malas palabras'. Al escuchar lo que sólo había oído entre gente que peleaba o en estado de ebriedad, me retiré sin hacer caso de su llamado. Me dirigí violentamente a la puerta y salí encaminándome a mi casa, y participé a mi madre lo que había ocurrido y que no volvería".

Este tipo de experiencias no sólo fortalece sus actitudes sino que enriquece su pensamiento, estimula sus cambios positivos, lo lleva a establecer en algunas ocasiones argumentos comparativos que deben servir para educar a la gente o, por lo menos, para disminuirles su ignorancia. En el transcurso de las páginas de *Apuntes* es palpable cómo la situación aquella del cura en el confesionario va transformándose en algo de mayor esencialidad, en dato de mayores meditaciones, como es probar que el fanatismo religioso obstaculiza la enseñanza de las masas, el aprendizaje escolar de los niños y, por el contrario, hace proliferar la ignorancia que se aferra a la milagrería.

Pensando en tal estafa espiritual y con tendencia a la comparación ejemplar, escribe el 4 de junio de 1935: "Una tromba cayó ayer entre las

14 y las 15 horas sobre la sierra de Milpa Alta y ocasionó la muerte de más de cien personas que se vieron arrastradas por las corrientes. . . La mayor parte de las víctimas se encontraban reunidas en las inmediaciones de la iglesia cuando los sorprendió la corriente. Verificaban una fiesta religiosa".

La evolución positiva de Lázaro Cárdenas conservó siempre columnas fundamentales como su amor desinteresado a los trabajadores, en especial a los proletarios y a los campesinos; por ese amor, equivalente a preocuparse por el futuro de México, no pudo aceptar postulados religiosos ni tratos con las minorías explotadoras del trabajo ajeno; ni pudo asimismo soportar la intromisión de las compañías extranjeras en los asuntos internos del país. Por eso, comprendió el sacrificio de Etiopía primero, y luego el de Guatemala en tiempo de Jacobo Arbenz; igualmente, se indignó contra el matarife del general Sandino y apoyó al gobierno republicano de España presidido por Manuel Azaña. En fin, estos *Apuntes* resultan no sólo una lección aprovechable para un bien entendido nacionalismo mexicano, sino para una perspectiva de unión latinoamericana contra el enemigo común: el imperialismo norteamericano.

Respecto a los cambios, a la evolución de Lázaro Cárdenas, su hijo Cuauhtémoc escribe en la Introducción:

"El se transforma con el pasar del tiempo, evoluciona superándose, haciendo más profundas sus convicciones, más tolerantes y generosas sus actitudes. Decididas fueron siempre sus acciones. . . Trató, en toda situación, de impedir la violencia. Cuando pudo ejercerla, la evitó, demostrando con ello su profundo respeto a la vida. Lo mismo cuando se presentó en San Luis Potosí al iniciarse la rebelión cedillista; asumiendo la Comandancia militar de la región del Pacífico al amenazar tropas extranjeras el territorio nacional; al hablar en una manifestación pública en defensa del pueblo cubano agredido por el imperialismo, en la Plaza de la Constitución, desde el toldo de un automóvil; o recorriendo la Sierra de Chihuahua en 1966".

Aventura del Pensamiento

REFLEXIONES SOBRE LA PERSONALIDAD DE PASTEUR*

Por Manuel MARTINEZ BAEZ

La personalidad

Los elementos que integran la personalidad de todo ser humano provienen de un complejo conjunto de circunstancias de entre las cuales la herencia es a manera de un cimiento en el que se sobrepone otras, originadas en el medio físico y biológico, tales como el clima, el suelo, el paisaje, la flora y la fauna; y los que en el ambiente humano forman la cultura, creada a través del tiempo por antepasados remotos o próximos y transmitida por contemporáneos en situaciones que les permiten influir sobre sus semejantes. Por ello, al reflexionar sobre la personalidad de Luis Pasteur es necesario tomar en debida cuenta las circunstancias de lugar, de ambiente y de tiempo con él relacionadas y que sumadas a su dotación hereditaria y a la influencia ejercida por quienes con él tuvieron ascendiente hicieron conjunción particularmente afortunada.

Pasteur nació en la ciudad de Dole, antigua capital de la provincia que a partir de 1366 fue conocida con el nombre de "El Franco-Condado de Borgoña" o simplemente "El Franco-Condado", situada en el noreste de Francia, colindante con Suiza por el oriente, con Borgoña por el occidente, por el sur con Bresse y por el norte con Lorena y limitada orográficamente por la cadena del Jura y por los valles del Saone y del Doubs. En tiempos de la dominación romana esta región fue una provincia del imperio, la "Maxima Sequana" o "Maxima Sequanorum", adonde las invasiones de los bárbaros varias veces llevaron contingentes humanos de varia procedencia que se mezclaron con la población autóctona galoromana y contribuyeron a dar peculiaridad etnológica a los oriundos de este país. En la Edad Media, cuatro condados ocuparon su territorio, los que se unieron en el siglo x y formaron el Condado de Borgoña. A lo largo de los siglos que siguieron, este hermoso y rico país cambió de dueño varias veces, en virtud de alianzas ma-

* Capítulo del libro en prensa *Vida y Obra de Pasteur*.

trimoniales o de tratados entre quienes allí tenían el poder. En el siglo xv era posesión de la corona de España; en el xvi sufrió los estragos de varias guerras, entre ellas, de la conocida como "La Guerra de Treinta años", concluida en la Paz de Westfalia, la cual confirmó a España la posesión de ese territorio, pero los ejércitos de Francia, acaudillados por Luis XIV, ocuparon después el condado y aun cuando La Paz de Aquisgrán volvió a confirmar los derechos de España unos años más tarde, en 1668 las tropas de Luis XIV volvieron a posesionarse de él, posesión que en 1876 fue confirmada por el Tratado de Nymvegen. Así quedó el Franco-Condado incorporado definitivamente a Francia; la universidad y el parlamento, que tenían su sede en Dole, fueron trasladados a Besanzón, que en lo sucesivo fue la capital de la entidad. La Revolución Francesa la dividió en los departamentos del Jura, del Alto-Saone y del Doubs.

El Departamento del Jura, cuyo nombre se debe a que asienta en la vertiente francesa de la cadena de montañas así llamada, y en donde están situadas la ciudad de Dole, cuna de Pasteur, y la de Arbois, en la que éste pasó su niñez y su adolescencia, es una región montañosa, áspera y feraz, cubierta de vegetación en la que abundan los viñedos, cultivados allí desde tiempos inmemoriales y que dan cuantioso material para hacer vino de varias clases, algunos de calidad extraordinaria, como el famoso "vino de paja". Abunda allí el agua, en corrientes más o menos caudalosas, propicias para el riego y para varias industrias.

Las vicisitudes que en más de una ocasión obligaron a los franco-condales a defender aguerridamente a su país, afirmaron su carácter provinciano, dotado de notorias peculiaridades culturales. Las exenciones de ciertos gravámenes, que antaño les fueron concedidas, y a las cuales se debe el nombre de la entidad, les despertaron y les afirmaron la conciencia de sus derechos. La fragosidad de sus montañas los mantenía confinados en su territorio, la feracidad de sus praderas y de sus ribazos les hacía amar entrañablemente a la tierra que con largueza los abastecía y sus costumbres se consolidaron en una peculiar cultura, patente en rasgos tales como su lenguaje, un "patois" especial, usado ahora todavía en el trato familiar. Por todo ello es natural que los oriundos del Franco-Condado hayan tenido siempre clara idea y vivo sentimiento de patria; de su patria provincial primero y después de su patria mayor de Francia; su patriotismo era más real, intenso y efectivo que el de quienes nacieron en regiones con rasgos locales menos acentuados o en los grandes centros urbanos. Tal sentimiento se manifestaba, en el tiempo de Pasteur, como un estímulo para procurar descollar, para sen-

tir que cada paso que se daba hacia adelante acrecentaba la superioridad de la tierra natal, y, viceversa, para entender que el ser de origen franco-condal obligaba a buscar siempre la superación.

Si Pasteur nació en Dole, sólo residió allí por breve lapso, en los años en blanco de su primera infancia; con sus padres vivió después en Marnoz, también por corto tiempo, y finalmente fue con su familia a residir en Arbois, en donde hizo sus estudios primarios y parte de los secundarios, los cuales terminó en Besanzón. Así, desde su nacimiento y a lo largo de su infancia y de su adolescencia, vivió en su provincia natal y se impregnó con las esencias de ella, en esa edad temprana tan receptiva a las impresiones recibidas que habrán de perdurar por el resto de la vida como impulsos más o menos aparentes u ocultos. En uno de los homenajes hechos a la memoria de Pasteur, en el cincuentenario de su muerte, el profesor Fabre dijo, el 25 de noviembre de 1945, en Arbois: "...las magníficas cualidades de la raza jurasiana de Arbois, raza ciertamente difícil de juzgar y que ofrece una mezcla de valor heroico y de ingenuidad picaresca. El carácter de los de Arbois, a veces un poco rudo, su necesidad de discutir hasta llegar al fondo de las cosas, su amor por la independencia, su voluntad tenaz y ardiente, capaz de luchar por años contra la adversidad; he aquí cualidades y virtudes que Luis Pasteur admiraba sin sospecharlo y que en él se reunían a la perfección". Alguien más, hablando de los oriundos del Franco-Condado, señalaba como sus cualidades típicas "la robustez del espíritu aliada a la suavidad de la imaginación, la solidez en el juicio, la sutileza oculta bajo la apariencia de la obstinación" y decía de la raza franco-condal que "tiene el alma a la vez libre, tenaz, valerosa, segura de sí misma, impregnada de franqueza, desdeñosa de las evasivas, amante de encerrarse en una reserva que algunos toman como menosprecio pero que es, sobre todo, una manera de afianzar su voluntad. Se suele decir del franco-condal que es un «cabeza de palo». Es que nada tiene de socarrón. Ese dicho traduce un temperamento muy particular: lo que quiere, lo quiere; lo que hay que hacer, lo hace; ante la astucia, la amenaza o la fuerza es irreductible".

En Arbois tuvo Pasteur su hogar familiar, al que volvía siempre a pasar sus vacaciones o para enterrar a sus muertos. Ese hogar asentaba en amplia casa situada en una de las entradas de la población, a orillas del arroyo de La Cuisance que hacía factible el trabajo de curtiduría de su padre y en el que el hijo hallaba ocasión para divertirse pescando con anzuelo. En el piso bajo y en comunicación directa con el arroyo estaban las piletas para el curtido de las pieles y el taller para la preparación de los cueros. Más tarde, ya muertos

los padres y las hermanas, Pasteur hizo cegar esos fosos y convertir en jardín la porción del predio que el padre empleaba para ejercer su oficio, y acondicionó la casa para habitarla con mayor comodidad. Hoy es un edificio con las dos fachadas de su esquina tupidamente cubiertas con "vid virgen", esa planta trepadora ornamental muy común en Europa cuyo verdor brillante cambia en el otoño a un bello color rojizo. El respeto y el amor de su nieto y de sus compatriotas han conservado esta morada tal como estaba cuando Pasteur la habitaba y han hecho de ella un museo en el que se pueden ver los varios aposentos, la sala, las alcobas, el comedor, el gabinete de trabajo y el laboratorio que su propietario instaló y en el cual trabajaba cuando en los veranos iba allí "de vacaciones", que lo eran sólo de nombre, ya que solía reservar para entonces estudios y experimentos que requerían especial atención.

Quedan también en Arbois, como recuerdos de Pasteur, a corta distancia de su casa, el edificio del colegio local, que albergaba la escuela en que aquél cursó su instrucción primaria. En uno de los suburbios está "el cementerio viejo", y en él están las tumbas de los padres, de las hijas y de una hermana del gran hombre. Próximo a este cementerio, el templo de San Justo, con su bella y enhiesta torre del siglo xvi, domina el contorno. Desde hace ya buen número de años, en un jardín público, sencillo y bello, conocido como "la promenade Pasteur", hay una estatua sedente de éste, tres lados de cuyo pedestal llevan bajorrelieves con las imágenes de los padres y con escenas simbólicas de la vida del sabio. En torno al poblado, apretados viñedos, amorosamente cultivados, entre los cuales uno, pequeño, situado en una orilla de la población, perteneció a Pasteur, quien hizo en él los experimentos con los que rebatió la contradicción póstuma de Claude Bernard a sus ideas sobre la fermentación.

Algo más que sin duda participó para modelar la personalidad de Luis Pasteur fue el tiempo en que transcurrió su vida; fue lo que venía de siglos anteriores y que surgía del propio siglo en que le tocó vivir, en tres cuartas partes del xix. Nació en 1822, cuando el siglo estaba ya bien entrado, y murió unos cuantos años antes del final del mismo.

De tiempos pasados venía a Francia su lugar sobresaliente en todos los aspectos de la vida del mundo. Las vicisitudes por las que este país atravesó, su declinar después de la muerte de Luis XIV y de los tratados sobre la sucesión en el trono de España, coincidían con la preeminencia de la cultura francesa, manifiesta, por ejemplo, en la progresiva substitución del latín por el francés como lengua sabia y su uso en los tratados internacionales. Ingleses, escandina-

vos, alemanes publicaban sus obras en francés y Federico II de Prusia ordenaba a la Academia de Berlín que en esa lengua publicara sus memorias. Se tenía en alto aprecio la claridad de ese idioma. "Lo que no está claro no es francés", se llegó a decir entonces. La arquitectura europea se afrancesaba notoriamente; se copiaba a Versalles en varias de las cortes. Las ciencias, en sus varias disciplinas; la historia, las bellas letras, la música y la pintura tenían en Francia hábiles cultores y grandes maestros.

El "siglo de las luces" fue antecedente inmediato y efectivo del siglo XIX, y su influencia fue capital especialmente en quienes se dedicaban a tareas de la inteligencia. Factores de variada índole se acumularon en aquel siglo e hicieron cambiar profundamente las ideas dominantes sobre el saber, sobre la verdad, sobre la justicia, sobre los seres en general y en particular sobre el hombre. El desarrollo de la inteligencia impulsó a la Humanidad a revisar conceptos sociales e indujo cambios políticos trascendentes. Las condiciones de vida de las mayorías, en las naciones y en los países, obligadas por formas de gobierno obsoletas y por el incremento de la población en Europa, llevaron a soluciones renovadoras y violentas, o sea revolucionarias, para los problemas que aquellos factores creaban. La mayor de esas revoluciones, que se inició en el Nuevo Mundo cuando en 1776 las colonias británicas establecidas en Norteamérica se rebelaron para obtener su independencia de la metrópoli, afloró en Francia, en 1789, con la Toma de la Bastilla, como acto simbólico, y con la promulgación de la Declaración de los Derechos del Hombre y del Ciudadano como manifiesto ideológico.

Cuando nació Luis Pasteur había pasado ya el agitado proceso de la Revolución Francesa y el de la liquidación de algunos aspectos de ésta; el de la elevación de Napoleón Bonaparte al rango de Emperador de los franceses y el de los episodios fulgurantes de las guerras napoleónicas hasta declinar definitivamente en Waterloo. Para 1822, el año en que Pasteur nació, ya Napoleón había muerto en Santa Elena; reinaba en Francia Luis XVIII, pero las ideas esenciales que propugnó la Revolución Francesa seguían vigentes en muchas personalidades eminentes de los países avanzados y en las esperanzas de los pueblos carentes de bienestar.

Desde el siglo XVII unos cuantos hombres de genio habían descubierto varias de las leyes fundamentales del mundo físico, y en el siguiente los filósofos y los hombres de ciencia de La Ilustración explotaron las consecuencias filosóficas de esas leyes en la creencia o con la esperanza de haber llegado a poseer un concepto racional y completo de las relaciones del hombre con el universo, y este empeño de alcanzar metas que trascendían de las preocupaciones de

la vida diaria, justificaba su pretensión de ser reconocidos como "filósofos naturales". A medida que avanzaba el dominio del hombre sobre el saber, se iba integrando la ciencia con la economía social. La Academia de Ciencias de París y la Royal Society de Londres fueron creadas con el encargo de "hacer útil a la ciencia". Los autores de La Enciclopedia pensaron de manera semejante y las sociedades científicas aplicaron su interés no sólo a estudios filosóficos, sino también a cuestiones prácticas.

Había un empeño predominante por avanzar en el conocimiento del mundo. Progresaba sobre todo la física, y la química la seguía de cerca en sus adelantos. La necesidad de la energía mecánica buscó ésta en la energía calórica, y los intentos prácticos con este fin hicieron pronto indispensable el saber teórico necesario para animar el progreso de aquéllos. El descubrimiento de la electricidad pronto fue seguido por los atisbos de lo que esta forma de la energía podría ofrecer para servir a las necesidades humanas.

En los comienzos del siglo XIX los progresos de la química eran especialmente apreciables en Francia, tanto en el aspecto teórico como en el industrial. La Revolución misma, con sus necesidades militares, estimuló las investigaciones de los químicos, que no sólo dieron los resultados prácticos que se buscaban con ellas, sino que fomentando la busca del saber, hallaron nociones nuevas, generadoras a su vez de otros conocimientos y de otras aplicaciones utilitarias. Pronto la síntesis de nuevos compuestos químicos fue aprovechada para fabricar fertilizantes, materias colorantes y productos utilizables en la medicina.

Todo contribuía a hacer de la ciencia, en pleno siglo XIX, el principal motor del adelanto en el bienestar de la Humanidad. Trabajar en los variados campos de las ciencias era una de las más eficaces formas de contribuir al servicio del hombre, a la creación de riqueza, a la fama y a la gloria de las patrias. Hallar nuevos conocimientos y difundir el saber eran las actividades humanas tenidas en mayor estima, consideradas como las más provechosas, las más envidiables, las más nobles. En este medio intelectual y sentimental vivía Pasteur cuando, aprobado en sus exámenes para la licenciatura, para la agregación y para el doctorado, inició el ejercicio de las profesiones para las que se había preparado con empeño siempre creciente. Este ambiente le dio el más poderoso y decisivo impulso para hacer de sus aptitudes, de sus sentimientos y de su voluntad, lo que constituyó su carrera, lo que lo llevó a ser el sabio genial que sirvió a la ciencia, a su patria y a la Humanidad como pocos han logrado servirlos.

Pasteur reconoció expresamente, en varias ocasiones, el influjo que debió a "su siglo". Dijo así: "Nuestro siglo se distingue de todos los que le han precedido por un prodigioso desarrollo científico e industrial. En ninguna época de la historia del mundo se ha visto, en un período tan corto, semejante acumulación de descubrimientos, tantas aplicaciones nuevas a las artes, a las industrias, al bienestar material de las sociedades. Francia ha tenido una participación inmensa en ese movimiento. Lo ha hecho con distinción y con brillo, y más que ningún otro pueblo, lo ha preparado; porque sería mera ilusión creer que resultados como los que ahora recuerden puedan ser fruto de trabajos rápidos o del concurso de unas cuantas circunstancias afortunadas. El progreso en el orden material se parece al aparecer del follaje y de las flores, que se muestra a las miradas absortas sólo después de una elaboración lenta y obscura de todas sus partes, aun de las más delicadas. También los descubrimientos tienen sus gérmenes ocultos e invisibles, productivos o estériles, en la medida en que hayan sido preparados por el genio, el trabajo, los largos esfuerzos, que son para ellos las fuentes de la vida y de la fecundidad".

En carta dirigida al director de un periódico que atacó su candidatura senatorial, puso estas palabras: "La Ciencia es, en nuestro siglo, el alma de la prosperidad de las naciones y el manantial vivo de todo progreso". En otra ocasión, escribió: "Lo que nos impulsa, lo que nos guía, son unos cuantos descubrimientos científicos y sus aplicaciones".

Los acontecimientos sociales o políticos que ocurrieron en la plenitud del siglo XIX influyeron también en la personalidad de Pasteur. Los sentimientos en él imbuidos en relación con el deslumbrante régimen de Napoleón I lo hicieron naturalmente desafecto a los regímenes monárquicos reales que siguieron a aquél y lo impulsaron a recibir con entusiasmo la revolución que en 1848 destronó a Luis Felipe e instauró la Segunda República, y aun lo llevó a afiliarse a la Guardia Nacional Republicana y a dejar, en un "Altar de la Patria" hasta el último franco de sus pobres economías. Cuando esa república desembocó en el establecimiento de un segundo imperio, aquellas impresiones que en él había sembrado su padre lo llevaron a aceptar con beneplácito un régimen encabezado por quien se llamaba Napoleón, a tener relación personal con el monarca nuevo y a solicitarle y obtener de él ayuda para proseguir y ensanchar sus labores de investigación, y aun para dedicar a la emperatriz su libro sobre la enfermedad de los gusanos de seda. Pero el trágico revés de 1870 le evitó sufrir con la caída de ese régimen y lo impulsó a tratar de hacer algo, cualquier cosa, con tal de

que sirviera, aun en lo mínimo, para levantar a su patria caída en el infortunio, y fue así como hizo sus estudios sobre la cerveza con la intención de mejorar la que se fabricaba en Francia hasta que pudiera competir con la que Alemania elaboraba.

Por entonces se hizo patente su indiferencia por la política, su idea de que sus compatriotas gastaban demasiadas energías en estar buscando siempre nuevas formas de gobierno, y si después se dejó tentar por quienes le sugirieron que presentara su candidatura para el Senado, lo hizo pensando que si triunfaba estaría en posibilidad de servir más efectivamente al progreso de la educación superior y de la investigación científica en su patria.

Aun cuando nada de ello dicen sus biógrafos o sus críticos, no parece creíble que Pasteur haya sido del todo indiferente al grandioso desarrollo que en el mundo, y especialmente en Francia, tuvieron en su tiempo, además de las ciencias, las letras, la historia, la filosofía y las bellas artes. La pléyade cuyos astros de primera magnitud se llamaban Lamartine, Musset, Víctor Hugo, Gauthier, Verlaine, Baudelaire unida al brillante grupo que formaban Balzac, Stendhal, Dumas, Flaubert, Sue, Maupassant, Constant, Nerval y otros, no brillaría ciertamente sin que sus resplandores pasaran impresionando a Pasteur como contribución a la grandeza de su patria y como emulación para que por su parte continuara colaborando a ese fin. Y aun cuando se sabe que no se interesaba especialmente en la música, ¿cómo es posible que ignorara del todo lo que los compositores de su siglo dieron al caudal universal de la belleza con Beethoven, Schubert, Schumann, Mendelsohn, Wagner, Chopin y tantos más? No podemos creerlo ignorante de lo que en esa época crearon Gounod, Halévy, Bizet, César Franck, Massenet, Délibes, Fauré y los demás que dieron tan preciosa contribución francesa a la música de todos los tiempos. Los éxitos de su juventud, como dibujante y pastelista, y su posterior actuación como profesor en la Escuela de las Bellas Artes, en París, no pueden haber dejado de hacerlo sensible a la gran participación de Francia en las artes plásticas con sus pintores y sus escultores que crearon nuevos modos de presentar imágenes, especialmente con la definitiva aportación de los impresionistas y los posimpresionistas.

Más todavía, acaso, han de haber influido sobre Pasteur otras circunstancias, además de las de los lugares y el tiempo en que le tocó vivir. La educación que recibió de sus padres, el contacto con amigos y camaradas en sus años infantiles y después las enseñanzas y los ejemplos de quienes fueron sus maestros contribuyeron, indudablemente, a hacer a Pasteur como él fue. También, a medida que pasaban los años, sus relaciones con colegas en la do-

cencia o en las sociedades científicas y con otras personas del medio oficial o particulares con quienes tuvo que estar en contacto.

Los antepasados de Pasteur eran oriundos y habitantes del Franco-Condado. La más antigua noticia que de ellos se ha encontrado está en los registros del monasterio de Mouthe y data de principios del siglo XVII; los Pasteur formaban "una verdadera tribu" de labradores en la aldea de Reculoz y eran siervos de los señores feudales poseedores de las tierras en aquel lugar. El 9 de febrero de 1682, Dionisio Pasteur casó con Juana David y al año siguiente nació su hijo Claudio, quien habitó en Lemmy, en donde era molinero del conde Claudio-Francisco de Udressier. En 1716 Claudio casó con Juana Belle; murió en 1746; había tenido ocho hijos el último de los cuales, Claudio-Esteban, fue el bisabuelo de Luis Pasteur; a los 30 años de edad, mediante el pago de "cuatro luises de oro de veinticuatro libras" a su señor, Felipe-María-Francisco, conde de Udressier, obtuvo su manumisión el 20 de marzo de 1763, con lo cual él mismo "y la posteridad que de él naciera" quedaron libres "de la mácula de la mano muerta". Al año siguiente casó con Francisca Lambert, con la cual tuvo diez hijos, el tercero de los cuales, Juan-Enrique, estableció una pequeña tenería en el barrio de Chantave y se ganaba allí la vida como curtidor.

Más tarde Juan-Enrique pasó a Besanzón, en donde siguió trabajando como curtidor. Su mujer, Gabriela Jourdan, murió en 1792, a los veinte años de edad, después de darle un solo hijo el 16 de marzo de 1791, Juan-José, quien sería después el padre de Pasteur. Huérfano en tan tierna edad, este niño fue recogido por su abuela materna, quien lo llevó consigo a Salins, y allí más tarde sus tías maternas, casada una con un Chamecin y la otra con un Bourgeois, ambos comerciantes en leña, lo adoptaron como uno de sus hijos, lo amaron tiernamente por compasión de su orfandad y le dieron "educación superior a su instrucción", pues era necesario que Juan-José aprendiera cuanto antes el oficio de curtidor para que pudiera atender a sus necesidades, como su abuelo y su padre.

A los veinte años de edad, Juan-José ingresó como conscripto en los ejércitos de Napoleón I. Fue destinado al que hacía la guerra en España, en donde peleó muchas veces contra las guerrillas comandadas por el famoso Espoz y Mina. Su meritorio comportamiento como soldado hizo que pronto fuera ascendido a cabo, después a furriel y, el 10 de marzo de 1814, a sargento-mayor. Dos días después fue condecorado por el propio emperador con la cruz de Caballero de la Legión de Honor. Poco después cambió la fortuna para Napoleón I, quien se vio obligado a abdicar. Fueron entonces "los adioses de Fontainebleau", el exilio a la isla de Elba,

la vuelta fulminante al golfo Juan y al poder, "los cien días" y, por fin, Waterloo, con lo que terminó la epopeya napoleónica.

Juan-José fue dado de baja; volvió a Salins, resentido profundamente por la caída de su semidios y por la elevación de la monarquía real y recomenzó su vida practicando el oficio que había aprendido y que había dado para vivir a sus padres. Trabajó relaciones con una vecina suya, Juana-Estefanía Roqui, con la que contrajo matrimonio. Poco después partió para Dole, en donde estableció su tenería en una casa en la calle de los Curtidores. Tuvieron un hijo quien vivió sólo por unos meses; en 1818 les nació una hija y, cuatro años después, el 27 de diciembre de 1822, nació su segundo hijo, a quien dieron el nombre de Luis. Tuvieron todavía otras dos hijas. Por algún tiempo Juan-José y su familia residieron en Marnoz, en donde Juana-Estefanía tenía algunos bienes, legados por su madre, pero pronto sintieron la necesidad de buscar un lugar más adecuado para el trabajo de la curtiduría, el cual encontraron en Arbois, en donde se alquilaba una tenería, a la entrada de la ciudad, a orillas del arroyo de La Cuisance. Allí se mudó Juan-José con los suyos y se estableció por el resto de su vida.

Juan-José trabajaba intensamente. Se decía de él que nunca había entrado en un café. Sin embargo, tenía unos cuantos amigos selectos: un médico del hospital local, el doctor Dumont; un capitán de la Guardia Municipal de París, quien pasaba sus asuetos en Arbois; un amante de la historia y un tanto historiador, Bousson de Mairet. De vez en cuando visitaban el hogar de Juan-José y conversaban con él y con su mujer. Empleaba el escaso tiempo libre de que a veces disponía, cuando su hijo era pequeño, en ayudarlo a repasar sus lecciones escolares, o releendo libros de historia que narraban hazañas bélicas, en algunas de las cuales él mismo había participado. Los domingos paseaba por los alrededores de Arbois, vestido decorosamente y ostentando con orgullo una ancha cinta roja de su Legión de Honor. Los días de mercado en Besanzón iba a esa ciudad para vender los productos de su tenería.

Preocupaba a Juan-José el futuro de su hijo, quien cumplía bien sus deberes escolares pero no parecía tener cualidades superiores ni más afición que la ya mencionada en otro lugar, por el dibujo y la pintura. Ambicionaba para él una posición social mejor que la suya propia, como la de profesor en el colegio local. Las insinuaciones del señor Romanet, el director de ese plantel, en el sentido de que Luis siguiera estudios superiores para aspirar a ingresar en la Escuela Normal Superior, en París, lo desconcertaban y eran para él fuente de cavilaciones pensando en qué sería de su hijo si tuviera que ir a estudiar a la gran ciudad.

El padre de Luis enseñaba a su hijo, con el ejemplo, el amor al trabajo y le imbuía sentimientos de admiración y de respeto hacia quien había sido para él mucho más que sólo el jefe, como un semidios, y le narraba episodios de la historia del Franco-Condado que lo hacían sentirse orgulloso de sus antepasados y de sus conterráneos. La madre, por su parte, ocupada constantemente en los menesteres del hogar, le daba la dulzura de su cariño y ejemplo de laboriosidad, de sensatez y de economía, al administrar meticulosamente los limitados recursos de que disponía la familia. Las hermanas, que conforme a las costumbres de la época, por ser mujeres recibían apenas la más rudimentaria instrucción, eran para Luis ocasión de servir a su familia, estimulándolas para que procurasen instruirse mejor; les ponderaba las grandes ventajas que procura el saber y les predicaba la armonía y el buen trato entre sí. Era aquel un medio familiar a la usanza de la época, regido por una moral severa en la que dominaban los sentimientos de solidaridad, de amor al trabajo, a la familia y a la patria, de seriedad y de admiración para quienes habían merecido fama o gloria. Para educar convenientemente a su hijo, el padre no poseía vasta instrucción que comunicarle, pero su sentido común, la experiencia que la vida le había dado, su rectitud y su seriedad le dictaban consejos sabios y prudentes, que apoyaba en el ejemplo de su propia conducta, de su asiduo y tranquilo cumplimiento de sus deberes y del respeto en que tenía a los valores que inspiran limpios ideales y nobles metas.

Los pocos amigos que de vez en cuando visitaban a Juan-José, también han de haber ejercido cierta influencia sobre su hijo Luis. El doctor Dumont, quien había sido médico militar y después ejercía en el hospital local, y, sobre todo, Bousson de Mairet, charlaban con Juan-José de la historia del Franco-Condado, del carácter de los oriundos de Arbois, de las batallas del Primer Imperio, y esas conversaciones no dejarían de poner en la mente del niño ideas y sentimientos que más tarde intervinieron para condicionar su personalidad.

Por su parte, Luis establecería relaciones de incipiente amistad con varios de sus compañeros en la escuela primaria. Se sabe que se reunía con vecinos suyos como los Vercel, los Charriere, los Guillemin, para corretear por los alrededores de la ciudad hasta llegar a veces a la aldea cercana en donde un manantial da nacimiento al arroyo de La Cuisance. Quizá ya desde entonces observaría las aguas de ese manantial y notaría los cambios que a veces presentaban en su limpidez, según las condiciones de la atmósfera, y que, años más tarde, mencionó a propósito de alguno de los estudios que hacía. Otros, como Chappuis, Bertin, Marcu, fueron para él verda-

deros amigos a lo largo de muchos años. También ellos deben haber influido sobre Luis, de varias maneras; así, cuando éste vacilaba entre presentarse al concurso de admisión a la Escuela Normal o a la Politécnica, o a ambas, el Consejo de Bertin fue decisivo para hacerlo optar por la Normal. Con estos amigos Pasteur mantuvo una correspondencia de la cual han quedado varias cartas, por las cuales se sabe ahora lo que realmente pensaba o sentía a propósito de varias circunstancias de su vida. Cuando fue nombrado para profesar en la Universidad de Estrasburgo se alojó con Bertin, quien años después lo sucedió como Administrador de la Escuela Normal Superior en París. Chappuis solía interrumpir el trabajo que estaba haciendo para procurarle descanso y distracción, y más de una vez recibió las primicias de descubrimientos hechos por Pasteur. En cambio, no han quedado testimonios de que se hubiera ligado amistosamente con algunos compañeros de estudios en el Liceo de Saint Louis o en la Escuela Normal; parece que, trabajador asiduo e infatigable, no gustaba de gastar su tiempo con relaciones triviales, y aun alguna expresión suya, en la correspondencia con su padre, se refería al disgusto que sentía ante las conversaciones frívolas o necias de algunos de sus colegas. En cambio, mantenía vivo, fielmente, el sentimiento que lo ligaba con sus primeros amigos, oriundos de Arbois.

Cuando Luis Pasteur salió del hogar familiar para seguir estudiando, en Besanzón primero y después en París, su padre siguió velando sobre él, mediante asidua correspondencia epistolar. Reiteradamente le pedía noticias de su salud e insistía en que no trabajara demasiado, que buscara descanso y distracción; en que procurara comer bien y pidiera "que le dieran buen vino". Trataba de hacerle ver que no era necesario subir muy alto en la vida, y que una situación decorosa, como aquella de profesor en el colegio de Arbois con la que él más de una vez había soñado, podría darle lo necesario para satisfacer sus necesidades materiales y sus ambiciones legítimas. Frecuentemente enviaba con sus cartas modestas cantidades de dinero para que no pasara apremios económicos, o alguna ropa o calzado, y le comunicaba el agradecimiento de sus hermanas por los pequeños obsequios que solía enviarles y por el interés con el que seguía su instrucción y el estado de su salud.

Como era natural, varios de los maestros de Pasteur influyeron considerablemente en la formación de su personalidad. Primero fue Renaud, en la escuela primaria; después, Romanet, el director del colegio de Arbois, de quien Luis decía "que le inspiraba algo más que respeto y agradecimiento; era admiración". Romanet, quien tuvo el tino de reconocer en algunas cualidades sobresalientes de su jo-

ven discípulo la calidad que le permitiría ser admitido en la Escuela Normal Superior, en París, y comenzar así su brillante carrera.

Cuando estudiaba en el colegio de Besanzón tuvo especial aprecio por Daunas, su maestro de filosofía; no sucedía otro tanto con el profesor de ciencias, del cual decía "que no valía mucho". El provisor del colegio, Répécaud, reconoció en Luis méritos suficientes para nombrarlo "maestro de estudios", y darle por ello alojamiento, alimentación y un pequeño sueldo, lo cual fue para aquel estudiante como el reconocimiento expreso de algún valor que en él residía. Mencionaba también con elogio a sus maestros Delly, profesor de "especiales" y a Bouché, quien le sugirió que se presentara al concurso para la Escuela Politécnica. En cambio, quien entonces era el capellán del colegio dejó en el joven Pasteur honda impresión en otro sentido. En una de sus cartas a su padre le contaba que esta persona había sido expulsada del colegio por su mala conducta. Escribía al respecto: "Su talento como predicador y principalmente su hipocresía le habían permitido ser recibido por las mejores familias de Besanzón. Abrumado de deudas, llevando en el colegio una conducta infame, su sotana lo encubría todo... Siempre estuve seguro de que yo no saldría del colegio sin ver que ese hombre fuera echado de él vergonzosamente. Es lamentable, muy lamentable, que la religión tenga tales ministros y todavía es más de sentir que un sujeto como él haya estado a la cabeza del colegio durante diez años".

Ya en París, mientras seguía los cursos del liceo de San Luis, mencionaba en sus cartas a Vincent, su maestro de matemáticas; a Jacquinet, el profesor de música vocal, a quien elogiaba; a Savart y a su profesor de física, de quien decía que era excelente. Poco después de su llegada a la capital contaba que el curso de química no había comenzado todavía, pero que asistía regularmente a las lecciones que sobre esa materia daba Dumas, el químico ya famoso. La impresión que le hicieron estas lecciones de Dumas fue enorme y perdurable: decía cómo el aula en que daba sus lecciones estaba llena, desde antes de comenzar la lección, con numeroso auditorio, formado por profesores, estudiantes y otros intelectuales de lo más sobresaliente en París. Le asombraba la claridad de la exposición, y el brillo de esas lecciones lo deslumbraba. Desde luego estimó a Dumas como un modelo admirable y se forjó la ilusión de llegar algún día a parecerse a él. Tan pronto como fue aprobado en el examen para la "agregación" le escribió diciéndole su ambición "de llegar a ser un profesor distinguido" y pidiéndole que le ayudara para lograr actuar en la docencia.

Juan Bautista Andrés Dumas (1800-1884), nació en la ciudad de Alés, en el sur de Francia; en 1816 se estableció en Ginebra como aprendiz de farmacéutico. Asistía allí a las lecciones de física, que daba Pictet; a las de química, de De la Rive, y a las de botánica, que profesaba De Candolle. Por entonces comenzó a hacer sus trabajos de investigación sobre química fisiológica que lo dieron a conocer favorablemente en el medio científico. Por consejo del barón Alejandro de Humboldt fue a París, en donde pasó el resto de su vida prosiguiendo sus trabajos científicos. Fue profesor de química en La Sorbona, en substitución de José-Luis Gay Lussac. Electo miembro de la Academia de Ciencias en 1813, llegó a ser su secretario general en 1868, y en 1875 ocupó el sillón que Guizot había dejado vacante en la Academia Francesa. Intervino intensa y provechosamente en la educación superior en su país y llegó a ser miembro de la Asamblea Legislativa. Por breve tiempo fue ministro de Agricultura y de Comercio, y después senador, en el Segundo Imperio. Gustaba de ayudar a quienes mostraban aptitudes valiosas y así fue protector decidido de Daguerre, cuando éste luchaba ásperamente por sacar adelante su invento de la fotografía. Supo descubrir pronto en Pasteur las cualidades que más tarde lo hicieron famoso; lo ayudó empeñosamente a lo largo de su vida y cuando le encargó que estudiara la enfermedad de los gusanos de seda le abrió con ello un nuevo campo para sus investigaciones, en el cual culminaría la obra del gran hombre, para quien fue el maestro más sabio, el protector más efectivo, el amigo más fiel, por lo cual aquél tenía para él verdadera veneración y lo admiraba como el prototipo de esos raros maestros de quienes se puede decir "que son alumbradores de almas".

Cuando estudiaba en la Escuela Normal, Pasteur fue a trabajar en el laboratorio de Balard, primero como alumno y después como agregado preparador. Jerónimo Antonio Balard (1802-1876) nació en Montpellier y, como Dumas, comenzó su carrera siendo aprendiz de farmacéutico; también destacó pronto por sus trabajos de investigación, en uno de los cuales descubrió el bromo. Más tarde reemplazó a Thénard en la cátedra de química de la Facultad de Ciencias, en París, y en 1851 fue nombrado para enseñar la misma asignatura en El Colegio de Francia. También fue miembro de la Academia de Ciencias. Siendo profesor en la Escuela Normal se dio cuenta de las cualidades de Pasteur, y cuando éste pasó su examen de agregación y fue designado para encargarse de la cátedra de física en el liceo de Tournon, luchó vehementemente hasta que consiguió que se le dejara en su laboratorio mientras terminaba sus tesis de física y de química para el doctorado. Se decía de Balard

que cuando ya había llegado a ser eminente, se interesaba más en los trabajos que otros hacían que en los suyos propios, y su intervención en favor de Pasteur fue decisiva para la carrera de éste. Poco después, y cuando su discípulo resolvió acertadamente el problema de Mitscherlich, Balard exaltaba en público el mérito del joven investigador, lo cual tuvo por consecuencia que Biot, el venerable sabio, se enterara de este trabajo y se interesara en él hasta que Pasteur repitiera delante de él los experimentos que lo habían conducido a hacer su notable descubrimiento.

Juan Bautista Biot (1774-1862) fue uno de los hombres de ciencia más notables de Francia en la primera mitad del siglo XIX. Matemático, físico, astrónomo y geodesta, descubrió la polarización rotatoria de los líquidos, determinó definitivamente la naturaleza de los meteoritos, participó con Laplace en la medición de un arco de meridiano en España, acompañó a Gay-Lussac en una ascensión aerostática con fines científicos e hizo gran número de investigaciones valiosas. Apoyado por Laplace fue nombrado profesor en El Colegio de Francia, en 1800. Cuando se convenció de la certeza del descubrimiento de Pasteur en el problema de Mitscherlich, se convirtió en amigo, guía, censor y protector empeñoso del joven sabio, a quien trató siempre con gran afecto, que extendió a los padres de éste.

Un profesor de la Facultad de Ciencias de Burdeos, Augusto Laurent, nacido en la Folie, departamento de El Alto Marne, fue a París a trabajar en el laboratorio de Balard, y allí entró en relación con Pasteur, quien en alguno de sus escritos consignó que en una ocasión Laurent le mostró un tungstato de sodio muy puro, en el que el microscopio mostraba claramente la presencia de cristales de tres distintos sistemas. Sugirió a Pasteur que hiciera un trabajo colaborando con él, a lo cual éste aludía así, en una carta escrita a su amigo Chappuis: "Este trabajo, ya comenzado, tiene por objeto sostener algunas ideas teóricas enunciadas por Laurent desde hace algunos años. . . , tú comprenderás que yo ganaría mucho manipulando por varios meses bajo la dirección de un químico tan experimentado". Las ideas teóricas a las que se hacía así referencia estaban relacionadas con la composición y la estructura atómica de los cuerpos; Laurent pensaba que las propiedades de los cuerpos compuestos dependen no sólo de la naturaleza, del número y de la disposición de los átomos que forman sus moléculas, sino, además, del orden en que esos átomos están situados. Esta intervención de Laurent en la actividad científica de Pasteur influyó para afirmar el interés de éste en el estudio de la estructura de las moléculas. Lamentablemente ese trabajo no fue realizado porque

Laurent fue nombrado suplente de Dumas en La Sorbona. Algo más que ciencia aprendió Pasteur de Laurent: fue a tener confianza en sus propias posibilidades, a no menospreciarse a sí mismo. Más tarde Laurent fue destinado a la dirección de la Casa de Moneda, en París, en donde estuvo hasta su muerte, ocurrida en 1853.

De los maestros que Pasteur tuvo cuando seguía los cursos para la agregación, en la Escuela Normal, mencionaba en sus cartas a su padre al profesor de química, de quien decía que era un manipulador muy hábil; a Duhamel, el profesor de matemáticas; a Lefébure, quien profesaba esta misma asignatura en La Sorbona; al de física, Pouillet, oriundo como él del Franco-Condado, formado en la Escuela Normal, profesor en La Sorbona y miembro del Instituto. A De Jussieu, profesor de botánica con quien en el verano iba a herborizar en los alrededores de París. Tenía en gran aprecio las lecciones de Delafosse, a quien llamaba "nuestro inteligente y modesto profesor de mineralogía".

Gabriel Delafosse (1796-1878) trabajó sobre todo en cristalografía, en la que hizo valiosas investigaciones que contribuyeron notablemente al progreso de esta disciplina. En la nota en que consignaba que Laurent le había mostrado un tungstato de sodio, a la que antes se aludió ya, decía: "Las lecciones de nuestro excelente profesor de mineralogía, el señor Delafosse, desde hacía ya mucho tiempo me habían hecho interesarme en la cristalografía. Entonces, para adquirir el hábito de las mediciones trigonométricas, me puse a estudiar cuidadosamente las formas de una serie muy hermosa de combinaciones que cristalizan todas con gran facilidad, los tartratos". En este estudio influyó también quien podría ser considerado en cierto modo como otro maestro de Pasteur, De la Prevostaye, del que aquél decía, en la misma nota que ha sido transcrita antes en parte: "Otro motivo que me indujo a preferir el estudio de estas formas. El Sr. De la Prevostaye acababa de publicar un trabajo muy extenso sobre ellas, lo que me permitía comparar a cada instante mis observaciones con las siempre muy precisas de este hábil físico".

Por mediación de Biot, Pasteur entró en relación con Henri-Hureau de Senarmont (1808-1862), mineralogista y físico que se dio a conocer por sus valiosos trabajos sobre la conductibilidad de los cristales y sobre la polarización de la luz. Conoció y aprobó el trabajo sobre el problema de Mitscherlich. Biot decía a Pasteur, en varias de sus cartas, que De Senarmont compartía con él sus juicios sobre los trabajos de éste acerca de la posible intervención de la disimetría en los procesos de la vida, y que le aconsejaba abandonar. En cambio, De Senarmont lo alentó para que prosi-

guiera sus estudios sobre la generación espontánea, contra los pareceres de Biot y de Dumas. Pasteur consideró a De Senarmont como a uno de sus maestros más respetados, tanto casi como a Dumas y a Biot.

Se ha recordado aquí a quienes contribuyeron sobre todo a modelar la personalidad de Pasteur cuando éste iniciaba su carrera de maestro y de investigador. Más adelante, en el transcurso de su vida y en el progreso de su labor, seguramente recibió otros influjos que contribuirían a consolidar esa personalidad. Sus colegas en las academias, primero en la de Ciencias, después en la de Medicina y, por último, en la Francesa, ciertamente eran debidamente considerados por él, ya estuvieran en favor de sus ideas o en contra de ellas. Apreciaba cumplidamente el estímulo que a lo largo de los años recibió de tantos hombres distinguidos, no sólo en Francia, sino en otros países, especialmente en la Gran Bretaña, en Suiza, en Dinamarca, en Italia. Sus opositores, si es verdad que muchas veces provocaron su disgusto cuando no actuaban de buena fe, en más de una ocasión le indujeron a hacer nuevas observaciones y otros experimentos, con resultados provechosos porque le sirvieron para afirmar mejor la verdad de sus conclusiones.

Varios personajes del mundo oficial, contribuyendo a hacer posible o más fructífera la carrera de Pasteur, influyeron también en su personalidad, tales como el ministro que aceptó dejarlo en París mientras preparaba sus tesis para el doctorado en vez de hacerlo ir al liceo de Tournon. Otros, que desde los ministerios de la instrucción pública, de la industria, de la agricultura y del comercio, favorecieron sus investigaciones, y entre ellos, de manera muy sobresaliente, Victor Duruy. El general Favé, edecán de Napoleón III, siempre que pudo le dio ayuda. El propio Napoleón III visitó su laboratorio, le pidió consejo para el fomento de la educación superior, lo invitó a pasar unos días con la corte en Compiègne y le dio los medios para ensanchar su laboratorio y para disponer de ayudantes. Después, cuando ya era famoso, era sencillamente obligado que siempre recibiera del gobierno republicano de Francia, ayuda, recompensas y honores que acabaron de modelar su figura.

HOSTOS, EL ANTILLANO*

Por Manuel MALDONADO-DENIS

CUANDO hablamos de "El Antillano" nuestra imaginación invariablemente se fija en Betances, puesto que fue el Padre de la Patria quien utilizó como seudónimo el término que para él representaba algo más que un mero calificativo, implicando como implicaba no sólo una teoría acerca de nuestras Antillas, sino un compromiso práctico para la liberación de éstas. No obstante, la idea antillana no fue en modo alguno patrimonio exclusivo del gran caborrojeño, sino que sirvió como norte inspirador a otros grandes espíritus antillanos como Luperón en Santo Domingo, Martí en Cuba, y el más grande entre los pensadores puertorriqueños del diecinueve: Eugenio María de Hostos. Es por ese motivo que he utilizado el sustantivo como adjetivo de uno de los grandes patriotas puertorriqueños de todos los tiempos, ya que me parecería de justicia dejar consignado que el abrazo de aquel peregrino de la libertad de América unía en su efusión amorosa a aquellas tres Antillas que, como diría Martí, juntas habrían de salvarse o juntas habrían de perecer en el recuento de los pueblos libres.

La preocupación antillanista de Hostos se hace patente desde la aparición de su primer libro publicado en 1863: *La peregrinación de Bayoán*. En el prólogo que escribe años más tarde desde Chile, Hostos nos patentiza el profundo sentido simbólico que esta obra juvenil encierra desde el punto de vista de la gestión común de liberar a las patrias irredentas de la férula colonial española. Así, nos dirá refiriéndose a su novela: "Quería que Bayoán, personificación de la duda activa, se presentara como juez de España colonial en las Antillas, y la condenara; que se presentara como intérprete de los deseos de las Antillas en España, y lo expresara con la claridad más transparente: las Antillas estarán con

* Conferencia pronunciada en el Ateneo Puertorriqueño el 10 de enero de 1972, con motivo de la celebración del natalicio de Eugenio María de Hostos. Todas las citas se hacen de la edición de las *Obras Completas* de Eugenio María de Hostos, editadas por el Instituto de Cultura Puertorriqueña, en 20 tomos. Nos referiremos de ahora en adelante a ésta con la abreviación O.C.

España, si hay derechos para ellas; contra España, si continúa la época de dominación". Esta obra, que podemos considerar en gran medida como autobiográfica, representa ya el clamor de aquel joven de 24 años en pro de la libertad de Cuba y Puerto Rico. Pero el autor muestra aún alguna esperanza en la posibilidad de lograr alguna fórmula conciliadora con España que evite lo que más tarde aquél verá como inevitable: la revolución emancipadora. Los propios desengaños en suelo español terminarán por convencerlo de la inutilidad de toda gestión conciliadora, y su centelleante discurso en el Ateneo de Madrid en 1868, la seca respuesta de Castelar: "Soy español primero que republicano" y la arrogante actitud del general Serrano al ser interpelado por Hostos en defensa del porvenir antillano sellan definitivamente el porvenir del gran patriota.

(Es en extremo interesante la reacción de Betances ante *La Peregrinación de Bayoán*, tal y como nos la relata Hostos al referirse éste a su libro como "un grito sofocado de independencia por donde empecé yo mi vida pública". Nos dice Hostos que Betances le dijo en respuesta a su libro: "Cuando se quiere una tortilla, hay que romper los huevos: tortillas sin huevos rotos o revolución sin revuelta no se ven". Hostos reconocerá que Betances estaba en lo cierto al escribir su opúsculo "Recuerdos de Betances" una vez muerto el Padre de la Patria, pues allí escribe cómo persistió por unos años "en la ilusión de hacer tortilla sin romper huevos, porque escrito ha sido a costa de un millón de seres inhumanos a quienes no se les ha ocurrido verter sangre por su patria, que la independencia con sangre entra, y que Borinquen no había de ser independiente por voluntad ni sacrificios de unos cuantos, sino por voluntad y sacrificio de todos, por sangre y lágrimas de todos". A partir del momento en que Hostos se convence de que —para usar las palabras de Betances— "España no puede dar lo que no tiene", comienza en su peregrinación por tierras de América con el dolor de sus Antillas a cuestas y con el convencimiento de que sólo la revolución podía salvar a nuestras sociedades de la ignominia del coloniaje).

El amor de Hostos por estas tierras es algo más que amor por el terruño que le vio nacer. Es, más bien, lo que hoy llamaríamos un sentir existencial por todo cuanto une a las tres Antillas: la geografía, la fauna y la flora, sus mujeres, sus razas acrisoladas, su tierra feraz, su mar eternamente azul. Por eso Marién se siente desfallecer ante las nebulosas europeas y parece renacer nuevamente cuando ve y siente salir el sol vibrante de nuestras tierras. Como el legendario Anteo, el peregrino de la libertad Antillana

anhela, necesita pisar nuevamente nuestro suelo para revivir sus fuerzas exangües, y por eso se extasía en el valle del Cibao, describe amorosamente la emoción del oriente cubano, anhela pisar nuevamente el suelo de aquella "madre isla" que aún hoy espera sus restos.

Hombre de profundo sentido patriótico cree, al igual que Martí, que no hay mar entre Cuba, Santo Domingo y Puerto Rico. Luchar por la liberación de cualquiera de las islas —como luchar por la liberación de la patria grande que es la América Latina— es, no sólo un derecho que le asiste a todo hombre nacido en estas tierras que se extienden desde el río Bravo hasta la Patagonia, sino un deber insoslayable e impostergable. El porvenir de los pueblos latinoamericanos está íntima e inextricablemente ligado al porvenir de las Antillas. Así lo comprendió el libertador Bolívar, así lo comprendieron también aquellos hombres preclaros que, como Hostos, vincularon nuestra suerte como nacionalidad a la más amplia nación que nos servía como tronco cultural y espiritual. En carta al redactor de *El Argentino*, José Manuel Estrada, fechada el 9 de diciembre de 1873, Hostos manifiesta su profunda indignación por el fusilamiento de los expedicionarios del vapor "Virginius" y recaba la solidaridad de todos los pueblos latinoamericanos para con "la Cuba armada y el Puerto Rico inerme", añadiendo que su exilio doloroso es un intento de llamar la atención de la América Latina hacia los desmanes y atropellos cometidos por el imperio español contra nuestras dos Antillas. He aquí sus palabras desde el exilio:

Durante esos tres años [de exilio en el Sur del Continente], a toda hora, en todos los momentos, asociándome con presurosa conciencia a cuanto intento he secundado, rechazando con indignada conciencia cuanto mal para América me ha salido al paso; durante esos tres años, consagrados con mi voz, con mi pluma y con el ejemplo de una vida desinteresada a la confraternidad de todos estos pueblos, a la defensa de todos los desheredados, fueran *rotos* y *huasos* y araucanos en Chile, fueran chinos o quechuas en Perú, sean gauchos o indios en la Argentina: durante esos tres años dedicados a pedir práctica leal de los principios democráticos, formación de un pueblo americano para la democracia, educación de la mujer americana para precipitar el porvenir de América, nunca, en un solo momento, en la vida activa y en la vida sedentaria, hablando para uno o para todos, ante el público o ante un alma ignorante y generosa, nunca he dejado de invocar a América para que me secundara en la santa obra que no debe un solo hombre realizar. No debe, porque el porvenir de América no es competencia de un solo americano, sino de todos los

americanos, y todos ellos tienen el derecho de poner su óbolo en la obra de redimir a las Antillas. Redención de las Antillas y porvenir de América Latina son hechos idénticos. El tiempo, mejor argumentador que ningún hombre, argumentará por mí. (O.C., IV, p. 44).

Con este llamamiento, Hostos quiere despertar la conciencia aletargada de nuestra América para que ésta se alce en una gestión común capaz de poner fin en forma definitiva a los últimos vestigios del colonialismo español en las Antillas. Asimismo, el prócer mayagüezano se opone tenazmente a cualquier intento de anexas las Antillas a los Estados Unidos o de que se perpetre el desafuero de un Santo Domingo recolonizado por España. Su oposición tenaz a la arteria entreguista de Santana y Báez en Santo Domingo y su apoyo y simpatía por el gran patriota dominicano, el general Gregorio Luperón, son pruebas fehacientes que corroboran este último aserto. De ahí que, cuando habla de "situarme en mi teatro, en esa América a cuyo porvenir he dedicado el mío", Hostos no concibe cómo puede labrarse el porvenir de ésta sin que se hayan incorporado Cuba y Puerto Rico "en el recuento de los pueblos libres" del continente.

Para Hostos, las Antillas constituyen una entidad cultural con personalidad propia, o para ser más preciso, una nacionalidad. Su ubicación geográfica, su composición étnica, sus comunes experiencias históricas, así lo han determinado. En lo que hoy podríamos llamar una sociología del *homo caribiensis* Hostos procede a señalar los rasgos culturales que nos hacen una comunidad, reservándonos de paso un papel de capital importancia en el devenir histórico de las dos Américas. La cuestión queda precisada en las siguientes palabras extraídas del *Diario*:

En las Antillas, la nacionalidad es un principio de organización en la naturaleza; porque completa una fuerza espontánea de la civilización; porque sólo en un pacto de razón puede fundarse, y porque coadyuva a uno de los fines positivos de las sociedades antillanas, y al fin histórico de la raza latinoamericana.

El principio de organización natural a que convendrá la nacionalidad en las Antillas, es el principio de unidad en la variedad. La fuerza espontánea de civilización que completará, es la paz. El pacto de razón en que exclusivamente puede fundarse, es la confederación. El fin positivo a que coadyuvará, es el progreso comercial de las tres islas. El fin histórico de raza que contribuirá a realizar, es la unión moral e intelectual de la raza latina en el Nuevo Continente. (O.C., II, p. 253).

¿Qué son las Antillas?, se preguntará también en la obra ya citada. Y contesta: "El lazo, el medio de unión entre la fusión de tipos y de ideas europeas de Norte América y la fusión de razas y caracteres dispares que penosamente realiza Colombia (la América Latina); medio geográfico natural entre una y otra fusión trascendental de razas, las Antillas son políticamente, el fiel de la balanza, el verdadero lazo federal de la gigantesca federación del porvenir; social, *humanamente*, el crisol definitivo de las razas".

Como hombre de avanzada de su tiempo, el gran pensador puertorriqueño entiende correctamente que la fusión de las razas no implica ni remotamente la degeneración de algunas de éstas, sino que por el contrario habla con gran admiración de los grandes patriotas negros que sirvieron heroicamente a la causa de la emancipación de las Antillas: Plácido, el martirizado poeta, Luperón y Maceo, los grandes guerreros. Las Antillas son en ese sentido "crisol de razas" porque en éstas puede darse una verdadera democracia racial que sirva como modelo para otras sociedades corroidas por el germen del racismo. Más aún, el corazón de Hostos va hacia el cholo y el huaso, hacia todos "los condenados de la tierra" de su época, y su alegato en pro de la liberación de los pueblos y de los hombres es hecho desde una perspectiva universalista, internacionalista. El papel de las Antillas es pues uno de carácter positivo, ya que les toca el carácter de fuerza equilibradora en el hemisferio. Pero las Antillas no podrán ejercer esta fuerza equilibradora mientras se hallen dominadas por España o en inminente peligro de ser anexadas por los Estados Unidos. De ahí que la independencia sea un imperativo categórico sin cuya obtención continuaremos sumidos en ese círculo vicioso del colonialismo que procrea y genera la abyección y el servilismo como su secuela inevitable de vicios.

Es muy significativo el hecho de que tanto Hostos, como Betances y Martí, hayan tenido la visión profunda de las nefastas consecuencias que el colonialismo acarrea para los pueblos que lo sufren. Mucho antes que ese gran profeta portavoz de los anhelos de los pueblos colonizados que se llama Franz Fanon, hombres como Hostos y Martí habían también hecho a su manera el "retrato del colonizado". Escuchemos pues a Hostos en el enjuiciamiento de los efectos deletéreos del colonialismo sobre uno de los más finos espíritus de su tiempo, el gran poeta y mártir cubano Gabriel de la Concepción Valdés (Plácido), que en los primeros momentos de su desarrollo intelectual padeció ese mal que hoy llamamos "colonización intelectual". Dice Hostos:

En cuanto sirven para demostrar, por contraste, hasta qué punto se descomponían en aquella atmósfera infecta el sentimiento de la dignidad por la indignidad reinante; la noción de lo bueno y de lo justo, por el mal omnipotente y por la iniquidad procaz; el concepto del derecho individual y social por el desprecio de la autoridad hacia el derecho, por el abatimiento de la sociedad, por la fuerza del egoísmo individual; la abjuración de la libertad, por el instinto de seguridad; el orden moral, por el soborno de caracteres y conciencias; la moralidad intelectual, por el escepticismo, en cuanto sirven para demostrar la hedionda laceria que gangrenaba a aquella infortunada sociedad, aún no formada y ya postrada, aún no organizada y ya desorganizada, cadáver de un cuerpo no desarrollado, esqueleto de un muerto que no había vivido, infante contaminado desde el claustro materno por la mortal enfermedad de sus generadores, las páginas dedicadas por Plácido a adular el mal circunstante, el vicio circunstante, la injusticia omnipotente, son preciosas. Con ellas en la mano, y sin otro dato que ellas y sin otro instrumento de análisis que la comparación de esos versos bochornosos con las demás poesías que constituyen la honra y la gloria del poeta, puede el hombre de espíritu elevado conocer la horrenda situación de las Antillas, odiarla, condenarla y maldecirla.

El efecto corruptor, degradante, inmoral del colonialismo puede captarse en este pasaje Hostosiano. Como podemos notar, el fenómeno en cuestión afecta aún a las personas de extraordinario talento y pureza personal como Plácido. Es este el vicio principal que sume a nuestros pueblos en el abatimiento, en la docilidad, en eso que Pedreira llamaría años más tarde "aplatanamiento".

Las sociedades coloniales, nos dice Hostos, por ser hijas del despotismo nacen muertas. Son cadáveres antes de nacer porque se han desenvuelto en un ambiente que apoca y disminuye al colono frente al colonizador. "Los pueblos educados en el espectáculo de la esclavitud", nos dice, "están obligados a sufrir una lenta reconstitución de sus órganos morales. Sólo la independencia puede proporcionarla." Vale decir, que sólo la independencia puede proporcionar a nuestros pueblos la fuerza moral regeneradora necesaria para aniquilar los vicios del régimen colonial, vicios que Hostos resume de la siguiente manera: "Ese régimen es una imposición de los antecedentes sociales que estableció el coloniaje. Entre ellos, los tres que hacen al caso: el primero, la costumbre hecha derecho y hecha ejemplo, de una autoridad personal, indiscutida e indiscutible; el segundo, la desigualdad en el goce del poder; el tercero, la falta o carestía de hombres aptos para el manejo de una cosa

pública a que nadie tenía acceso, fuera del número diminuto de privilegiados".

Si este es el legado del coloniaje, y si no hay alternativas para su erradicación sino la independencia de todas las Antillas, ello es debido a que los vicios y los hábitos del despotismo calan hondo en la conciencia colectiva de los pueblos. La liquidación del colonialismo es pues la clarinada para el nacimiento de una nueva sociedad que habrá de surgir, como el ave Fénix, de entre las cenizas de la natimuerta. Como todo hombre imbuido de un profundo sentido libertario, Hostos confiere un papel regenerador a la independencia y a la libertad. "Libertar" nos dice, "es sanar: sanar es devolver a un organismo el uso regular, normal, natural, de cada uno de los órganos que conjuntamente fabrican la salud". Que la independencia es posible lo demuestran las antiguas colonias españolas que, habiendo superado el peso muerto del coloniaje, que "habiendo salido del claustro materno tan muerta, estén tan vivas y sin enamorarse apasionadamente, de sociedades tan estúpidamente menospreciadas por las superficiales, y tan merecidamente admiradas por los reflexivos". Por eso mismo —añade Hostos— "esos antecedentes gustarían para alentar a los que no han querido sacrificar el presente al porvenir; pero hay en los mismos elementos compositivos de la vida antillana, lo que sobra para una reconstrucción sólida de los órganos, para una reconstrucción sana de la vida, y para un restablecimiento efectivo, o (diciendo la verdad con la exactitud de la verdad) por el establecimiento efectivo en un Estado de derecho y de cultura".

Es decir, que están presentes las condiciones para la emancipación de las Antillas una vez que Cuba y Puerto Rico se hallen liberadas. Dicha liberación es una condición indispensable para la creación de esa Federación Antillana que fue sueño hostosiano y martiano, y que más tarde serviría también de inspiración a José de Diego y Pedro Albizu Campos.

Hemos visto cómo Hostos concibió durante algún tiempo la posibilidad de que la liberación de las Antillas pudiese alcanzarse en paz y amistad con la metrópoli. También notamos anteriormente los rudos despertares que hubo de sufrir ante su sueño. Una vez convencido Hostos de la imposibilidad e inutilidad de lograr un entendido con España respecto a la libertad de las Antillas, llega por fuerza a la misma conclusión a que llegaron Betances y Ruiz Belvis: no hay otro camino hacia la independencia que no sea la revolución. Revolución que no puede ser sino antillana, puesto que deberá contar con el concurso y la colaboración activa de cubanos, puertorriqueños, dominicanos y haitianos. En un elocuente

pasaje de su *Diario*, Hostos nos justifica de esta manera la necesidad de llevar a cabo una revolución en las Antillas:

En las Antillas se viola la justicia: violación contumaz en la subsistencia de la esclavitud: violación irritante en la gestión económica; violación feroz, en la represión horrenda que se hace en Cuba, que se prepara en Puerto Rico; violación insensata en esta isla aplazando indefinidamente la satisfacción de sus tímidos deseos, mintiendo intenciones que nunca se realizan, disfrazando en apariencias de derecho la burla que se hace a su necesidad de justicia y libertad. ¿Se argumenta con la pasividad del país y lo poco dispuesto que estaría en seguirme? Respondo que todos los pueblos son pasivos antes de la revolución. ¿Que me espera la ingratitud? Respondo que éste es un vicio necesario, de que son irresponsables, hasta hoy, todos los pueblos, porque para agradecer es necesario conocer el servicio recibido, y la vida y sentimiento que hacen las sociedades conocidas, que hacen más las sociedades nacientes, obedecen harto poco a la razón para que sea ella la que les guíe en los juicios que forman de los hombres y de los hechos. Hay injusticia en culpar a los pueblos por su pasividad y por su ingratitud, manifestaciones ambas de la necesidad de las revoluciones... las revoluciones son tanto más necesarias cuanto mayor sea la pasividad de los pueblos antes de la revolución, y mayor la ingratitud que, después de ella, se prevea. (*O.C.*, I, pp. 120-121.)

En suma, que para sacar a los pueblos del marasmo colonial, no hay otro remedio, no existe otra cura que no sea la revolución. En el caso patético de los pueblos coloniales la revolución es una necesidad. No surge por lo tanto del capricho de unos pocos hombres que anhelan ensangrentar la tierra amada, sino que es un deber impuesto por las circunstancias mismas. Meditando sobre la muerte del Titán de Bronce, Hostos no expresará claramente su sentir sobre la revolución muchos años más tarde de haber escrito el pasaje recién citado. En sus *Temas Cubanos* escribe:

Todo un siglo, o casi todo un siglo, consagrado por un pueblo a soñar y realizar una revolución, es un dato bastante en demostración de su necesidad. A la revolución, aunque efectivamente no fuera, como es, un hecho necesario, una crisis fatal en el desarrollo de las colonias; a la revolución no va por gusto ningún pueblo. Van, por la fuerza de la necesidad, entrando en ella, primero, los más altos de pensamiento y los más prontos de corazón; después, los peor hallados en su suerte; en seguida, los afines en ideas, sentimientos e intereses; por último, la masa. Cuando la masa se pone en movimiento, la revolución es un hecho incontestable...

La revolución habría seguido hasta el fin, y habría triunfado, si la masa hubiera tenido tiempo para entrar en ella; pero el desamparo, el cansancio, el soborno y la traición, precipitaron la revolución en aquel pacto lastimoso que dejó en suspenso la guerra de Independencia, y que mostró a la luz la evidencia que aún no tenía Cuba la fuerza orgánica que desprende de su núcleo de formación a los organismos sociales ya constituidos por su fuerza interna. Hoy, cuando concurren en la revolución todas las condiciones de la ley histórica que la produce, es imposible que la Independencia caiga en la fosa de Maceo. (*O.C.*, IX, pp. 473, 474, 475.)

He ahí la claridad hostosiana: denuncia del Pacto del Zanjón, exaltación del pueblo como fuerza motriz de toda revolución, fe en que la muerte de Maceo no marca el fin de la Revolución Cubana. La convicción de que nada puede hacerse sin el pueblo, sin las masas. Esa es la cuestión.

Cuando miramos hacia atrás logramos comprender la corrección del juicio de Hostos. No retrocede ante las consecuencias inevitables de toda revolución y se resigna —aún siendo un hombre de paz— a que Maceo tenía razón cuando afirmaba que la libertad se conquistaba con el filo del machete.

“Son perjuros de la revolución cuantos no quieren sus fines lógicos”, nos dirá en su *Diario*. Y ¿cuáles son esos “fines lógicos” de todo revolucionario? O, mejor dicho, ¿quiénes *no son* revolucionarios al no cumplir con los imperativos de ésta? Comentando las efemérides del 10 de octubre de 1868 (El Grito de Yara) nos dice el maestro mayagüezano:

No el patriotismo charlatán, no la literatura engañada, no la oratoria de los días de fiesta; el patriotismo mudo, la literatura de la conciencia imperativa, la oratoria de los días de luto, es lo que debe inspirar a los revolucionarios.

No son revolucionarios los que, teniendo un deber que cumplir, un propósito que realizar, una alta aspiración que satisfacer, ven pasar horas y días y semanas y meses y años, años enteros, años eternos para la patria mártir, sin sentir otra cosa que la aniquilación del sentimiento, sin idear otra cosa que la muerte de la idea con el cansancio, sin hacer otra cosa que sobornar la conciencia para ahogarla.

No son revolucionarios aquellos, cuya tibieza, cuya lentitud, cuya infecundidad de medios y recursos, los declara inferiores al deber.

No son revolucionarios aquellos que no saben llevar a cabo sus propósitos.

No somos revolucionarios los que de la misma grandeza de nuestras aspiraciones no sabemos sacar otro fruto que la estúpida virtud de la paciencia.

No somos revolucionarios los que, a pesar de las congojas diarias, tenemos paciencia para ver, con los brazos cruzados, en tanto que chorrea sangre el corazón, pasando inútilmente los días en que el más leve de los sacrificios aceptados con resignación imbécil, bastaría para hacer poderosa la impotente inercia en que nos desesperamos y nos debilitamos.

En efecto, la definición de Hostos, centrada en la característica de quienes "no son revolucionarios", cuadra perfectamente a todos cuantos, ante el atropello padecido por Cuba y sufrido por Puerto Rico, se conformaban con solicitar meras reformas del régimen colonial sin pretender erradicar de raíz los males que éste necesariamente apareja. Los reformistas, los autonomistas, los liberales de aquel entonces eran los que —tanto en Cuba como en Borinquen— consentían mediante su política contemporalizadora a la continuidad del régimen degradante que padecíamos. Es esta indignación, esta ira santa frente a la insensibilidad y cobardía de los políticos oportunistas de la colonia lo que pone a Hostos, a Betances y a Martí en una categoría aparte de los Muñoz Rivera y los Morales Lemus.

En su momento, Hostos no puede permanecer neutral en la contienda que se libra en Cuba. Porque Cuba representa en aquel instante la vanguardia de la lucha revolucionaria Antillana. Allí, junto al Titán de Bronce, se halla el bravo general puertorriqueño Juan Rius Rivera, de igual forma que lo había hecho, en su día, el general Valero de Bernabé al lado del libertador Bolívar. Hostos cifra sus esperanzas en que la liberación de Cuba será la clarinada definitiva para el imperio español en América. El destino de Cuba y el de Puerto Rico están inextricablemente entrelazados. Y también el de Santo Domingo. Por eso recaba —como Betances— la cooperación y el activo concurso de los patriotas dominicanos, pero sobre todo de ese gran soldado de la libertad de Quisqueya que fue el general Gregorio Luperón.

En su viaje por el sur del continente americano, Hostos se convierte en el más celoso, en el más ferviente propagandista de la causa cubana. Exalta las figuras heroicas del poeta Plácido y de todos los fusilados junto con él por la libertad de Cuba y la abolición de la esclavitud. Su grito es un grito de guerra ante la política genocida del imperio español iniciada por Valeriano Weyler, iniciador de esa política de "tierra quemada" que hoy indigna

a la humanidad que presencia sus efectos en Vietnam. Su labor en pro de la Cuba insurrecta es incansable, inagotable. Estudia la historia de Cuba, de sus grandes héroes y mártires. Ama a Cuba como su propia tierra porque en verdad era su tierra, tierra Antillana.

Lucha a su vez contra la anexión de Santo Domingo e influye decisivamente sobre el pensamiento del general Gregorio Luperón en lo que a Federación Antillana respecta. Nos dice el doctor Hugo Tolentino en su ensayo *Perfil Nacionalista de Gregorio Luperón* que Luperón en Puerto Plata, junto a Hostos y a través de "La Liga de la Paz, insuflaba a toda una nueva generación el espíritu patriótico y el amor a la nacionalidad. A la nacionalidad dominicana, propia, pero también a aquellas de los pueblos que como Cuba y Puerto Rico buscaban florecer por los caminos de la libertad". El estudioso dominicano afirma además que Hostos redactaba muchos de los manifiestos del insigne patriota dominicano, a quien le unía una muy estrecha amistad. Conforme con esta realidad, Hostos se mantuvo en irreductible oposición a los enemigos del patriota dominicano y a los que representaron la antítesis de su obra libertadora: Pedro Santana, Buenaventura Báez, Ulises Heraux.

Espíritus alertas como los de Hostos, Betances, Martí y Luperón estaban conscientes de que pesaba sobre las Antillas el peligro perenne de la anexión a los Estados Unidos. Martí, sibilino, había dado la voz de alerta al expresar que existían quienes tenían puestas en Cuba "miras de factoría y de pontón estratégico". La cuestión no escapa el juicio perspicaz de Hostos. Le toca muy de cerca la tramoya de Báez al intentar anexar a Santo Domingo. Se sabe además que dicho sentimiento venía haciendo mella entre algunos sectores de la oligarquía criolla en Cuba y Puerto Rico. Consciente de lo que significaba para la independencia de nuestros pueblos el enorme poderío de los Estados Unidos —ya en franca actitud expansionista— le escribe Hostos al señor Francisco Sellés el 12 de julio de 1896 las siguientes proféticas palabras: "Nacer bajo su égida [la de los Estados Unidos] es nacer bajo su dependencia: a Cuba, a las Antillas, a América, al porvenir de la Civilización no conviene que Cuba y las Antillas pasen del poder más positivo que habrá pronto en el mundo. A todos y a todo conviene que el noble Archipiélago, haciéndose digno de su destino, sea el fiel de la balanza: ni norte ni sudamericanos: antillanos: usa nuestra divisa, y sea ése el propósito de nuestra lucha, tanto de la de hoy por la independencia, cuanto la de mañana por la libertad".

Esta postura antianexionista de Hostos servirá como el eje central de su quehacer patriótico. En su *Diario* correspondiente al miér-

coles 12 de enero de 1870, anota: "Las Antillas tienen condiciones para la vida independiente, y quiero absolutamente sustraerlas a la acción americana. Los otros creen que sólo se trata de libertarlas y libertaros de la opresión de España, y conculcan la lógica, la dignidad y la justicia con tal de conseguir su fin. Yo creo que la anexión sería la absorción, y que la absorción es un hecho real, material, patente, tangible, numerable, que no sólo consiste en el sucesivo abandono de las islas por la raza nativa, sino es el inmediato triunfo económico de la raza anexionista, y por lo tanto, en el empobrecimiento de la raza anexionada". O lo que no es sino lo mismo, que la anexión de las Antillas significa la asimilación cultural de éstas, su desaparición como nacionalidad latinoamericana. Bajo tales circunstancias, el patricio mayagüezano se resiste a la idea de la anexión y clama una y otra vez por la independencia y la liberación de las Antillas. Anexar a las Antillas, dice, "sería una indignidad y una torpeza", y son "apóstatas de la patria-suelo y de la patria-libertad cuantos venden los dolores de la independencia por la felicidad de la anexión".

No. Hostos ni por un momento flaquea en su creencia de que la independencia y la libertad son el único camino a seguir por las Antillas. Cuando retorna a Puerto Rico de Chile por vía de Nueva York concibe la necesidad de un plebiscito para que los puertorriqueños puedan decidir entre la independencia y la anexión a los Estados Unidos. Concibe el plebiscito como una consulta necesaria para pulsar la opinión de quien nunca fue consultado por las potencias que participaron en su canje. A bordo del vapor "Philadelphia", el 11 de setiembre de 1898, presiente la inutilidad de su retorno patrio cuando escribe que "vamos camino de la tierra infeliz que parece condenada a no ser nunca poseída por sus hijos". Su magnánima creación "La Liga de Patriotas" se estrella contra la indiferencia de los políticos coloniales ahitos por abrazar el nuevo amo que hoy se asentaba en La Fortaleza. La Sección Puerto Rico del Partido Revolucionario Cubano, fundado por Martí con el propósito manifiesto de "auxiliar y fomentar la independencia de Puerto Rico" quedaba disuelta al predominar en su seno el sector anexionista.

Hostos no acepta la anexión porque hacerlo equivaldría a convertir en derecho un acto de fuerza. La fuerza no crea el derecho, ni es digna tampoco de admiración cuando se usa para subyugar un pueblo pequeño y débil. Luego de su paso efímero por Borinquen, y convencido ya de que, como hubiese hecho Martí, "cambiar de dueño no es ser libre", escribe en octubre de 1900, desde Santo

Domingo, la siguiente misiva al director de *La Correspondencia de Puerto Rico*:

Yo no creo digna de admiración a la fuerza bruta, ya la vea en la historia de cada día, ya me la presenten adornada, adulada y admirada en la historia escrita, pero creo digno de la mayor atención o del mayor cuidado el hecho manifiesto de que los norteamericanos enviados a Puerto Rico y los norteamericanos del Gobierno que los envía, están procediendo en Puerto Rico como fuerza bruta. ¿En qué dirección va encaminada esa fuerza bruta? En dirección al exterminio. Eso no es ni puede ser un propósito confeso; pero es una convicción infensa de los bárbaros que intentan desde el Ejecutivo de la Federación popularizar la conquista y el imperialismo, que para absorber a Puerto Rico es necesario exterminarlo; y naturalmente, ven, como hecho que concurre a su designio, que el hambre y la envidia exterminan a los puertorriqueños, y dejan impasibles que el hecho se consume. (O.C., V, p. 301.)

Nótese que el gran pensador antillano se encuentra de nuevo en Quisqueya, a donde ha retornado a requerimiento de sus discípulos y amigos. Va allí también a su patria, pero a aquella porción de ésta que podía considerarse libre. Desde allí vuelve por sus fueros independentistas al afirmar "Hay que insistir todos los días en decir y repetir que Puerto Rico ha sido robada de lo suyo, de su libertad nacional; de su dignidad nacional; de su independencia nacional, que ni los españoles ni los americanos podrán ni han podido poner en mercería". Así muere en suelo quisqueyano —como un convencido defensor de la independencia de las Antillas.

Hostos amó profundamente a estas tierras del Caribe, pero no hay duda de que su amor por Santo Domingo era un amor entrañable, profundo. Por eso acepta la invitación que le hace el Presidente Horacio Vázquez para que retorne a Quisqueya, y lo hace con profundo sentir antillanista al escribir:

La patria se me escapa de las manos. Siendo vanos mis esfuerzos de un año entero por detenerla, el mejor modo de seguir amándola y sirviéndola es seguir trabajando por el ideal que, independiente Cuba y restaurada Quisqueya en su libertad y en su dignidad republicana, ni siquiera es ya un ideal; tan en la realidad de la historia está la Confederación de las Antillas. Hacia ella, por distinto camino, ya que así lo quieren la mayor parte de sus hijos, caminará Borinquen, aunque su generación actual no comprenda que ese es el porvenir positivo de las Antillas, y que a él asentiría desde ahora el nobilísimo

pueblo americano, si se le probara, como yo quería le probáramos, que el lógico propósito de nuestra vida es, como debe ser, constituir una confederación de pueblos insulares que ayuden a los pueblos continentales de nuestro hemisferio occidental a completar, extender, y sanear la civilización; a completarla, dando a la rama latina de América la fuerza jurídica que tiene la rama anglosajona; a extenderla, llevándola a Oriente, a sanearla, infundiéndole el aliento infantil de pueblos nuevos.

A ese propósito sagrado contribuirá en las Antillas cualquier antillano que empiece por amarlas a todas como su patria propia; por amar su patria en todas ellas juntas, y cumplir en todas y en cada una, con la misma devoción filial y el mismo desinterés de toda gloria y todo bien, el deber de tener tan clara razón y tan sólida conciencia como en todos la exigen el presente sombrío y el porvenir nublado de la familia latina en todo el continente. (*O.C.*, IV, pp. 229-230.)

Algunos años antes de escribir esta carta, Hostos le había escrito a Luperón una carta profética donde le hace ver al patriota dominicano su deseo de yacer en tierra quisqueyana. Dice así Hostos: "Para mí, que amo tanto a Santo Domingo como a mi propia Borinquen, y que probablemente la elegiré, como patria nativa de la mayor parte de mis hijos, para residencia final y sepultura, empezar por la libertad de Quisqueya es tan natural, que no hago, con pensarlo y desearlo, más que un acto de egoísmo paternal; pero, en el fondo de las cosas, es tan esencial la libertad de Quisqueya para la Independencia en Cuba y Puerto Rico, que si acaso la de Cuba sobreviene sin ella, lo que es la de Puerto Rico y la Confederación no". Su exilio voluntario a Santo Domingo es a manera de un acto de protesta contra la perpetuación del colonialismo en Puerto Rico. Se retira a suelo querido de Quisqueya hasta tanto Puerto Rico pueda ser digno de él. Ello puede colegirse de la carta que escribe al señor Ramón Vélez López, de Sabana Hoyos, fechada el 21 de noviembre de 1899, cuando le escribe: "Mucho me complace su reiterada adhesión a mis doctrinas. Yo, para hacerlas más honradas en la sociedad que mejor las ha adoptado, aceptaré el llamamiento que a ese país me hacen los dominicanos. Entre ellos trabajaré, como siempre lo hice, por Puerto Rico, por Cuba, por las Antillas confederadas, por la civilización americana, pero no, de ningún modo, por la absorción de nuestras islas. Cuando para eso me necesite Puerto Rico, que me llame".

Pero el llamado nunca llegó. Hostos muere en tierra quisqueyana, donde aún reposan sus restos. Cayó en oídos sordos su admo-

nición. Era ilusorio pensar que en aquel momento los puertorriqueños, los líderes puertorriqueños, iban a llamar a Hostos. Pues con la anexión forzada de la isla a los Estados Unidos, los puertorriqueños de fines de siglo se parecían a aquellos de quien Betances había escrito en 1872, con amargura: "Puerto Rico está en una borrachera completa. Allí están borrachos con las reformas que no les han dado. Se han embriagado por el olfato. Es el espectáculo más raro y triste, el de todo un pueblo —chicos y grandes— celebrando las libertades que creen tener y que no tienen". Hostos no era de aquellos que "se embriagaba con el olfato" y vio con toda claridad lo que avizoraba el porvenir. ¡Cuántas veces habrá recordado el patricio, durante su último y definitivo peregrinaje a la República Dominicana, sus palabras ante la tumba de Segundo Ruiz Belvis: ¡Ruiz, Segundo Ruiz! ¡La Patria está en peligro de perpetua esclavitud!

Pero quedó allí el patricio. El hombre de quien Rufino Blanco Fombona pudo afirmar que había enseñado a pensar a un continente. El esclavo del deber y el adalid del derecho. El educador progresista cuya obra pedagógica hizo alterar las más arraigadas nociones imperantes bajo un sistema educativo caduco. El pensador que puso en jaque el oscurantismo escolástico que pesaba como un ícubo sobre la formación intelectual de tantas generaciones de jóvenes latinoamericanos. El crítico literario que haría historia con su interpretación del Hamlet. El sociólogo positivista que contribuiría a la creación de un enfoque científico de la realidad latinoamericana. El moralista insigne que hizo del deber el primer imperativo de toda moral social.

Sobre todo, quedó allí el patriota, el patriota antillano. Sería preferible, en ese sentido, que dejásemos al propio maestro antillano hablarnos acerca de quienes él admiraba. Pues en estos juicios podemos hallar un reflejo del propio Hostos. En efecto, sobre Hostos puede decirse sin temor a equivocarnos lo que él dice acerca del general Gregorio Luperón: "no tuvo Luperón más incentivo que la resuelta resolución de no consentir amos en su tierra". Igualmente aplicable a Hostos es el siguiente juicio de éste sobre Garibaldi, el gran revolucionario italiano —el soldado de la libertad, como aquél le llama:

Pudo ser poderoso y no quiso; pudo poner precio a sus servicios y no lo puso; pudo gozar de todos los bienes materiales que se piden a la fama o que se obtienen de ella, y los desdeñó. Carencia tan completa de ambición, unida a tal aptitud para fabricar poderes, sólo en los tiempos heroicos se nos presentan como ideal inaccesible: desin-

terés tan absoluto, acompañando a tal capacidad de mover y conmover los intereses más estimulantes, pocos son capaces de apreciarlo en este siglo codicioso: abnegación tan fácil de los bienes y placeres y delicias con que adulan los hombres las debilidades de los héroes, sólo con su fácil heroísmo se concibe. (O.C., XIV, p. 34.)

Así es, en efecto, que mejor se rinde homenaje a Eugenio María de Hostos. El colonialismo, esa hidra de mil cabezas, ha contribuido a la total distorsión de la figura de Eugenio María de Hostos, reservando su recuerdo para los discursos de ocasión y haciendo de su obra como patriota y revolucionario una infeliz insignificancia. No obstante, el gran luchador anticolonialista no ha podido ser vencido por el sistema que él tanto combatió y su recuerdo cobra viveza en las nuevas generaciones que quieren emularle en su gesta en pro de la patria liberada.

En una de sus páginas leemos lo siguiente: "Tener antecesores gloriosos, tener ejemplares eternos de la humanidad virtuosa en sus anales, es feliz proficencia de todos los pueblos que tienen historia; pero ser siempre merecedores de ellos y contribuir con su vida a hacerlos recordar perpetuamente, no es gloria que saben recoger todos los pueblos".

Puerto Rico es un pueblo con historia. Aun cuando nuestra auténtica, nuestra verdadera historia de pueblo que lucha por su libertad está aún por escribirse. Dentro de esa historia de lucha por nuestra liberación tiene un lugar prominente Eugenio María de Hostos. Llegará el día en que seremos merecedores de él, como de otros muchos héroes de la historia puertorriqueña. En ese día glorioso, el maestro verá cumplido su sueño de libertad y podrá reposar al fin en esta Antilla que le vio nacer.

LA GENERACION VIOLENTA

Por José BLANCO AMOR

Una sociedad sin respuestas

EL futuro nos fue revelado de pronto una mañana de la primavera europea de 1968. A partir de entonces cambió la cara del mundo y la humanidad se ocupó y se preocupó de un nuevo problema: la rebelión de la juventud. En veinte días Cohn-Bendit —un joven cuyo nombre habrá que olvidar por falta de méritos propios— se hizo más popular que De Gaulle. Había iniciado una terrorífica rebelión. Hasta aquella mañana primaveral todo tenía lógica y coherencia: los estudiantes estudiaban, los profesores enseñaban, los obreros trabajaban, los huelguistas hacían huelgas. Todo tenía lógica. Pero esa mañana de mayo, y durante veinte días largos, la pesadilla se extendió desde París al resto del mundo y la inquietud y la zozobra circularon por las arterias del planeta con ritmo de angustia. Francia fue pro China en los sótanos de La Sorbona, cubana en Nanterre, rusa en algunas fábricas, yugoslava en otras y anarquista en los Champs-Élysées. Durante tres largas y nerviosas semanas la guerra civil fue y vino por las calles de París con su cortejo de choques y de rumores. La última de estas semanas ya existían tres poderes: De Gaulle, los obreros y los estudiantes. Todos pugnaban por hacerse dueños de la opinión pública y por imponer su verdad al resto de la población. De Gaulle voló a Alemania para consultar con los militares allí de guarnición y al regresar puso dramáticamente su nombre en la balanza: el pueblo francés reaccionó y el gobierno pudo ordenar el caos. Esta es la historia sintética e imparcial de aquellos momentos febriles, y la historia es lo que menos interesa ahora. Nos importa especialmente ir en busca de las causas de este estallido revolucionario en el que los jóvenes de todas las clases sociales pusieron en tela de juicio los valores culturales y éticos del mundo en que vivimos.

Ojos adolescentes

A década del sesenta habrá de figurar en la historia como la de dos grandes y decisivas conquistas de la técnica y de la ciencia: la llegada del hombre a la Luna y los trasplantes de órganos vitales del cuerpo humano. Pero en esta década también fueron asesinados el presidente Kennedy, su hermano Robert y el pacifista Martin Luther King. Se atenuó la guerra fría, es cierto, pero hubo guerras calientes en Vietnam y el Cercano Oriente, y la invasión de Checoslovaquia planteó un dilema terrible a los pueblos encerrados en el círculo de hierro del Ejército Rojo. Y como si esto fuera poco, para refrescar la memoria de las generaciones jóvenes los productores de películas hicieron el *racconto* histórico de la Segunda Guerra Mundial. En las pantallas de los cines y después en los televisores se pasaron filmes documentales con todos los detalles de la guerra y su violencia organizada. Se mostraron escenas de pillaje y sadismo, se dieron cifras de muertos, de familias desplazadas y de hogares destruidos sin otro atenuante que la frialdad de los números. Se mostró así ante los ojos asombrados de una generación de adolescentes la obra destructora y satánica de una humanidad sin fronteras entre el bien y el mal. Tanta barbarie hacía dudar que la hubieran cometido seres humanos. Esto llegó a todos los hogares con la monotonía de lo cotidiano. Esta era obra de los mayores, de los definitivamente adultos, de los dueños del destino del mundo. Contra esta sociedad se rebelaron los jóvenes sin más diferencia entre sus rebeliones que la del país donde se producía: la finalidad última era pedir más libertad y negarse a servir los planes de los mayores. Mientras en la Universidad de Madrid los estudiantes arriaban la bandera española y enarbolaban la bandera roja, en la Universidad de Praga (durante los hechos previos a la invasión soviética) arriaban la bandera roja y enarbolaban la checoslovaca. El punto de partida era el mismo: la rebelión contra el *establishment* y en favor de la libertad.

Los ojos adolescentes que habían presenciado los horrores de la civilización tecnificada, se habían hecho adultos y comenzaban a buscar en el horizonte otra realidad que no fuera la eterna inmolación de los más aptos. La televisión y la radio habían acercado lo feo, lo brutal, lo trágico al espíritu de muchachos y muchachas que todavía soñaban con juguetes. De pronto, se despertaron dueños de la fuerza ciega que da la juventud e iniciaron su propia protesta. El hecho de que la rebeldía juvenil haya estallado durante los últimos años de la década del sesenta, ¿no les dice nada a sociólogos y filósofos? Eran los hijos de la guerra, fruto de

la máxima decepción. Esa juventud vivió su niñez y su adolescencia entre el miedo y el horror, y cuando se sintió con fuerzas para expresarse por sí misma, lo hizo con un acto total de alienación voluntaria de la sociedad en que había nacido. Y fue entonces cuando empezaron los maestros (sociólogos, filósofos, profesores, estadistas) a hablar de los "problemas de la juventud".

*De la juventud sin problemas
a los problemas de la juventud*

SI el lector sigue atentamente los sucesos del día en la prensa, en la radio o en la televisión, no le será difícil descubrir que no pasa jornada sin que la juventud ponga su sello a un hecho sobresaliente, a veces sensacional. A estas alturas del proceso de rebelión, el hombre de la *mass-media* tiene un concepto esquemático y un tanto apocalíptico de la juventud. Cree que la juventud es como un río impetuoso que puede arrojarlo a él y a todos los suyos al abismo. Este hombre se siente más seguro cuando se encuentra en la calle con un joven que estudia y trabaja al mismo tiempo. Cree que ese joven no forma parte de la "juventud". Pero después se entera que también ese joven está enrolado en los grupos de protesta juvenil contra su mundo —contra el mundo de la *mass-media*— y entonces su desconcierto es completo: la juventud está en todas partes por arte omnipresente. No existe, pero está.

En los países occidentales hay un número enormemente crecido, en relación con una generación atrás, de jóvenes que bordean los veinte años. Estos jóvenes disfrutaron de más libertad de la que disfrutaron sus padres, viajan más que viajaron ellos y también estudian más que estudiaron ellos. Viven una serie de realidades que atañen directamente a la condición de ser jóvenes. Si a esto le agregamos aspectos exteriores de la época, descubriremos que la juventud de nuestros días tiene privilegios superiores a los de cualquier otra época de la historia. La publicidad muestra esculturales y juveniles figuras de mujeres y de hombres como un reto a quienes ya no lo son. Son seres perfectos en lo físico, pero esta perfección está indisolublemente unida al hecho de ser jóvenes. Entonces la *mass-media* se empuja en sus ideas acerca de este problema y descubre de pronto que en una generación sus integrantes han perdido todas las batallas: la juventud está a la cabeza del mundo. Pero esto no significa tener un concepto claro de las cosas: el adulto tiende a ver a los jóvenes a través del prisma de su propia edad juvenil y por eso mismo su visión está empañada de nostalgias y de aspiraciones fuera de tiempo, o a contrapelo del tiempo.

Le resulta difícil (al adulto) comprender que cada ser humano viene a la vida con la carga de tener que vivirla por su cuenta, y sólo tendrá relación íntima con los individuos de su misma generación. Para los demás (para los niños y para los padres) sólo utilizará un lenguaje elusivo y lleno de zonas oscuras que determinan las distancias que separan a ese individuo de las otras generaciones. Estas son viejas teorías que todos debiéramos conocer. El ignorarlas es causa de que muchos sostengan la necesidad de que los poderes públicos obliguen a los jóvenes rebeldes a "integrarse en la familia y en la sociedad". El adulto de la *mass-media* piensa con horror que los jóvenes de esta época no tienen actitudes "normales" y es responsabilidad del gobierno el inculcárselas por decreto. Este es un punto de vista mezquino y no brinda soluciones para el grave problema de que se trata. El exceso a la inversa consiste en dejar que las cosas sigan su camino libremente porque la sociedad tecnológica-industrial de consumo en que vivimos terminará por reducir a la nada estas rebeliones. "Dentro de quince años —se dijo en 1968— estos jóvenes ahora rebeldes serán los dirigentes de la sociedad y por lo tanto estarán definitivamente integrados". Esta y otras opiniones menos admisibles aún parecen dictadas por la torpeza o por la mala fe. La rebelión juvenil que existe en todos los países, y que se expresa violentamente en los campus universitarios de Occidente, no es sólo un problema de falta de ubicuidad de los jóvenes sino un problema de civilización: la concepción corriente del hombre está en tela de juicio. Entonces el tema de la juventud inadaptada pasa a segundo término para dejar lugar a la pregunta siguiente: la inadaptación de que acusamos a los jóvenes, ¿no será la inadaptación de la sociedad misma? El legado de un pasado milenarista acerca del hombre y su destino superior en la escala zoológica gravita negativamente en el subconsciente de los dirigentes de la sociedad actual, o por lo menos de quienes dominan los dispositivos de su pensamiento y de su orientación pública. Los jóvenes, en este caso, no serían más que el síntoma visible del desconcierto universal.

Categorías del rechazo

SE habla de inadaptación social, término vago y confuso que no logra expresar el sentido del proceso. Ansiedad, insatisfacción, pasividad, estructuración caótica de la personalidad son algunos de los traumas que afloran a la superficie cuando se somete a los jóvenes a *tests* para averiguar problemas de conducta. Muchos se

autoanulan por su incapacidad para ingresar en el mundo de los mayores, y optan por replegarse en sí mismos hasta caer en la indiferencia y en la inanición. La droga es el mágico recurso que los proyecta hacia el mundo o que les brinda un mundo que nada tiene que ver con la realidad que temen y que rechazan. En los Estados Unidos los cigarrillos de marihuana —se expenden bajo denominaciones diversas (hierba, té o Marie-Jeanne)— están al alcance de todos a sesenta centavos la unidad. Un estudiante de cada cuatro recurre a las drogas en épocas de exámenes o en las fiestas de las universidades de Harvard, Yale, Columbia, Stanford y Berkeley. El problema es tan grave en este país que ha descendido en las edades, y hoy fuman marihuana hasta niños de escuelas primarias. "Es así como la costumbre de recurrir a las drogas continuará creciendo y excitando nuestros sentidos, para después sumirnos en el enervamiento de un universo que nuestra propia vida nos hará insoportable".¹ El uso de la droga es sólo una falta de conocimiento de sus adeptos y un hecho patológico que los convierte en víctimas de lo que pretenden combatir. Los jóvenes ignoran que todo lo que se puede conseguir en la vida está en ellos mismos. Recurren a la droga porque una ansiedad creciente los inhibe para entablar relación con los otros. Detrás de este recurso extremo se ocultan muchas de las categorías del rechazo. La vida exige desprenderse de cualquier tipo de inhibición y afrontar la con ánimo resuelto. Pero la vida en sí no sería mala si no existieran *los otros*, y los otros son los mayores con un sentido de verticalidad perfectamente —y también cínicamente— estudiado y admitido en la sociedad. Ellos están acomodados en su asiento y presencian el espectáculo con la comodidad que cada uno ha logrado conquistar. Empezaron desde abajo y fueron ascendiendo lentamente. Pero esta vieja idea de que hay que empezar desde abajo no es del agrado de las juventudes universitarias del mundo entero. Los jóvenes forman "islas culturales" y están por eso mismo separados del resto de sus compatriotas por diferencias profundas que se profundizan más así como van avanzando en conocimientos. Los centros de cultura en los que se instruyen pertenecen a *los otros*, a los que saben dónde está su lugar para presenciar el espectáculo. En esos centros se imparten buenas enseñanzas, no hay duda alguna, pero no se les da a los jóvenes elementos adecuados para enfrentarse a una sociedad de mayores —no de viejos— que permanecen en sus puestos, sin ninguna intención de flexibilizar las estructuras para que penetren en ella los jóvenes. Entonces los estudiantes re-

¹ Theo Löbsack: *La manipulation de l'esprit*. Fayard, París, 1970.

accionan contra este mundo que se les muestra monolítico, inaccesible, esclavizador. Hay que empezar desde abajo. Desde el ángulo moral, el empezar desde abajo es admirable porque el sentimiento de responsabilidad y de sumisión seguirá siendo el resorte de una sociedad igual a sí misma. Pero he aquí que la sociedad no es siempre igual. ¿Por qué yo tendré que perder diez de mis mejores años abriéndome paso porque eso mismo hicieron mi padre y mi abuelo? Una sociedad tecnificada hasta en la aplicación de la mente, que me prepara técnica y culturalmente para dar un salto en el tiempo y colocarme entre los que están a la cabeza de mi generación, ¿resulta que me condena a empezar desde abajo como papá y como abuelito? Estas contradicciones —que no son todas naturalmente— pueden darnos una idea del contexto emocional, social y político en que se mueven los argumentos de la generación violenta. Los jóvenes bien provistos de conocimientos recurren a toda clase de protestas para procurar abrir alguna brecha en la sociedad de *los otros* y penetrar por ella con un sentido generacional y revolucionario. El problema es grave y terminante. "La juventud vive un problema que no será resuelto hasta que los viejos de *treinta o cuarenta años* (el subrayado es mío) se convengan de que hay que llegar a un acuerdo con nosotros. Nosotros somos los anticuerpos de la sociedad existente" (Del *Journal* de un joven francés).

Esto es categórico. Los mayores reprochan a la juventud actual indisciplina, violencia, relajamiento de las costumbres y otros actos reñidos con la ética de la sociedad. Es una forma de desahogarse, pero este razonamiento revela la profundidad de los conflictos socioculturales (y no sólo socioeconómicos) que existen en la sociedad en nombre de la cual condenamos a su parte más joven. Frente a la actitud de una juventud insolente, el hombre de cuarenta años no tiene más respuesta que el garrote. El contraataque no se hace esperar: al rechazo global de su conducta, los jóvenes responden con la droga, la delincuencia, la subversión política o religiosa, sostenida oposición a los mayores, etc. Estas son algunas de las categorías del rechazo, y su aplicación depende de razones familiares, asociadas al conjunto de la problemática juvenil. Son muchos los caminos que toman los jóvenes para acentuar el aspecto negativo frente al mundo actual. A veces los métodos son radicalmente extravagantes: el unisexo, para *castigar al padre*, procura anular la supremacía física del varón y servir conscientemente los planes de un hipotético matriarcado. Esta actitud constituye una visible muestra de alienación voluntaria.

Enorme confusión

LA juventud actual es escéptica porque le parece que *ya no hay porvenir*. Es verdad que el mundo se ha ido alejando de cada uno de nosotros hasta convertirnos en espectadores de nuestro propio desamparo. El mundo en que vivimos no nos pertenece. La cultura humanista ha ido enajenando poco a poco su papel determinante y rector y hoy el planeta entero está dominado por científicos y tecnócratas, seres ajenos a la verdadera pasión creadora del hombre. Al científico le basta con establecer los hechos mediante la investigación y al conocimiento tecnológico se llega aprendiendo. Esto no es privativo de ninguna mente privilegiada. Estos hombres no saben explicar el mundo. No dominan la palabra, que define a los seres y a las cosas, y se encierran en su especialidad. Desdeñan la predisposición espiritual para la creación, las actitudes individuales, la autenticidad personal, la legitimidad, la autoridad intelectual. Con la palabra, que el tecnócrata no posee, se tienden líneas de acción para arribar a la verdad. A esto debemos agregar la frialdad distante de la burocracia, cada día más tecnificada. Nosotros, personas adultas y definitivamente formadas, tenemos conciencia objetiva de esta realidad, pero los jóvenes son subjetivos y apasionados. Rechazan lo que no les agrada y se alzan contra la injusticia, sin entrar en razonamientos objetivos y abstractos sobre su proceder: si es injusticia hay que combatirla. Los críticos formalistas de la sociedad confunden belleza con perfección y se preguntan por qué la juventud, que es hermosa, no es también perfecta. La juventud de otras épocas hubiera meditado la reprimenda y procurado enmendarse. Los jóvenes actuales reaccionan de un modo subjetivo: se presentan en el escenario por donde transita el zoo humano con vestimenta estrafalaria para agredir la sensibilidad de los hombres objetivos.

Los mayores acusan a los jóvenes de vivir obnubilados en una nube erótica. El erotismo platónico simboliza el amor en todo su vigor, pero en nombre del erotismo se hace el negocio de la pornografía, y los negocios son tareas reservadas a personas adultas bien comidas y bien dormidas. "De una manera general nosotros hemos podido comprobar que los jóvenes [franceses] hablan del amor con acentuado pudor y que en la mayoría de los casos esperan organizar sus vidas en matrimonios armoniosos. Pero encuentran grandes dificultades para adoptar una actitud clara frente a los problemas sexuales debido a la ruptura violenta de todos los tabús que en la materia se observan actualmente y también por la

ambigüedad con que los adultos enfocan estos problemas".² Mediante la rebelión ideológica (campus universitarios), la droga y la pornografía (*bippies*), los ritmos frenéticos de la música *beat* (sexualismo), la moda extravagante (unisexo) y un difuso epicureísmo (sin motivaciones positivas), la juventud de nuestro tiempo presenta a la sociedad un frente desafiante y amenazador.

¿Qué hacer? La sociedad de los adultos —con las debidas excepciones— no está psicológicamente preparada para orientarse en este confuso *maremagnum* de actitudes y de vagas filosofías de rebelión. Los jóvenes se han alzado contra el mundo, esto es un hecho, pero no saben bien qué quieren. Saben lo que no quieren. Nosotros, los hombres de mi generación, también sabíamos lo que no queríamos y debimos dejar que se nos sacrificara lentamente en una prolongada agonía en busca de un mundo mejor. Esto lo intuimos en la adolescencia y lo reclamamos vehementemente en la juventud. La guerra de España pasó por encima de nuestras ilusiones y el nazismo cubrió al mundo de ignominia. La Segunda Guerra Mundial remató la obra. Las juventudes actuales se sublevaron contra la guerra y contra una sociedad que no sabe enfrentar a la violencia juvenil más que con la violencia policial. La sociedad ya no tiene respuestas para los jóvenes, hecho gravísimo. La ruptura consciente con el pasado parece ser el mejor consejo que un escritor puede dar a los adultos. Cuando hayamos logrado borrarlos de la cabeza las reservas mentales y las inhibiciones que nos impiden un lenguaje directo con los jóvenes, habremos descubierto que el horizonte se nos ha aclarado de pronto. La crisis es el estado normal de la juventud. Esto no lo saben ellos porque el enfermo nunca está dentro de su enfermedad. Lo normal es la salud. El día que los padres y los maestros puedan ofrecer a los adolescentes y jóvenes un lenguaje comprensible y una actitud de colaboración creadora en función de futuro, la juventud se sentirá identificada con el mundo y con la vida. En la demolición de los ídolos los adultos deberán adoptar una actitud pasiva y cómplice, si no se atreven a colaborar resueltamente. Después la mirada entre padres e hijos, maestros y alumnos, profesores y estudiantes será directa y cálida: habrá comunicación.

² Janine Béraud y Louis Millet: *Les refus des jeunes*. Editions Universitaires, París, 1971.

LA CULTURA SUPERIOR EN MEXICO*

Por *Ignacio CHAVEZ*

Señor Presidente de la República
Señor Presidente de El Colegio Nacional
Señores invitados de honor
Ilustres colegas
Señoras y señores.

LA ceremonia solemne a la que hoy asistimos marca una fecha extraordinaria en la vida de El Colegio Nacional. Se congregan sus miembros, en presencia de las más altas autoridades del país y de figuras representativas de la cultura nacional, para recibir a un grupo numeroso de intelectuales que se incorporan a la institución. Con excepción del día en que fue fundado nuestro colegio, día en que recibieron conjuntamente el diploma sus 15 miembros fundadores, nunca después se vio éste enriquecido con la llegada de un número tan crecido de recipiendarios.

Si ello bastaría para conferir solemnidad especial a esta ceremonia, habrá que agregar la presencia del Primer Magistrado de la Nación, quien ha querido subrayar así su interés por la obra encomendada al colegio y su voluntad de apoyo a las nuevas formas de acción que se propone desarrollar.

El colegio se complace en expresar al jefe del gobierno su reconocimiento, no sólo por su presencia en esta casa, sino por la aprobación que se sirvió conceder a sus demandas, inspiradas en el deseo de intensificar las labores y de alargar su radio de acción al ámbito nacional. Gracias a las reformas hechas a nuestra ley, se dobla el número de los miembros, que pasa a ser de 40; se acaba la restricción que nos había impedido impartir nuestras cátedras fuera del recinto oficial; se nos autoriza, al contrario, para ir a donde estén los grupos humanos que nos demanden enseñanza, lo mismo en la capital que a lo largo y a lo ancho del país y se nos dan facilidades para transmitir nuestras lecciones por la radio o la televisión cul-

* Discurso pronunciado en la sesión solemne del Colegio Nacional el 20 de julio de 1972.

turales. Todo ello sin restringir en nada nuestra libertad de pensamiento, de selección de temas y de auditorios, libertad irrestricta de intelectuales que se respetan para lanzar su verdad a todos los vientos. La misma libertad que hemos ejercido hasta ahora y que seguiremos ejerciendo en el futuro.

Venturosamente, estas reformas llegan a tiempo para revitalizar el colegio, cuya función educativa venía languideciendo por obra de la más implacable de las leyes, que es la biológica. Más de la mitad de sus miembros había traspasado la línea de los 70 años, que es la edad del retiro, sin mengua del carácter honorífico de su nombramiento vitalicio. Esto, en una corporación hecha apenas de 20 miembros y en una época en que el país se ha lanzado al desarrollo y alcanza ya la cifra de 50 millones de habitantes, hacía del nuestro un grupo magisterial minúsculo, incapaz de cubrir las múltiples facetas del avance científico y cultural que el propio país ha alcanzado. Situación, además, que mantenía vedado el acceso a figuras eminentes, cuyo sitio natural era esta casa.

Hoy podemos con júbilo abrir anchamente nuestras puertas para recibir a 10 figuras representativas del mundo de la inteligencia, en espera de recibir a 10 más el año próximo. Los que ingresan hoy, igual que quienes lo harán mañana, vienen de todos los rumbos del saber. Sobre su obra soplan "los cuatro vientos del espíritu". Las disciplinas en las cuales ilustraron sus nombres son las de ciencia pura —como la matemática, la física y la química— y las de ciencias médico biológicas, como la psiquiatría; son los campos de la filosofía y la antropología, las ciencias jurídicas, la economía y las ciencias sociales y políticas; el vasto campo de las humanidades clásicas y las letras contemporáneas, de la novelística y la poesía. El colegio busca integrarse armónicamente, equilibradamente, haciendo caber en su seno a las ciencias, las letras y las artes, como es ley en toda institución genuina de educación superior.

Es así como ingresan, por el derecho de sus propios méritos, estos diez mexicanos ilustres, a los cuales da el colegio su bienvenida cordial. Analizar su obra y valorar justificadamente sus méritos es empresa superior a la capacidad de un solo hombre, cuya preparación no puede cubrir un espectro tan ancho del saber. Que me sea permitido saludar su llegada, limitándome a mencionar sus nombres, sin más prelación que la alfabética, y a señalar el lugar que ocupan en el panorama de la cultura mexicana de nuestro tiempo.

IGNACIO BERNAL. Maestro en Ciencias Arqueológicas y Doctor en Letras, que ha alcanzado eminencia reconocida en arqueología

americana. Su actividad ha abarcado por igual las tareas de explorador en las zonas de civilización zapoteca en Oaxaca y de cultura teotihuacana en el altiplano, y las de profesor en la Escuela Nacional de Antropología, en la Universidad Nacional y en algunas de las más prestigiadas del extranjero —Harvard, La Sorbonne, Londres—. Su producción copiosa de 170 artículos y 13 libros, varios de ellos traducidos a otras lenguas, hablan de la extensión de su saber en Arqueología.

RUBEN BONIFAZ NUÑO. Filólogo y poeta, Doctor en Letras Clásicas, latinista consagrado y autor de 12 libros de creación literaria. Su contribución de valor único, quizá la de mayor resonancia en la cultura, es la traducción rítmica de varias obras maestras de la poesía latina, las Geórgicas, la Eneida y las Bucólicas de Virgilio, los Cármenes de Catulo y las Eglogas de Dante.

Poeta de fina sensibilidad, que ha sabido conciliar la maestría en la técnica y la belleza en la versificación, Bonifaz Nuño es uno de los prestigios legítimos de la poesía moderna mexicana.

ANTONIO CARRILLO FLORES. Doctor en Ciencias Jurídicas, cuya amplia gama de inquietudes intelectuales le ha permitido cubrir con brillo los campos más variados, docencia universitaria en la Teoría General del Derecho, administración de justicia, finanzas mexicanas y diplomacia. Más allá de la constancia de sus 3 libros técnicos y de sus numerosos artículos y discursos en tribunas nacionales e internacionales como vocero de México, está su aportación doctrinaria vaciada en leyes y reformas constitucionales en que ha intervenido, desde la de nacionalización del petróleo y las de Bienes Nacionales y Deuda Pública, hasta la ley constitutiva de la Universidad Nacional y la de nacionalización del golfo de California. Intelectual polifacético de amplia cultura y de valiosa experiencia de la vida pública mexicana, su saber será un rico venero de enseñanza en nuestro colegio.

RAMON DE LA FUENTE. Médico psiquiatra de prestigio limpiamente ganado en nuestro medio, donde tiene largo historial en la cátedra universitaria, igual que lo tiene en los medios científicos extranjeros, según lo atestigua su reciente nombramiento de presidente del Congreso Mundial de Psiquiatría.

Su sólida reputación profesional, el éxito de su libro sobre Psicología Médica, muchas veces reimpresso, y sus numerosas publicaciones sobre medicina humanística y psiquiatría, hoy que el público culto muestra avidez por esta disciplina que va ahondando cada

día en los misterios de la conciencia y de la conducta del hombre, permiten augurar el interés que tendrán sus cursos en este colegio.

CARLOS FUENTES. El joven y brillante escritor que ha revelado poseer ricas aptitudes plurales en el campo de las letras, aptitudes que en breves años le han hecho conquistar uno de los lugares más destacados en la literatura contemporánea, como novelista, como autor teatral y también como crítico de la realidad social y combatiente político. Son, seguramente, muy pocos los escritores de su generación que hayan logrado como él, apenas rebasados los 40 años, ser traducido a 18 lenguas extranjeras. Carlos Fuentes no es sólo uno de los valores más altos y genuinos de nuestras letras, sino un escritor que no ha temido nunca comprometerse. Su voz tendrá resonancia en este colegio.

ALFONSO GARCIA ROBLES. Licenciado en Derecho, diplomático, internacionalista, conferenciante y catedrático de los más altos estrados académicos de América y de Europa. Escritor fecundo que ha contribuido con 17 libros y 300 artículos a labrarse el título de autoridad reconocida en el campo del Derecho Internacional, como lo acreditan sus 11 años de director de Asuntos Políticos en las Naciones Unidas y su actuación en numerosas reuniones internacionales. Obrero de la paz, su nombre queda ligado al Tratado de Proscripción de Armas Nucleares en América Latina.

CARLOS MOSHINSKY. Profesión: sabio. Actividad preferente: la investigación pura. Campo de acción: la física matemática. Caso singular de un hombre excepcionalmente dotado para la creación científica. Su rica producción —100 publicaciones originales aparecidas en muchos países y en muchos idiomas, bien sea en congresos o bien como profesor invitado de muchas universidades— su producción, digo, cubre los campos más variados y va de la teoría de grupos y de estructuras nucleares a los sistemas de osciladores armónicos, del pseudoátomo a la física atómica o a la mecánica cuántica. El colegio recibe con él a uno de los mayores exponentes de la ciencia en México.

JESUS ROMO ARMERIA. Químico biólogo, consagrado 15 años a la enseñanza y 24 a la investigación en el laboratorio, haciendo ciencia pura y aplicada. La gama de sus estudios es muy amplia: aislamiento y determinación de la estructura química de los principios activos en diversas plantas mexicanas; síntesis y reacciones de compuestos esteroideos y hormonas: química de los cetosteroides y de otros cuerpos, todo eso contenido en 118 publicaciones hechas

aquí y en diversos países. Por ellas ha merecido el Premio Nacional de Ciencias y por ellas es hoy incorporado a nuestro colegio.

EMILIO ROSENBLUETH. Maestro y Doctor en Ingeniería, investigador que ha hecho de la mecánica de suelos, el cálculo de estructuras y la Ingeniería sísmica una especialidad en la que alcanza relieve internacional. En los congresos antisísmicos de los países mayormente castigados por los temblores, Chile, Perú, Estados Unidos y Japón, el doctor Rosenblueth es el invitado habitual para discutir los problemas mayores de su especialidad, como el diseño sísmico de edificios y de presas, los factores de carga y de seguridad y la dinámica estructural en el diseño contra temblores.

FERNANDO SALMERON. Licenciado en Derecho, que ha preferido olvidar el Derecho para abrazar apasionadamente su vocación de filósofo, disciplina en la que es maestro y es doctor. Ha repartido su vida entre las tareas de educador y la investigación filosófica. En esos campos espigó la esencia de sus 4 libros, los exclusivamente suyos y los otros 3 escritos en colaboración.

Una vocación tan auténtica como la suya y una consagración tan apasionada a su quehacer intelectual, son las prendas mejores del futuro que aguarda a este joven filósofo.

TALES son las diez figuras relevantes de la inteligencia mexicana que ingresan hoy a nuestro colegio y a los cuales recibimos con orgullo. Estas diez figuras no son, seguramente, las únicas merecedoras de la nominación. Por fortuna para el país, hay otras más, que irán ingresando a su hora. Desde luego, el año próximo está asegurada la incorporación de un número semejante al que recibimos hoy. En ese aspecto podemos aguardar sin impaciencia. Pero estamos conscientes los miembros de este colegio de que habrá quienes miren con extrañeza la ausencia de algunas personas de nombre consagrado, figuras cumbre en nuestro panorama cultural.

Quienes así lo hagan sería por ignorar que tales figuras han rebasado la línea del retiro, la de los 70 años, o están a punto de cruzarla. El colegio es el primero en deplorar su ausencia; pero confía en encontrar la forma de hacer honor a sus méritos, invitándolos como profesores huéspedes a sustentar ciclos de conferencias o cursos monográficos. Será una bella forma de enriquecer nuestros programas.

Nuestros nuevos colegas conocen a fondo, estoy seguro, la noble misión que les aguarda. No parece, sin embargo, ocioso de-

cir cómo la hemos concebido nosotros, sus predecesores de ayer y revisar juntos el papel que nuestro colegio representa en el panorama de la educación nacional. El que representa hoy y el que debe representar mañana.

No somos, desde luego, Universidad. No es misión nuestra la de formar hombres en los niveles superiores de la educación. Ni tampoco tratar de fundir la diversidad del conocimiento dentro de la unidad. Más podríamos llamarnos Multiversidad, según la expresión acuñada por un educador, ya que somos las cien ventanas abiertas al mundo del saber, para ofrecer una visión múltiple, diversificada, de los conocimientos de nuestro tiempo.

Somos una institución de enseñanza superior, pero no contraponemos la nuestra a la de la Universidad. Por haber nacido en este tiempo, no fuimos creados, como el Colegio de Francia lo fue en el siglo xvi, para contrarrestar doctrinas de ninguna Universidad escolástica. Nuestra institución es complemento de la otra, en cuanto la prolonga en el caso de los graduados que vienen a buscar la renovación de su bagaje, o bien la substituye cuando se trata de los no graduados que sólo buscan una ampliación de su cultura.

En este colegio se revisan y se discuten problemas de todos los campos, todo lo que interesa al mundo de la inteligencia, llámese historia, filosofía o problemas sociales, trátase de avances de la biología o de cambios impresionantes de la matemática, la física y la química, o bien de sondeos en el universo interior del hombre o en el universo donde giran los astros. Nuestro ancho campo es el mundo de lo racional. Aquí cabe todo, decía Alfonso Reyes, menos lo absurdo.

Con todo y ser institución de enseñanza superior, somos particularmente un instrumento de información. De información, no de vulgarización. Nuestra enseñanza se mueve siempre en los niveles superiores, aunque sea expuesta en forma accesible para los no especializados. Estamos lejos de querer vulgarizar el conocimiento y hacer trivial el saber; nuestra tarea es la revisión crítica de los hechos nuevos o de las ideas en controversia, buscando el enriquecimiento cultural para unos, la renovación del bagaje científico para otros y el estímulo intelectual para todos. Somos, por lo tanto, un fino instrumento de educación continua para los que ya aprendieron y tratan de que su saber no envejezca. En este aspecto podemos decir que el colegio no enseña sino a los que saben.

Esta misión de reenseñanza es esencial en nuestro tiempo. Hacer que los hombres renueven constantemente sus conocimientos

importa tanto como el que los adquieran al empezar su vida. Esta es una de las grandes verdades de nuestro tiempo. A lo largo de los siglos nuestro mundo ha visto hundirse islas enteras y quizá continentes; alzarse el fondo de los mares y surgir islas nuevas, desgajarse montañas y levantarse volcanes. Obra de cataclismos ruidosos o de erosión implacable, de cualquier modo la faz de la tierra cambia continuamente, fatalmente.

Igual pasa en nuestro mundo de saber; pero aquí los cambios acontecen en un puñado de años, en el breve espacio de la vida de un hombre. Doctrinas que se hunden, ideas que se desgajan y junto a eso, fondos hasta ayer escondidos del conocimiento que surgen a la luz y aun ciencias nuevas que aparecen.

Así, en nuestro tiempo y en el breve espacio de la vida de un científico, junto a las miríadas de hechos nuevos que han venido a dilatar la tierra firme de nuestro saber, los hombres de la biología médica, por ejemplo, han visto nacer ciencias enteras, sistematizadas y fecundas, como la genética, la biología molecular, la medicina espacial, la psiquiatría psicoanalítica, la nueva inmunología. Los hombres de las ciencias exactas, por su parte, han asistido al nacimiento de la electrónica, la física nuclear y la cibernética, y todos juntos, particularmente los sociólogos y los sanitaristas, han visto constituirse la ecología.

Ahora bien, ya se trate de ciencias nuevas o de capítulos nuevos de las ciencias antiguas, el resultado es un cambio en el panorama universal del saber, que afecta no sólo a los que cultivan la especialidad sino que esos conocimientos se extienden y se entrelazan con las más variadas disciplinas, aun las que parecen distantes. Así se repite la verdad fundamental de la vida, de que todo repercute sobre todo y de que tenemos la obligación de asomarnos a esos cambios dramáticos, porque ellos nos obligan a rectificar nuestros enfoques de la vida, nuestros juicios sobre el hombre y nuestra actitud misma frente a la sociedad.

Somos, por último, un organismo autónomo, pero no un organismo aislado, solitario, de la educación nacional. Estamos recíprocamente vinculados con los otros y dependemos en gran parte de ellos. Baste con recordar que lo que en otras partes se produce y lo que en aulas y laboratorios distantes trabajan e investigan los miembros de esta casa es lo que aquí se enseña. Por eso nuestro interés profundo en la vida y el desarrollo de la educación superior en el país. Educadores somos, por vocación y por carrera, y nada de cuanto atañe a la educación nos es ajeno, podemos decir recordando el lenguaje de Terencio.

Ese interés nuestro se convierte en preocupación y la preocupa-

ción llega a la alarma al advertir la naturaleza y la intensidad dramática de los problemas actuales que afronta la educación, aquí y en todo el mundo. Desajuste del sistema en unas partes y su derrumbe en otras, el fenómeno es sorprendentemente universal.

Tenemos que reconocer que en nuestro tiempo la civilización ha hecho crisis. No es la primera vez que esto acontece en la historia, pero nunca la ruptura había sido tan patente. Hemos entrado en la zona de la tempestad y el hombre se siente desamparado frente a ella. Extraña situación la nuestra, extraña paradoja, como señala Hamburger, la del hombre de nuestro tiempo, que al alcanzar el máximo de su poderío gracias a su ciencia y a su tecnología, se ha vuelto a la vez más vulnerable, punto menos que impotente frente a los huracanes que él mismo provocó. Al abrir la caja de Pandora, dio salida a todas las amenazas y sólo le queda, escondida, en el fondo, la esperanza. ¿Esperanza de qué? El hombre de hoy se lo pregunta y no encuentra la respuesta. Sólo advierte que ha perdido su fe y que ha enfermado de angustia, la enfermedad universal de los que se revuelven en el túnel de sombras sin hallar la salida.

Esa preocupación por el desarrollo de la educación nacional la compartimos todos en esta casa; pero en mí se agudiza de un modo particular, al grado de que la he hecho pública, no una sino varias veces en los últimos años. Las ideas que en mí suscita, es inútil decir que no reflejan necesariamente las de mis colegas en este colegio y que las expongo a título personal, como un grito de alarma o como un llamado que busca despertar un eco.

En una época como la nuestra, en que el desarrollo de los países está tan íntimamente vinculado con el que alcancen la ciencia y la tecnología, es motivo de alarma el observar que entre nosotros el globo de la educación superior, en vez de elevarse, está perdiendo altura. Es un hecho doloroso, pero innegable. Hay cien factores concurrentes que lo explican, pero el explicarlo no basta para corregirlo.

Advertimos, repito, que por cien razones se ha consentido en el abatimiento de los niveles de formación cultural y científica en la generación presente. Son contadas las instituciones que han escapado al daño y mantienen esforzadamente su voluntad de progreso. Pero tales excepciones no cambian el panorama general. No voy a referirme, de momento, al aspecto cultural, con todo y su trascendencia, porque me alejaría de la tesis que persigo. Quiero limitarme al deterioro en la formación científica, ya que eso aleja a la juventud de todo interés por el cultivo, mañana, de las ciencias y más aún, de la investigación.

Tal hecho representa una grave amenaza, porque, agrádenos o no, la ciencia hoy día constituye de tal modo la clave del futuro, que Georges Piecht ha podido lanzar su admonición: "la historia futura de la humanidad y aun la posibilidad misma de esa historia dependen de la toma de conciencia que los países hagan de la ciencia". ¿Cómo mirar, entonces, indiferentes y callados, el deterioro de nuestra formación científica?

Esta situación arrastra, además, una triste consecuencia, la de impedir el desarrollo de una verdadera tecnología. Porque la tecnología no surge donde no progresa la ciencia. No puede hacerlo, ya que ella es sólo un subproducto de la ciencia misma, el resultado de aplicar sistemáticamente sus principios a las tareas prácticas, según la define Galbraith. Merced a esa aplicación, a ese injerto, la técnica deja de ser una actividad empírica para convertirse en una forma de ciencia aplicada, en el saber hecho acción, en una palabra, en tecnología. Y ella es una de las esperanzas mayores de nuestra evolución.

Estamos, pues, frente a una contradicción evidente, una grave antinomia. De un lado, el firme propósito, enunciado muchas veces y del cual hay hechos objetivos probatorios, de impulsar la ciencia en sus niveles superiores para sacar al país del subdesarrollo y salvarlo de la dependencia a que está sujeto. Del otro, un proceso evidente, implacable, de deterioro educativo, apreciable particularmente en lo que atañe a ciencias. Imposible cohonestar los dos términos. Ciencia y educación son correlativas: la una no crece sin la otra, como que la una es floración de la otra. ¿Tendríamos acaso que admitir que porque somos un país subdesarrollado, debemos contentarnos con una ciencia subdesarrollada?

He aquí un tema de severa meditación. ¿Cómo salir de la trampa en que nos ha metido el destino? ¿Cómo atender a los cambios que reclama el tiempo y corregir los errores que están en la base del problema? A nadie escapa que éste presenta dificultades muy hondas para su corrección y que serán más hondas mientras más se tarde en encontrar los caminos. Otros aspectos, en cambio, son errores de enfoque, tras de los cuales a menudo hay sólo palabras de significación equivocada, que hicieron torcer el juicio.

"Democratización de la enseñanza" es una de ellas. ¿Qué valor tiene? Cabe revisarlo, no por razones de semántica sino por el error a que conduce. La frase está hueca de contenido porque mejorar los niveles de la educación superior no fue nunca una forma de aristocratizarla ni menos de rehusarla al pueblo. A la inversa, dar facilidades a éste para que tenga acceso a la educación superior —lo que más que un propósito loable es un deber estricto— dar al

pueblo esas facilidades, repito, no hay razón para traducirlo en mengua de la calidad que se le ofrece, ya que eso implicaría el sacrificio de lo mejor de su derecho. Menos aún debe arrastrar a la enseñanza estrictamente académica en la pendiente del deterioro.

"Rechazo del elitismo" es otro error en el enfoque, como si la *élite* intelectual fuese un fruto malsano de la educación o se levantase como un obstáculo para la educación del pueblo.

La expresión misma es ambigua. ¿Significa acabar con la formación de esa *élite*? ¿o sólo abandonar el sistema educativo que ella preconiza? De cualquier modo, ambas proposiciones acaban por ser equivalentes.

Nadie pone en duda que atacar el problema educativo por la base y dar correcta atención a las grandes masas humanas es la máxima exigencia de una democracia; pero eso no excluye, sino al contrario exige que se le ataque también en la cúspide, nivel en donde se cultivan las ciencias y las artes. Esto es formar las inteligencias superiores, a eso se llama formar la *élite*. Lo que no quiere decir formar una casta privilegiada para su medro personal ni para facilitar su parasitismo político, sino impulsar la formación de científicos, de intelectuales o de futuros realizadores, sin los cuales no hay desenvolvimiento de un país. Estrato social cuya influencia directora no puede confundirse con aristocracia ni con plutocracia, ni siquiera, tampoco, con democracia. Su nombre es otro: meritocracia. Que no puede, tampoco, confundirse con la "*élite* del poder", como la llama Wright Mills, cuya fuerza principal radica en la capacidad de tomar decisiones. La *élite* intelectual, al contrario, no manda, no gobierna y su valor radica sólo en la capacidad de crear conciencia pública, fijar metas y ofrecer soluciones, forma invisible, pero cierta, de autoridad moral.

Asistimos a una campaña de descrédito contra ella, olvidando lo que es otra gran verdad de nuestro tiempo: "los países viven", dice en forma lapidaria sir George Thompson, el sabio físico laureado con el premio Nobel, "los países viven del capital de inteligencia heredable que hayan sabido cultivar".

Termino. Esta voz de alarma, esta demanda de vigorizar la educación científica no debe interpretarse como un elogio del cientificismo a título de ideal educativo, con menosprecio de las tareas culturales, del cultivo de las disciplinas del espíritu. Yo sé bien el valor fundamental que tienen en la formación de un intelectual que merezca ese nombre. Por otra parte, sería mirar miopeamente, cuando no irrespetuosamente, la educación superior si se pensara que está hecha sólo para producir en masa los técnicos calificados que reclaman las industrias y las empresas de lucro. Eso sería con-

siderar que al estudiante se le forma para ser mañana el forzado de la gran maquinaria que fabrica riqueza, sin importar el destino que se dé a esa riqueza y sin importar tampoco el sacrificio de su propia personalidad.

Muy otro es el papel de la educación superior cuando debe formar a un hombre: lo capacita, sí, para el trabajo técnico; pero también para el cultivo de su espíritu, para el pulimento de su yo, en el respeto a la verdad y a la justicia y en el espíritu de ayuda. En vez de un forzado, la educación forma un hombre, con toda la dignidad de hombre.

Colegas nuestros que se incorporan hoy:

He intentado delinear la misión del colegio, tal como la hemos concebido nosotros y el papel que tiene en el contexto de la educación nacional. He agregado algunas de nuestras preocupaciones colectivas y atrevidamente he agregado algunas de las mías propias.

Felizmente, a partir de mañana compartiremos juntos las tareas y las responsabilidades. Sobre sus hombros, casi todos jóvenes, va a recaer la mayor parte del peso. Los cambios que hemos introducido en el trabajo, a ustedes va a tocar realizarlos y después mejorarlos e imaginar otros nuevos.

Nosotros, el viejo grupo de miembros de El Colegio Nacional ya en retiro, nos alistamos, no sin melancolía, pero sí con tranquilidad confiada, para poner en sus manos la estafeta. En su empeño les seguirán siempre nuestra solidaridad y nuestra simpatía.

Presencia del Pasado

SIGNIFICADO Y PROYECCIONES DE LA ENTREVISTA DE GUAYAQUIL

Por Miguel A. CIPRIANO

La situación latinoamericana en 1822

Los pronunciamientos independentistas que se habían extendido desde México a Argentina, teniendo como punto de partida el año 1810, constituyeron los fundamentos de la guerra que a nivel continental enfrentaba a patriotas y españoles. Las campañas confluyentes de Bolívar y Sucre en el norte y San Martín y O'Higgins en el sur, redujeron el dominio hispano al territorio peruano. De allí que se hiciera necesario coordinar la acción conjunta de ambos ejércitos, máxime cuando las tropas de José de San Martín habían entrado en Lima y sólo restaba acabar con las resistencias del ocupante en la región de la sierra.

Bolívar llegaba a los preámbulos de lo que sería la entrevista de Guayaquil con el respaldo de no menos de cuatro gobiernos, o sea con una base política y militar poderosa e indiscutida. San Martín, tras haber sostenido en Chile las cruentas batallas de Chacabuco y Maipo, gobernaba a un Perú anarquizado por la guerra de facciones, a la vez que era jaqueado por el hostigamiento de los contingentes españoles del interior del país. Pero, el hecho central, la cuestión decisiva para los resultados de las negociaciones entre ambos libertadores, sería la carencia de apoyo del régimen de Buenos Aires al general argentino.

En efecto, el país rioplatense se veía sacudido por contiendas civiles que, con diversas alternativas y treguas, se extendieron desde 1820 a 1870. La oligarquía portuaria de Buenos Aires, cuyo máximo representante era Bernardino Rivadavia, imponía al interior mediterráneo una férrea dictadura, traducida en el predominio económico que le brindaban las rentas aduaneras (solamente usufructuadas por la provincia de Buenos Aires) y en las incursiones que el ejército de línea llevaba a cabo periódicamente sobre las zonas rebeladas. La estrecha visión de los comerciantes e importadores porteños, unilateralmente interesados en afianzar su hegemonía sobre el país, pero absolutamente desvinculados de cualquier intención

solidaria con las luchas emancipadoras latinoamericanas, provocaron repetidos conflictos entre el Directorio y San Martín, que era el comandante en jefe de las tropas argentino-chilenas y "protector" del Perú.

Incluso las pretensiones porteñas llegaron al extremo de ordenar la destitución de San Martín, medida que fue rechazada por la oficialidad en pleno, lo que posibilitó la prosecución de la campaña libertadora en el Perú. El manifiesto que el comandante en jefe dirige a su ejército, es bien demostrativo de la difícil situación que soportaban los patriotas, privados como estaban de pertrechos, armas y alimentos. Decía la Orden General del 27 de julio de 1819: "... La guerra se la tenemos que hacer del modo que podamos: si no tenemos dinero, carne y un pedazo de tabaco no nos tiene de faltar: cuando se acaben los vestuarios, nos vestiremos con la bayetilla que nos trabajen nuestras mujeres, y si no andaremos en pelota como nuestros paisanos los indios: seamos libres, y lo demás no importa nada... Compañeros, juremos no dejar las armas de la mano, hasta ver el país enteramente libre, o morir con ellas como hombres de coraje".

Lo único que la oligarquía unitaria esperaba de San Martín, y por lo tanto presionaba en ese sentido, era que el jefe militar revolucionario se pusiera al frente de los contingentes de Buenos Aires para combatir a las partidas irregulares de las provincias. Pero, el libertador comprendía claramente que la política centralista y despótica de los porteños sólo arrojaba desastrosas consecuencias al país, hundiéndolo cada día más en los abismos de la guerra civil. Fue por ello que rechazó sistemáticamente los ofrecimientos de dirigir las operaciones contra "las montoneras" gauchas, especialmente cuando aquellos "bárbaros", como los llamaba el gobierno de Rivadavia, habían sido siempre sus mejores soldados en las batallas por la emancipación sudamericana. Uno de los vilipendiados caudillos federales, Juan Facundo Quiroga, le escribiría llamándolo "Mi venerado jefe y de todo mi respeto"; otro de los más destacados, el santafesino Estanislao López, le comunicaba que el pueblo de su provincia lo aguardaba para "llevarlo en triunfo hasta la Plaza de la Victoria". En cambio, los juicios de San Martín acerca de los unitarios y fundamentalmente Rivadavia, fueron lapidarios; diría el ya expatriado en una carta dirigida a O'Higgins, de fecha 13 de abril de 1829: "El objeto de Lavalle era el que yo me encargase del mando del ejército y provincia de Buenos Aires y transase con las demás provincias a fin de garantizar, por mi parte y la de los demás gobernadores, a los autores del movimiento del 10 de diciembre; pero usted conocerá que en el estado de exaltación

a que han llegado las pasiones, era absolutamente imposible reunir los partidos en cuestión, sin que quede otro arbitrio que el exterminio de uno de ellos. Por otra parte, los autores del movimiento del 10. son Rivadavia y sus satélites, y a usted le consta los inmensos males que estos hombres han hecho, no sólo a este país, sino al resto de la América, con su infernal conducta". Y refiriéndose a la alianza de los unitarios con Inglaterra y Francia, realizada a los efectos de combatir a Juan Manuel de Rosas, afirma: "...pero lo que no puedo concebir es que haya americanos que por un indigno espíritu de partido se unan al extranjero para humillar su patria y reducirla a una condición peor que la que sufríamos en tiempo de la dominación española; una felonía tal ni el sepulcro la puede hacer desaparecer".

Por todo ese cúmulo de motivos San Martín se aprestó para la entrevista de Guayaquil, en la que sus puntos de vista político-militares debían confrontarse con los de Bolívar, desde una posición manifiestamente desventajosa. Durante muchos años los superficiales y "patrióticos" historiadores argentinos y venezolanos buscaron argumentos que disminuyeran la trascendencia de ambos libertadores, atribuyéndoles, alternativa y respectivamente, "excesiva ambición de mando", "objetivos monárquicos", "insigne renunciamiento", etc. Pero, dejando de lado las interpretaciones voluntaristas o tendenciosas de la historia, que pretenden reducir los grandes procesos nacionales a simples comparaciones sobre la virtud e intenciones de sus principales protagonistas, nadie puede ignorar o desconocer la visión y el genio de ambos generales. Bolívar poseía, indudablemente, una concepción más totalizadora de la empresa de liberación latinoamericana, sin que ello signifique que San Martín no sostuviera idénticas miras de unificación política y económica; el venezolano era hombre de palabra y pluma fáciles y elegantes, mientras que el argentino respondía a un estilo de sobriedad inalterable ante los avatares y el tiempo. "El misterio de Guayaquil", como se ha dado en llamar al inquebrantable silencio posterior de los participantes del encuentro, solamente cedió cuando los allegados a San Martín le objetaban su aparente renuncio a concluir la guerra emancipadora en el puesto de mando que le correspondía; entonces, y con el objeto de aclarar a sus oficiales una actitud formalmente incomprensible, expresó: "...Existe una dificultad que no podría vencer sino a costa de la suerte del país y de mi propio crédito. Bolívar y yo no cabemos en el Perú. He penetrado sus miras: he comprendido su disgusto por la gloria que pudiera caberme en la terminación de la campaña. El no excusaría medios para penetrar al Perú, y tal vez no pudiera evitar yo un conflicto dando

al mundo un escándalo, y los que ganarían serían los maturrangos.¹ ¡Eso no! Que entre Bolívar al Perú y si asegura lo que hemos ganado, me daré por muy satisfecho, porque de cualquier modo triunfará la América. ¡No será San Martín quien le dé un día de zambra al enemigo!"

Prolegómenos de la entrevista

BOLÍVAR exclamó al conocer el triunfo patriota de Maipú en Chile: "El día de América ha llegado". Poco después, la victoria que él consiguió en Boyacá aseguraba la independencia de Colombia. De allí su proclama: "¡Soldados! Vosotros no eras doscientos cuando empezásteis esta asombrosa campaña; ahora que sois muchos millares, la América entera es teatro demasiado pequeño para vuestro valor. Sí, soldados, por el Norte y Sur de esta mitad del mundo, derramaréis la libertad. Bien pronto la capital de Venezuela os recibirá por la tercera vez y su tirano ni aun se atreverá a esperarlos. Y el opulento Perú será cubierto a la vez por las banderas venezolanas, granadinas, argentinas y chilenas. Lima quizás abrigará en su seno a cuantos Libertadores son el honor del mundo moderno". Sin embargo, en medio de la euforia que los sucesivos éxitos militares provocaban a los pueblos y sus ejércitos representativos, ya comenzaban a esbozarse los gérmenes de las disensiones y la fragmentación impulsada por Gran Bretaña y otras potencias europeas, cuyas consecuencias podían apreciarse en el caso de Guayaquil.

En esa ciudad del actual Ecuador, todavía sometida a la operación española, el desembarco del ejército de San Martín en el Perú produjo una gran impresión y aceleró el pronunciamiento patriota encabezado por el poeta José Joaquín Olmedo. El hecho significó que el ejército realista perdiera el único arsenal de la región y un contingente de 1,500 hombres, posibilitando así el avance de las tropas sanmartinianas y su enlace con las de Bolívar. La Junta Gubernativa surgida de la rebelión envió delegados a conferenciar con San Martín, quien instruyó a Toribio de Luzuriaga —jefe del acantonamiento de Guayaquil— y Tomás Guido, diputado ante la Junta, para que no interfirieran en los problemas internos de la ciudad, porque: "... Tan sagrado ha sido este deber para mí, que desde la primera vez que mandé mis diputados cerca de aquel gobierno me abstuve de influir en lo que no tenía una relación esen-

¹ "Maturrangos": expresión despectiva con la que los patriotas se referían a los españoles ocupantes.

cial con el objeto de la guerra del continente". Y dirigiéndose a Luzuriaga en especial, le dijo: "Usted conoce mi carácter y sentimientos; yo sólo deseo la independencia de América del gobierno español y que cada pueblo, si es posible, se dé la forma de gobierno que crea más conveniente".

Por el contrario, Bolívar consideraba que Guayaquil y Quito pertenecían a la Gran Colombia, debiéndose incorporar sin reparos a esa república. El historiador paraguayo, Julio César Chaves, señala al respecto: "...La línea política colombiana era firme: Guayaquil formaba parte de la Gran Colombia, y debían usarse todos los medios, incluso la fuerza, para reintegrarla a esa comunidad. En el problema no había por qué escuchar la voz de los guayaquileños. Ante la posición colombiana, la tesitura sanmartiniana fue distinta y opuesta: sólo a los guayaquileños correspondía decidir sobre su destino, agregándose a Colombia o al Perú, o declarándose independientes". Es indudable que si San Martín reafirmaba "que la fuerza no debe prevenir la deliberación de los pueblos", mientras que el general caraqueño ratificaba su posición intervencionista, quedaban establecidas las bases de un conflicto de imprevisibles derivaciones. Guayaquil no fue en la ocasión sino el síntoma de profundas divergencias conceptuales entre los dos grandes capitanes de la emancipación, pero también la evidencia del proyecto unificador bolivariano, que dadas las circunstancias no podía someterse a las innumerables presiones secesionistas...

Pese a todo, y reafirmando que para ellos la liberación de nuestra América era la meta fundamental, San Martín escribe a Bolívar desde Pisco y le propone reunirse en Guayaquil. El venezolano contesta diciendo: "Tengo la honra de acusar a V. E. la recepción del despacho a 12 de octubre, en Pisco, del año próximo pasado. Este momento lo había deseado toda mi vida y sólo el de abrazar a V. E. y el de reunir nuestras banderas puede serme más satisfactorio. El vencedor de Chacabuco y Maipo, el hijo primero de La Plata, ha olvidado su propia gloria al dirigirme sus exagerados encomios". Se suceden varias cartas entre ambos campamentos y en ellas San Martín reitera la necesidad de refuerzos, que a su vez solicita Sucre para los frentes de Ecuador. Finalmente, el argentino envía tropas, aunque es importante señalar que no hubo reciprocidad de la otra parte. Al borde del enfrentamiento, los ejércitos de Sucre y Santa Cruz por el reagravamiento de la diferencia guayaquileña, San Martín envía a Bolívar una comunicación en la que puede advertirse la médula de su pensamiento: "...Si V. E. me permite hablarle en un lenguaje digno de la exaltación de su nombre y análogo a mis sentimientos, osaré decirle que no es nuestro

destino emplear la espada para otro fin que no sea el de confirmar el derecho que hemos adquirido en los combates para ser aclamados por Libertadores de nuestra Patria. Dejemos que Guayaquil consulte su destino y medite sus intenciones para agregarse libremente a la sección que le convenga, porque tampoco puede quedar aislado en perjuicio de ambas. . ."

Sucre vence a los españoles en Río Bamba el 21 de abril de 1822. En esa acción tuvieron destacada participación los regimientos peruanos y argentinos, que un mes más tarde deshicieron a los realistas en Pichincha. El regimiento creado por San Martín, los granaderos a caballo, fue designado por Bolívar como su escolta al entrar en Quito. Sin embargo, la permanente espina irritativa de Guayaquil vuelve a interponerse entre los aliados, y Bolívar logra del gobierno colombiano la autorización para anexar la ciudad por la fuerza; explica su actitud de la siguiente manera: "V. E. ha obrado de un modo digno de su nombre y de su gloria, no mezclándose en Guayaquil", pero, prosigue, "no pudiendo ya tolerar el espíritu de facción", decidió no permitir "la existencia anticonstitucional de una junta que es el azote del pueblo de Guayaquil". Y concluye expresando: "No es el interés de una pequeña provincia lo que puede perturbar la marcha majestuosa de la América meridional".

La conferencia decisiva

EL 25 de julio de 1822 la goleta "Macedonia" entró en la rada de Guayaquil, conduciendo al general José de San Martín. Ya hacía unos días que Bolívar estaba presente en la ciudad, razón por la cual envió a su edecán, el coronel Torres, para saludar al jefe argentino e invitarlo a desembarcar. Recién el 26 Bolívar visita la "Macedonia", incitando directamente a superar el disgusto que su actitud intervencionista había provocado al Libertador de Chile y Perú.

Tras acceder San Martín al nuevo requerimiento, desciende de la nave y se dirige al lugar de la conferencia. Un cronista local recuerda que: "...Mientras tanto, el pueblo agolpado frente a la residencia no dejaba de vitorearle; varias veces la guardia tuvo que hacer retirar al gentío que se arracimaba bajo los balcones para ver y clamar al Libertador del Sur. Este tuvo que salir al balcón y saludar a la reunión con palabras de benevolencia y gratitud por las expresiones patrióticas con que se le distinguía".

Durante el día ambos generales conferenciaron alrededor de seis horas. Luego, Bolívar ofreció un banquete a su invitado, ofre-

ciéndose los siguientes brindis: "A los héroes de América", "A sus libertadores", "A los bravos que han combatido en millares de combates", "Por la Federación americana del sur", "Por una sola nación americana compuesta de muchas familias". A las nueve de la noche se inició un baile de honor en el edificio del cabildo; cuatro horas después, en forma inesperada, San Martín se retiró con sus edecanes. Bolívar lo acompañó hasta el muelle, y entonces San Martín le dijo: "Ahora le queda a usted, general, un nuevo campo de gloria, en el que va usted a poner el último sello a la libertad de América".

Inmediatamente el buque zarpó rumbo al Perú. A partir de allí un manto de sombras ha oscurecido los verdaderos temas tratados en la reunión, como así también la influencia real que ésta tuvo en la actitud sanmartiniana de absoluto renunciamiento a todos los cargos políticos y militares. En efecto, si bien San Martín reasume el mando como Protector del Perú el día 21 de agosto, ya el 18 de setiembre convoca al Congreso y ante él admite, afirmando: "... Si algo tienen que agradecerme los peruanos, es el ejercicio del supremo poder, que el imperio de las circunstancias me hizo obtener... ¡Peruanos! Desde este momento queda instalado el Congreso soberano y el pueblo reasume el poder supremo en todas sus partes".

Como ya señaláramos, la entrevista de Guayaquil ha sido formada por las tergiversaciones de muchos historiadores parciales, pero, asimismo, enfocada con criterios exageradamente simplistas. Ni Bolívar ni San Martín podían, como es obvio, detallar cuestiones que hacían a la estrategia militar en la lucha liberadora, ni tampoco precisar los lineamientos políticos a seguir en el futuro. Es evidente que fueron deliberadamente reticentes y ambiguos, sabedores de la importancia que adquirirían sus decisiones y pronunciamientos. San Martín se encontraba, tal como lo adelantáramos, condicionado por las maniobras del gobierno de Buenos Aires, y aunque Bolívar contaba con un respaldo más homogéneo, no está demás recordar la actitud de algunos de sus lugartenientes —caso Santander—, cuya lealtad era vacilante, cuando no directamente nula.

¿Qué temas fueron tratados y cuáles fueron las respectivas posiciones? Actualmente se coincide en que abordaron los siguientes problemas:

- 1) El estado político de Guayaquil;
- 2) La situación en el Perú;
- 3) La monarquía o república en América;
- 4) La federación americana;

- 5) Límites peruano-colombianos;
- 6) Negociación de paz con España;
- 7) Asuntos de México;
- 8) Chile y O'Higgins;
- 9) Marcha de la guerra emancipadora y estrategia conjunta.
Refuerzos necesarios para el ejército de San Martín.

Sobre este último punto, al que en definitiva se subordinaban las demás cuestiones en consideración, la polémica queda referida a la existencia o no de una carta enviada por San Martín a Bolívar el 29 de agosto de 1822, y conocida como "la carta de Lafond". Este, que era un marino y viajero francés, la publicó en 1844. En su libro *Voyages autour du monde et naufrages célèbres*, Gabriel Lafond de Lurcy reproduce el texto, que en sus partes fundamentales manifiesta: "... Los resultados de nuestra entrevista no han sido los que me prometía para la pronta terminación de la guerra; desgraciadamente, yo estoy firmemente convencido, o que V. no ha creído sincero mi ofrecimiento de servir bajo sus órdenes, con las fuerzas de mi mando, o que mi persona le es embarazosa". Y prosigue diciendo San Martín: "... Las razones que V. me expuso de que su delicadeza no le permitiría jamás el mandarme, y aún en el caso de que esta dificultad pudiese ser vencida estaba V. seguro que el Congreso de Colombia no le consentiría su separación de la República, permítame V. general le diga, no me han parecido plausibles: la primera se refuta por sí misma, y la segunda estoy muy persuadido que la menor insinuación de V. al Congreso sería acogida con unánime aprobación, con tanto más motivo cuanto se trata con la cooperación de V. y la del ejército de su mando finalizar en la presente campaña la lucha en que nos hallamos empeñados; y el alto honor que tanto V. como la República que preside reportarían en su terminación".

Finalmente, San Martín le confía a Bolívar que su "partido está irrevocablemente tomado... , convencido de que mi presencia es el solo obstáculo que le impide a V. venir al Perú con el ejército a su mando, parto a Chile: para mí hubiera sido el colmo de la felicidad terminar la guerra de la independencia bajo las órdenes de un general a quien la América del Sud debe su libertad; el destino lo dispone de otro modo, y es preciso conformarse".

Epílogo y destierro

DURANTE veintiocho años San Martín permaneció en un destierro que sólo concluiría con su muerte. Fiel a una conducta iniciada en

sus días de joven oficial combatiente contra Napoleón, mantuvo un austero silencio frente a los reclamos y las incitaciones a retornar a la Argentina azotada por las contiendas civiles. El intento que hizo para regresar, en 1828, se vio frustrado por la revolución unitaria y porteñista de Juan Lavalle, uno de los jefes que combatió bajo sus órdenes en las campañas de Chile y Perú. Por eso fue que San Martín exclamó: "Yo supe en Río de Janeiro la revolución encabezada por Lavalle; en Montevideo, el fusilamiento del coronel Dorrego; entonces me decidí a venir hasta balizas, permanecer en el Paquete y no desembarcar, haciendo desde aquí algunos asuntos que tenía que arreglar y regresar a Europa. Mi sable... no... ¡jamás se desvainará en guerras civiles!"

Años más tarde se dirigiría a su antiguo ayudante, el general Tomás Guido, expresando: "...El foco de las revoluciones, no sólo en Buenos Aires, sino de las provincias, ha salido de esa capital: en ella se encuentra la crema de la anarquía, de los hombres inquietos y viciosos, de los que no viven más que de trastornos, porque no han tenido nada que perder, todo lo esperan ganar en el desorden; porque el lujo excesivo, multiplicando las necesidades, se procura satisfacer sin reparar en los medios; ahí es en donde un gran número quiere vivir del Estado y no trabajar, etc. ..." O sea, que la situación básica, a partir de la cual se vio directamente afectada su posibilidad de concluir exitosamente la campaña libertadora, radicada en las maniobras de un gobierno ajeno a los intereses de la revolución latinoamericana, persistía sin solución a la vista. Recién cuando Rosas se hizo cargo de la gobernación de Buenos Aires, imprimiendo a su gestión características nacionalistas, San Martín modificó sus juicios condenatorios.

De allí que en 1839 escribiera a Rosas, reafirmando el anatema hacia aquellos que no contentos con sabotear su obra emancipadora y conspirar permanentemente contra la voluntad mayoritaria del pueblo, se unían al enemigo con el objeto de derrocar a "la dictadura". Ello explica sus palabras, tras las que se agitaba la reminiscencia de iguales conductas en la época de la conferencia con Simón Bolívar: "...Pero lo que no puedo concebir es que haya americanos que por un indigno espíritu de partido se unan al extranjero para humillar a su patria y reducirla a la condición peor que la que sufríamos en tiempo de la dominación española; una tal felonía ni el sepulcro la puede hacer desaparecer".

Los resultados de aquella inigualable guerra de liberación nacional que Bolívar y San Martín comandaran en los campos de Chacabuco, Junín, Maipo, Carabobo, Ayacucho y cien enfrentamientos más, se vieron confirmados por consolidación independentista de

América del Sud. Si las ambiciones personales y partidarias, pero fundamentalmente el servilismo a la política de los sucesivos imperios dominantes, frustró en gran parte los resultados de aquella gesta, en nada eso afecta el mérito de ambos patriotas. Su aspiración de concretar una gran federación americana reviviría más tarde en las luchas revolucionarias y antimperialistas de Martí, Eugenio María de Hostos, Zapata, Sandino y Albizu Campos, sin olvidar las innumerables movilizaciones que se realizaron y realizan desde el Bravo a la Patagonia. Los pueblos así lo han comprendido y en sus manos están las banderas del venezolano y el argentino, que si nunca se detuvieron en las arbitrarias fronteras trazadas por la imposición imperial —convirtiéndose así en precursores de "la subversión"—, tampoco negociaron el destino de Iberoamérica en la mesa del reparto de influencias.

La entrevista de Guayaquil permanecerá entonces como ejemplo para los tiempos. Porque poco o nada han entendido los menguados analistas que pretenden reducir los alcances de las conversaciones a una disputa por preeminencias políticas o militares, cuando todavía resuenan aquellas palabras de Simón Bolívar: "... Mi primer pensamiento en el campo de Carabobo cuando vi mi patria libre fue V. E., el Perú y su Ejército Libertador. Al contemplar que ya ningún obstáculo se oponía a que yo volase a extender mis brazos al Libertador de la América del Sud, el gozo colmó mis sentimientos. V. E. debe creerme: después del bien de Colombia, nada me ocupa tanto como el éxito de las armas de V. E., tan dignas de llevar sus estandartes gloriosos donde quiera que haya esclavos que se abriguen a su sombra".

LA REPUBLICA DE JUAN CRIOLLO

Por César LEANTE

JUAN Cabrera está entre los cubanos que al estallar la guerra de 1895 tomaron el camino del exilio. Forma parte, pues, de los que evitando los riesgos de la manigua "supieron conservarse para ministros, senadores y presidentes de la República". Regresa a Cuba precisamente con el nacimiento de ésta. De la cárcel de Mérida, en México (y no por actividades revolucionarias sino por escandalera de proxenetas), a los espigones de La Machina. "En el mismo muelle —cuenta Loveira— le conquistó un agente de *La Diana*, una de las fondas de a real el plato y medio peso la cama, que ocupaban toda la cuadra de Dragones, entre Aguila y Amistad. El pasajero ocupó un coche y en todo el trayecto hasta *La Diana* se fue bebiendo, con los ojos, con toda el alma, los seres y las cosas que hallaba a su paso. ¡Cuba Libre! ¡Vida Nueva!" A diferencia de Victoria, protagonista de *Las honradas*, de Carrión, que también regresa con el inicio de la república, pero de los Estados Unidos, no ve La Habana con los mismos ojos de desastre. Victoria registra una Habana con "las casas bajas, las calles estrechas, las aceras casi ilusorias y las caras demacradas de sus habitantes. . . , por todas partes se veían las huellas de la catástrofe". Juan, por el contrario, nos propone una ciudad casi deslumbrante al amparo del siglo y del nuevo orden político que se inauguran. Pintoresca, animada, llena de alegría a pesar de la miseria. Por su vitalidad la sentimos mucho más nuestra que la de Carrión. "A gozar a plenos pulmones —exclama inflamado de patriotismo— el ambiente de La Habana sin soldados españoles, con los odiados voluntarios definitivamente restituidos a sus mostradores y trastiendas, con sus calles, paseos y edificios, plagados de banderas cubanas. . ." El prestigio de los mambises polarizaba la admiración. Eran figuras legendarias a quienes todos querían acercarse, ver, oír, ¡y cómo lamentaban ahora no haber estado a su lado en los momentos gloriosos de la guerra! Así, "en los primeros días, Juan muy temprano dejaba su cama de *La Diana* para aún con el gusto del saboreado café cubano en la boca irse hasta la Quinta de los Molinos, a disfrutar de las maniobras de la mambisa escolta del Generalísimo, para tratar de ver al

propio Chino Viejo, recto, austero, inmaculado héroe de la gloriosa epopeya. . . Y luego, a cualquier fiesta patriótica donde la misma banda tocase y retocase el Himno, la Marcha Invasora, la Diana mambisa y otras músicas guerreras, que sólo el diez por ciento de los cubanos oyera antes de los últimos seis u ocho meses. . . Por las noches, a colgarse de los oídos los tubos de goma de algún callejero fonógrafo, para oír por vigésima vez los cilindros de Perales, Coliseo o Sao del Indio, o ver en *Cuba* o *Alhambra*, las patrióticas obras, improvisadas como hongos, a base de Paz, Unión y Concordia, celestialmente. Y entre uno y otro exquisito goce, al pasar por parques o esquinas de importancia, a saborear lenta, fruitivamente, los sabrosos bocados de la tierra, tanto tiempo y tan incansablemente añorados en extraña tierra: tostados pastelitos de carne o de guayaba, en el *Europa*; ruedas de sin igual piña cubana, engullidas de pie, con dedos y labios goteantes, junto a los sombreados kioscos del Campo de Marte; cusubés y majaretos de los tableros guarecidos bajo los soportales de las grandes tabaquerías, y en las noches, olorosos y sabrosos bollitos, de las fritadas de cierta famosa negra de la Plaza del Vapor. . .”

Esta pintura de la capital, con su mención de lugares precisos, de costumbres casi ignoradas como la de los fonógrafos callejeros, con ese despliegue de bocados populares como si estuviera enumerando manjares, con su delirante entusiasmo por la nueva nación que surgía y su reciente pasado heroico, nos entrega una Habana palpitante, y su prolijidad descriptiva hace pensar en Cirilo Villaverde. Indudablemente, la ciudad vive en las páginas de *Juan Criollo* como vivió en las de *Cecilia Valdés*. Pero no todo es goce de los sentidos para el repatriado. La necesidad de reponer las monedas que disminuyen “con alarmante rapidez”, lleva a Juan Cabrera a hacer, día a día, antesala en los despachos de los nuevos gobernantes (aún no se ha instaurado la república y funciona la administración norteamericana de Leonardo Wood). Las preguntas que obligatoriamente deben responder los solicitantes son “¿Sabe usted inglés? ¿Estuvo usted en la guerra?” La segunda tal vez fuese lógica; la primera indica la presencia de esos “rojizos, resudados, casi asfixiados militares americanos” que el autor mostrase páginas antes y que permanecerían en “Cuba libre” mucho más de lo que el entusiasta republicano podría suponer. Por Loveira sabemos que: “Los únicos aspirantes que no solían salir decepcionados y casi suicidas de tales antesalas, eran los de verdad recomedados por aquellos generale y coroneles. . .” La frase es hiperbólica, naturalmente (“la hipébole siempre estuvo de moda entre nosotros”, Carrión), pero señala esa lacra que vaciaría la obtención de un cargo público (y de

no pocos empleos privados) a lo largo de toda la república: la recomendación. Igualmente al hablar de que Juan no estaba "emparentado con la aristocracia de la ex colonia", de que "no tenía ex condiscípulos de Belén y los Escolapios", Loveira denuncia el poderío económico de los almacenistas, comerciantes, importadores españoles, que se mantuvo intacto a pesar de que éstos estuvieron hasta el último momento de la guerra al lado de España. Los bienes de los ricos criollos y aun de sencillos campesinos que participaron en la contienda de 1868, fueron confiscados por las autoridades españolas, cuando no destruidos. La Revolución del 95 no tomó un centavo de los acaudalados servidores de España. Extraña generosidad para un país necesitado de aliviar la pobreza en que lo había dejado la larga y dura guerra. El colmo de esta magnanimidad se produciría en 1906, cuando el interventor Magoon accediera a pagar la indemnización que reclamaba España por las armas que sus ejércitos habían abandonado en Cuba al ser derrotados. Magnanimidad, claro está, con dinero que no era de su país y que, al igual que la inmoralidad por él entronizada en el gobierno, tenía como fin facilitar el apoderamiento de las riquezas de Cuba por el capital norteamericano que ya invadía la isla. Pero alguien podría preguntarse que por qué acude Juan en busca de empleo precisamente a una oficina pública. El mismo Loveira facilita la respuesta: "Fuera de la burocracia oficial, ¿dónde?" Juan trata de hallar trabajo en otros sitios, pero lo rechazan por muy flaco en una empresa maderera, se echa al hombro cestos de piñas por ocho reales al día, fracasa como dependiente de un café y se "coloca" por un peso al día acarreando vigas y tablones en un depósito de maderas próximo al cementerio antes de que finalmente consiga ingresar en la administración estatal.

La explicación a todas estas penurias, que es la de miles de Juanes, la pone Loveira en boca de uno de los amigos de su protagonista, al asombrarse éste de lo que le está ocurriendo en su Cuba libre: "Cuba no es libre todavía", le dice, y vuelve a apuntar que "la gran aristocracia colonial... seguirá siendo la de tu Cuba libre". Entretanto, se acerca el día de la designación oficial de Cuba como república. En *Juan Criollo* encontramos una magnífica página sobre el acontecimiento: "Estaba próximo el 20 de mayo. La Habana vibraba de patriótico entusiasmo. Nos encontrábamos en el cenit de aquella época en que casi todos los cubanos anhelábamos (aquí Loveira ha pasado de la tercera persona a la primera del plural, como para enfatizar su propia identificación anímica con lo que narra) contribuir, fervientemente, a la afirmación y engrandecimiento de una República ejemplar. Se dice 'casi' porque no faltaban mez-

quinas almas despechadas. Ni faltaban libertadores, ya convertidos en cubanos de superior fabricación que los otros, que vislumbraban la política a bajo vuelo, gracias a la cual habrían de convertirse en *souteneurs* de la patria. Vibraba La Habana de patriótico entusiasmo. Levantábamos arcos en las principales bocacalles. Entraban en la ciudad carros y caballos cargados de verdes montañas de guano para las enramadas nutridas de banderas, farolillos y cadenas de papel multicolor. Rodaban por todas partes los carruajes nuevos, charolados, con los más hermosos caballos, que en las tardes y noches formaban interminables, bulliciosas hileras; Prado abajo, Prado arriba, como en ensayo de la invasión multitudinaria, anhelante y frenética, que habría de invadir aquellos lugares, a la hora de izar la Estrella Solitaria, en el Morro propincuo. Las estaciones ferroviarias de Regla y Guanabacoa arrojaban trenes cargados de viajeros, varones, hembras, grandes, pequeños, de primera y de tercera clase".

La historia de Juan Cabrera —o Criollo, que es el seudónimo que adopta cuando se lanza a la política— es la de un cubano típico (con algo, o mucho, de su autor) que creyó en la República hasta que se sintió defraudado por ésta, casi en su alborada; pero también (hay que decirlo pese a todos los aspavientos melodramáticos de Loveira, que parece como autojustificarse mediante él) con una fuerte propensión a la demagogia, una gran dosis de resentimiento y un deseo inmenso por alcanzar la posición que ocupa al final de la novela. De ahí que desde su llegada a Cuba, Loveira lo esté preparando para el viraje en redondo que finalmente se producirá en él. Juan Cabrera posee talento natural, ha leído algo (sobre todo a Nietzsche, Hordau, France, Queiroz, etc.), y redacta "con soltura y propiedad", lo cual, dicho por el propio Loveira, viene a ser como una definición de su estilo. Por ello sus amigos (en realidad máscaras de un *alter ego* múltiple del autor) lo están incitando constantemente a que tuerza el rumbo, especialmente a que abra los ojos e ingrese en la política, cima y sentina de toda aspiración. Julián, uno de sus íntimos, que arribará a una curul en la cámara de representantes mucho antes que Juan, le aconseja: "Bueno. Yo he venido a ver izar el trapo en el Morro. Pero también he venido a quedarme en La Habana. Me he metido en política, con la gente que ha triunfado. Don Tomás es el hombre. Y yo estoy dispuesto a ir adelante, al lado del viejo. La tabaquería para los bobos. Tú tienes que hacer lo que yo. Tampoco tengo influencias ni dinero. No tengo siquiera tu cultura".

Cierto que *Juan Criollo* fue publicada en 1927, pero resulta curioso que Loveira ponga en boca de este Julián, en 1902, frases

que perdurarían más de media centuria y que fueron claves en nuestra política: "Don Tomás es el hombre". Lo serán igualmente Menocal, Zayas, Machado, Batista. . . En fin, todos los que ocupen el poder. Para el cubano "el hombre" será quien esté arriba, el gobernante de turno. Toda una ética prácticamente hamponesca y oportunista trasladada a la vida ciudadana. Aun sin haber tomado posesión de la Presidencia, en esa expresión de Julián encierra Loveira todo lo que será nuestro primer gobierno republicano. No mencionará más a Estrada Palma. Pero esa manera de referirse a él es suficiente: equivale a un juicio.

Que Juan Cabrera sea la máscara más ostensible de Loveira y que por ello éste muestre tanto celo en justificar la conducta que ulteriormente va a seguir su personaje, poco importa. Lo importante es que esas justificaciones se enmarcan en un esquema verídico. La corrupción viene de arriba, son las clases altas quienes la propician y difunden, trátase ya de políticos o hacendados, de generales o doctores. En determinado momento, viendo cómo se llevan preso a Pepín, hijo bastardo del dueño de la mansión de la cual es sacado por un policía bajo la acusación falsa de intento de robo, Loveira interviene directamente para apostrofar al acusador: "¡Sobrino de Pepín, señores moralistas!" Y unos renglones a continuación explica así esta paradoja social del sobrino rico mandando a detener al tío miserable: "Un espermatozoide que tuvo la mala suerte de que lo echan al mundo en Los Mameyes en vez de en el Cerro".

Loveira no dice de qué modo logra Juan obtener el codiciado puesto en la administración pública. Pero el término que utiliza para informar de su nombramiento es de una ironía estupenda, como un perdigonazo haciendo diana: "Pero —¡al fin!— el cubano Juan Cabrera cayó en un renglón de las nóminas del Estado". En efecto, se caía en un cargo público, en alguna oficina estatal, como por obra del azar. Algo así como sacarse la lotería. Y todo cubano, de algún modo, vivía bajo la obsesión de esos dos sueños: engrampar el premio gordo o adherirse a la nómina gubernamental. La aspiración a un cargo público, la maldición del cargo público que pesaría sobre la nación por más de medio siglo, había como perdido su significación más inmediata para adoptar, increíblemente, el rango de un símbolo. El destino de todo un pueblo parecía haberse cifrado y connotado en él. La pupila astuta de Loveira lo vio claramente desde el principio, y éste es un tanto que hay que anotarle a su penetración psicológica y sociológica del cubano. En la novela, el acceso de Juan a la burocracia le permite a Loveira burlarse de las jerarquías oficiales y em-

prenderla contra los políticos que dominaban la maquinaria gubernamental: "Se vio instalado (Juan Cabrera) en una oficinita anexa a la del Secretario Particular del Honorable Señor Secretario de tal y tal..." Y párrafos después: "Los políticos, árbitros de la suerte de los empleados públicos, no hacían muy puras migas con los burócratas resistidos a ser 'del partido', o llevar un ista que concordase con algún nombre de los que tenían la llave de los rayos. Ya podrían tener preparación y buena voluntad como las de Juan. ¡Para obtener un ascenso! ¡Para siquiera conservar el rengloncito de la nómina! Los políticos necesitaban tener el mayor número posible de peones en el tablero administrativo de la República, su amante corazón..."

Parejamente con la ascensión de Juan a la burocracia, la familia Ruiz y Fontanills, en cuya casona del Cerro se criara Juan como recogido (por haber sido Don Roberto, el fundador de la familia, amante de su madre), y en la que Loveira ejemplifica a la clase oportunista de la república, ligada por un cordón umbilical a los integristas de la colonia, trepa igualmente; pero a saltos. Robertico es alcaide de la prisión de La Habana (y se enriquece traficando con las dietas de los presos), Fernando es magistrado y pasea su insolencia en un coche descapotado por el Prado y el Malecón, y Adolfo... "ya el hermano del mártir era presidente de una sala de audiencia... y era hombre influyente con todos los generales y doctores del Presupuesto". El amigo íntimo de Juan, Julián, también sube como la espuma. Loveira no se detiene a dar datos, sino que de pronto cuenta que "obtuvo su acta de congresista". De una manera injustificada, novelística y quizás sicológicamente, Loveira lo lleva a la confesión más desvergonzada que pueda hacer un gobernante. El procedimiento literario será erróneo, forzado; pero en este grotesco que es la novela y que era el tinglado político de la república, encaja como anillo al dedo: "¡Qué carrera esta nuestra, de congresista! —le refiere tentadoramente a Juan—. Sin trabajo, sin responsabilidad, sin superiores jerárquicos, con largo e invariable plazo para la cesantía... Figúrate, yo me puedo estar un año, y dos, sin hacer una ley, sin ir a comisiones, sin votar. ¡Vaya! Sin decir un monosílabo. Como tantos que todos conocemos. ¿Y qué? Al fin de mes, el cheque, o los cheques para la familia, para los amigos, para los puntales políticos. Vacaciones de Semana Santa. Vacaciones de Navidad. Receso entre legislatura y legislatura. Inmunidad... De modo que tú dirás. ¿Hay en el mundo igual sabrosura que la sabrosura de ser senador o representante?"

Tan tentador panorama, tal enumeración de las delicias del paraíso congresional, tendrían a la postre que hacer mella en la coraza (no tan resistente) de Juan. Pero antes de hacerlo claudicar, Loveira (téngase en cuenta que Juan es palmariamente su doble) busca abundar en motivaciones que amorticen su chapuzón en el "cenagal político". Por lo pronto, lo casa; con una mecanógrafa que labora en la misma oficina que él. Loveira aprovecha el romance para poner de relieve una serie de casi deliciosas —por lo ingenuas, por lo cursis— costumbres amorosas republicanas, y también para adicionarle a la novela un nuevo toque de erotismo (ingrediente del que rebosan todos sus libros). De inicio, Juan pide "la entrada" en casa de Julia, que a partir del noviazgo pasa a ser Julita. Luego, por espacio de varios meses, la visita diariamente: "y cada noche los cuerpos se juntaban durante dos o tres horas, a mirarse ansiosos, a beberse el agitado aliento pasional, a hurtar de ajenas miradas rápidas y afanosas caricias de las manos y los labios". Por último, la boda. "Julita —¡claro!— no trabajaría más 'en la calle'. Eso era muy cubano. Como cubano era —en todas las edades y planos sociales— el motivo todopoderoso que puso a Juan, durante varios días, en gozosa e incansable actividad: la confluencia de dos muslos femeninos".

A la par que la boda de Juan Cabrera, se efectúa la de Nena, descendiente de los Ruiz y Fontanills, y con la que el protagonista tuvo "relaciones" allá en su adolescencia. Si el matrimonio de Juan se celebró "en la intimidad" —para desencanto de Julita que soñaba con un desposorio luminoso—, el de Nena ocupa las páginas de la crónica social. Los vocablos ingleses ya habían desembarcado junto con los "muchachos" de Teddy Roosevelt y el próximo marido de Nena era "un conocido *sportman*", Polito Castellón y Baró. "Polito es campeón de *singles*, *doubles* y otros términos exóticos, que le vienen de perillas a los cronistas sociales". La madre de Polito, como es natural, "pertenece a la más rancia aristocracia habanera". Y al padre, don Nicolás, "el cronista le llama acaudalado propietario de los centrales azucareros Rosita y Angelita". Terminada la ceremonia, "partieron los recién casados hacia su bella residencia del propio Vedado, en un flamante Rolls Royce, regalo del padre del novio".

Juan y Julita se instalan en la Víbora, en una modesta casa que, ahorrando, piensan adquirir a plazos. Con minuciosa pulcritud —cargada de rencor— Loveira da cuenta de la metódica vida conyugal de su protagonista: "Juan, cumplidor, laborioso, inteligente, llega a Oficial Quinto y rápidamente a Jefe de Negociado; pero un hijo primero, una hija después (el Nene y la Nena), el com-

promiso de la mensualidad para ir redimiendo la casa, el pavoroso aumento 'habanero' en el costo de la vida y las medias de seda y los zapatos de esta moda y de la otra, y el sombrero de verano, de invierno, de entretiempo, de noche y de día; todo ello va agudizando el desequilibrio económico, amargándole la vida, con la horrible cantinela doméstica de la falta de dinero: 'Este mes no se puede pagar al bodeguero'. 'El turco no quiso dejarme las toallas, a plazos'. 'El cobrador de la luz ha estado tres veces con el recibo, y a mí no me ve más la cara'". Exageraciones aparte (a las que indudablemente lo induce su fobia antimatrimonial), el párrafo transcrito copia al carbón ese *via crucis* cotidiano que era la vida del empleado público con mujer e hijos. En este Juan Cabrera y en esta Julita prototípicos hay una referencia fidedigna al agónico existir de la clase media cubana.

Ya antes, por temor a los Ruiz y Fontanills (se la tenían guardada desde que descubrieran sus "relaciones" con Nena), Juan había pensado en "meterse a periodista". (Y es formidable el verbo empleado por Loveira: en efecto, se "metía" alguien a periodista como a otro "le daba" por ser poeta o pintor: en suma, una especie de aberración). Ahora, para librarse del agobio espiritual que lo aplasta y asimismo con la esperanza de aliviar en algo su situación económica, Juan Cabrera "se pone" a escribir: "unos episodios de la Revolución, estilo Episodios Nacionales de Galdós". En verdad, Loveira no es un escritor, en el sentido artístico de la palabra; es alguien dotado de capacidad para la observación, de ingenio "criollo" y de facilidad para trasladar a la *conversación* sus impresiones; pero carece de esa fuerza creadora, de ese cuidado con los materiales que elabora que definen la vocación artística. Sus novelas, no obstante sus agudezas, la amplitud de sus descripciones, lo atinado de ciertas observaciones, la buena conducción de alguna de sus tramas —estoy pensando en *Los ciegos*— son más bien charla de tertulia que obras de arte. Sin embargo, parece como si en *Juan Criollo* él hubiese querido justificar su condición de escritor, y aun cuando apunta algunas generalidades "del oficio" que son verídicas, desdichadamente cae en el ridículo. Así, inconcebiblemente, hace triunfar a Juan Cabrera. "Con el primer libro de episodios —relatos de unos Generales que tuvo por jefes en la Secretaría— triunfó. Triunfó literariamente. Plumas del país y plumas extranjeras, enjuiciaron la obra, cargando la mano de los elogios". Si se piensa que este Juan Cabrera escritor es en verdad el escritor Carlos Loveira, lo dicho arriba raya en lo patético. ¡Qué grado de indiferencia habría alcanzado nuestra literatura que un novelista tenía que apelar a una novela suya, escudándose en la

facción, para autoelogiarse! ¿O se trata de una nueva desmesura del ego de Loveira? Creo que hay de las dos cosas. Mas, sea como fuere, enjuiciado por sus compañeros de oficina, Loveira tiene una frase magnífica que destruye la cursilería anterior: "¡Bah! ¡Escritor!", les hace decir a los amanuenses del Negociado. No desperdicia tampoco Loveira la ocasión para cargar contra sus compañeros de letras, y aquí del plano ficticio se pasa llanamente al real. "El literato es mala familia zoológica", dice manifestando la opinión que le merecía el mundo literario cubano de la década del veinte. . . Juan tenía talento. Más del que las malas personas de la linteratura habanera creyeron en un principio. Entonces, es decir, al comienzo, lo auparon con todos los ditirambos de la crítica impresionista y de las afirmaciones *a priori*, para despistar; para de ese modo saciar su rabia contra otros triunfadores de mérito. Lo calificaron del mejor ensayista cubano, por mortificar y empequeñecer a los malqueridos consagrados, del ensayo histórico cubano. Hicieron comparaciones enojosas, con estilistas de renombre, para rebajarles ante lectores de suplementos dominicales. Pero, después, súbitamente, le volvieron la espalda al nuevo consagrado, silenciando su labor, olvidando su obra y su personalidad a la hora de los recuentos tendenciosos, comparándolo, desfavorablemente, con cualquier flamante hongo de la letra de molde".

El párrafo que se continúa revela crudamente el carácter de trampolín que las letras tuvieron siempre para Loveira. Tras un aparente velo de honestidad literaria, de vocación y dedicación al arte, la ambición por arribar a una privilegiada posición política se evidencia. Mas lo que dice respecto al desprecio gubernamental hacia la literatura resulta válido. Es una queja que en distintos tonos repetirán nuestros escritores en todo el período republicano. "Su desengaño con los políticos —habla Loveira—, perdonavidas de compatriotas pobres, no fue menos aniquilante. Había mimado la esperanza de que, así como Heredia, con un solo tomo de versos, llegaba a la Academia Francesa, él, con trescientas páginas saturadas de estilo, de ideas y de sentimientos fuertes, *podría subir hasta un alto renglón sinecural* (el subrayado es mío), desde donde poder servir a la patria y servirse a sí mismo, con un aporte literario logrado en la serenidad y la dedicación espirituales más absolutas. Que a eso también podían dedicar algunos pesos del Presupuesto y las Colecturías los mencionados señores políticos, siempre preocupadísimos por los intereses del país. Pero ¡qué va! Con literatura no se les podía 'entrar' a los padres de la patria. . ."

La diatriba contra los que rigen el destino de la república es constante en Loveira; no cesa de fustigarlos. Y lo abarca todo en

su denuncia, mezcla de verdades patentes, enconos y quizás de chantage. No importa. Lo cierto es que su disección de la república es una de las más minuciosas que nos haya legado la literatura cubana. No deja víscera ni músculo sin incidir. Así va de órgano en órgano. "Otros elementos irritantes: los especialistas en Congresos Internacionales. Tal era la pasmosa multiplicidad de sus conocimientos, que lo mismo servían para un Congreso de Neomalthusianismo que para uno de aviación. Eran diez o doce nombres. . . Luego, las dinastías republicanas. . . Estos seis hermanos escritores, oradores y diplomáticos, de generación espontánea, que siempre estaban recordando sus servicios constantes a la patria, pero no la cantidad anual que a la patria costaban tales servicios. O aquella familia Ruiz y Fontanills, como tantas otras, de héroes y mártires. ¡Qué bien les iba con la patria, por la cual derramaron su sangre. . . los otros!"

Han transcurrido aproximadamente veinte años cuando por fin Juan Cabrera se arriesga a dar el salto. Loveira lo ha conducido a través de casi dos décadas de vida republicana. Regresó a Cuba en los albores de 1902, con el nacimiento de la república, y ahora, en el 20, va a torcer el derrotero de su monotonía burocrática. Loveira no proporciona fechas, y difícilmente sabríamos que estamos en 1920 de no ser por la mención que hace del acorazado "Minnesota", pues en esos veinte años no ha habido el menor señalamiento a ningún acontecimiento de la vida cubana. Juan Cabrera ha transitado por los gobiernos de Estrada Palma, de José Miguel Gómez, de Menocal; ha conocido la vergonzante regencia del procónsul Magoon, la "guerrita" del 12, el inicio de la Danza de los Milloneros; pero Loveira no deja ni la más mínima constancia de ello. Su protagonista, como un asno, ha girado interminablemente alrededor de la noria de su miseria, sus resentimientos, sus descabelladas aspiraciones literarias, y Loveira, con él, se ha desgastado en generalidades, insultos, en una avalancha de páginas panfletarias contra una república inalterable. ¿Sagacidad de novelistas que quiso probar de ese modo que en veinte años en Cuba no había pasado nada, que bajo sus diferentes gobiernos y épocas era la misma república que él había visto originarse aquel memorable 20 de mayo de 1902? No me parece; pienso más bien que el vacío histórico se debe a la cominería de que se nutre la novela. Con ella Loveira ha querido sustituir el dato concreto, la referencia al medio, al país en su devenir, a sus hechos. El resultado de estas intriguillas de Juan Cabrera es una impresión de absoluto estatismo, de detención en el tiempo. Entre las primeras páginas del retorno de Juan a Cuba, en las que hay una espléndida descripción del ambiente reinante en

1902, de las calles de La Habana, de sus parques, de sus viviendas, de sus sitios de esparcimiento, a las posteriores, en que se rumia por igual la amargura de Juan Cabrera y de su creador, la distancia es notable.

En fin, el salto que va a producirse en Juan Cabrera lo provocan dos hechos: uno, el juicio contra un infeliz acusado de robo a quien él conoció en la finca de los Ruiz y Fontanills. Para Loveira este encauzamiento es todo un símbolo de la injusticia imperante en el país, de la miseria moral de una sociedad que encumbra a los canallas (los Ruiz y Fontanills) y se ensaña contra los desposeídos. El otro hecho, tangencial, es la presencia del "Minnesota" en la bahía de La Habana. "Cuando va para su casa —cuenta Loveira—, con todos estos grados de presión en la caldera cerebral compra un diario de la tarde, y ve lo del *Minnesota*, el barco de guerra norteamericano, que viene a respaldar ciertas notas conminatorias, con la disciplinaria amenaza de sus cañones".

Al llegar a su casa, y antes de sentarse a escribir el encendido panfleto que lo lanzará al ruedo político, le imparte a su mujer una serie de consejos relativos a la educación de los hijos que son una especie de código para triunfar en la vida. En determinado momento esta suerte de discurso moral, aplicado al dinero, parece parodiar las célebres lenguas de Esopo: "Haz dinero. . . Con dinero se dispone de los grandes especialistas médicos, que no curan a los pobres. Con dinero se puede adquirir la más amplia cultura. Con dinero, mal o bien habido, nos tratan los más austeros y descollantes sujetos; desde el magistrado al sacerdote; desde la más encopetada madre de familia, hasta la santa Superiora del más exclusivista colegio de aristocráticas vírgenes. Con dinero se consiguen diplomas, presidencias, condecoraciones. Con dinero es más fácil que nos 'quieran' las mujeres. Con dinero, únicamente se es libre de veras, digno de veras, hombre de veras".

Descargada ya su conciencia, escribe, "en estilo de panfleto, desgarrando el suyo natural y espontáneo: el estilo limpio, preciso y elegante de sus notables ensayos", el artículo A TIRO LIMPIO que lo convertirá en Juan Criollo y lo encajará en la poltrona congresional tan ardientemente anhelada por espacio de casi veinte años.

En un final abrupto, pero enteramente aceptable dada la estructura de alegato que ha mantenido la novela en las últimas cien páginas, Loveira da cuenta del mirífico cambio operado en su protagonista: "Cinco años después, Juan Cabrera lleva cuatro de Representante, y comienza a meter un pie en el Senado". Lo demás ya se sabe: dinero, automóviles, queridas, sortijones, *fluses* de dril cien,

etc. La moraleja es, pues, transparente: si quieres triunfar, en Cuba, procura hacerte representante o senador. ¿Temor al futuro, a que algún día las cosas cambien y se le pidan cuentas por su conducta? Loveira no cree ni remotamente en la posibilidad de una transformación. Oigamos este diálogo entre Julián y Juan, que clausura la novela:

—*No vivimos si no en Cuba* —dice Julián—; *entre criollos. Y ahora, cuando venga la necesaria reacción; cuando llegue el inevitable momento de regenerarnos. . .*

—*¡Que vengan regeneraciones! ¡Abi nos las dan todas!*

Si Jesús Castellanos ejemplarizó el desencanto ante la triste república de 1902 y Carrión el escepticismo más ácido, sin duda alguna, reducido al plano del choteo, del relajo criollo, Loveira encarna, por derecho propio, el cinismo.

IDEAS DE UNAMUNO SOBRE TEMAS AMERICANOS

Por L. B. KLEIN

I. CONSIDERACIONES BIBLIOGRAFICAS

Bibliografía pasiva

LA obra de Unamuno en que figura América como tema central se han dedicado estudios de conjunto, monografías, artículos de alcance limitado y alguna tesis de grado. Las dos fuentes mejores de esta bibliografía pasiva son el libro *Unamuno y América*, de Julio César Chaves¹ y la recopilación en el tomo octavo de sus *Obras completas*,² hecha por Manuel García Blanco, también autor de una serie de trabajos sobre el tema y recogidos en su libro *América y Unamuno*.³ La mayor parte de esta crítica es de pluma hispanoamericana y puede clasificarse de la siguiente manera: 1) publicación de cartas y otros documentos inéditos; 2) recuerdos personales de amigos y discípulos americanos; 3) estudios de sus relaciones con escritores de América; 4) paralelos entre figuras americanas y Unamuno; y 5) valoraciones de sus ideas con respecto a América en general o con algún tema en particular. De las cinco categorías la menos rica es la última pues no se ha hecho con rigor el necesario estudio temático de su extensa labor sobre cuestiones americanas. En general, los críticos prefieren un enfoque biográfico, en torno a Unamuno y sus relaciones personales y epistolares con personalidades de Hispanoamérica, o tratan sólo de sus

¹ Madrid: Ediciones Cultura Hispánica, 1964.

² Madrid: Afrodisio Aguado, S. A., 1958. Las citas de los escritos de Unamuno empleados en este trabajo referirán al lector a esta edición de sus *Obras Completas* y a la séptima de sus *Ensayos* (Madrid: Aguilar, 1966-1967) indicando entre paréntesis a continuación del texto el número del tomo y el de las páginas en el primer caso y, en el segundo, la sigla "E" seguida del tomo y las páginas.

³ Biblioteca Románica Hispánica, Estudios y Ensayos, 75 (Madrid: Editorial Gredos, 1964). El mismo crítico dirige también los *Cuadernos de la Cátedra Miguel de Unamuno* que contiene una bibliografía corriente de gran utilidad.

juicios sobre los grandes hombres y obras de estos países,⁴ y es explicable ese recorrido de la crítica ya que el análisis sobre temas específicos se dificulta por la dispersión de éstos en la obra del autor, que todavía carece de índices onomásticos y geográficos y, desde luego, analíticos. Por eso, aquí apuntamos una revisión de los problemas que más interesaron a Unamuno, alejándonos del camino usual que sigue en sus apreciaciones sobre escritores y obras particulares.

Bibliografía activa

Los escritos de Unamuno que aquí nos ocupan remontan al año 1894 y se extienden sobre un período de más de cuarenta años, hasta su conferencia de 1935 sobre la "Comunidad de la lengua hispánica". Aparecieron en varias publicaciones periódicas: *Revista Española* (Madrid), *La Epoca* (Madrid), *El Imparcial* (Buenos Aires), *El Sol* (Buenos Aires), *La Ilustración Española y Americana* (Madrid), *El Tiempo* (Buenos Aires), *El Mundo Latino* (Madrid), *La anarquía literaria* (Madrid), *Nuevo Mercurio* (París), *El Diario* (México), *El Imparcial* (Madrid), *Summa* (Madrid), *La Esfera* (Madrid), *Nuevo Mundo* (Madrid), *La Discusión* (La Habana), *Caras y Caretas* (Buenos Aires), *El Liberal* (Madrid), *Mercurio* (Nueva Orleans), el periódico *La Nación*, de Buenos Aires, y la revista madrileña, *La Lectura*, en las que ocupó el cargo de cronista de asuntos hispanoamericanos desde 1899 hasta 1935 y 1901 hasta 1906, respectivamente. Algunos de estos trabajos fueron recogidos durante su vida en tomos sueltos (e.g., *Contra esto y aquello*, colección de artículos de *La Nación*, publicada en 1912) pero la mayoría se mantuvieron separados hasta después de su muer-

⁴ El mejor indicio de estas tendencias lo da un recorrido por los epígrafes de los libros de Chaves y García Blanco; copiamos, como ejemplo, el índice del último a partir de su "Ensayo preliminar" de carácter biográfico: "El novelista argentino Manuel Gálvez"; "Rubén Darío y Unamuno"; "El poeta uruguayo Juan Zorrilla de San Martín"; "El escritor mejicano Alfonso Reyes y Unamuno"; "Escritores venezolanos amigos de Unamuno"; "El pensador uruguayo Carlos Vaz Ferreira"; "El argentino Ricardo Rojas"; y, finalmente, "La poesía gauchesca." De mayor conciencia temática, pero todavía con el mismo proyecto esencial y carácter de colección de monografías, es la obra de Chaves en que se dedican capítulos a las ideas de Unamuno sobre Bolívar (VIII), Sarmiento (X), Montalvo (XIII), Martí (XVII) y Silvia (XVIII) y a sus relaciones con Rodó (XXI), Nervo (XXVI), Gómez Carrillo (XXVII), Santos Chocano (XXIX), Nin Frias (XXXI), Riva Agüero (XXXII), Alcides Arguedas (XXXV) y Ernesto A. Guzmán (XXXVII).

te, cuando fueron formándose grupos sobre "Letras hispanoamericanas", "De literatura hispanoamericana", "Temas argentinos", "La lengua española en América", etc., reunidos, aunque no todos, en los tomos III, IV, VI y VIII de sus *Obras completas*, y en el segundo de sus *Ensayos*; es decir, aun así muchos siguen dispersos y varios sin identificar su lugar o fecha de publicación.

Algunos de estos artículos se les clasifica con el nombre genérico de ensayo y por eso —y a veces porque su título no revela la temática americana— han logrado mayor difusión; pero con cierta indiferencia, y aun desdén, la mayoría se agrupan como simples "escritos ocasionales".⁵ Por esa condición de "ocasionales" su valioso contenido no se ha aprovechado en los más conocidos estudios "orgánicos" de su obra y pensamiento. Así, como se ha visto con respecto a la bibliografía pasiva, esta labor sobre América se delega al especialista sin relacionarla con el resto de su obra —novela, poesía, teatro, ensayo— escrita durante los mismos años. Por tal peculiaridad falta en la bibliografía sobre esta labor que nos interesa un estudio, como el que hasta cierto punto intentamos en seguida, que descubra las posibles relaciones entre sus ideas sobre cuestiones americanas y las de su más conocida producción.⁶

II. LOS ESTUDIOS AMERICANOS DE UNAMUNO

EN carta abierta a un joven americano Unamuno le decía: "En cualquier estudio. . . , a que usted se dedique, recogerá las flores del saber todo. . . En cada una de ellas (las ramas de los conocimientos humanos) están virtualmente todas. . . Las raíces son las

⁵ Julián Marías, "Miguel de Unamuno," *Diccionario de literatura española*, 3ª ed. (Madrid: Revista de Occidente, 1964), p. 789. Guillermo de Torre explica, además, que una parte de la crítica desatiende el interés de Unamuno por las cosas de América porque el catedrático de Salamanca no comparte su preocupación por la cultura precolombina; su criterio es hispano y no indio-americanista. "Unamuno y la literatura hispano-americana," *Cuadernos de la Cátedra Miguel de Unamuno*, XI (1961), p. 23.

⁶ Nos limitamos a estudiar aquí los temas de la educación, la historia, la lengua y la literatura. Vale la pena notar, sin embargo, que asimismo al considerar otros problemas particulares, los ensayos dedicados a obras americanas son indispensables para trazar la trayectoria del pensamiento de Unamuno. La mejor comprensión, por ejemplo, de sus ideas sobre la envidia, de importancia central en *Abel Sánchez*, se logra a través de la lectura de ensayos anteriores, entre los que deben mencionarse el primero y último *En torno al casticismo* y el de 1902 sobre "El individualismo español." Pero el análisis más profundo de aquella pasión, antes de la novela de 1917, se encuentra en sus comentarios sobre *Pueblo enfermo* del boliviano Alcides Arguedas: "La envidia hispánica" (1909).

mismas" (VIII, 410, 411). Esto es lo que se ha descubierto respecto a toda su obra, y se concede poca importancia a las distinciones formales y genéricas de sus escritos, porque las raíces, las ideas y los sentimientos, son siempre iguales en su esencia. Así sucede con sus trabajos sobre América.

Al explicar en 1912 los objetivos que habían animado —y siguieron animando— sus estudios sobre América, dijo: "Hace años que vengo dirigiendo mis esfuerzos, entre otras cosas, a que nuestros escritores españoles sean más y mejor conocidos en la América española, y a que sean más y mejor conocidos en España los escritores americanos" (VIII, 467), o como aclaró en otra oportunidad, a que "todos los pueblos de lengua castellana se conozcan entre sí" (III, 1122) para que desaparezca su mutuo desdén. En 1903 había escrito al argentino Ricardo Rojas: ". . . ahí parece han dominado prejuicios anti-españoles, triste correspondencia de los prejuicios anti-americanistas que aquí dominaban y aún dominan".⁷ El primer objetivo de Unamuno es, pues, animar al americano a que desempeñe su papel en la unidad cultural hispana, y urgir al español a abandonar "la necia pretensión de seguir siendo, ni en lenguaje, ni en nada, la metrópoli, la madre patria, la que dirige y da la ley".⁸ Estos objetivos benéficos para ambas partes responden al afán de descubrir en la América joven la manera de revitalizar la España envejecida. En uno de sus primeros artículos para *La Nación* expresa la esperanza de que "tal vez nos ayuden [los americanos] en la obra de que a nosotros mismos nos descubramos, por debajo de una tradición española que muere. . . ; tal vez de allí [de América] nos venga la luz que, proyectada sobre nuestro propio espíritu colectivo, nos revele fondos de éste, hasta hoy ocultos, facultades y energías de nuestra casta, aquí dormidas y despertadas y explyradas allí. . ." (VIII, 81, 82). Y más de treinta años después, en el último de sus diálogos con el público americano, explicaba: "Hoy, que sentimos todos. . . , la necesidad de asentar y asegurar nuestras sendas personalidades, bases de nuestras independencias nacionales, en una común personalidad popular, comprendemos dónde está la tradición sobre que fundar el progreso de nuestro destino universal" (VI, 919, 920). Su esfuerzo para que América se encontrara a sí misma se debía a esa búsqueda de bases comunes para la "hispanidad", porque así podría también ayudar a España en el examen de lo propio, para que ella lograra la mayor confianza en su destino histórico. La preocupación por España en su estado de crisis es una clave de toda la obra unamuniana, y parte, por lo tanto, de ésta

⁷ *Cit.*, Chaves, p. 354.

⁸ *Cit.*, Chaves, p. 354.

sobre América, que le interesa "...como español recalcitrante y preocupado de mantener aquí [en España] la españolidad" (E, II, 1091). Y llevado al microcosmo, ese interés por la "americanidad" es inseparable de todo su pensamiento, pues origina en el anhelo de que "cada cual, hombre o pueblo, sea él y no otro..." (E, II, 1091), sentimiento radical del trágico de la vida (E, I, 743) y base de su creación del personaje de ficción que se hace vocero, con frecuencia, de la misma idea (e.g., Joaquín Monegro, *Abel Sánchez*, XXVIII).

La "hispanidad" o "hispanoamericanidad" de Unamuno es también la síntesis de las dos direcciones que toma su preocupación novatayochentista por la regeneración de España, la primera manifiesta en sus meditaciones *En torno al casticismo*, la otra, en su grito simbólico "¡Adentro!" ya que mediante una paradoja muy al estilo del autor, resulta que al mirar afuera, hacia las antiguas colonias —lo mismo que si se asomara España hacia los países europeos—, penetra y conserva mejor su propia e íntima "tradición eterna": en América encuentra "uno de los caminos a Europa" (VIII, 452), a lo que de ella podrá llevarse "en concepto de cascote" (E, I, 558), a la vez que un reflejo de su propia fisonomía espiritual. De ahí que en todos sus estudios sobre temas americanos se encuentre una proyección muy natural sobre problemas peninsulares; ya se trate de la educación, la cultura, la historia, la lengua, la literatura o asuntos religiosos, habrá una advertencia al lector sobre la vigencia de sus reflexiones para sus propios compatriotas.

III. CONTINUIDAD TEMÁTICA Y DE PENSAMIENTO

EN la trayectoria del pensamiento de Unamuno suele trazarse una línea interrumpida alrededor del año 1897. De acuerdo con tal interpretación sus escritos desde 1895 hasta aquella fecha se caracterizan por la lucha contra "el casticismo y el tradicionalismo, contra lo convencional y hueco, contra la falta de personalidad y de autoafirmación. La tradición local debe ser desechada en favor de la universalidad..."⁹ Luego, se afirma, "después de 1897 y en particular entre 1897 y 1905", nuestro autor se encuentra "en un esfuerzo tenso y doloroso de adentramiento".¹⁰ En términos más específicos se postulan como extremos a los dos lados de esa fecha crítica, objetividad y subjetividad, programa europeizante y

⁹ José Ferrater Mora, *Unamuno. Bosquejo de una filosofía* (Buenos Aires: Editorial Sudamericana, 1957), p. 25.

¹⁰ Ferrater Mora, p. 25.

programa hispanizante, racionalismo y espiritualidad, ateísmo y afán de creer, liberalismo socialista y conservadorismo reaccionario, anti-darwinismo y voluntad de poderío que favorece el triunfo del más fuerte.¹¹ Pero más que esas líneas dispares de pensamiento, el escrutinio de sus trabajos sobre temas americanos, que empiezan en 1894 —antes de la crisis— y abarcan todo el período posterior a 1897, hasta 1935, revela una notable continuidad dentro de la diversidad temática y, más importante, una como constante reconciliación de posturas extremas que solas acarrear un desequilibrio negativo para el hombre y el pueblo. Más que la disyuntiva ideológica, nos ocupa esa insistencia fundamental en su programa de americanismo sobre la asociación de las facultades todas del ser humano —último fin y problema de su filosofía, y de toda filosofía, según afirma al hablar *Del sentimiento trágico de la vida* (E, I, 742). Allí decía también que los dos principios determinantes del hombre son la unidad y la continuidad, y ambos se manifiestan en el Unamuno que escribe sobre América, el mismo que se dirige a la vez al pueblo español.

Se estudiará a continuación ese afán de integración mediante una revisión de citas escogidas de los trabajos sobre América, en particular de los que tratan algunos de los temas más desarrollados también en escritos referentes a la realidad peninsular. Con respecto a Hispanoamérica, los problemas que más le preocuparon son: 1) la pedagogía, la lengua, la historia y la cultura en general; y 2) la literatura. Unamuno escribió también sobre asuntos propios de la sociología americana, sobre la tierra (lo telúrico), las razas, la inmigración y el comercio, y cómo todos estos factores influyen en el carácter del hombre, la política y la sociedad americana. Estas últimas consideraciones no nos interesarán aquí porque son de menor incidencia y validez, ya que tienen antecedentes puramente librescos: Unamuno nunca pudo realizar el viaje a América que tantas veces proyectó.¹²

¹¹ "Después de su crisis [1897] puso la doctrina de la evolución y en particular la de la lucha por la vida al servicio de una voluntad nietzscheana de poderío, disfrazada de apariencias cristianizantes. . . ; después de la crisis rechazó toda doctrina socialista. . ." Antonio Regalado García, *El siervo y el señor. La dialéctica agónica de Miguel de Unamuno*, Biblioteca Románica Hispánica, Estudios y Ensayos, 116 (Madrid: Editorial Gredos, S. A., 1968), pp. 13 y 14.

¹² Aunque justifica todo juicio que pudiera tener la ocasión de formular ("... para escribir sobre un país, lo mejor es no haber estado en él, sino hacerlo sobre un caudal de informaciones indirectas... cotejándolas entre sí" [E, II, 398]), Unamuno reduce al mínimo su voz pública sobre la política y las cuestiones raciales americanas.

IV. EDUCACION, LENGUA, HISTORIA Y CULTURA

La educación

EN 1899 Unamuno publica su estudio sobre los problemas *De la enseñanza superior en España*. Allí explica que "los males de la enseñanza pública son los males mismos del pueblo que a sí mismo se la da, porque es éste quien se adoctrina por ministerio de sus maestros" (III, 407). Antes, en 1894, y con el mismo espíritu, había tratado asuntos pedagógicos en un ensayo sobre "La enseñanza del latín en España". En 1902 aparece su novela *Amor y Pedagogía* en parte como crítica y sátira hiperbólica de los métodos educativos imperantes en su país, y en otros ensayos dispersos, que no tratan en particular cuestiones docentes, aparecen juicios en estrecha relación con ellas. Entre las ideas expuestas en esos escritos, y las que en seguida se verán sobre América, existe una evidente continuidad, pero importa destacar que no sólo las soluciones concretas ante determinados problemas pedagógicos, sino también, y sobre todo, la razón que justifica su estudio son idénticas al hablar de España y de América: "Los males de la enseñanza son los males mismos del pueblo"; de ahí que dice en su prólogo al informe del argentino Carlos Octavio Bunge sobre *El espíritu de la educación*: "A su valor intrínseco aúna otro de ocasión, y es el ser de grandísima actualidad en España, donde hemos dado en la flor de hablar y escribir acerca de asuntos educacionales". Y continúa para explicar que

la inmensa mayoría de los españoles, aun de los que podríamos llamar cultos. . . , maldito si creen en la eficacia del maestro de escuela ni en la importancia de los problemas pedagógicos. . . ; les carga la ciencia y están convencidos de que los brutos e ignorantes son más felices que los intelectuales y cultos. . . ; un positivismo brutal y práctico. . . infesta a nuestras clases dirigentes. . . ; mas con todo esto, nuestro pueblo será una gota más que cave en la piedra (E, I, 350, 351).

Este prólogo, al aceptar o rechazar las ideas de Bunge, presenta en un conjunto orgánico los juicios generales de Unamuno sobre lo que debe ser la enseñanza pública en América. Ya puede esperarse, después de las palabras citadas con respecto a España, que no será la ciencia, sino el "positivismo brutal" uno de los aspectos negativos que deberá desterrarse de la nueva pedagogía. Una síntesis del positivismo relativista mejor y la espiritualidad es lo que recomien-

dan las siguientes consideraciones para la educación: 1) Por "el fecundo principio de la relatividad de todo conocimiento" —idea expresada ya en 1895 en el primer ensayo *En torno al casticismo*— hace falta llevar "de la esfera intelectual a la moral", mediante la educación, "la base de toda profunda tolerancia". Esto significa, de acuerdo con Bunge, que "'debe considerarse verdad *cualquier creencia sincera*' . . . 'inspirada por las necesidades de la época, del pueblo y del hombre que la siente. . .'" (E, I, 337, 338). 2) A la vez que nutrirse de lo cognoscible por la razón y su aplicación al mundo real externo, la educación tiene que ocuparse del "pensar y sentir religiosos", las "razones de sentimiento" (E, I, 342) y, por "espíritu liberal", incorporar a las otras disciplinas la no confesional de la religión. 3) La especialización y separación "entre los estudios de ciencia y de letras" es "perniciosa": lo que hace falta "no es dar a todos una sólida instrucción en ciencias y letras, sino no enseñar éstas disociadas, sino asociadas", porque de otra manera, "pasando de la medida y administradas solas, envenenan la mente" (E, I, 346, 347). Estas conclusiones, todas, son las mismas que están latentes en *Amor y Pedagogía* —en la caricatura de Avito Carrascal, en la encarnación en personajes polares como éste y su esposa del cientificismo que repugna la espiritualidad y de la espiritualidad ignorante de toda ciencia racional, y aún más en la mente "envenenada" del Apolodoro suicida, producto de la disociación en el cultivo del razonar y del sentir. Y son, en parte, conclusiones patentes expresadas en 1895, con respecto a España: "Una de las disociaciones más hondas y fatales es la que aquí existe entre la ciencia y el arte. . . En el estado de nuestra cultura toda diferenciación y especialismo son fatales. . ." (E, I, 125, 126).

Hay también una interesante coincidencia —especialmente en vista del alegado cambio radical de Unamuno a partir de 1897— entre las ideas del prólogo comentado, *Amor y Pedagogía*, una crónica de 1915 para *La Nación* —"La plaga del normalismo"— y los ensayos "La tradición eterna" y "Sobre el marasmo actual de España" que datan de 1895, primero y último del libro *En torno al casticismo*. Por tratar directamente el tema de la pedagogía se ve con mayor claridad la relación señalada arriba entre los dos primeros, ambos de 1902; del artículo de 1915 (reseña de una novela del argentino Manuel Gálvez) lo mismo puede decirse: allí recuerda Unamuno su propia novela y su crítica del pedagogo que veía como fin del hombre la ciencia, y como fin de ésta el "catalogar el universo para devolvérselo a Dios en orden". La "pedagogía sociológica" cientificista materialista de Carrascal y la "plaga del normalismo" son una misma cosa; su antídoto es el programa docente

propuesto en el prólogo al libro de Bunge: pedagogía que también enseñe a adquirir "una concepción unitaria y total del universo" (VIII, 502). Pero todas estas ideas se encuentran ya en los ensayos de 1895. Allí explicaba que "en el fondo se desprecian hondamente [en España] no ya sólo al maestro [sino también] a su función" (E, I, 33), comentario que resuena en el prólogo mencionado y en el ensayo sobre "La plaga del normalismo"; y afirma, como al concordar con Bunge, que "de las ruinas de . . . [la] aspiración a la ciencia absoluta, se han sacado cimientos para la ciencia positiva y sólida" ya que se ha aprendido que si bien "el mundo de la ciencia son formas enchufadas unas en otras", "dentro de las formas" y sus "cantidades" "hay una cualidad, lo intracuantitativo, el *quid divinum*", y de nada nos sirve definir y clasificar los objetos (como quería Carrascal y hacían los normalistas) —y da como ejemplo el amor—, si no lo sentimos (E, I, 33, 34).

Otro principio fundamental expresado sobre la educación en los pueblos hispanoamericanos es que "no es posible organizar el Estado sino por medio de la educación; no es posible organizar la educación sino por medio del Estado" (E, I, 348, 349). Esta afirmación de Bunge, citada y aprobada plenamente por Unamuno, le lleva a definir la educación como "proceso de adaptación al medio". Esta definición estaba latente en aquella otra de la verdad como "creencia sincera": la que está "inspirada por las necesidades de la época, del pueblo y del hombre que la siente". La función de la escuela es preparar al alumno como individuo y como ente social o ciudadano. Por eso la labor de la educación es doble y el profesor tiene que ser a la vez pedagogo y demagogo. En su primera capacidad enseña la materia, disciplina y aviva la mente del alumno; al cumplir la segunda —la de demagogo— desempeña su papel de "funcionario público", al servicio del Estado, y "ya por la pluma, ya de palabra" su deber es dirigirse a las muchedumbres, al conjunto de estudiantes y a la sociedad en general, e instruirlos en materia cívica y en los fundamentos de su cultura nacional. Estas ideas están aún más desarrolladas en una crónica para *La Nación*, de 1907, "Los maestros de escuela" (VIII, 397 y 398 en particular), pero ya las había enunciado en 1894 al escribir sobre "La enseñanza del latín en España". En una "digresión espinosa" decía allí: "Las obligaciones verdaderas del profesor público son para con la sociedad a cuyo servicio la enseñanza se endereza y no estricta, sino mediatamente, para con el Gobierno que le paga y le da pauta oficial de su conducta" (E, I, 142).

La lengua y la historia

SE ha visto que es imprescindible en la educación, en el "proceso de adaptación al medio", la enseñanza de la ciencia, y se comprende en términos de la realidad física y económica del país que por la ciencia aplicada Unamuno cree deben resolverse los problemas materiales e inmediatos de la nación: en 1899 recuerda las palabras de Bolívar: "Lucharemos con la naturaleza y la venceremos" (VI, 791). Pero hay otros aspectos de importancia radical en lo pedagógico y demagógico de la enseñanza: la lengua y la historia.

A la lengua vuelve Unamuno sus ojos con más frecuencia, porque en ella encuentra la base de la cultura y la tradición hispano-americanas, "la sangre del espíritu del pueblo" (VIII, 97), como tantas veces repetiría. Es, para él, la base primaria del nacionalismo, de la americanidad y de la hispanidad, porque "en un idioma va implícita una cierta filosofía, un cierto modo de concebir, y aún más que de concebir, de sentir la vida". Y continúa para afirmar que "sean cuales fueren los cruces de razas, sea cual fuere la sangre material que a la primitiva se mezcle, mientras un pueblo hable en español, pensará y sentirá en español también" (IV, 1044). Así es que si ha de conseguirse la "independencia y libertad espirituales" de las naciones americanas, es necesario, afirma, "adueñarnos de nuestra habla" (IV, 1041).

Esto lo dijo en su último trabajo de tema americano, en 1935, pero venía reiterándolo de distintas maneras desde el primero, de 1894. Para América, como para España, "revolucionar la lengua es la más honda revolución que puede hacerse", asegura, porque "sin ella, la revolución en las ideas no es más que aparente" (E, I, 321). Ahora bien, esta regeneración de la lengua tendrá que ir acompañada por una reforma en la manera de estudiarla. Pueden anotarse varias observaciones concretas sobre cómo debe emprenderse esta tarea en la escuela americana: 1) Plantea la necesidad del estudio del latín (E, I, 346), lo que responde a su exigencia de que se conozca el español "científicamente, es decir, en su historia y su desarrollo, en su proceso de vida" (VIII, 404). Esta idea que comparte con Bunge, está mejor expuesta en el ensayo de 1894 sobre "La enseñanza del latín en España"; allí justificaba su estudio en relación con "hechos inmediatos, aplicado al idioma propio" (E, I, 148) ya que así se llegaría a conocer las "enfermedades" del español y a "remozar la lengua literaria en la fuente viva del habla popular" (E, I, 155). En 1901 la lectura de los *Paisajes parisienses*, de Manuel Ugarte, motiva más reflexiones sobre "La reforma del

castellano"; de nuevo insiste en el conocimiento científico de la lengua, en el cultivo de la lingüística, "no en abstracto y muerto, sino en correcto y vivo" (E, I, 319). Esta vez el dictamen responde a otra preocupación por la enseñanza de la lengua en América, y en España: 2) Se debe enseñar a hablar y a escribir con corrección, pero "según la gramática natural" y no la "autoritaria y casuística" de la Academia, "tan útil para hablar y escribir el castellano... como la clasificación de las plantas de Linneo lo es para aprender a cultivar la remolacha, el cañamo o el olivo" (E, I, 319, 320). Es su actitud "Contra el purismo" (título de un escrito de 1903), o contra el "casticismo", porque el "purismo" o "casticismo" es una barrera para el "sobrecastellano", "el futuro lenguaje hispánico" que será "una integración de hablas diferenciadas" sobre la base del castellano (E, I, 412), a cuya formación tanto derecho "y quizás más" tiene el americano como el español. 3) Deben, además, estudiarse otros lenguajes para conocer el propio (VIII, 1041), y ahora no se refiere Unamuno al latín, sino a los muchos que vienen a influir en el habla de tierras americanas donde hay una corriente constante de inmigración. En resumen, el papel que desempeña la enseñanza racional de la lengua es hacer consciente al americano de la carga cultural que encierra su idioma y enseñarle al pueblo a nacionalizar, a base de procedimientos naturales, todo lo extraño—extranjero o indígena— que contribuye a enriquecer su expresividad, "como los primeros mestizos americanos vertiendo... [al español] la sustancia íntima de sus dulces hablas maternas" (VI, 920).

Llegamos así a un tema recurrente en los escritos americanos de Unamuno. Si bien tiene que forjarse la lengua "sobrecastellana", "capaz de traducir las diversas impresiones e ideas de tan diversas naciones" (E, I, 320), no puede perderse de vista que es a base del castellano que esto se hará, porque en él se encierra la tradición cultural del pueblo. Por eso no deben permitirse pretensiones provincianas de cultivar idiomas distintos. Va en contra toda la labor científica de reformar la lengua que en los países americanos, afirma, se ha hecho con más ahínco; dice en 1898: "Es en América precisamente donde más se trabaja por la reforma nacional de nuestra ortografía en sentido fonético" (VI, 786, 787). Aquellas pretensiones no son, según él, más que "prurito de distinción" y "capricho pueril", cuyo mejor ejemplo encuentra en la ortografía "México" en vez de "Méjico" (VI, 786). Este afán de distinguirse los americanos por su lengua los lleva, insiste, a creer que existen distintos lenguajes "criollos" cuando en realidad, afirma desde 1894, estos supuestos idiomas nacionales apenas si se diferencian del cas-

tellano popular hablado en las diversas regiones peninsulares.¹³ La creencia infundada en "idiomas criollos", por parte de españoles y americanos, es resultado del pobre conocimiento en ambos lados del océano de las peculiaridades vivas de la lengua popular. No niega Unamuno la conveniencia de emplear términos propios de acuerdo con la realidad circundante, pero no en disparidades léxicas existe el carácter nacional del lenguaje, sino en el manejo "de un modo propio y personal" del cuerpo lingüístico común a todos los hispanoparlantes (VI, 811). Es un espíritu nacional, un "corte y tono especial" (VI, 790), lo que se puede dar a la lengua común pero "por mucho que se cumpla la diferenciación. . . , la integración irá de par" (VI, 795); "por fuerte que pueda llegar a ser la tendencia a la diferenciación, la tendencia a la integración será mayor" (VI, 797).

Estas advertencias sobre la lengua están hechas a base de un razonamiento histórico. Si en algún lugar ha de encontrarse la tradición americana es en la obra de sus hombres ilustres del pasado, y mientras que todos estos países son crisoles raciales, estos hombres, se descubre, hablaron, pensaron y vivieron en español. Así dice, por ejemplo, del Inca Garcilaso de la Vega y del indio zapoteca Benito Juárez; y así, entre los que hablaron español, pueden buscarse las raíces y los valores del legado histórico de América. En un ensayo sobre "Don Quijote y Bolívar" afirma Unamuno que "el pensamiento es la flor de la acción, y no florece y se encumbra la cultura filosófica, poética y científica hasta que, a través de dolorosas luchas, no se haya constituido en vista de un ideal común" (E, II, 721). Y nota al hablar de "La tradición literaria americana" que para los que lucharon por forjar ese ideal "fue la pluma arma, y arma fue la palabra" (VIII, 374).

Así sugiere, a propósito de las semblanzas de Belgrano y San Martín por Mitre, que se eduque a la juventud americana en el amor patrio a través de las biografías de sus próceres, amantes de la libertad y de la nación (E, II, 720). Y vuelve sobre esta idea al reseñar *La restauración nacionalista. Informe sobre educación*, de Ricardo Rojas. En este artículo apropiadamente titulado "Educación por la historia", aparece de nuevo el maestro al servicio del

¹³ A atacar afirmaciones sobre la existencia de diversos idiomas nacionales americanos se dedica en las crónicas "Algunas consideraciones sobre la literatura hispanoamericana," "Sobre el criollismo," "América analizada por un argentino," "De cepa criolla," "Méjico y no México," "Un libro notable sobre historia mejicana," con gran extensión en "El idioma nacional" y en la mayoría de los trabajos recogidos en el tomo VI de las *Obras completas* bajo el epígrafe "La lengua española en América."

Estado, más demagogo que pedagogo, quien intenta fraguar la conciencia nacional por medio de la enseñanza pública: "La enseñanza adecuada de la Historia" propia (E, II, 1081): "Los verdaderos y buenos patriotas", explica aquí, "se entienden mejor a través de sus respectivas patrias que no los antipatriotas, los humanitaristas de una humanidad abstracta y utópica" (E, II, 1082). En analogía al "hombre de carne y hueso", hay que estudiar la historia de carne y hueso, la de los hombres que tienen patria", son de aquí o de allí, de esta época o de la otra" (E, II, 729), cuyas vidas son de gran valor instructivo para el pueblo. La historia que consiste en una mera relación de fechas y sucesos es la "no historia", o la del "no hombre". La verdadera levanta como ejemplares a los americanos, a los que reúnen "aquellas cualidades espirituales. . . , aquella fisonomía moral —mental, ética, estética y religiosa— que hace al americano americano" (E, II, 1087). No pueden estas ideas sino recordarnos su ruego al pueblo español cuando en 1895 le pidió "estudiar de un modo o de otro su historia" y buscar en ella su "tradición eterna": "el fondo del ser del hombre mismo" (E, I, 40), "haciendo consciente. . . lo que en el pueblo es inconsciente para guiarle así mejor" (E, I, 47); de ahí que cuando escribe sobre "La crisis actual del patriotismo español" vuelva a insistir en que "la patria intelectual o histórica [es] la que se nos enseña a querer en la escuela" (E, I, 750), y en 1906 estudia de nuevo la misma crisis y lo hace mediante un recorrido por la historia de España para concluir, otra vez, que "hacer tradición es hacer patria" (E, I, 829). Y cuando propone la reivindicación de los estudios sobre la historia, y las maneras de realizarla, lo hace con su vasto conocimiento de ella, como muestran sus reseñas de libros de carácter histórico (e.g., "Un tratado histórico argentino: *La ciudad indiana*, por Juan A. García"; "*La anarquía argentina y el caudillismo*, por Lucas Ayraragaray"; "A propósito de un libro argentino" [el de David Peña sobre Juan Facundo Quiroga]), y su constante referencia a figuras como el general Belgrano, Bolívar, San Martín, Mitre, Alberdi, Sarmiento, Hidalgo, Morelos, Martí. . .

La cultura

MEDIANTE la educación, y concentrada ésta en la ciencia, la lengua y la historia, pueden aspirar los americanos, según Unamuno, a asegurarse una cultura propia. Los calificativos que con más frecuencia emplea al hablar de esta cuestión son "incipiente" e "imitativa". Las repúblicas hispanoamericanas sólo "empiezan a hacerse

tradición de cultura", y por eso es mayor la incidencia en todo tipo de imitación, manifestación más clara de la incipencia, en vez de la asimilación de las influencias extranjeras (VIII, 171). Para volver una vez más sobre la relación entre aquellos estudios básicos y el desarrollo de la cultura independiente, transcribimos las siguientes frases de 1899 que anticipan por un año (y con mayor sentido de la realidad) una fórmula parecida a la del *Ariel* de Rodó; explica Unamuno:

Es preciso que toda esa cultura incipiente acabe por sedimentarse. . . [y] exige que pasemos de la posesión, relación primera en que el hombre se puso con las cosas, a la contemplación. . . ; la tradición viva sólo se transmite con las íntimas condiciones sociales del pueblo que la produce, y esas condiciones, faltas del sustento de su base económica, no se trasplantaron allende el océano. Esa tradición propia es lo que los americanos buscan (VIII, 81).

Pero tiene que seguir "a regular distancia, a su eflorescencia económica y material" (VIII, 77), paso alcanzable por medio de la ciencia aplicada. Para hacerse "tradición de cultura" tiene que hacerse un pasado, hacerse en el sentido de darse cuenta de su existencia, llegar a pleno conocimiento de él por la lengua y la historia: "El porvenir brota del pasado y. . . no pueden imaginarse y representarse un porvenir ni los hombres ni los pueblos que no tienen pasado y memoria de él. . . La originalidad. . . no es cosa del principio sino del fin; no es de iniciación, sino de acabamiento" (VIII, 407, 408).

V. LA LITERATURA Y LA AMERICANIDAD

LA base de los juicios de Unamuno sobre la literatura hispanoamericana es la misma que sustenta sus consideraciones sobre la educación, la ciencia, la historia, la lengua, la cultura, en fin. De igual manera que caracteriza a ésta de "incipiente" e "imitativa", dirá a propósito de las letras: "La América española se está haciendo, y un país que se hace no puede dar más que anhelos, vislumbres, tentativas y rebuscas de arte, todo ello vigoroso si se quiere, pero no definitivo". Y concluye al decir: "De aquí que cuando me fijo en el decadentismo hispanoamericano, lo veo cual un incipientismo. . ." (VIII, 79). Sus ideas generales sobre la literatura de las jóvenes repúblicas, además de acusar continuidad entre sí, reflejan las que en otros momentos expresa sobre las letras peninsulares, y

en muchas ocasiones, especialmente al reseñar una obra americana que merece su aprobación, lo que más hace es destacar el parentesco con lo español que en ella descubre. Así encontrará en la poetización del gaucho uno de los mejores ejemplos de la americanidad literaria, pero explica que "a la vez, el gaucho [es] lo más profundamente español". Y es que Juan Moreira y Martín Fierro evocan para él los héroes de la Reconquista, "los que peleaban con el moro como con el indio el gaucho..." (IV, 998).

En un balance final, las observaciones de Unamuno sobre la literatura hispanoamericana del primer tercio de este siglo, y de las últimas décadas del pasado, son más bien negativas, y por eso mismo mucha de su crítica es invectiva contra el incipientismo en todas sus formas. A continuación relacionamos, con algunos ejemplos, sus ideas sobre lo que para él es el americanismo literario, cuándo se encuentra, o cómo debe ser; y lo que opinaba sobre la literatura de América representada por la mayoría de los libros "amenos" que llegaban a sus manos.

LO NEGATIVO

1) *La disociación con el pueblo*

PARA Unamuno no puede haber un abismo entre una literatura nacional y el pueblo que forma la nación, entre el arte y el espíritu popular. Pero observa entre los escritores americanos un apego a tendencias aristocráticas alejadas totalmente de las fuentes vivas de su arte. Dice que "la plebe ha enmudecido y camina a tientas, privada de videntes y guiones, porque los más o menos cultos ni vuelven sus ojos a ella ni la toman en consideración..." (VI, 63).

Esta actitud aristocrática, que priva la literatura de lo más auténtico y propio, se traduce en "la manía de ir sutilizándose y metiéndose en líos y estetequerías, en vez de buscar la renovación de la *patria interior*, como el hombre debe buscarla en el lecho de su alma..." (VI, 29); y en el mirar hacia el pueblo por inspiración sólo "a cuenta de curiosidad o documento, como a bicho raro... , empeñados en desafinar para hacerse oír sobre los demás, ya que no lo lograrían acaso cantando a coro en el himno nacional" (VI, 63). Estos escritores son los "neogongoristas, culteranos, coloristas" (VIII, 49), "los complicados, los raros... , entes de moda" (IV, 999) y los que "aunque originales y con propio sello", producen obras "librescas, de lecturas bien masticadas y bien digeridas, pero de lecturas al fin y al cabo" (VIII, 98). Son todos,

en definitiva, de cepa modernista, y pertenecen a lo que Unamuno llama el "turrieburnismo": los esteticistas que producen "literatismo" al despegarse de la realidad:¹⁴ "Allí donde aún quedan naturaleza bravia y selvática, bosques vírgenes y razas salvajes, y donde hay cimarrones y montaraces, pueblos en formación, y en ellos, entre inmigrantes, vidas trágicas y aventureras y copiosos juegos de pasiones desenfrenadas, van los literatos urbanos a la busca de quintaesenciadas esquisiteces y de alambicados tipos que es muy difícil que puedan allí darse" (VIII, 98). Por eso, dice Unamuno que cuando quiere adquirir "noción del estado íntimo de un país, de su ambiente espiritual, de su carácter típico, de su sociabilidad", no puede recurrir —sino en casos contados— a la literatura, encerrada en esas torres de marfil e ignorante a propósito de su propio pueblo; tiene que tornar a los periódicos que le representan un "fiel espejo... del promedio de la espiritualidad e inespiritualidad" del país (IV, 1010).

2) *El cosmopolitismo, el afrancesamiento y el criollismo exótico*

EL apartarse del pueblo en sus obras es el resultado también de la tendencia cosmopolita en las letras. En vez de cultivar "las frutas del huerto propio" (IV, 1019), los americanos se desamericanizan para ser aceptados en el extranjero: "Creo poder asegurar", dice "A propósito de un libro argentino", "que apenas hay joven americano algo ambicioso y que entre en la carrera de las letras, que al poner la pluma en papel no sueñe cuando menos con el público todo que lee lengua española, ya que no con llegar a ser traducido al francés..." (IV, 1004).¹⁵ Este dar un tono cosmopolita a su obra, dice en otra ocasión, en 1901, los lleva a caer en "abismos de afectación y de artificio" (VIII, 97). Al aspirar a ser universales mediante su cosmopolitismo, "juzgando estrechos los

¹⁴ Este término, "literatismo", lo emplea en 1912 al tratar las letras de sus contemporáneos en España. Se refiere a los que desempeñan el "oficio de literato" y "se pasan la vida menospreciando la política, y la ciencia, y la industria, y la religión, y creyéndose, o por lo menos fingiendo creer, que lo único importante en este mundo es la producción de la belleza. Es decir, de lo que ellos llaman belleza" (E, II, 1214).

¹⁵ Es el mismo extremismo de "europeización" que observa en los escritores españoles; dice en 1906: "Vergüenza y desmayo causa el decirlo, cuando a un español le pasa por las mentes entrar en Europa, es decir, tratándose de literatos, ser traducido, de lo que se cuida es de deformarse, de desespañolizarse, de no dejar a quien haya de traducirle más trabajo que el de traducir la letra, el lenguaje externo" (E, I, 920).

límites de su propia patria" (VIII, 375), empiezan a ver lo propio "con ojos europeos", y cita como ejemplo extremo la obra de José Ingenieros (IV, 1010). De ahí que lo más útil para dar autenticidad a la literatura americana —la realidad, el ambiente—, se convierte en mero artificio de exotismo: "¡Harto abusan los poetas americanos", se queja Unamuno, "plagando sus composiciones, sin venir a cuento, de *biguás, caicobés, cipós...* y otros avechuchos, animalejos y yerbajos, por el solo empeño infantil de hacérmolos más extraños a los españoles!" (VIII, 56). Este es el criollismo falso, gemelo del cosmopolitismo, y "ambas tendencias", dice, "son a modo de dos pares de gafas que modifican la visión correcta: la una, gafas de miope; la otra, gafas de présbita. Y tan mal se ve por corto como por largo de vista" (IV, 1009). Así se conjugan el cosmopolitismo afrancesado y el criollismo exotista: las "delicuescencias traducidas del francés" (VIII, 77), "tiquismisquis de psicologuiería bulevaradera y amenas superficialidades imitados de lo no bueno francés" (IV, 1004); y "otras especies de estufa venidas de ultramar con su cargamento de terminachos quichua, guaraní, araucanos, aztecas, toltecas o chichimecas" (VIII, 49, 50). Toda esa literatura "de pacotilla" (IV, 1004) no es, pues, americana, y tiene que ceder a la que busca inspiración en la realidad física y social y en la tradición e historia del país.

LO POSITIVO

1) *Apego al pueblo*

"Lo más fresco y más hondamente poético" que Unamuno encuentra en la literatura hispanoamericana es aquello que recoge lo popular, "depurándolo y transmitiéndolo para que lo sea más aún" (VIII, 60). Esto lo dice a propósito del "Martín Fierro" y de la poesía gauchesca en general, y afirma que "es la más hondamente artística y la más hondamente popular a la vez" (VII, 60). Lo que le da tan alta calidad poética, según Unamuno, es su capacidad de revelar "el alma de un tipo social americano" (IV, 997), contando sus alegrías y sus penas. Y es aún más poética porque pertenece este tipo al pasado, a la "tradición eterna" popular: "¡El gaucho ha muerto!" dice en 1899, "y ahora que para bien de la civilización y la cultura argentinas ha desaparecido de la impura vida social, ahora es cuando debe entrar en la gloria del arte a gozar de perdurable vida poética" (IV, 1001). Pero como había explicado cuatro años antes, en uno de los ensayos *En torno al cas-*

ticismo, hay también una "tradición presente" que hace el pueblo a diario, y por eso dice a los hispanoamericanos, en una crónica dedicada a Rubén Darío: "...no sólo del gaucho pedía yo que ustedes... nos hablasen, sino también de los afanes del estanciero, de los trabajos del colono, de las luchas civiles, de la eflorescencia industrial, de todo, en fin, lo que constituye la vida americana..." (VIII, 77). Estos valores auténticos los encuentra en la narración de costumbres criollas, "ya en el habla graciosa de la tierra, ya en castellano literario" (VIII, 102), en la historia y en la apasionada literatura política (VIII, 374, 375); "es indudable", dijo en otra oportunidad, "que puede poner más pasión de ánimo y más ahínco quien escriba, encendido por sentimientos reales y vívidos, de lugar y tiempo, que no quien busque inspiraciones tan frías como remotas" (IV, 1004). Estas ideas se resumen en el siguiente aforismo que aparece en su crónica sobre "Cosmopolitismo y Universalidad": "Cuanto más de su país y más de su tiempo sea un escritor es más de los países y de los tiempos todos" (IV, 1017).

2) *La descripción del paisaje*

EN contraste con los criollistas exóticos que se servían de términos indígenas o locales para crear un ambiente poético rarificado, al analizar *La maldonada*, "Costumbres criollas, por F. Grandmontagne", afirma Unamuno que uno de los valores notables de la novela es su "opulenta descripción de la grandeza inmutable de la pampa" (VIII, 65). Dos factores contribuyen a suscitar esta alabanza: 1) toda la descripción le "recuerda en no poco a esta tan hermosa cuanto calumniada meseta de Castilla" (VIII, 65) y 2) al contrario de los americanos que pintan su ambiente con ojos europeos, el autor de esta novela supo captar algo más que los meros detalles sobre la extensión y vegetación de las pampas: el sentimiento vívido que produce aquel paisaje: su "grandeza inmutable". En otra ocasión, todavía al tratar el mismo tema, transcribe Unamuno las palabras de Roberto Payró quien afirmaba "que el escritor nacional, con el *alma de niño* que pedía Corot para ver la naturaleza, debe inspirarse en las cosas que lo rodean, libre e ingenuamente, y reflejarlas sin aliños artificiales y postizos, seguro de que la originalidad nacerá espontánea de la verdad misma" (VIII, 102, 103). Así, en no pocas de sus reseñas de libros americanos, reproduce Unamuno frases descriptivas de las "muy vivas", animadas por "un patriotismo caliente y lleno de esperanzas", "y una sentida efusión de amor a la naturaleza" (VIII, 291)

—pasajes de tono lírico que atraen al Unamuno paisajista de sus versos—; pero también se interesa por un aspecto más científico de la naturaleza americana: la geografía “en el más amplio sentido de la palabra... , en que se incluye la descripción de la tierra y de cuanto ella contiene a la vista de las gentes” (VII, 344), por lo que dedica una reseña extensa a la *Geografía argentina* de Carlos M. Urien. Es ahora oportuno el recuerdo de uno de sus juicios al hablar del *Carácter de la literatura del Perú independiente*, de José de la Riva Agüero —autor que coincide en sus ideas sobre América casi, si no totalmente, con Unamuno. Dice éste, al reseñar el libro en 1905, que entre los tres tipos de americanismo presentados —el histórico, el regional y el descriptivo—, “el más legítimo es, sin duda, el descriptivo” (E, I, 890).

3) *La literatura “seria”*

Las ideas de Unamuno sobre el papel cultural de la ciencia y de la historia, que se examinaron bajo un epígrafe anterior, hacen que se espere en sus reflexiones sobre la literatura americana una predilección insatisfecha por las obras “serias”, adjetivo que emplea al hablar de *La ciudad indiana*, de Juan Agustín García, para indicar que es uno de los libros que forman “la base más sólida de una literatura fructuosa y de raíces” (VIII, 123). Y sigue explicando, con la misma tendencia integracionista que aplicaba a la educación: “Es evidente que la llamada amena y vaga literatura, con dificultad se mantiene jugosa y sana donde no prospere la literatura científica” (VIII, 123). Nota que hay “demasiada parquedad” de ella y que “de esa nociva proporción se resiente no poco la literatura americana” (VIII, 123); por eso se muestra tan entusiasta ante un libro como la *Prosa rural* del argentino Martín Gil. Es ésta, dice, una colección de “artículos de tendencia práctica, sobre cuestiones agrícolas y pecuarias, escritos con amenidad y soltura... ; una prosa utilitaria, pero artística, con la que enseña deleitando” (VIII, 146).

EDWARD BRATHWAITE Y EL NEOAFRICANISMO ANTILLANO

Por G. R. COULTHARD

SE viene diciendo desde algunos años a esta parte que la negritud está muerta. Sin embargo, cierto aspecto fundamental de esta tendencia no solamente parece hoy en día lejos de estar muerto, sino que es un principio activo y de irradiación creciente en el pensamiento y la literatura de ciertas regiones de América. El aspecto más vivo del conjunto de ideas que formó la negritud primitiva es el concepto de África y de la vinculación entrañable, que une al negro del mundo entero con África. En breves palabras, la actitud africanizante consiste en afirmar que el negro americano, aunque separado geográficamente por la diáspora de la esclavitud de su tierra de origen, sigue siendo africano por la sangre. Y que esta sangre encierra una herencia biológica que diferencia al negro del blanco y encontramos multitud de expresiones de esta idea con ligeras variantes. Por ejemplo, en la revista *Tropiques* de la Martinica Suzanne, Césaire escribía: "corre en nuestras venas una sangre que exige de nosotros una actitud original frente a la vida —el hombre de color debe responder a la dinámica especial de su compleja realidad biológica" (abril, 1941). Aimé Césaire, como se sabe, había rechazado la "razón" europea en un pasaje ya famoso de su *Cuaderno de un retorno al país natal* y exigía una vuelta al primitivismo africano, más sano, más humano, idea, entre paréntesis, nada original pues entronca con la crítica de una civilización excesivamente cerebralizada y mecanizada de los surrealistas de la primera época (y de ahora).

Aun en 1968, cuando Césaire reconoce el surrealismo como una fuerza libertadora mediante la cual "se baja a las profundidades", afirma que en las profundidades "se encontrará al negro fundamental". La mística biológica se halla muy claramente expuesta cuando dice Césaire en el mismo artículo: "La zambullida en las profundidades, era la zambullida en África para mí. . . , más allá del ser social se encontrará un ser profundo sobre el cual se habían depositado toda clase de aluviones ancestrales". (Casa de las Américas, La Habana, no. 49, pp. 138).

En un artículo, "Los temas principales de la negritud", L.V. Thomas de la Universidad de Dakar establece una tabla de valores africanos en el nivel cultural y en el nivel sociopolítico. En la cultura enumera: el ser es vida, tensión, ritmo (aquí hay un eco de Senghor quien en *Ethiopiennes*, París, 1956), sostiene que el ritmo y el baile son una filosofía pues abren la puerta a la verdad de las cosas esenciales, las fuerzas del Cosmos:

- (a) el lugar fundamental que se da al hombre;
- (b) la comunión con la naturaleza: participación, emoción, simpatía, razón-abrazo (*raison-étreinte*) no la odiada "razón cartesiana";
- (c) el poder de la palabra;
- (d) el espíritu religioso que compenetra toda clase de pensamiento y de actividad. (*Négritude: essays and studies*. Hampton, Virginia, 1967, pp. 39-41).

Hemos empleado esta cita de Thomas porque constituye una síntesis muy cómoda de los valores de la negritud en cuanto a las artes. La exposición detallada de la "filosofía" negra se encuentra desparramada en las obras de Senghor, Césaire, Damas, etc. Tal vez lo fundamental de esta filosofía consiste en el deslindamiento de la razón europea que es analítica y la razón africana que es intuitiva por participación.

A todo esto hay que agregar que para el intelectual africanizante en América, la vuelta a África desempeña también otro papel: el de desalienación. En su ya famosa *Lettre à Maurice Thorez* Césaire se refiere a "esta África negra, madre de nuestra cultura y de nuestra civilización antillanas" y prosigue "es de ella que espero la regeneración de nuestra alienación, de África, para revitalizar y repersonalizar las Antillas".

En 1968, vuelve sobre el mismo tema escribiendo: "Así pues para los antillanos de habla francesa, para los martiniquenses, a mi juicio la negritud es una noción positiva, es una manera de afirmar su personalidad colectiva frente a Francia" (*Ibid.* p. 138).

La negritud es pues la totalidad del ser cultural, histórico, sociológico y anímico de África y de los africanos dondequiera que se hallen, y a esta *summa* se pueden acoger los negros del mundo entero para encontrar su verdadera identidad, y desembarazarse de influencias ajenas. Ahora bien, la búsqueda, la nostalgia de África han existido en las Antillas de habla francesa y habla inglesa desde la década de 1920 por lo menos. Se encuentra en las obras del jamaicano Claude McKay (1890-1940), que quería y hasta hizo

planes para que todos los negros de América volvieresen a África. También preconizó años antes del "Poder Negro" la revaloración del color negro. En Haití, escritores como Carl Brouard, Maurice Casséus y hasta Jacques Roumain, escribían poemas llenos de nostalgia por África, mientras que el gran Jean Price Mars en su *Ainsi parla l'oncle* (1928) propuso la total revaloración de la cultura haitiana en términos del reconocimiento de la civilización africana y sus residuos en el folklore del pueblo de Haití. (Se publicó en español en Cuba en 1968 con el título de *Así habló el tío*).

Lo que interesa aquí es el resurgimiento del tema de África en las Antillas Británicas, sobre todo en la persona del barbadiano Edward Brathwaite, que es, indudablemente, hasta la fecha, el poeta de más arrastre que han tenido las Antillas Inglesas. Su éxito se debe en parte a la moda del momento cuando los negros de las Antillas tanto como los de los Estados Unidos han puesto en tela de juicio la significación y valor para ellos de la cultura llamada "euro-céntrica". En un ensayo: *El jazz y la novela antillana* (Bim, Barbados, Números 44 y 45, 1967), dice que lo que está buscando es una alternativa a la tradición cultural europea que ha sido impuesta a los negros de las Antillas. Y puntualiza, "Más exactamente estoy tratando de esbozar una alternativa a la tradición cultural inglesa romántica/Victoriana todavía vigente en nosotros a pesar de la presencia entre nosotros de una tradición folklórica que es, me parece, la base de una alternativa". Resulta muy ambiguo el empleo de la combinación "romántica/Victoriana". Es cierto que existió durante la llamada época victoriana en Inglaterra una especie de romanticismo trasnochado, pero también "victoriano" puede sugerir el positivismo ("utilitarianism") de Herbert Spencer, Jerome Bentham, etc. La época victoriana es también el período del auge del imperialismo británico. Por eso digo que la combinación resulta ambigua. En cuanto a su insistencia en la tradición folklórica antillana, estamos en tierra conocida, puesto que se presupone en las Antillas que el folklore encierra lo que ha sobrevivido de costumbres, artes, actitudes africanas. Lo dice muy claramente Jahnheinz Jahn en su *Bibliography of Neo-African Literature* (Londres, 1965): "En contraste con la literatura occidental. . . , la literatura neo-africana tiene elementos estilísticos que arrancan de la tradición oral neo-africana", es decir, del folklore. Brathwaite entonces señala dos "elementos estilísticos" neoafricanos en la novela antillana —el ritmo y la improvisación. Ahora hablar del ritmo de la prosa, la pintura, hasta de la filosofía en 1967 es un lugar común. La improvisación tampoco nos parece un gran descubrimiento, ni un elemento original neoafricano ya que forma parte de la libre aso-

ciación de palabras hasta de la escritura automática de los surrealistas. No niego su existencia en la prosa antillana, ni en el folklore (el calypso por ejemplo); lo que sí niego es que sean rasgos originales o exclusivos del arte antillano, o aun del arte neoafricano, que incluye el jazz de los Estados Unidos, y también, según Brathwaite, las obras de Faulkner y posiblemente de Hemmingway, obras "influidas por el ambiente negro".

En sus tres libros se ven tres etapas del desarrollo de su modo de sentir y de escribir. En *Rights of Passage* (Londres, 1967), encontramos al negro antillano, agresivo, susceptible, asqueado por el mundillo neocolonial de las Antillas Británicas (Brathwaite es de Barbados), con elementos de un autodesprecio irónico:

No soy más
que un negro de mierda
agujero en mi cabeza,
cerebro en el
vientre
piel negra
ojos colorados
anchas espaldas,
gran-tú sabes que
bastante lento
en ofenderse
pero ofendido, cuidado con
la casa donde vives,
y cuidado con esa
hermanita.

Mis palmas rosadas
fofas
son manos
que golpean duro, que no tienen
porvenir.

Los dos libros siguientes reflejan la influencia de su experiencia africana, más exactamente de Ghana, donde vivió siete años (de 1955 a 1962). Son poemas llenos de felicidad, de profunda satisfacción. El poema siguiente de "Masks" (Londres, 1968) es un ejemplo típico. También hay ritmos de tambores africanos, palabras africanas:

En Takoradi hacía calor,
El verde luchaba con el rojo
cuando desembarcamos.
Caminos de laterita se desvanecían
en polvo
en silencio.

Negras con trapos en la cabeza
florecían y reían;
dientes blancos
voces suaves como guijarros
removidos por el mar de su idioma.

Akwaaba, sonreían,
significando bienvenido,

Akwaaba llamaron
aye koo
has tenido un viaje feliz
has caminado feliz

bienvenido.

Has regresado
un forastero
después de trescientos años.

bienvenido.

Aquí tienes un taburete
siéntate,
recuerdas?

Aquí tienes agua
para lavarte
las manos,
¿quieres comer?

Aquí tienes plátano macho
aceite de palmera:
rojo, te mancha los dedos:
bueno para el calor, para el sudor

Recuerdas?

Su último libro, *Islands* (1969). Señala su compromiso completo con el concepto Africa-Antillas. Hay momentos de desaliento como en la cita siguiente:

—la tierra ha perdido la memoria de sus lugares más secretos. Recordamos la luna, pero no sabemos su significado. Una piel oscura es una cadena, pero también el nombre de una tribu. No hay caciques en las aldeas.—

Pero a pesar de esta nota de desesperación, refiriéndose a las Antillas, resurge la convicción de su compromiso:

Hay
que darme palabras para remodelar el porvenir
como las manos de un curandero.
Hay
que darme palabras para que las abejas
en el cerebro zumbador de memoria de mi sangre
hagan flores, haga bandadas de pájaros
haga el cielo, haga el paraíso,
el cielo abierto al trueno de la piedra y del volcán
y a la tierra que se desenvuelve.

No basta
No basta
No basta
ser pausa, ser agujero,
ser vacío, ser silencio
ser semi-colón, ser semi-colonia;
tírame la piedra
para confundir al vacío
búscame rabia
y destruiré la colonia
lléname de palabras
y cegaré a tu dios.

Algunos poemas son puro tamboreo africano como "Atumpan" de "Caretas":

Atumpan

Kon kon kon kon
kun kun kun kun
Funtumi Akore

Tweneboa Akore
 Tweneboa Akore
 Tweneboa Kodía
 Kodía Twenduru
 Odomankoma' Kyerema se
 Odomankoma' Kyerema se
 oko babi a
 oko babi a
 wa ma ne-ho mene so oo
 wa ma ne-ho mene so oo

 akoko bon anopa
 akoko tua bon
 nhima hima hima
 nhima hima hima...

Tal vez el rasgo más interesante en la obra de Brathwaite es la inspiración estilística y en gran parte temática directamente africana. Busca a África y busca valores africanos para las Antillas, pero ha tenido que ir a África para encontrarlos y no ha recurrido a la tradición oral folklórica de las Antillas para hallar su "alternativa" a la cultura europea. Cabe poner de relieve que esto no sucedió con Nicolás Guillén y los afro-cubanos, ni con los haitianos Roumain y Aléxis, ni con los escritores brasileños de inspiración afro-brasileña. Tanto cubanos como haitianos encuentran su inspiración estilística (generalmente ritmos sincopados y repeticiones) en la síntesis cultural afro-española en Cuba, y afro-francesa en Haití y las Antillas francesas, todo, desde luego en un nivel folklórico de baile, canto, "supersticiones", cuentos, etc.

¿Cómo explicar entonces en las Antillas de habla inglesa una falta casi completa de afro-americanismo artístico y la aparición tan tardía, y a la vez tan repentina y fuerte de un neoafricanismo como el de Brathwaite? En primer lugar, hay que tener en cuenta la forma que tomó el colonialismo británico, que ahogó las costumbres y creencias africanas, en parte mediante la imposición de ideas religiosas protestantes aceptadas en general con entusiasmo, puesto que los pastores protestantes proponían la abolición de la esclavitud. En efecto, los cabecillas del movimiento que culminó en la abolición en 1833, pertenecían a sectas protestantes no anglicanas (el anglicanismo era la religión oficial de la Corona). Tampoco conviene olvidar que las nuevas aportaciones de costumbres, bailes, música, etc. de África cesaron a principios del siglo XIX mientras que Cuba y Brasil siguieron importando negros hasta la segunda

mitad del siglo (la abolición de la esclavitud fue en 1886 en Cuba y 1888 en Brasil). La preservación de costumbres y creencias africanas en Haití se debe indudablemente al aislamiento de aquel país después de la guerra de independencia y a la ausencia de influencia cultural francesa, sobre todo entre las masas.

En segundo lugar, la aparición reciente del neoafricanismo está vinculada con la influencia del "poder negro". Por supuesto, el "poder negro" en las Antillas, cuando no se trata de puro mimetismo, difiere del fenómeno norteamericano ya que los presidentes, ministros, profesionales son casi todos gente de color, y la protesta de los jóvenes cuando no es una protesta completamente gratuita, va dirigida contra los intereses comerciales americanos, canadienses o británicos que dominan las principales fuentes de riqueza.

El neoafricanismo antillano busca una personalidad propia que no sea ni inglesa ni completamente africana y actualmente está examinando el lado africano de su cultura, hasta hace poco ignorado y despreciado. Esta búsqueda de una personalidad diferencial conduce a veces a exageraciones africanizantes absurdas y exhibicionistas, porque el antillano, a menos de que crea en una mística de la sangre o del color de la piel, no es africano sino antillano; y antillano, hay que confesarlo, es más inglés que africano.

Es desde este punto de vista que la obra de Brathwaite es tan significativa. Creemos que Brathwaite está tanteando, examinando, ensayando lo africano para ver cómo puede hallar cabida en la cultura anglo-antillana (vale la pena subrayar que Brathwaite es de Barbados, lugar de las Antillas de donde se ha borrado más completamente la huella de Africa, hasta tiene el apodo de "little England"). Brathwaite es un buen poeta, dotado de una gran sensibilidad y una gran maestría en el manejo de la expresión. Un fallo definitivo en cuanto al valor estético de su obra es casi imposible, pero nadie mejor que él es capaz de llevar a cabo esta etapa que tenemos por ahora que considerar como experimental, de diversificar la literatura anglo-antillana con aportes africanos.

Dimensión Imaginaria

SARA DE IBAÑEZ: LA ESFERA CERRADA

(NOTAS PARA CANTO POSTUMO)

Por *Alejandro PATERNAIN*

Estas notas pueden adquirir la traza de un ejercicio que rehusa, tenazmente, la valoración. En un sentido, ello es cierto: la valoración (la habitual ubicación, el previsible parangón con otros estilos o maneras, el examen de fuentes, etc.) no figura en el cuadro que he esbozado. Y no por olvido sino porque me parece, amén de obvio, fácil: Sara de Ibañez es, de modo evidente y sin discusión, la voz poética más excelsa en el Uruguay; y en el ámbito de la poesía femenina (si corresponde en poesía tal distinción) alcanza—según nuestro criterio—un grado mayor de firmeza, amplitud y riqueza inventiva que María Eugenia Vaz Ferreira o Delmira Agustini. Pero su jerarquía sobrepasa fronteras: un examen atento de su obra completa no podrá menos de señalarla entre las grandes figuras de Hispanoamérica y aun—teniendo en cuenta su removedora abundancia metafórica—como particularísimo fenómeno del lenguaje. En otro sentido, la valoración explícita es innecesaria. Este abultado trabajo procura ser, a su modo, valoración aunque de sello distinto: moroso rastreo de una experiencia única, lectura investida de la dignidad de la liturgia, rito de la búsqueda hombre adentro.

HAY seres para quienes la poesía es don, y hay quienes la conquistan con tenacidad y celo. Unos son afortunados, o elegidos de la gracia; los otros tienen mucho de combatientes y de obstinados. Los primeros viven en el embeleso de la expectativa; los segundos, en la incertidumbre de la batalla. Creen aquéllos no merecer la facilidad, y sus pasos son involuntarias huellas de hermosura; piensan éstos que la belleza siempre padece fuerza y nada bello aceptan si no es al precio de la sangre y del martirio. Admirables unos y otros, se dejan penetrar y se les puede comprender: están abiertos a todas las miradas, ya sean amorosas o inquisidoras. Pero hay quienes enlazan el don y la conquista, la gracia y el temple heroico. Entonces añaden, al excepcional carácter, la cerrazón donde las miradas se quiebran. Son desafiantes como enigmas, y como los enigmas, fascinadores. Infunden, a la vez, veneración y temor. No son naturalezas dobles sino un grado distinto de la naturalidad poética. Están de tal modo replegados, que no es posible

descubrir la frontera entre la gratuidad y el trabajo, la espontaneidad y el arte. En rigor, tal frontera no existe. Son agraciados y batalladores a un tiempo. Vuelven sus dones en trofeos, y enseñan sus botines de guerra como puros presentes de los dioses. La hermosura es regalo que les hace el destino, y su destino no es otro sino la hermosura. Así, cuando vivía, entrevimos a Sara de Ibáñez. Así la vemos ahora, después de su muerte.

Cuanto fue en ella hermosura, se lo dio su estrella, obsequiosa. Desde la belleza serena del rostro y de los ojos profundos, hasta la armonía y el ritmo del verso y la audacia torrencial de las imágenes. Pero treinta años, o más, de labor; nueve o diez libros de poemas, atestiguan su voluntad de conquista y su empeño —responsable y deliberado— por transformar los dones divinos en las humanas palabras del arte. Transformación y fusión: en su poesía las palabras son centellas y abejas, palomas y frutos; y los dones, preguntas agrias sostenidas con pavor, zarpazos en la noche, oscuras aguas arrancadas de la entraña de la sed, junto a una fuente ciega. Tuvo el pronto reconocimiento de la crítica, y las lecturas de los otros poetas, que siempre vivifican y recrean; pero su poesía está aún intacta. Atrae y seduce con la misma fuerza con que esquivo su corazón recóndito. Amaga equilibrio entre la generosidad y la reserva, la entrega y el cálculo. Tal equilibrio es sólo aparente o, en el mejor de los casos, penuria, hábito o pereza de nuestras palabras. Más allá, o más acá, del equilibrio, su poesía es ante todo una tensión reconcentrada y una entidad que para subsistir no necesita componendas entre la facilidad y el rigor. Aunque participe de una y otra cualidad, su tensión tiene mayor alcance. Es hija del más leve aire de espontaneidad; con sólo estremecer ese árbol codiciado de la creación, caen poemas como frutos sazonados; pero cada poema se gesta de acuerdo con leyes que nadie gobierna, que son su esencia misma, y su determinismo misterioso. Exactamente, como un fruto.

Releo lo escrito y me acongojo: la poesía de Sara de Ibáñez permanece tan intacta como siempre. No puede decirse la excepción sino convirtiéndola en género, especie o regla. O sea, anulándola. He estado hablando de una familia de poetas, cuando quería —y quiero— apresar el metal de esta voz única. Por todas partes me llegan ecos de lugares comunes, en los que también yo encallé, para bochorno y tortura. Hermetismo y opulencia; capacidad metafórica y arquitectura ceñida; gusto por las formas tradicionales e imaginación removedora; entronque con el barroco —peninsular

o americano— y sugerencias de raíz simbolista; exigencia y medida, y fiesta del idioma: de todo ello es testimonio esta poesía, y aun ejemplo sobresaliente en América. Pero el cuadro aparece insuficiente: alguien podría reclamar, para sí o para otros, todos esos títulos, o siquiera los más prestigiosos, según el tamaño de la ambición, la fuerza del desafío, o la necesidad de legítima defensa. Y la poesía de Sara de Ibáñez se nos habría escapado otra vez, y de más angustiosa manera, pues no cabe, ya, esperar auxilios: el ciclo está cerrado.

Pero mi insatisfacción no se rinde. Busca un camino por donde sea, se entrega al azar y al encarnizamiento, practica con gravedad pareja la adivinación o el análisis, apela a los proyectos y examina —avariciosa— mis recuerdos. Siempre es el mismo cuadro el que regresa, la misma quietud estremecedora, el mismo ambiente perfecto de un destino cumplido. Imposible imaginar cielo tan puro, aire tan en calma y tan azul el mar, visto a lo lejos entre mármoles blancos y negros cipreses, como los de aquella tarde de otoño. La viví como regalo, y a la vez como insólito cálculo de alguna potencia extraña. Su hermosura era dádiva; y sin negar la gracia era, también, tarde concertada. La naturaleza despedía a Sara de Ibáñez con un acorde de serenidad violenta. La tierra, que albergaba sus restos, se reconcentraba como en una ofrenda y parecía exultar en una gloria de sensualidad. Quedaban así clausurados sus pasos mortales y dibujado —aunque no penetrado— el trayecto de su vida. Porque aquella tarde —como su poesía— es ahora en mi memoria una esfera cerrada: perfecto don, gratuidad, redondez que no principia ni termina; y centro rector, cohesión absoluta, combate intransigente por la forma. La simple soledad en su estado puro.

El pensamiento solo

HABÍA dejado, al morir, dos libros inéditos y buen número de poemas sueltos. Congregados ahora en *Canto Póstumo*,¹ disponemos en simultaneidad de un vasto mirador. Los dos libros —*Diario de la muerte* y *Baladas y canciones*— fueron escritos entre 1967 y 1971. Incluyen, obviamente, composiciones anteriores que se vinculan sin esfuerzo con los temas dominantes. *Gavilla* muestra, en cambio, mayor diversidad de fechas. Hay poemas de 1968 y de 1937; páginas contemporáneas de *Canto* y *Hora ciega*, de *Las estaciones* o de *La batalla*. Sin ser cabal itinerario, *Canto Póstumo*

¹ *Canto Póstumo*, Editorial Losada, 1972.

tiene conexiones con la obra en su totalidad. No excusa, por ello, la lectura de la anterior producción: la secunda y la complementa, ayudando sinópticamente a captarla desde sus inicios. Atmósferas, temas y formas; experiencias, sueños y sensaciones que integraron y nutrieron sus libros desde 1940 están en *Canto Póstumo*, fundamentalmente en *Gavilla*, representados con mayor o menor intensidad. Si no fuese abusivo reincidir en la enumeración de sus atributos, en el catálogo premioso de sus características, en varias oportunidades formulados (y desde estas mismas páginas); y si fuese yo tan crédulo como antes y estimase posible ceñir esta poesía y señalar —sin yerro— su perfil, no vacilaría en repetirme y hacer desfilar elogios a la maestría versificadora, a la fecundidad metafórica, a la riqueza de léxico y a las hondas intuiciones relampagueantes de Sara de Ibáñez. Todo eso se mantiene, para espesarse o adelgazarse, en una suerte de flexibilidad que no es nunca infiel a lo que llamaríamos, con resignación, la personalidad poética. El libro primero, *Canto*, ya contenía tales virtudes y no —por supuesto— como promesas. Pero ahora ese canto se ha hecho canto póstumo; el destino se ha cumplido y la curva, cerrado. Y de ello nace —precisamente— mi inquietud y aun, sin cuidarme por ser solemne, mi temor. Tal condición de cosa cerrada me presenta la amenaza de lo excluyente. Tiene el aura sobrecogedora de lo definitivo y el desconsuelo de lo irreversible. Impone la obligación de ver la totalidad de la obra, sin las coartadas del futuro ni los alivios de la mutación o la sorpresa. Ya no es posible augurar: el vaticinio sirve mientras dura la llaga de la vida. Tampoco apostar: sólo los vivientes somos ciegos, y las apuestas, nuestros lazarillos. Con la muerte, el tiempo de andar a tientas también muere. Si en el reino de la agonía "todo está bien, todo está mal", como se dice en la canción primera, y si por ser de agonía, es todavía el nuestro, concluyo que el reino de la muerte está en otra escala, y el vaticinio y la apuesta se transforman dentro de la cerrada esfera. Allí es donde Sara de Ibáñez libra —en un ámbito sin tiempo— la tremenda batalla por la persistencia frente al tiempo ordinario del mundo. Esa cerrada esfera —gratuidad y cálculo— irrumpe como imagen de la soledad, una pura y simple soledad. Pero simplicidad y pureza no son esencias inmutables ni previas al vivir; son consumación de un proceso y destilación de una historia cuyo protagonista es el ser solitario y cuyo sentido es esa misma soledad ofrecida como castigo y como recompensa. Sólo así la soledad —genérica y gregaria— se vuelve inconfundible y específica. Deja entonces de ser dádiva para convertirse en merecimiento. Si la muerte propia se constituye —antes o después de Ril-

ke— en la legalidad y el significado del morir humano, la soledad propia —tan vecina de la muerte— vive su encarnación por obra de esta poesía. Es, sin duda, la inevitable soledad de Sara de Ibáñez: intentar reproducirla en otras experiencias resultaría quimérico. Pero sin comunión con esta poesía no habría voz ni conciencia para la soledad de cada cual.

Caminamos sobre el filo de una navaja: a fuerza de perseguir lo intransferible, trivializamos los términos y peligramos confundir las cosas. Mezclar la soledad parece inevitable. Viene sin que la invoquen, deslizándose envolvente. Está pronta siempre a rozar la sensibilidad y a dejarse usar como el más socorrido de los lugares comunes. Se niega a salir de su cerrazón y, apegándose a su opacidad, se resiste a concretarse. Insertarla en lo que la define —la historia— suena a herejía. Porque esa historia no responde a la ortodoxia del tiempo sino a la intransigencia del espacio. La poesía de Sara de Ibáñez no obedece tanto al desarrollo cronológico cuanto a la vivencia espacial. Su historia —su devenir— cabe en un aullido; la soledad, en su verso, es no sólo poesía de la distancia: se hace *desde* la distancia. La inmediatez (pienso sin desprecio en el coloquialismo y el prosaísmo) suprime la distancia y con ella el espacio, porque no lo necesita. Pero la voluntad de forma de esta poesía, su autocomplacencia también, crea distancia; con la distancia, vacío; y con el vacío un horror solamente colmado gracias a la asistencia de la forma misma. Se cierra otra vez la esfera, obra maestra de la arquitectura, en tanto recuerdo la frecuencia con que se habló —frente a esta poesía— de cristalización y de construcción geométrica. Agrego ahora la reiteración de las alusiones espaciales, la abundancia de recintos y de torres, de pozos y de praderas, de salas y de jardines. Símbolos o meras presencias, la plétora de imágenes apunta al centro mismo de la experiencia espacial: la distancia persiste y la comprobación de que lo real es esencialmente inefable, cubre la distancia en ambiguo demonio: hospeda y mortifica. Refugio o prisión, ese horror al vacío se hace lúcida comprobación del vacío del mundo. Quedan, entonces, dos alternativas: la renuncia, o la lucha. Lo primero significa el silencio; lo segundo, poblar el vacío. Y para esto último sólo hay palabras. Más exactamente, palabras hermosas: color, eufonía, forma, delirio del ritmo que reclama su centro y su gobierno. Pues todo pueblo de palabras cae enseguida bajo un celoso monarca: el mito.

Pero las palabras pobladoras de vacío no son —ellas mismas— vacío. Por ser formas resultan, esencialmente, fórmulas. El mito

nace con ellas, y ellas originan mitos. Las palabras aparecen cargadas de poder sacralizador que se libera en nuevas entidades luminosas. El espacio y las cosas que contiene pierden la grisura de la indiferencia y la costumbre, y ganan la fuerza de la adoración y el brillo de lo legendario. Superan circunstancias y anécdotas y negándose al desahogo redentor, se convierten en proclinatorias de reverencia. La fealdad o la desarmonía no encuentran cabida. Aun el horror y la angustia son bellos, sin que se vea por eso prejuicio o mero afán estetizante; y lo son forzosamente, porque este mundo poético no es la contrapartida o el desquite frente a una realidad supuestamente bastarda. Responde a la convicción de que ha nacido intacto de las manos creadoras. El mito de la creación originaria se alía al mito de la naturaleza como habitación y destino del hombre. El proverbial bucolismo de su poesía —o de algunos de sus momentos— no es evasión de una realidad abrumadora sino vía normal por donde se manifiesta la energía del mito. Tal mundo puede ser ordenado de acuerdo con los cuatro elementos de los antiguos jonios: aire, agua, tierra, fuego. De ahí extrae los materiales para sus imágenes, y a través de ellas es posible comprender de qué manera dichos elementos predominan y organizan su visión. En otra oportunidad, he procurado demostrar —a través de *La batalla*— los nexos entre las imágenes y los elementos, en especial el fuego. Ahora, gracias a la perspectiva de *Canto Póstumo*, advierto las limitaciones y los excesos de aquel ensayo. La poesía de Sara de Ibáñez —manantial de imágenes— combina hasta la complejidad más absoluta los cuatro elementos y se torna, vista en conjunto, un festival de mitos que tiene mucho de ceremonia fúnebre y de ritual sagrado. Si en el predominio del fuego vimos no sólo el signo del temperamento incandescente sino la marca de un conflicto —aspiración y combate sacro—, no es menos cierto que el aire, el agua y la tierra completan ahora —disputándose la primacía— un espacio cerrado y regido por aquello que trasciende a los elementos mismos: el pensamiento.

Fechado en 1957, y recogido en *Gavilla*, "Sólo la voz" da cuenta de esta situación. Es poema de renuncia y despedida: tierra, aire, fuego y agua pesan, perturban, ocultan, estorban; es también poema de aspiración: dejar que la voz se manifieste desnuda; que predomine al fin el pensamiento solo:

Atrás la tierra, el agua, el fuego, el aire:
 dejad que diga el pensamiento solo
 la flor sin cuerpo de mi voz desnuda.

Hasta dónde fue posible cumplir tal aspiración, es ocioso averiguarlo: esta poesía no puede existir sin la textura de imágenes nutrida por esa "tetravalencia de la imaginación" de que habló Bachelard. Pero tampoco podría subsistir —ni expandirse o concentrarse— sin la conciencia de ese pensamiento y de esa desnudez. La muchedumbre de imágenes persiste; los cuatro elementos no han de diluirse, porque la voz y el pensamiento se diluirían también. Agua o tierra, aire o fuego, y sus míticos reinos, presuponen una soledad ensimismada. Son sus hijos y, a la vez, sus engendrades, y los límites de la cerrada esfera. Pues es en ella, únicamente, donde puede resonar esa desnuda voz, y expresarse a sí mismo el pensamiento solo.

La torre giratoria

PROPICIADORA de mitos y condicionada por ellos; rechazándolos para dejar desnuda la voz y solo el pensamiento; y exigiéndolos como la resistencia inevitable del pensamiento y la voz, esta poesía había de convertirse en su propio y soberano mito. La dicción (su elocución, su prosodia) que se entronca con la línea barroca de Góngora y Sor Juana, con la riqueza de la generación del 27 en España, y aun con la inventiva metafórica de un Julio Herrera y Reissig, contribuye a su excepcionalidad y su apartamiento; la concepción de lo poético —nutrida en la rica tradición moderna— devuelve al aire contemporáneo su naturaleza esquiva y tumultuosa. Tal poetizar hace de la poesía un evangelio que no se discute; del poeta, un iluminado y un inocente, una víctima y un visionario, un astro lejanísimo y un profeta. Si la soledad y la experiencia de la muerte son —según las evidencias— sus estratos profundos, la importancia de la poesía y el absolutismo que genera son las primeras capas de ese mundo sedimentado por una fe inalterable en el valor de la palabra poética. Más claramente: de una palabra aceptada en su plenitud de riqueza y de sentido. La audacia de Sara de Ibáñez se da no sólo en el plano metafórico sino en el de la convicción de que es posible todavía fundar algo duradero en el seno de la palabra. Frente al estallido del lenguaje que repercute hoy, y para el cual la poesía es blasfemia o herejía, desconfianza o absurdo; contra la dislocación del signo y del significado, y aun contra el estupor de un decir que se refugia en el balbuceo y pide socorro a la prosa, la obra de Sara de Ibáñez aparece como una insólita confianza en el lenguaje y como un júbilo inve-

rosímil que a nada pide asistencia, salvo a esa divinidad por la cual se jugó de una vez y para siempre: la misma poesía.

Cierto: esta obra puede caer fácilmente bajo el fuego graneado de las exigencias planteadas en nombre de la evolución, o de los golpes que imponen las rupturas. Muchas objeciones he oído ya, hasta la fatiga. Afortunadamente, ninguna ha servido para aclarar las cosas, pero todas han contribuido —con arrogancia o laboriosidad— a enturbiar el capítulo de los cargos y descargos. Desde la irritación que provoca la métrica regular hasta el desdén por un léxico que se juzga extemporáneo, todo o casi todo queda —en esta obra— sometido al equívoco. El endecasílabo despierta tantas sospechas como el torrente de palabras bellas; lo que la propia poetisa definió como "fría aristocracia", "altivez de lobo y raso" es tomado, sin precauciones, por frialdad a secas, cuando no por indiferencia o soslayado compromiso; la perfección de sus formas suena —para muchos— como habilidad prosódica y no como lo que es: "sapiente escalofrío", "fiebre conductora"; la fidelidad a su destino —al canto y a la palabra— ("Corté una rosa de oro / con el rumor de la aurora, / y quiero abrasar la noche / con el oro de esta rosa") es entendida como infidelidad a no sé qué circunstancia, a un aquí y un ahora cuyas entrañas no piden otra cosa sino el respeto de cada ser por su propia verdad, que es la verdad de todos; y la conivencia de que el poeta es el "mordido de la llama", de que hay un inocente, "entre todos uno, / glorioso pasto de la llaga" que trae al mundo de los hombres la palabra, y con ella, pan de luz y de vida, escandaliza a los supersticiosos de la lucidez y a los desesperados que esperan del poeta sólo la negación del grito, el escarnio de la garrulería o el cinismo del rechinar de dientes.

Pero semejantes reproches (más tácitos que expresos, aunque amenazantes) rozan apenas la superficie. Pues las objeciones —o la incompreensión disfrazada de crítica— querrán morder con más ahínco allí donde esta poesía, mostrándose en toda su fuerza, se oculta celosamente: el hermetismo. Sobre él se acumularán las pretensiones de la impaciencia y las insidias del despecho; será blanco de los sistemas, para los cuales no hay poesía sin mensaje, ni mensaje sin palabras claras. Desconfiarán de él las iglesias: la oscuridad traiciona al lenguaje, que es casa del ser, nuncio del espíritu y testimonio de encarnación. Será sospechoso de escapismo, y lo perseguirán por tolerante. Sufrirá el desdén de los misioneros y de los cruzados y el tácito desprecio de escuderos y ayudas de cámara. Replegado en sí mismo, nadie sabrá si asiente o denuncia. Se le tendrá por un abandonado de los dioses del siglo: publicidad, actualidad, mercados, serán los paraísos a los que nunca accederá. La

tiranía de la moda lo desterrará sin misericordia y las opiniones dominantes prepararán el decreto de su expulsión: ya no es de esta época. No contribuirá al lucro ni a la explotación, y quedará relegado al limbo de las marginalidades inocuas.

Pero la razón que asiste a tales argumentos es doblemente errónea: peca por exceso o por cortedad. El hermetismo de esta poesía señala —ciertamente— un desajuste con la época, aunque no en los términos habitualmente aceptados: el "ya no es de su tiempo" puede convertirse en "todavía no lo es". Asimismo, la crítica contra el hermetismo —que nada perdona— no advierte en el hermetismo su potencia crítica. Con él, Sara de Ibáñez defiende y enjuicia; preserva de una sociedad hostil a la poesía misma, y revela el rostro verdadero de esa sociedad: el aislamiento, la delirante capacidad para la incomunicación, el espacio desierto, el *ghetto* cotidiano. El hermetismo —arte de ocultamiento— supone un adentro donde esconder lo que se juzga en peligro, y un afuera donde las acechanzas pululan. Intimidad y exterioridad determinan el espacio, y el espacio se vuelve dramático porque sufre la congoja de una escisión. Difícil por hermética, esta poesía padece la dificultad extrema de lo inconciliable. Hay desgarros de nacimiento, nostalgias como espinas que recuerdan a la conciencia un paraíso perdido y un fuerte deseo de religamiento: su gesto es la eclosión patética, la confesión abierta, el peregrinaje hacia los orígenes. Pero hay una escisión paralela al mundo en que se vive: es el fundamento del hermetismo y la justificación de su máscara agresiva. La sociedad que le tocó en suerte aparece reflejada en ese cerrado espacio del poema. Con más vigor quizá —con más pudor también— que el verso abierto que proclama (o declama) su crítica, esta poesía señala la línea divisoria entre individuo y sociedad, entre vida privada y cosa pública. Si aceptamos la teoría del arte como reflejo de una estructura social (todos la aceptan al fin, con examen o sin él) debemos consignar que esta poesía refleja su sociedad de origen con mayor nitidez que cualesquiera otros lenguajes, y de manera tanto más sorpresiva cuanto menos se creyó que podía haber —por esa vía— una posibilidad de interpretación o de exégesis. Tal reflejo no supone reproducción exacta sino saludable exageración, y aun, exacerbación. En un caso o en otro, una crítica que no adopta las armas del discurso sino las connaturales de la poesía: imagen, fórmula, exorcismo. En muchos momentos, es crítica explícita: poemas de "Hora ciega" y de "Las estaciones", libros como *Apocalipsis XX*, las seis composiciones finales de *Canto Póstumo*, atestiguan una constante: el mundo, siempre. El mundo del horror bélico y de la previsible aniquilación ecuménica, de la hecatombe

y la brutalidad imponiendo su ley inflexible y exclusiva: la mano fratricida de Caín, y la sangre de Abel, derramada. Pero enlazando todos esos momentos, difundida a lo largo de esta coherente trayectoria, la crítica implícita certifica una responsabilidad indeclinable: es su poesía misma. Este mundo verbal cerrado aparece como el trasunto de un mundo sin salida. Este pánico sabiamente gobernado es la respuesta a un mundo gobernado por el pánico. Esta poesía no encubre el gesto helado de la esfinge; es el rostro de quien estaba herido por el mundo y "veía entre los muertos" (Canción novena). El poema es lo excepcional en el mundo, porque el mundo es ajenidad para quien sueña el poema. La conciencia solitaria vaga entre "rostros quemados, ausentes, / de la propia cisterna sedientos" ("Cada día", del *Diario de la muerte*). El mundo pasa "en su río cerrado" y la conciencia se duerme en sus "márgenes sordas" sin poder penetrarlo ni seguir su corriente. Con mayor o menor intensidad, el mundo pesa en toda esta obra, y esta obra es al fin, eco del mundo. *Canto Póstumo* no escapa a esa condición, reconocida con desgano por la crítica, o sencillamente no reconocida. Antes bien, la refuerza hasta hacer engorrosa la ejemplificación: no hay poema donde la herida del mundo no sangre. A veces se vuelve torrente de imágenes sombrías o visiones patéticas; se oyen gritos sobre las aguas porque asesinan palomas y retamas; ruidos de torres corroidas por el odio; cielos despedazados; pez siniestra donde asoman picos y garras; noche "nauseabunda y armada" (Contrapunto III). Otras veces aparecen —afantasmadas— ciudades donde la sonrisa se pudre, torres amarillas en las que juegan dados los muertos, niños por las calles y las plazas que de pronto crecen, con una espada en la mano, "obreros relucientes / en un infierno redondo, / labrando besos y llagas / hasta quedarse sin ojos" ("Balada del peregrino"). En algunos poemas, la historia de una vida —más propiamente, la autobiografía lírica— no se desarrollaría si no se contrapusiese al mundo en sufriente dialéctica de renovadas ofrendas y desesperanzas. Pienso en "La niña de las mariposas", en el cruel proceso que va de la luz a las sombras, en esa "siempre-niña" que soltaba sus dóciles mariposas en la danza matinal y en la alegría, o en las "pálidas ciudades", en las calles "donde olea / el río de los fantasmas", en los rincones de las casas solas, en "patios abolidos", en salas donde retoza el polvo. Pienso en ese estupendo poema en que el mundo es más mundo porque condena a la soledad; porque se lo vive desde un espacio cuya dimensión profunda es la muerte; porque las mariposas gastadas a puñados en el comienzo son, al final, mariposas perdidas. Porque esas mismas mariposas serán, en otro poema, grandes mariposas que gi-

rarán —como las horas— “clavadas en un eje de diamante / sobre un morado olor de secas hojas”; porque el tiempo entero girará en un “círculo cerrado” y el círculo anticipará el espacio excluyente de la cerrada esfera: “el mundo es una torre giratoria”. Sin perder sus poderes específicos, la imagen se convierte en juicio, y el juicio en sentencia. Con legítimos recursos, la poesía refleja, y al reflejar, acusa. No lava con ello sus propias culpas, pero manifiesta de dónde proceden: de la sociedad. De cuál hablo, parecería excusado aclararlo. Hablo de la que tiene decantada y perversa maestría para crear espacios donde los hombres se atormenten y se desconozcan, y para engendrar distancias entre los desposeídos y los poseedores; hablo de la que cava abismos entre vecino y vecino, entre padres e hijos, entre hombre y mujer; hablo de la que traza el plano del caos, la retícula de ciudades infernales, la frontera siniestra que separa intimidad y conciencia gregaria, haciendo de una y otra dos mentiras que se temen y se odian; hablo de esa sociedad que no sobrevive sin espacios secretos para almacenar el oro, para tramar genocidios y para hipnotizar con una propaganda que manipula y humilla el espacio interior de cada hombre, llenándolo de iniquidad y sombra; hablo de la que pone estudiada negligencia para desoír las voces del hambre y la miseria, y sádico empeño en multiplicar torturas; de la que construye prisiones y destruye esperanzas; de la que reprime y persigue y alambra y corona con la ignominia de las púas; hablo de un espacio social poblado de objetos que en el mejor de los casos sólo llegan a fetiches, y que tiene las dimensiones de la compra-venta y del mercantilismo. Hablo de esa sociedad frente a la cual la poesía suena a escándalo y el hermetismo a sacrilegio que es necesario asperjar con las aguas del aturdimiento y de la estulticia rapaz. Encerrarse, protegerse, enjuiciar con aparente prescindencia: ¿hay en ello culpa? ¿Merece castigo? Quien se niegue a disolver la poesía —so pretexto de protección— en el aire espeso de la vulgaridad, ¿qué otro camino tiene sino el de responder al espacio envilecido con la purificación del espacio que el hermetismo involucra? ¿Qué hacer con la poesía sino ponerla a salvo? No siempre ha de llevar las culpas la torre de marfil: es una catacumba en propiedad horizontal, dijo Leopoldo Marechal con exacta gracia. Las catacumbas no se cavaron por veleidad aristocratizante, ni sus moradores, que actuaron compelidos por la historia, son hoy juzgados como extemporáneos. No otra cosa es la acción del hermetismo: una defensa y una revelación a la altura de las circunstancias. Aguerrida y solitaria, jubilosa por el esplendor del mundo y sus fulguraciones de enigmas, y agobiada por el horror de ese mismo mundo al borde de la devas-

tación, Sara de Ibáñez no vaciló en jugar la carta de su destino en favor de tan ardua batalla.

Máscaras y sombras

No cabía tampoco la vacilación. Cualquier titubeo hubiese sido un peligro de consecuencias irreparables. Desde el primer libro, es dueña de su estilo; pero también dicho estilo (ángel o demonio) se adueña de esta criatura. Una relación así resulta caso infrecuente de fidelidad, que llega hasta la mutua tiranía del encantamiento. Tanta decisión señala algo más que seguridad; tal coraje en la entrega, algo más que pericia técnica o virtud del temperamento. Quien desconfió de la poesía —desdoblándose en analista— tal vez sólo poesía es lo que busca; quien se le aferra sin achacarle culpas que no tiene, persigue quizá algo más que poesía. Lo primero es ejemplo de conciencia crítica; lo segundo, de conciencia trágica.

En un mundo de poetas urgidos, Sara de Ibáñez también lo es, aunque de modo insospechado. Su urgencia responde a una cuestión de vida o muerte. Con más llaneza, su vida es urgencia de muerte. Si el hermetismo signó su poesía desde el comienzo, fue porque la muerte estaba en el centro de ese hermetismo. Encerrar el sentido, encubrir el núcleo del canto fueron operaciones forzosas de la conciencia trágica: encerrar, encubrir, rodear la muerte sin desnaturalizarla, dejándola en estado larvario y apta para la maduración. Había que circundar de espacio lo que no tiene espacio; centrar lo que no es centro sino fantasma difuso; hacer de la muerte simultaneidad prodigiosa: intimidad y distancia a la vez. "Escúchate crecer para la muerte", "Aprende a amar el río que te lleva": ya en sus primeros poemas sintió Sara de Ibáñez la vecindad lejana de la muerte. Su obra, entonces, nació de ese sentirse morir, y ese sentimiento, que librado a sí mismo impediría la vida, debió adquirir forma y segregar su propio espacio y permitir así el gesto esencial del hermetismo: entrar en muerte. Los últimos libros, los de *Canto Póstumo*, consignan ese gesto y ese espacio; sentirse morir es estar ya dentro de la muerte y no poder escapar de sus fronteras, saber que nadie traspasa esa linde "sin tener algo que matar" ("Balada del solitario"). El absoluto de la poesía ha derivado en soledad absoluta; el espacio exige otro espacio, y se trasciende; la muerte incubada en el centro del hermetismo era ese ser solitario que se identifica con la persona del poeta. El drama de la trascendencia brota de la inmanencia de ese yo, que se sabe morir y que es la muerte misma, encubierta y latente.

Porque el afán de trascendencia es tanto más poderoso cuanto más clausurada se encuentre la conciencia trágica. No se trata ya de una aspiración vertical de la criatura sumida en la cárcel del cuerpo; el hermetismo no es prisión en la que se cae sino máscara para defenderse. No es tampoco la angustia del pecador que clama (y reclama) —desde el abismo— la participación salvadora en la infinita pureza divina. No encubre una crisis moral: es el drama desnudo del tránsito, que no puede verificarse sin encubrirse ni esconderse. Es la humilde soberbia de la finitud: se oculta para mejor ser hallada. Por ello requiere siempre espacio, y la divinidad asume carácter invasor o condición de fuga. Es el juego fatal del escondite cósmico. ¿Puede asumir el lenguaje de la claridad? ¿Adscribirse a la sencillez? En una relación indirecta y esquiva, ¿cómo apelar a la expresión directa? La experiencia del hermetismo responde a la convicción de que el mundo está lleno de significados ocultos. Las cosas no son indescifrables; pero tampoco admiten una intelección primaria. Para llegar a ellas es necesario el instrumento traslativo por excelencia: la metáfora. Y la metáfora que se adueña del espacio del poema, requiere el hermetismo como código para su plena vigencia. Sin encadenarse a la exclusividad de una vía trascendente, sin ceñirse a una religión única, esta poesía hallará alimento abundante en el organismo mítico de las religiones. Estará siempre atenta a las metamorfosis, proveedoras de metáforas; escrutará las teogonías, para extraerles una verdad; seguirá la epopeya de las encarnaciones, de los nacimientos sucesivos, de las muertes cíclicas: allí comparecerán la luz y la sombra representando, en el escenario del universo, la renovada lucha de la teofanía y del eclipse divino. ¿Qué otra cosa hay en los tres sonetos dedicados al mito azteca de Quetzalcóatl: Nacimiento, Ascensión, Gloria (con su glosa subsiguiente) recogidos en *Canto Póstumo*? En ellos se verifica el proceso mediante el cual el hombre procura liberarse de la materia y transfigurarse en luz —"lo más afín al espíritu"— para redimirse de la muerte. El afán de trascendencia es, sin duda, afán de redención. Pero la redención se cumple no por sumisión a un dogma sino por participación en el símbolo, que la poesía hace suyo. La muerte que se alberga en el centro de este hermetismo es muerte germinadora. Pues la semilla —una forma, al fin, de lo cerrado— contiene la posibilidad de morir para trascenderse y para redimir su propia clausura y su propia finitud. ¿Puede esperarse o pedirse claridad? La semilla, que no es comprensible por sí misma, tiene la fuerza de un mundo cerrado que enmascara al futuro. A medida que el afán de trascendencia crece, más se cierra ese mundo, y más abundantes se hacen las imágenes

espaciales, junto con los símbolos que encarnan a la vez la cerrazón del espacio y la posibilidad de trascenderlo: las puertas. Toda una sección de "Diario de la muerte" (primer libro de *Canto Póstumo*), se denomina "Periplo de las puertas". Allí están la puerta de la melancolía, de la soledad y del temblor; la puerta de la angustia, la de la tiniebla y la enfebrecida puerta de los endriagos; la puerta de la esperanza y también la del sosiego. Está, por último, la puerta del olvido. Es la historia del alma, en cuanto tal historia se hace tránsito de un espacio a otro, de un estado a otro, o sea, trascendencia. Es el viaje biográfico de una individualidad que representa el drama universal de esa misma trascendencia. La melancolía o la esperanza, la angustia o el sosiego, el temblor o el olvido son compartibles y forman el subsuelo común de la humanidad. Pero cada puerta otorga el temple de la individualidad y el misterio justo: se abren o cierran por influjo de una experiencia intransferible sobre un fondo en el que todos participan. La puerta es impedimento, pero también pasaje; clausura un espacio, pero permite una salida o una entrada. No hay operación más aparentemente simple que abrir una puerta: lo desconocido aguarda detrás, y aun lo conocido se vuelve inasible y remoto. Es comunicación, e incomunicación a la vez. Todos los temores se acumulan frente a ella; todas las esperanzas se agolpan, sea de un lado o del otro. Carga con el prestigio de las leyendas y con el pavor de las visiones escatológicas. Mantiene en prisión a la princesa del castillo, bloquea el recinto del paraíso o se entreabre gustosa en el camino del infierno. Está en la intersección misma de lo abierto y lo cerrado. Inagotable como símbolo, puede serlo también del lenguaje; por el sentido, encierra; por la expresión, se abre. Del lenguaje, y del hermetismo que supone.

¿Es posible, en este periplo, la claridad? ¿La apertura definitiva? Ninguna puerta cede paso, definitivamente, a la otra región, aquella en la que no se ha entrado todavía y que, intacta, se reserva. ¿Qué trazos, rastros o huellas hay allí? No las hay de los hombres; no las hay, tampoco, de Dios:

Solo estaba en el sitio solitario
 donde la soledad tiene su puerta;
 sobre las rocas de aquel blanco fuego
 donde los pies de Dios no dejan huella.

("Puerta de la soledad")

El periplo de las puertas es también periplo de lo inasible: Dios. Presente o ausente, invocado o eludido, ha pesado siempre

en esta obra y, de modo quizá más pujante, en *Canto Póstumo*. Sin intermediarios redentores, sin que se evidencie el sacrificio de la cruz, lo divino irrumpe como sombra todopoderosa o se insinúa como sueño cruel. A veces es el testimonio de la aniquilación y la conciencia del vacío y de la nada: "Como una tromba de cenizas / Dios se derrumba entre los ecos" ("Balada del pájaro ciego"); otras, dispone la perfección de un día, de una hora, de un escenario colmados de plenitud. Circunda de espejos, finge un esplendor y una fiesta que luego desaparecen: es la hora del "pánico celeste", legado para que "Dios medre en la sombra / y el frágil vuelo de los hombres / en su sonrisa amarga esconda". ("Testamento"). Su mirada sostiene los mundos; pero si deja de mirar la tierra, caerá sobre ésta "una lluvia de cárdenos aceros", correrá "la sangre por los ríos", y el trigo se encenderá "erigiendo entre ráfagas viscosas / sus ascuas inocentes" ("Canción novena"). En algunos momentos, el Dios creador sueña a sus criaturas, dormido a la sombra de los ojos mortales: "Dios se ha dormido a la sombra / de mis ojos, y me sueña; / seré luto de su aurora / si despierta". ("Canción tercera"). La relación entre lo humano y lo divino se vive y se padece en una multiplicidad de planos. Dios es tan solitario como ese ser que anida en el centro cerrado del poema. No está en duda su existencia sino su proximidad. Nombrarlo o pensarlo implica más un combate que una adoración; es voz, y al mismo tiempo, eco. Antes que provenir de una tradición, parece aludir a un futuro desde un presente en llaga viva, y siempre cuestionado. Más que una persona manifestándose en la historia, es enigma que se identifica con las fuerzas de la naturaleza. Su dimensión no es el tiempo sino el espacio; no transcurre en infinitud de instantes sucesivos sino que se expande o se disuelve en multitud anónima de simultaneidades. No ha puesto en marcha el devenir pero tampoco lo ha congelado en una eternidad inaccesible. Lo divino es consubstancial a esta poesía, hecha fundamentalmente con metáforas. Incluso puede ser entendido como la máxima metáfora, es decir, la máxima traslación: la trascendencia. Pero, ¿puede ser entendido de algún modo? Toda la obra de Sara de Ibáñez, tan austera a primera vista para la confesión, es una vasta y general confesión de esa riesgosa posibilidad de no entender. Si la muerte es el núcleo de este hermetismo, Dios —lo no entendido— es su razón de ser y su justificación. La inmensidad de lo creado, desde el astro a la semilla, habla de Dios. Pero también Dios habla, y su lenguaje no es otro sino la creación misma, inagotable fuente de imágenes. La esfera vuelve a cerrarse, la claridad, a enturbiarse y a hacerse, de nuevo, imposible. En la Canción octava, Sara de Ibá-

ñez explicó, de una vez y para siempre, ese circuito cerrado del lenguaje y con él, su propio estilo: la claridad es aspiración universal, no ya doctrina o postulado estético; todo debiera ser claro, como el agua; culminación rotunda y abierta, "como un fruto en la cumbre del verano"; fácil como un árbol o una alondra. Debiera serlo: nadie puede, sin embargo, cumplir esa aspiración. ¿Quién explica "el cerrado teorema" de la gracia del agua? ¿Quién da la "sabrosa razón", el "fuego exacto" del Fruto o del árbol? ¿Quién que vea se contenta con la alondra, sin asir ni penetrar su "negra clave"? Los que sólo ven lo evidente, nada ven: son los "perfectos ciegos de la vida",

y nada veis de lo que veis tan claro
que máscara no sea de una sombra.

Máscaras y sombras: el hermetismo como necesidad y como destino.

La ecuación aterradora

CANTO PÓSTUMO cierra y de algún modo explica la obra total; *Diario de la muerte y Baladas y canciones* sostienen y explican a *Canto Póstumo*, y aun son algo más: dos libros perfectos. Dotados de unidad y fuerte cohesión, tienen no sólo el consabido rigor y la pulcritud y riqueza de la lengua, sino la insinuación de que la ley implacable del hermetismo puede ser quebrantada sin menoscabo de la permanencia de una forma y de un estilo. De *Canto a Apocalipsis XX* estábamos acostumbrados a la perfección del hermetismo; el *Diario* y las *Baladas* cuentan con esa perfección sin someterse a ella plenamente. No superan a los libros anteriores en pompa visual y sonora, destreza métrica y sabiduría rítmica, vigor de tonos y delicadeza en los matices. Después de *Pastoral*, *Las estaciones* o *La batalla*, es difícil concebir puntos más altos en esa esplendorosa fiesta de las palabras. Pero la perfección de ahora demuestra que, en rigor, esa fiesta no es indispensable; que puede acompañar o no a la nueva zona que estos libros descubren, y en la que afianzan quizá el secreto de su maravilla. Preexistente y esbozada, entrevista y aludida, temida y deseada, esa zona no fue nunca terreno vedado para esta poesía. Pero en el *Diario* y en las *Baladas* se adueña por completo del impulso lírico y se convierte en el ámbito exclusivo donde resuenan los versos. Tal zona es, por supuesto, un espacio; pero un espacio donde la vida está en

suspenseo y con ella, todos los poderes de las palabras. Alcanza dimensión infinita o se adelgaza hasta convertirse en línea, o en punto apenas. Es la zona de la pura expectativa y el reducto en el que la soledad no se tiene ni siquiera a sí misma como compañía. Es la zona o espacio de la muerte.

No conozco, en la poesía actual en lengua española, libros escritos desde zona semejante. Aún no he hablado de temas, pero concedo desde ahora que el tema dominante es la muerte: ¿queda así resuelto el rasgo medular? No me interesa el tema sino lo que con él hace el poeta. Y aun algo distinto a la mera enunciación de la zona desde la que escribe: la zona misma es el polo de mis reflexiones y aquello que las justifica. Porque esta poesía no canta el espanto seguro de estar mañana muerto; no es interrogación ni respuesta; no es despedida ni preparación. O no canta solamente todo eso. La perfección de estos libros no ha surgido del lado de acá de la vida; no se trata de poemas escritos desde esta orilla; tampoco desde la divina embriaguez de la "otra orilla" en la que todas las contradicciones se resuelven, incluso la mayor contradicción: la de la vida y la muerte. Escribe desde el seno de esa suprema contradicción, desde un lugar en que ya no hay orillas, o no las hay todavía; desde un punto al que la imprecisión de mis palabras me obliga a llamar zona o espacio de muerte, pero que en realidad es otra cosa: zona que ya no es la vida, pero que aún no es la muerte. ¿Antecedentes? Los místicos se han aventurado hasta allí, sobrepasándola a menudo; algunos poetas barrocos, Quevedo sobre todo, han arrojado chispazos y luces de relámpagos cenicientos. En nuestros días, Octavio Paz levanta sus alucinantes arquitecturas verbales sobre análoga tensión de contradicciones. Pero a todos ellos asiste una crispación o una doctrina, un afán —ciego o lúcido— de resoluciones que los convierte en criaturas desgarradas que van y vienen como en persecución de un fantasma benéfico o aniquilador. Escriben y describen aquella zona porque van a morir y lo saben y quisieran saberlo más y mejor, hasta olvidarlo. Sara de Ibáñez en cambio está como en su habitación natural; ninguna doctrina la asiste; su soledad, allí, es como la de una llama blanca que, en el colmo del misterio y del apartamiento, ardiese sobre una helada estepa desierta. Escribe no porque va a morir sino para morir. La perfección que culmina en estos libros no es defensa erigida contra la muerte, como si fuese ésta la constante enemiga; es búsqueda de la muerte (la amiga muerte de que habló Zorrilla de San Martín), reclamo o seducción de una muerte que se niega y se esconde, se esquiva y se cierra, ella también, como una esfera.

Porque entre la vida y la muerte hay una "linde sin razón que las divide". Así dice en el prólogo al *Diario de la muerte*, que es también "diario de la vida":

Temblorosa escritura en que se pierde
la mano viva que muriendo escribe
cosas del vivo andar entre los muertos,
cosas del muerto ser en lo que vive.

Tal escritura es barroca, y no podía ser de otro modo; toda tensión lo es, no por vinculación a un estilo sino por imposición del idioma. La lengua española tiene marcado el destino barroco cuando la tensión se mueve entre contrarios, es decir, entre extremos. La tensión es siempre extremada, y extremado y aun desmesurado es el barroco, no sólo en su filiable momento histórico sino en sus reparaciones inevitables. Linde sin razón entre vida y muerte; también, ecuación aterradora:

Semplice

Hay una flor, hay una piedra, un pájaro
que tú no has visto nunca.
¿Qué haces ahí, pensando,
buscando la ecuación aterradora
de la vida y la muerte, si hay un pájaro,
si hay una piedra y una flor que nunca
visitaron tus ojos, desdichado?

(Canción cuarta, de "Baladas y canciones")

Pero no puede hacerse otra cosa sino buscar esa ecuación. Es aterradora y a la vez, fascinante. Su poder absorbente impide ver otras criaturas del mundo; todo lo exige para sí; el pensamiento se vuelca íntegro en una ecuación insoluble pero capaz de imponer límites. La flor, la piedra, el pájaro aún no vistos permanecerán para siempre fuera de la visión. Hay una multiplicidad rica que aguarda al sujeto pensante para enriquecerlo y multiplicarlo. Pero aguarda en vano. El sujeto será —irremediablemente— lo que el poema dice en su última palabra: un desdichado. Todo quedará excluido en beneficio de un pensar obsesivo que no alcanza a desprenderse de la ecuación aterradora, del vínculo que ligando vida y muerte las enfrenta de modo brutal. Tal es la perfección de estos libros: no polifonía sino contrapunto. El de la vida y la muerte.

Una sección del Diario se denomina, precisamente, Contrapunto. Se compone de diez poemas; la rima es asonantada en los versos pares; todos los versos son heptasílabos; cada poema tiene veinte versos. Recuento estas cosas no para mostrar una deliberación y un escrúpulo formal que a nadie escapan, sino porque en verdad me aterran. El gusto por las series y por las estructuras regulares, y el cuidado por lo que resulta pormenor para el profano, son constantes en la poesía de Sara de Ibáñez. Extender tal implacable conciencia artística hasta esa zona o espacio de muerte, y generarla y permanecer en ella sin renunciar a dicha conciencia sino acrecentándola, es excepción que pasma. Llegada la tensión a su máximo grado, se pensaría en un temblor capaz de estremecer el pulso, desacordar la expresión y aventar las formas, por exuberantes o insuficientes. Pero no ocurre así. Los mejores momentos son, a la vez, de inconcebible equilibrio y de tensión extremada. El contrapunto impone una forma, la más rigurosa y ceñida; él mismo es forma, si por tal entendemos la tensa relación entre elementos contrarios. "Aquí cesa la noche / y aquí la aurora canta, / aquí la sombra erige / en lumbre su atalaya"... "Aquí suben las rosas / bramadoras del alba. / Aquí mueren en sordas / podredumbres sus llamas" (Contrapunto I); "Agua dulce, agua blanca, / primavera del hielo. / Agua ronca, agua negra, / crátera del infierno. / Agua de la azucena / fija en el pensamiento, / y agua de la amapola / amiga del veneno"... "Agua para los ojos / helados y sedientos. / Agua para los labios / sin sed, y casi muertos". (Contrapunto II); "Muere que muere, muere, / se está cayendo vivo, / vive que vive y vive, / se levanta vacío. / Cae y cae su vida / como un espeso río / y su muerte se alza / como un monte de vino". (Contrapunto VII); "Tan abiertas las flores, / tan cerrado el sendero, / tan sellada la boca, / tan fluyente el almendro"... "tanto ascender en rosa / bajar en asfodelo / transcurrir en marisma / quedar en ola y viento. / Tanto ser encogido. / Tanto no ser en vuelo". (Contrapunto IX).

Anáforas, antítesis, contrastes violentos, paralelismos de imágenes y de ritmos, empleo frecuente de adverbios de lugar (aquí, allá) son las formas más evidentes de la estructura contrapuntística de estos poemas. Para mantenerse, la tensión exige espacio, un "espacio de canción sin fronteras". En el octavo contrapunto, ese espacio o zona entre vida y muerte se despliega y aparece en su plenitud de silencio y de oposición dramática:

Un portal en la altura
de par en par cerrado

y otro abierto a la sombra
de un laurel sobre el llano.
Allá un ángel desierto
me llama hace mil años,
aquí las criaturas
del mundo me han llamado.
Por el camino vivo
del cielo voy llorando
y por el de la tierra
sonríó lastimado.
Como animal herido
por la gloria del rayo,
subo hasta los umbrales
donde en silencio yago,
vuelto de fuego en piedra
sobre mi rostro caigo
y los abiertos ojos
se ciegan en el barro.

(*Contrapunto VIII*)

La primera lectura deja ver una descripción: la de ese espacio que genera el contrapunto y las criaturas que lo pueblan o lo convierten en recinto de soledad. Portal, ángel, laurel, caminos, rayo, umbrales, fuego, piedra, rostro enigmático y ojos cegados en el barro. Los cuatro versos iniciales fijan el ámbito, que va desde la altura hasta el llano. En un punto y en otro, portales, obstáculos o posibilidades para el tránsito. Pero la descripción deja de serlo con la segunda lectura: hay llamamientos, hay un allá y un aquí duplicando el espacio y aventando las dimensiones habituales. Hay un tiempo que se altera y se desdobra; o no se desdobra ni transcurre, sino que estalla en extraordinaria simultaneidad. Las lecturas siguientes corrigen la visión primaria: lo descriptivo no subsiste más que como señuelo para caer en esa zona de movimientos y de contraposiciones del poema. El espacio no puede describirse. Comprende cielo y tierra, expectativa y angustia: la historia entera de una vida captada en su dinamismo trágico. Es lo indescriptible por excelencia. No existiría sin el movimiento, ni habría movimiento sin la duplicidad del tiempo. La conciencia recorre a la vez el camino del cielo y el de la tierra. Pero tal recorrido no se desarrolla en un proceso sino que se vislumbra en un instante. El poema mismo es como una dialéctica sobrenatural o fantástica que liga los instantes diversos. Hace mil años que llama el ángel

de allá; pero aquí las criaturas también han llamado. En el camino del cielo se llora; pero en el de la tierra se sonríe a pesar de las heridas (¿o en razón de ellas?). Tras esos instantes congregados por la fuerza del contrapunto, el movimiento continúa: "... subo hasta los umbrales / donde en silencio yago, / vuelto de fuego en piedra / sobre mi rostro caigo / y los abiertos ojos / se ciegan en el barro". Lo que se inició como descripción de un espacio, concluye como narración de un íntimo acontecer. Lo que empezó en imagen, termina en visión. El poema no da cuenta de una nostalgia; no ha nacido por la fuerza de una efusión incontenible; no traduce un previsible estado de ánimo. Es visión organizada. En su origen ha existido un contrapunto fecundo: el éxtasis y el vértigo. Una dimensión horizontal: el espacio entre vida y muerte. Una dimensión vertical: el ascenso y la caída. Entre ambos términos, el contrapunto capital: mundo y trasmundo. Es el que legitimó el prodigio del éxtasis y el horror del vértigo. Siendo extremos, no se conciben desligados. El éxtasis quedaría en vanidad si no predijese la seducción del vértigo; el vértigo sería disipación si no se purificase en el éxtasis. El uno dilata los límites del mundo y exige el trasmundo; el otro, convierte el trasmundo en máscara. Sobre esa oposición de contrarios —rechazo y fusión a la vez— creó Sara de Ibáñez su obra. Por momentos predomina el éxtasis; por momentos, el vértigo. A veces, el mundo imantó sus poemas; otras, el trasmundo se dejó oír en una voz de soledad espantada. Pero *Canto Póstumo* —el Diario y las Baladas sobre todo— convierte las alternancias y oscilaciones en conjunciones perfectas:

En el allá de los vivos
se vio dormida y llorada
desde un aquí de los muertos
oculta en la luz sin pausa.

De aquel lado, el de la vida,
denso muro, sorda puerta.
De este lado, el de la muerte,
sofocada transparencia.

Sola estaba entre los vivos,
polvo en el polvo su cuerpo,
y aquí sola, extraña y sola
soledad entre los muertos.

("Balada de los dos muros")

Mundo y trasmundo: zona entre vida y muerte, ecuación aterradoradora que esta solitaria y esta ausente resuelve sin resolver del todo, yendo y viniendo por "las grandes salas" mientras danzan amigos y amigas. Zona cerrada, esfera cerrada que únicamente abrirá la llave del paraíso. Zona de éxtasis y vértigo:

Ni muerto está, ni vivo:
como flor de la nada
en su ignorado abismo
y ausente de su entraña.

("Balada del ángel perdido")

Diario de la muerte

EN este mundo poético de formas perfectas, el Diario aparecería como rechazo de la perfección. Integra, sin embargo, los textos más admirables de *Canto Póstumo*, no sólo por su hondura y densidad sino —precisamente— por su perfección insólita y desnuda. Dotada como nadie para crear objetos verbales, Sara de Ibáñez no había dejado entrever su inclinación para esas escrituras al margen del esfuerzo creador y resueltas en el ejercicio de la anotación. Pero en ella el diario no es texto marginal sino elaboración desde el centro mismo de la experiencia. No se acumula como un memorial; crece como un libro sometido a las rigurosas leyes que rigieron la producción anterior. La urgencia trágica no acude a la crónica, sino a la fidelidad de la más estricta poesía.

Quien escribe un diario —en verso o en prosa— busca la confesión íntima, la hipotética descarga en una vaga conciencia fraterna y anónima, o el registro tesonero de lo cotidiano. Esas páginas guardan las huellas de los repetidos fracasos o los rastros esporádicos de las victorias y las alegrías. Suelen ser depósito de poemas frustrados o almacigo para aquellos que un día —incierto y lejano— se atreven a nacer. Pero Sara de Ibáñez no necesitó ese doble ni ese espejo para confesarse; toda su obra, *Canto Póstumo* incluido, es el reverso de la efusión y lo contrario de un corazón puesto al desnudo. Su poesía no necesitó nunca la retórica de la sinceridad ni el escalpelo de la disección psicológica. Tampoco se convirtió en tabla que salvase del naufragio a la indigente multitud de los instantes perdidos. No hay, entre las composiciones de su Diario, gérmenes o embriones de poemas futuros ni rastros dolorosos de abortos o criaturas no viables. Aun sus bosquejos y variaciones tienen, no la traza informe del proyecto o la búsqueda, sino

el perfil de la escultura trunca. Su voz fue siempre la de la imagen, la de la visión y la de la profecía. Fechas y sucesos quedaron excluidos de un mundo que no se compaginó con la yuxtaposición de materiales diversos sino que fue creado por una voluntad selectiva y mediatizadora. En nada se parece "Diario de la muerte" al denominador común de los diarios poéticos. Recuérdese el "Cancionero" de Unamuno, y se tendrá la antítesis del libro de la escritora uruguaya. El primero acoge de manera libérrima todos los instantes, sabrosos o amargos, graves o livianos, decisivos o fútiles. Es catálogo del vivir y, además, diario trazado por la vida misma. El segundo se abre sólo para el instante del morir reiterado, y sus páginas de agonía recogen esa exclusiva realidad.

¿No es éste, entonces, un diario en su acepción común? Sin duda, no lo es. Pero las acepciones comunes no agotan el significado de las cosas. Porque un diario se escribe también por otros motivos. Es a veces único camino de los solitarios para hacer de la soledad su habitación definitiva, y para verla y comprenderla. Empezar a escribirlo es empezar a sentirse apartado de los hombres; continuarlo es prolongar ese apartamiento y mantenerlo no como refugio o privilegio sino como condición indispensable para que la soledad se convierta en destino. Entonces deja de ser mera recopilación de anotaciones para alcanzar la responsabilidad de una construcción. La soledad que manifiesta nada tiene que ver con el desdén o el rencor; no nace de la incomunicación, ni estalla en protestas o acusaciones. Nadie es culpable.

Tales atributos confluyen en el Diario de Sara de Ibáñez. Vivió en soledad e hizo de ella su destino, hasta el punto de ir un paso más allá en esa historia de soledades que es la historia de la poesía, y descubrimos una zona cuya soledad infinita estruja el corazón, y provoca estupor. Su soledad fue excepcional; pero ella hizo de lo excepcional, cosa cotidiana. Se construyó en su Diario como en un capullo: para transfigurarse en la maduración y sazónar en el fruto cumplido de la muerte. Creer que es un libro inconcluso, que el morir impidió su culminación y redondez final, es creer según la lógica que gobierna el lado de acá de la vida. Para el *Diario de la muerte* no hay conclusión posible; ha nacido ya concluido; los poemas no se desenvuelven en sucesión cronológica. No es archivo de cosas que pasan sino hontanar de una experiencia día a día vivida: la de la muerte.

En ello no ha de verse aprendizaje para el bien morir, ni resignación o conformidad. De igual manera que los místicos o los santos, los sabios estoicos o los meditadores ascéticos, este Diario

es confirmación de que la muerte —acto único y definitivo— puede ser alcanzada y asumida por la vía experimental. Pero la similitud no va más allá. La experiencia del Diario —la experiencia que es el Diario— está en plano distinto al del aprendizaje, la conformidad o el ascetismo. Es por supuesto un desasimiento, pero un desasimiento trágico. El horror y la crispación entrecruzan sus relámpagos como luces amargas sobre un fondo de permanente lejanía y de pasmo inocente. Muchos poemas, sobre todo los de *Calidoscopio*, harían sospechar el anuncio de un hermetismo que no puede sostenerse y que procura —disolviéndose— el canto llano y su ilusoria naturalidad auxiliadora. En casi todos se nota la presencia envolvente de ese espacio que es necesario colmar de movimiento, de ascensos y descensos, de jardines visitados o soñados, de torres giratorias, de pozos que aprisionan o de muros que impiden el paso. Son signos del desasosiego y de una búsqueda que oscila entre la proximidad y la distancia. Tal movimiento y tal espacio se expanden en múltiples imágenes, emblemas o símbolos. Viajes que suponen el camino de la vida; jardines cerrados de los días; derrumbes que son fugas universales y cantos en la ceniza; vuelos que entre los ojos y la muerte caben; hondura del agua donde sonríe la muerte "sentada entre las piedras y los dorados limos"; vivir espectral, ya sin casa y sin cuerpo; alcobas, salas, patios visitados a deshora por una ola amarilla; flores que subirán en el espacio para recoger misteriosa herencia; ciudades, ríos cerrados, "muros de tierra y sangre, sombra y lumbre".

Pero el espacio puede abrirse. Surgen entonces esos poemas que sólo reclaman un primer contacto para entregarse, y deslumbrar. Algunos son estallido y contraste violento: "Hoy"; otros, conciencia que se repliega y anonada: "Aspiración". El primero es el poema de quien está fuera de sí; su tono es patético y su fuerza, la de una llamarada oscura que arroja su señal funesta contra la plenitud solar de la tierra y el cielo. El segundo es poema del ensimismamiento y su voz contiene la propia negación: se apaga y disminuye hasta disolverse en la nada. "Hoy" comienza con una visión en la que lo excepcional se funde con la maravilla ordinaria de un día cualquiera, que es, asimismo, todos los días:

Hoy que todo está vivo
 como un sol que madruga
 y el viento es mar de cantos
 y el mar no tiene arrugas;

.....

Hoy que todo comienza
para no acabar nunca,
y un latido compacto
cielos y tierra junta;

Pero en ese mundo de celebración y gloria cósmica, "entre tantos espejos / como Dios me asegura", irrumpe la imagen que empaña y altera tanta magnificencia: los ojos mismos del poeta, emancipados y fúnebres:

sólo una imagen negra,
sólo una imagen muda,
con ojos en que toda
la muerte se vislumbra;
sólo mis ojos andan
lejanos, en la bruma,
cargados con su muerte
como bayas maduras.

"Aspiración" formula un deseo de ser que se resuelve en diversos modos: ser "un profundo río" ignorado, ciego y cubierto; ser "el manantial de sus llamas", ser "fuego de amarillas flores / hacia otros cielos volcadas". A ese deseo se suma el ansia de no saber y de rehusarse a los mensajes del futuro, a todos, excepto la sola noticia del anonadamiento paulatino, de la gradual evaporación, de la disolución continua, como liberación de un desvirarse sin fin:

ser una fuente sumisa,

ser un río prisionero,
ser una vena del río,
ser una onda, una gota,
ser su reflejo, el suspiro

del iris que la rodea,
de la intención que la fragua:
si pudiera hallar el modo
de ser nada.

La aspiración está ahora formulada con palabras que parecerían contradecir toda una poética fundada en la relación de máscara y sombra; palabras de claridad. Ser nada: el contrapunto queda resuelto y los extremos del drama, ligados y fundidos. Ser, y nada:

el hermetismo estaría, ya, abolido, y abierta —para mostrar su centro— la cerrada esfera.

PERO el hermetismo cede no para disiparse sino para desafiar. Este desafío es, al mismo tiempo, invitación. Desde su propio centro reclama y, a la vez, insinúa que sin coraje ni resistencia será imposible entrar en su secreto. Tal apertura, hecha de acogimiento y altanería, está muy lejos de anunciar la insuficiencia del hermetismo. Es gesto transitorio de atracción, movimiento previo a un cerrarse quizá definitivo. Antes que una renuncia, implica una afirmación. Lo primero no necesitaría apertura sino quebrantamiento; su signo sería el de la emergencia; su voz, la del que sale y aflora y se somete al caos deslumbrante de afuera. Lo segundo sólo se explica por la apertura; su signo es la inmersión y el afincamiento; su voz sólo dice: "Entra".

Es la primera palabra de este prodigio de dicción, gracia y honrada que leemos en "Baladas y canciones":

TERCERA

Grave

Entra en estas soledades,
en esta casa del frío,
en este cielo sin clave
donde vivo.

En este curvo silencio
de arroyo muerto en la nieve,
esta lágrima del viento
que me envuelve.

Dios se ha dormido a la sombra
de mis ojos, y me sueña:
seré el luto de su aurora
si despierta.

Entra si puedes sufrir
la redondez de la muerte,
los sellos de su jardín
transparente.

Si quieres verme la cara
con el antifaz de hielo,
entra en la esfera cerrada
donde muero.

El poema entero es invitación y desafío, apertura y gesto que sobre sí mismo se cierra. Su lenguaje se aclara y se oscurece; descubre y oculta. Vale como síntesis de toda una vida, y tiene acento de agonía y muerte. Impresiona como pensamiento condensado, pero no olvida su estirpe: es canción, y por lo tanto, vuela y se difunde. Su estructura responde a la métrica regular, tan abundante en esta obra, como si la esfera, para cerrarse en su perfección, no pudiese dejar de repetir una fundamental melodía. Pero la repetición es sólo del metro y la medida, no del ritmo ni de la disposición de los versos, que obedecen al sesgo individual de la autora. Tres octosílabos y un tetrasílabo a modo de pie quebrado, componen una estrofa de rima asonante en los versos pares cuya flexibilidad y ligereza para cobijarse en la memoria evoca la tradición popular. Pero la evoca solamente. Porque el sabor popular tiene aquí tanta posibilidad de prosperar como la novedad o novelería rabiosa que se disfraza de originalidad. La evocación ocurre dentro del espacio de esta poesía; los contactos se hacen entre temas y motivos anteriores, los mismos que se adensan en *Canto Póstumo*, atraídos y enriquecidos por la experiencia vertebral de la muerte. Soledades, silencios, sueño de Dios, lutos y auroras, transparencias y rostros: estas presencias —o ausencias— habituales en el mundo de Sara de Ibáñez bañan el poema en una atmósfera de reconocimiento. Aquellas aguas —río profundo, manantial, fuente sumisa, gota o vapor irisado— que en "Aspiración" pautaban la escala descendente hacia la nada, se congelan ahora: "arroyo muerto en la nieve", "antifaz de hielo", frío de la casa y del cielo sin clave. El agua de aquel poema, subsiste en éste, pero metamorfoseada en lo que la niega: el espesor de la nieve y la petrificada cristalización del hielo. Su tono de canción lo vuelve excéntrico con respecto al "Diario de la muerte"; su forma —contrapuntística al fin— lo remite a ese Diario donde el contrapunto y la ecuación aterradoras mantienen su batalla interminable. Pero es un contrapunto —si cabe— circular o cíclico, como de esfera. La primera y la última estrofa aluden a recintos en los que habita la misma conciencia generadora del poema, ese yo que invitando, desafía: casa del frío o cielo sin clave, al principio; esfera cerrada, al fin. En los primeros, vive; en la segunda, muere. Como los espacios que contiene —casa, jardín, esfera— el poema es también espacio cerrado:

vida y muerte se ligan, el contrapunto adviene círculo, y el círculo, cerrada esfera. Una devoción geométrica de las formas redondas se transparente en el poema, y el poema circula por toda esta trayectoria poética que ha buscado comprender lo incomprensible y decir lo que no puede ser dicho. Se habla del silencio, que es curvo; del envolvente viento; de la redondez de la muerte. El poema mismo es esa redondez y esa esfera cerrada donde se vive y se muere. El poema encierra metáforas, y una vasta metáfora comprende al poema. La esfera es esa metáfora, en la que Parménides veía la perfección del ser y Empédocles el trasunto de lo divino, siempre igual a sí mismo y sin límites. Imagen de la plenitud y de la totalidad, símbolo polarizador de los ímpetus trascendentes, herencia o hallazgo: desde los himnos órficos hasta Novalis, sin olvidar "la esfera de nuestro amor" de Fray Juan de los Angeles, la tradición ha dibujado siempre la esfera para encubrir la soledad absoluta, abarcar lo inabarcable y dar a los hombres la cifra cabal de la perfección. Pero la perfección a que se puede aspirar es finalmente un silencio que desemboca en la muerte. La esfera, perfecta en sí misma, invita a entrar en ella para ver y sufrir, y también conocer. Sin embargo, ese tú aludido en el poema es la manifestación más dolorosa del conocimiento. El invitado, si es que existe y no constituye sólo un desdoblamiento de quien vive y muere en la esfera, no encuentra caminos para entrar, o quizá no se atreve a encontrarlos. Cerrada y aun sellada, la esfera permanece inaccesible y distante en razón de su misma proximidad. Su hermosura la aleja, pero también la pone a mi alcance. Un alcance ilusorio. La muerte está fuera de cada uno de nosotros, y en nuestra propia intimidad. Es la más universal de las realidades, y la única verdaderamente intransferible. La poesía de Sara de Ibáñez invita a penetrarla. Cuando lo intento, se aparta y se cierra, y permanece intocada. Estas páginas, que son numerosas, me consuelan haciéndome pensar que pudieron serlo todavía más: no habría yo logrado con ellas entrar en su esfera cerrada. Es probable que nadie pueda hacerlo. Llegar hasta allí significaría entrar en muerte y empezar a construir mi propia esfera. Debería rehusar cualquier gesto de invitación, cualquier voz que dijese "entra", y ser yo quien gesticulase y dijese. Al fin, sin penetrar, comprendería: la esfera está en mí mismo, en todos y en cada uno de nosotros. Tendríamos, entonces, ser en imagen, y nuestra imagen hallaría su ser.

BLAS DE OTERO, CONCIENCIA POÉTICA DE ESPAÑA

Por Raúl LEIVA

NACIDO en Bilbao, España, en 1916, Blas de Otero es uno de los poetas representativos de la lírica contemporánea en nuestro idioma. Pertenece a la generación de posguerra (Leopoldo de Luis, Eugenio de Nora, José Hierro, Vicente Gaos, Carlos Bousoño, etcétera) y sus numerosos libros han sido traducidos a varias lenguas. Cuando muere Federico García Lorca, el futuro autor de *Ángel fieramente humano* contaba solamente veinte años de edad, razón por la que su poesía ha tenido que estar, necesariamente, teñida por el doloroso impacto, primero, de la Guerra Civil y, después, por los años terribles de la Segunda Guerra Mundial y la prolongada dictadura franquista. Así, su honda y humana voz ha sabido clamar por los oprimidos, por el reinado de una duradera paz, cosa que ha sido imposible dada la creciente enajenación que postra la realidad de nuestro tiempo. Por eso, la poderosa voz lírica de Otero ha sido un diálogo vivo en donde la libertad ha expresado sus sueños y aspiraciones, siempre en favor de la mayoría. En síntesis, la palabra poética de Blas de Otero ha sido la conciencia de su pueblo hoy aherrojado; la voz del espíritu peninsular que se ha negado a ser ahogado por la barbarie. Sus numerosos libros son, así, el testimonio más alto que nos ha ofrecido España de esa insatisfacción existencial que crece de día en día y que hará posible, finalmente, la liberación de una tierra encadenada. En estas páginas haremos un breve examen de su obra, caracterizada por ser la respiración apasionada de la libertad hecha poesía.

I. Sus primeros libros

SE han cumplido tres décadas del apareamiento de los primeros poemas de Blas de Otero, lírico que, ya en 1941, en su poema "A la música (incluido en *Poemas anteriores*) comparaba a ésta con una mujer pura y violenta, o con una fuerza cósmica que traspasa la realidad, una ansia de posesión. Un afán de religiosidad colma

esta primera etapa de su poesía que pugna por hallar una respuesta a los interrogantes de una época despiadada. En *Cántico espiritual*, plaquette publicada en 1942, dice estar colmado de amor divino y amor humano, fuerzas elementales, de tierra, que le hacen buscar el rostro de lo humano:

Mas nunca, aunque doliéndose, la tierra le desecha
al sembrador, la herida donde encerrar el grano.

El poeta es como un sembrador que, ante el surco de una tierra hecha inhospitalaria por la barbarie, echa el grano de su poesía, herida que sangra, para limpiarla de impurezas y humedecerla. Por eso dice: "El surco es como un árbol donde tender el vuelo". Es desde la tierra, pues, desde su vientre fecundante donde él se levantará, árbol de fuego, para iniciar su marcha hacia la libertad. Los sonetos alejandrinos en donde Blas de Otero reúne su pasión y su ansia libertaria están sacudidos por una intensidad expresiva de hondas raíces clásicas. Acentos de Quevedo y de Unamuno aquí retumban, nuevamente.

Más tarde, el joven poeta busca reencontrar la perdida unidad entre su cuerpo y su alma; quiere que sus conceptos dejen de ser la sombra de las cosas y que una luz interna los traspase. Al no del pecado él opone la gracia del sí. Su tentativa tiende a encontrar una realidad donde lo humano se baste a sí mismo.

II. *Ángel fieramente humano*

EN 1950, el gran poeta publica el libro que le dio fama internacional: *Ángel fieramente humano*. Algunos de los sonetos que lo integran nos ponen nuevamente frente a una rotundidad que había perdido la poesía española de su tiempo. Blas de Otero logra que su idioma sangre, que rompa los límites retóricos y se presente ante la realidad como un fruto nuevo, estallante de posibilidades expresivas. La religiosidad, que en otros cantores es pasividad, en él llega a ser una fuerza revolucionaria que lanza sus hélices de luz hacia el futuro. Si él se considera un *ángel fieramente humano*, es porque es un ángel que ha olvidado las regiones celestes para venir a instalarse libremente en la tierra, rompiendo con sus grandes alas las cadenas. Por eso su voz es la del arrebató y el desgarré, nunca la de la quietud. Con sus alas quiere romper una realidad inerte para que nuevos vientos la hagan caminar. Al estatismo peninsular de estos años oscuros él opone el movimiento, la danza

de palabras que redescubran el rostro de la libertad. Lo que él desea es crear su eternidad, recuperar su condición humana negada por los opresores. Romper el silencio que cerca a España como una niebla de agonía:

¿Poderoso silencio con quien lucho
a voz en grito: grita hasta arrancamos
la lengua, mudo Dios al que yo escucho!

En ese mediodía del siglo xx, época en que Blas de Otero publica este libro, el gran lírico contempla a la realidad de España como un árbol desgajado: su generación está desarraigada y el destino de los hombres consiste sólo en apuntalar las ruinas:

Sólo el hombre está solo. Es que se sabe
vivo y mortal. Es que se siente huir
—ese río del tiempo hacia la muerte—.

Es que quiere quedar. Seguir siendo,
subir a contramuerte, hasta lo eterno.
Le da miedo mirar. Cierra los ojos
para dormir el sueño de los vivos.

Pero la muerte, desde dentro, ve.
Pero la muerte, desde dentro, vela.
Pero la muerte, desde dentro, mata.

Más que los discursos de los filósofos o de los políticos, es la poesía la que nos muestra al desnudo, sin énfasis, esa dura realidad española de la posguerra. El hombre está solo y no se conforma: quiere seguir siendo. Lo cotidiano es tan monstruoso que siente miedo de mirar; anhela, por eso, dormir el sueño de los vivos y cierra los ojos; pero la tajante marea de lo real se impone: la muerte reina por todas partes. En este poema, titulado "Lo eterno", la poesía hace posible que se testimonie el horror de una vida que no halla salida, que busca afanosamente la posibilidad de la justicia y la libertad. Y la lucha del poeta (a pesar de ser desesperada, no se detiene, no se da por vencida:

Desesperadamente, sigo y sigo
buscando, sin saber por qué, en lo hondo.

("Igual que vosotros")

En otro de los poemas de este libro, "Vértigo", el cantor siente que la desolación y el vértigo se juntan, que él va a caer, como le ocurre a la mayoría de sus contemporáneos españoles, que se ahoga por dentro. La soledad es una soledad que no sabe, que no puede acordarse de quién es:

Desolación y vértigo se agolpan
 en el pecho, se escurren como un pez,
 parece que patina nuestra sangre,
 sentimos que vacilan nuestros pies.

.....

Desolación y vértigo se meten
 por los ojos y no nos dejan ver.

Es una realidad opresora en donde hasta la facultad de llorar se ha perdido y los hombres vagan como fantasmas de sí mismos, sin encontrarse. Se vive en el desamparo, en la total soledad, con una sed de libertad nublada por un tiempo de ceniza. Es el reinado del *nadie*, pues el *alguien* ha desaparecido al ser desterrado, anulado, muerto. Una larga noche se ha instalado sobre España. Y solamente la poesía es una luz, una denuncia, una espada fulgurante que derrota a las sombras. En otro de los poemas de este libro, "Crecida", el poeta afirma que sus pies pisan sangre de los hombres vivos, muertos, cortados de repente, heridos súbitos. Y todo lo que mira es sangre: "no / veo más que sangre, / sangre, / siempre sangre, / sobre Europa no hay más que / sangre." Sin embargo (cf. "Canto primero") el poeta persiste en cantar para el hombre:

Yo os traigo un alba, hermanos. Surto un agua,
 eterna no, parada ante la casa.
 Salid a ver. Venid, bebed. Dejadme
 que os unja de agua y luz, bajo la carne.

En estos poemas Blas de Otero muestra su consciente repudio a la guerra, a la devastación que hizo polvo los campos de Europa, y clama por un retorno a lo humano esencial:

Solo está el hombre. ¿Es esto lo que os hace
 gemir? Oh si supieseis que es bastante.
 Si supierais ser hombres, sólo humanos.

Y es el poeta, conciencia de su pueblo, ser entre los seres, el que ayuda a sus semejantes a que se descubran a sí mismos, a que

ya no sean bestias disfrazadas, sino hombres. Seres responsables, dueños de su destino. Tal es el testimonio que encierran estos poemas del libro *Ángel fieramente humano*. No existe la menor retórica en esta obra en donde un alma desnuda hace frente a la barbarie.

III. Testimonios peninsulares

EN su ensayo "Poesía arraigada y desarraigada" (véase *Poetas españoles contemporáneos*, Biblioteca Románica Hispánica, Editorial Gredos, Madrid, 1952), el crítico Dámaso Alonso consideró a Blas de Otero como un poeta bronco, como Unamuno; y añadía que esa brusquedad, esa hirsutez le gustaba porque estaba harto de versos barbilampiñados. "Esa brusquedad se corresponde muy bien con el fondo de su poesía; y no nos engañemos: este poeta tiene un extraordinario dominio de su palabra. Su verso es áspero, no por otra cosa, sino porque se corresponde con el derrumbamiento en huida, del mundo y de su imagen del mundo" (*op. cit.*, p. 371).

Y en otra parte de su texto sobre Blas de Otero, Dámaso Alonso nos dice: "Asustan la fuerza y la madurez de esta voz. ¿Hasta dónde se alzarán esta 'torre de Dios', azotada por tempestades? No sé. Dentro de la poesía desarraigada española, dentro de esta poesía en la que muchos buscamos angustiosamente nuestras amarras esenciales —¡no existenciales!—, estos libros de Blas de Otero son una maravillosa realidad. Y una larga esperanza" (*op. cit.*, p. 380).

Otro crítico peninsular, José Luis Cano (véase su *Poesía española del siglo XX*, Ediciones Guadarrama, Madrid, 1960), ha dicho: "El hombre, su destino, su salvación, es el gran tema de la poesía de Otero casi desde que empieza a escribir. Y luego crece en él un afán de solidaridad humana con los hombres de nuestro tiempo, con los que sufren 'hambre y sed de justicia' ". Cano halla en esta poesía un profundo latido social, aunque (como lo expresó el propio Otero) ésta debe estar lejos de toda propaganda: "Creo en la poesía social, a condición de que el poeta, el hombre, sienta estos temas con la misma sinceridad y la misma fuerza que los tradicionales".

En otra parte de su texto, José Luis Cano (no olvidemos que escribe *dentro* del aherrojado mundo peninsular) nos dice: "Es, naturalmente, una España soñada, una España del futuro, la que canta Blas de Otero en estos poemas con un ímpetu y un acento de verdadero poeta". Esto, naturalmente, no es exacto, pues el mayor mérito del gran poeta es ofrecernos, en su vivo, entrañable tes-

timonio, la imagen, el cuerpo real de una España encadenada. Más tarde sí estamos de acuerdo con ese crítico, cuando sostiene que el lenguaje de Otero es sobrio, castigado, lleno de brío y de fuerza en su elemental desnudez: "El verso suena a veces como un trallazo, y otras como una limpia espada de pureza. Las palabras, en algunos poemas, parecen de hierro, restallan como látigos o bien cantan como campanas puras. En pocos poetas de hoy el lenguaje es tan eficaz, tan poderosamente vivo. Como en todo verdadero poeta, el lenguaje de esta poesía es pieza capital, no mero cauce de un sentimiento" (*op cit.*, p. 540).

IV. Redoble de conciencia

EN 1951, Blas de Otero publica otro libro: *Redoble de conciencia*. Antes que cantar a estériles minorías, casi siempre cómplices de los esclavizadores, el gran poeta exalta a la "inmensa mayoría", a las muchedumbres que estructuran el rostro de los pueblos:

A ti, y a ti, y a ti, tapia redonda
de un sol con sed, famélicos barbechos
a todos, oh sí, a todos van, derechos,
estos poemas hechos carne y ronda.

Oídos cual al mar. Muerden la mano
de quien la pasa por su hirviente lomo.
Restalla al margen su bramar cercano,

y se derrumban como un mar de plomo.
¡Ay, ese ángel fieramente humano
corre a salvarlos, y no sabe cómo!

El sentimiento de honda religiosidad siempre presente en la poesía de Blas de Otero no es pasivo, sino rebelde. Por eso, en el poema "Basta", se dirige al mismo Dios y le dice que termine ya de malmatarlos. Y en otro canto, "Déjame", le pide que no sea soberbio, pues, en esto, el poeta le gana. Y en otro treno, "Tabla rasa", hace otra denuncia de lo que le pasó a su pueblo:

Aquí, la sangre abel corrió a montones.
Aquí, Jesús cayó de cara al suelo.
¿Sangre, decís? ¡Oh, sangre a borbotones,
a todo trance, hasta tocar el cielo!

Pasa. La sangre, pasa. Boca arriba.
 Como los muertos. Como todo. Pasa.
 (Aquí el poeta, blanco, sin saliva,
 se vio perdido. Muerto. Y, tabla rasa.)

Ese dramático estilo cortado que el poeta emplea en estos acongojantes endecasílabos, tremendos como martillazos sobre el tiempo, nos muestran la desesperada angustia existencial de quien los escribió. Una voz alerta, una conciencia en llamas que no se conforma, que lucha denodadamente por hallar una identidad humana que ha sido socavada en sus esencias más puras. El poeta no acepta el cansancio y el sentimiento de rendición que limita a ciertas almas. Es un inquietador que no se conforma, que batalla cotidianamente en búsqueda de la libertad. Se siente dispuesto para la muerte desde el momento que su ansia verdadera ha consistido en vivir al rojo vivo:

Ahora vuelvo a mi ser, torno a mi obra
 más inmortal: aquella fiesta brava
 del vivir y del morir. Lo demás sobra.

V. *Ancia*

EL siguiente libro de Blas de Otero se publicó en 1958: *Ancia*, formado, caprichosamente, con la primera sílaba de *Angel fieramente humano* y la última de *Redoble de conciencia*: an-cia. El primer poema se titula "Y el verso se hizo hombre". En él nos define su estética dirigida a ser un medio de comunicación entre los hombres, una palabra viva que una, que sea, ella misma, diálogo abierto hacia lo humano, hacia las grandes mayorías. Reproducimos, íntegramente, los dos excelentes sonetos que lo integran:

Ando buscando un verso que supiese
 parar a un hombre en medio de la calle,
 un verso en pie —ahí está el detalle—
 que hasta diese la mano y escupiese.

Poetas: perseguid el verso ese,
 asidlo bien, blandidlo, y que restalle
 a ras del hombre —arado, y hoz, y dalle—,
 caiga quien caiga, ¡ahé!, pese a quien pese.

Somos la escoria, el carnaval del viento,
el terraplén ridículo, y el culo
al aire y la camisa en movimiento.

Ando buscando un verso que se siente
en medio de los hombres. Y tan chulo
que mire a Tachia descaradamente.

Sólo la gente mojigata podría asustarse o alarmarse vanamente ante el lenguaje crudo y tremendamente coloquial del primer terceto. Nosotros no, que no le tememos a las palabras cuando transportan su carga de acrisolada emoción en libertad. Blas de Otero, como gran poeta, está en el perfecto derecho de no limitar su vocabulario lírico, plantándolo como un latigazo en el rostro de los timoratos y cursis. Como reza el título del poema, el verso se hizo hombre, para así sacudir con su furia sostenida la temblequeante mueca de los señoritos, de los almiarados retóricos *up to date*. Poesía que muestra el rostro del hombre, no su máscara. El gran lírico arremete contra los ridículos poetas "tentempié", como lo podemos observar en el segundo soneto:

Hablo de lo que he visto: de la tabla
y el vaso; del varón y sus dos muertes;
escribo a gritos, digo cosas fuertes
y se entera hasta Dios. Así se habla.

Venid a ver mi verso por la calle.
Mi voz en cueros bajo la canícula.
Poetas tentempié, gente ridícula.
¡Atrás, esa bambolla! ¡Que se calle!

Hablo como en la cárcel: descarando
la lengua, con las manos en bocina:
"¡Tachia! ¡qué me dices! ¡cómo! ¡dónde! ¡cuándo!

Escribo como escupo. Contra el suelo
(oh esos poetas cursis, con sordina,
hijos de sus papás) y contra el hielo.

A propósito de este libro, *Ancia*, el ya citado José Luis Cano ha expresado: "Pocas veces esa violencia, esa especie de furia del idioma que caracteriza a Otero y que sirve tan eficazmente a la rebeldía contra el trágico destino del hombre, deja paso en algún

poema de *Ancia* —por ejemplo, "Hoja nueva"— a una suerte de humano temblor indefenso, que invoca a Dios piedad del hombre inerme, al que sólo le queda su terror, un terror animal y oscuro ante el misterio" (*op. cit.*, p. 540).

La poesía de Blas de Otero implica un braceo hacia la luz, un luchar contra las sombras engañosas que encubren lo real. Derrota las entelequias para que aflore lo concreto de un vivir más pleno, como lo comprobaremos en el libro siguiente.

VI. *Pido la paz y la palabra*

ESTA obra se publicó en 1955. La preocupación del poeta sigue siendo el hombre, como se aclara en el canto "A la inmensa mayoría". Es decir, no escribe para *élites*, para grupitos de *snoobs*, sino para todos:

Aquí tenéis, en canto y alma, al hombre
aquel que amó, vivió, murió por dentro
y un buen día bajó a la calle: entonces
comprendió: y rompió todos sus versos.

Lo que quiere decirnos es que, poesía que no se comunica, que no se realiza en el lector, que no se comparte, *no es poesía*. Así es. Por eso canta a la paz, a la fraternidad entre los hombres. En el poema "En el principio", advierte que, si abrió los labios fue para ver el rostro puro y terrible de la patria; si abrió los labios hasta desgarrárselos, le quedó la palabra. Esa palabra que es un pacto de paz y de justicia entre los hombres. Y se duele:

Pero debo callar y callar tanto,
hay tanto que decir, que cerraría
los ojos, y estaría todo el día
hablando, hablando, hablando.

El poema "Hija de Yago" es, asimismo, un desgarrado canto a España. Estos son los versos finales, los más dramáticos:

Madre y maestra mía, triste, espaciosa España.
He aquí a tu hijo. Ungenos, madre. Haz
habitabile tu ámbito. Respirable tu extraña
paz. Para el hombre, Paz. Para el aire, Madre, Paz.

Su mensaje no puede ser más elocuente: España es espaciosa, tiene amplio lugar para todos sus hijos, pero éstos viven en la promiscuidad y en la miseria. Por eso le pide que haga habitable su ámbito, respirable su extraña paz en donde se ahoga el pueblo. Por eso clama porque haya paz para el hombre y para el aire, que también se ve ahogado. Como lo expresa en otros de los poemas de este libro, lo que Blas de Otero quiere es que se enhebre la vida destrozada, que desaparezca el frío y el miedo colectivos, que sobre las cenizas húmedas se edifique el reino del amor, la paz y la justicia, semillas de la libertad. Que se acaben las lágrimas y que asomen la primavera y la sonrisa, el júbilo total que sólo se puede respirar en un ambiente de libertad. Que reaparezca el gran ramo verde de la esperanza donde hoy está la sangre reclinada; que no haya lugar para el hambre. El poeta es un ser comido por el ansia hasta los tuétanos, como lo expresa en "Juicio final", pero confía en que nuevos impulsos nacerán:

Impetus nuevos nacerán, más altos.
Llegaré por mis pies —para qué os quiero?—
a la patria del hombre: al cielo raso
de sombras esas y de sueños esos.

Y es así porque sabe que el tiempo todo lo aclara. Y que, si los actuales españoles están ahogándose dentro de un clima de ignominia, pronto arribará la libertad, que está hecha de luz, a esa noble tierra donde hasta al mismo dios lo asesinaron... Sancho, que es el pueblo, sigue pronunciando palabras perdurables que el viento no se podrá llevar (cf. "Un vaso en la brisa"). Hasta los árboles abolidos volverán a brillar. El aire volverá a exhibir su tejido insigne (cf. "Silben los vértices"); las almas cegadas avanzarán a brincos (cf. "Fidelidad"):

Creo en ti, patria. Digo
lo que he visto: relámpagos
de rabia, amor en frío, y un cuchillo
chillando, haciéndose pedazos
de pan: aunque hoy hay sólo sombra, he visto
y he creído.

Esa desolación mostrada fielmente en la palabra poética de Blas de Otero alcanza uno de sus climas en el poema "En la inmensa mayoría", donde expresa que, a pesar de todas las desventuras, nunca le faltará la fe:

Podrá faltarme el aire,
el agua,
el pan,
sé que me faltarán.

El aire, que no es de nadie.
El agua, que es del sediento.
El pan... Sé que me faltarán.

La fe, jamás.
Cuanto menos aire, más.
Cuanto más sediento, más.

Ni más ni menos. Más.

¡Qué extraordinaria concisión, qué rigor para revelarnos, sintéticamente, la angustia contemporánea, la zozobra de su pueblo. Por la palabra viva y en llamas de Blas de Otero es el pueblo mismo el que se expresa. El libro siguiente, *En castellano*, editado por la UNAM en 1959, sigue inédito en España.

VII. *En castellano*

EL gran poeta vive en medio de las ruinas de lo que fuera antes España. No obstante, continúa clamando por la paz. Levanta una copa de alegría en las manos, y canta:

Mucho he sufrido: en este tiempo, todos
hemos sufrido mucho.
Yo levanto una copa de alegría en las manos,
en pie contra el crepúsculo.

Borradlo. Labraremos la paz, la paz, la paz,
a fuerza de caricias, a puñetazos puros.
Aquí os dejo mi voz escrita en castellano.
España, no te olvidéis que hemos sufrido juntos

Más tarde, en su "Poética", Blas de Otero nos confiesa que escribe como habla; en "Tañer", escucha oyendo, oyendo tañer a España; en "Muy lejos", este retrato de la realidad española contemporánea:

Oh cuánta sed, cuánto mendigo en faldas
de eternidad. Ciudad llena de iglesias
y casas públicas, donde el hombre es harto
y el hambre se reparte a manos llenas.

Está claro lo que ocurre en ese ámbito de opresión hecho posible con la complicidad de algunas de las grandes potencias, esas que se negaron a brindarle su apoyo al pueblo español: abundan los mendigos en las ciudades, las que están llenas de iglesias y de casas públicas, frecuentadas por opresores hartos, mientras el pueblo analfabeto padece un hambre repartida a manos llenas. La ironía expresada aquí por el gran poeta es contundente. Seguramente está hablando de Madrid, "Benedicida ciudad llena de manchas", pero su testimonio, por claro, por definitivo, abarca a toda la realidad peninsular. El poeta (véase el canto "Condal entredicha") anhela romper ese espesado silencio que flota sobre España. Arremete contra los "hijos de Judas" que no salieron aún de su dilatado vientre (cf. "Últimas noticias"): "Si hubiese que nombrarlos, yo sé sus nombres, su domicilio, su profesión y el nombre de sus queridas. Aquí los tenéis, besucones del oro, resbalosos de su inmortalidad. Entran y salen de sus ombligos, como si todos los parias de la tierra hubiesen nacido con el exclusivo objeto de abotonarles y desabrocharles su dorada desidia... Se han hecho un dios a su medida, ¡mirad si son soberbios! Y yo os digo que también medrosos, con mucha medrana y poca vergüenza".

Pero, los hijos de la tierra, erguidos por dentro, avanzan hacia la aurora, como lo afirma en la parte final. El poeta lo que quiere es justicia, no caridad. Llama a las raíces del pueblo (cf. "Palabras reunidas para Antonio Machado"), en busca de unas palabras verdaderas. Recuerda el asesinato de García Lorca ("recuerdan una brisa granadamente triste") y desea que el gran poeta muerto en el destierro, Machado, sea compartido como el pan, que vuelva a su tierra bienamada. Luego, en "Cantar de amigo", el poeta lo que desea es no escribir en balde: que el pueblo comprenda los motivos reivindicadores de su lirismo.

VIII. *Obras de Otero inéditas en España*

DE 1963 es el poemario de Blas de Otero titulado, precisamente, *Esto no es un libro*, aún inédito en España. Es la historia lírica de su forcejeo siempre cercado por palabras y sueños; su deseo de escribir como el arroyo claro, mostrando las uvas de oro pendiendo

sobre la roja tierra (cf. "Detrás de una palabra maravillosa"); su "Cantar de amiga", con palabras arrancadas a la realidad, "único sueño / que amo y veo evidentemente / como a ti". Este libro se publicó en Puerto Rico.

En el título siguiente, *Que trata de España* (1964), publicado en París, el poeta contempla a su patria como "camisa / limpia de mi esperanza":

Este es el libro. Ved. En vuestras manos
tenéis España. Dicen que la dejo
malparada. No es culpa del espejo.
Que Juzguen los que viven por sus manos.

Pide, demanda, pues, que lo juzguen *los que viven por sus manos*; es decir, el pueblo, el que crea la riqueza, el verdadero dueño de España, hoy dominada por los opresores, esos que han logrado que salte la sangre fratricida y que muestran un gran desdén ante la ciencia y el progreso. Por eso, en "Impreso prisionero", considera a Góngora "rabioso ángel fieramente humano, / llamando al arma, desalmado el cuerpo / a golpes de pasión o de conciencia". Y habla "para la inmensa mayoría, pueblo / roto y quemado bajo el sol, / hambriento, analfabeto / en su sabiduría milenaria". Porque, para él, para Blas de Otero, hablar en castellano viene a ser un *parler claire*, un hacer de la palabra un instrumento de comunicación, que no de enajenación. Esa la razón de que alabe la virtud campesina que sabe subrayar sus sílabas de tierra. Debemos andar como un arado, andar entre la tierra. Y si necesita la paz, como lo expresa en el poema "Noticias de todo el mundo", es para seguir luchando contra el miedo, "para brindar en medio de la plaza / y abrir el porvenir de par en par, / para plantar un árbol / en medio del miedo".

En otro poema, "Escrito con lluvia", Blas de Otero dice que ya puede empezar a morirse, pues ya ha terminado su Séptimo libro; ya puede abandonar los brazos a lo largo del tiempo; ya puede esperar "el despertar temible de Iberoamérica" y seguir laborando por todos. Y en canto siguiente, "Mientras viva", que, como todos los sonetos suyos, es excelente, este terceto final en donde define nuevamente su posición combativa:

Podrán herirme, pero no dañarme
Podrán matarme, pero no morirme.
Mientras viva la inmensa mayoría.

Se siente, pues, vivo, latiendo en la sustancia permanente del pueblo, raíz de comunidad, ramaje popular. Su palabra poética expresa la esperanza de conquistar la libertad (poema "Cuando digo"):

Y ellos ven, oyen la palabra mía
 andar sobre sus pasos, Llegaremos.
 Es todo cuanto tengo que decir.

A lo que tiende la actitud poética de Blas de Otero es a forjar una literatura comunitaria, no por el número de lectores sino por su actitud ante la vida. Esto es muy importante:

Soy sólo poeta: levanto mi voz
 en ellos, con ellos. Aunque no me lean.

El poeta se sabe pueblo, parte esencial de la masa que siembra los campos y edifica las ciudades, del hombre que crea con sus propias manos el pan y que sabe transformar la vida. El poeta, junto a ellos, pulso de sus respiraciones, voz de sus júbilos y angustias, es *summun* de su conciencia, espada de sus sueños. *Aunque no le lean*. Ese destino transfigurante de la poesía, vencedora de todas las enajenaciones que agobian a lo humano, es el poeta Blas de Otero quien lo ha comprendido y expresado con una penetración incomparable. Porque, al crear conciencia entre sus semejantes, el poeta contribuye a rescatar la condición humana que han tratado de anular los esclavizadores de nuestro tiempo. El poeta viene a ser la voz de su pueblo y, ya cante sus penas o exalte sus alegrías, entre más honda sea su voz, rompe las máscaras de lo individual para hacerse testimonio colectivo: sentimiento de *todos*. Antes que ser famoso, lo que realmente le interesa es ser popular. Consciente de la grandeza o fatalidad de su oficio, que es el de transformar el lenguaje para así ampliar el campo de lo consciente, sabe que puede hacer lo que quiera con las palabras, siempre que éstas sean vivas, verdaderas, como lo son las que integran la poesía de Otero. Cantos, éstos, que expresan lo que es esa patria que sufre, esa España que espera, donde los hombres actualmente comen de su hambre y brindan con su sed. Creemos que ningún otro poeta español de este siglo ha vivido tan hondamente la obsesión de España como Blas de Otero. Ella constituye su mayor preocupación, el motivo central de su lirismo. Como Don Quijote (y Otero lo es de nuevo cuño, entrañablemente) el poeta sabe que la libertad es el más alto de los dones, y el cautiverio el mayor mal que pueden

padecer los hombres. Por eso se afana, lucha, grita, se desespera de esperanza y dice, en el poema "Diego Velázquez", estas cosas esenciales:

Que mi palabra golpee
con el martillo de la realidad.
Y, línea a línea, hile
el ritmo de los días venturosos
de mi patria.

Y lo dice porque su condición de gran poeta le ha permitido apresar, con su lenguaje sin mancha, la impalpable luz libertaria que tiembla sobre el tiempo. Es su perenne juventud hecha jirones la que estalla por su voz, la que ha sabido conmover a esa tierra de España, "arada duramente".

IX. *Poesía e historia*

OTRO de los libros inéditos de Blas de Otero se intitula *Poesía e historia*, y fue escrito en 1960. Algunos de estos cantos están dedicados a Cuba y a su revolución, como ese, "De playa a playa" del que transcribimos su texto:

Cuando la revolución abre las puertas al pueblo (digamos cuando el pueblo pone en marcha una revolución), la palabra de los que trabajan sobre el papel (digamos poetas, grabadores, músicos, encadenados en la forja de una juventud incruenta) no tiene más que decir lo que ha visto en lejanas tierras, islas, montañas nuestras.

Y sucedió que una de ellas, acaso la más bella y amarga, arrancó los carteles y los monopolios que cubrían sus campos con un sudario amarillo de mil millones de dólares. Exportó a sus explotadores y saludó a los americanos, vocablo liberado también del monopolio del Norte.

Aquí estamos para dar testimonio, para asegurar la puerta madre que ningún mal viento desquiciará, ésa que hoy vemos aquí cegada pero que tiene ya su lazarillo popular y antillano.

El último de los libros inéditos de Blas de Otero del que tenemos noticia es *Historias fingidas y verdaderas*, escrito en 1966-67. En "La apuesta", nos dice (fragmento): "Un libro es el juego más peligroso que pueda imaginarse, nadie se salva por un libro sino apostando todo a una palabra, la única que escoge el poeta a cam-

bio de su propia vida expresada". En otro de los textos, "El verso", sabe llamar a la rosa "un poco de polvo iluminado". Otras veces (cf. "Lejana Europa"), al contemplar la realidad, nos dice que es "del tamaño exacto de una mirada"; y en "Años, libros, vida", esta expresión rotunda: "A la vida no hay dios que la agarre por el cuello". Y todo esto lo logra Blas de Otero porque sabe que, para crear la vida, hay que expresarse con absoluta fatalidad y libertad, como lo postula en ese excelente texto que se titula "Realizarse no es un juego de palabras", del que citamos esta parte:

Si tú supieras todo lo que sabes sin darte cuenta, cómo ahora, por ejemplo, empiezas a sentir frío y sigues sentado tranquilamente, cómo te vas devorando noche tras noche porque sabes sin que nadie te lo dijera que ésta es tu misión, expresar digna y escuetamente cuanto has experimentado a través del tiempo presente, pasado y futuro, pues sólo un poeta que sin proponérselo está de acuerdo consigo mismo y con el mundo futuro, presente y pasado, puede solucionar la aparente contradicción y realizar con su palabra la plenitud de lo más instantáneo que fluye: la vida.

Sí, Blas de Otero: el poeta posee tal apoderamiento existencial que se va devorando a sí mismo en su paso por el mundo, fatalmente marcado por el absoluto. En un solo latido existencial él vive, transfigurados, el pasado, el presente y el futuro. Para él no son tres dimensiones temporales sino un solo instante de plenitud.

Existe otro título más en la amplia obra del gran poeta: *Hojas de Madrid*, escrito en 1968-69. De él conocemos los poemas "Tumulto de gasoil", "Bilbao", "Cantar de amigo", "Invierno", "La urdimbre", "Vieja historia", "Imberbe mago", "Me complace más que el mar", "Siete", "Spim", "Medialba" y "Verbo clandestino". En todos estos cantos el gran poeta es el hombre de los ojos abiertos, el ser al que nada humano parece serle ajeno, el que sabe brindar a todos los hombres el testimonio poético de su henchida raíz de vasco universal, todo hecho a flor de alma, siempre alzando las banderas que resguardan la vida, la justicia y la libertad. No hay duda: la pasión popular que alentó en Federico García Lorca y en Miguel Hernández, sobrevive, gozosa y acongojada, en la intensa voz poética de Blas de Otero.¹

¹ Nos ha servido de base para escribir este ensayo la antología preparada por el propio Blas de Otero y titulada *Expresión y reunión: 1941-1969*, aparecido en la colección La Palma de la Mano (Ediciones Alfaguara, S. A., Madrid, 1969, 312 pp.) En sus páginas se reúne, no hay duda, lo mejor de la producción del gran poeta durante un período de casi tres décadas.

APOSTILLAS A VLADIMIR NABOKOV

Por Manuel Pedro GONZALEZ

EXCEPTUADA la traducción de *Speak, Memory* (*Habla, Memoria*) que el propio autor cita, ignoro el eco que Nabokov haya tenido en español. No he leído una palabra suya ni sobre él en nuestra lengua; pero esto sólo indica que vivo desvinculado del movimiento editorial hispánico. A Nabokov lo he leído mucho en inglés, lo mismo que un buen número de peritos estudios sobre este famoso escritor trilingüe. En la última década se le ha proclamado como el novelista de mayor talla que en inglés escribe hoy. Por lo menos así lo reputan sus admiradores. Probablemente es también el que ha inspirado mayor número de extensas y sapientes disquisiciones, aunque algunas sean de sesgo polémico. Hasta 1940, fecha de su llegada a los Estados Unidos, había escrito en ruso y en francés, y era poco menos que desconocido de la crítica norteamericana, a pesar de que llevaba publicadas nueve novelas en ruso, y varios otros libros de poesía, drama y cuentos, y no escasa labor crítica. No obstante, permanecía prácticamente inédito en inglés. A partir de 1940 decidió escribir en esta lengua, y es su obra en ella escrita la que le ha valido la fama ecuménica que hoy lo aureola. Nada similar había ocurrido con ningún "converso" lingüístico desde los días del polaco Joseph Conrad. Pero Nabokov supera a Conrad en el fantástico dominio que de la lengua iglesia posee, lo mismo que en cultura, refinamiento y talentos múltiples. Los recursos retóricos que emplea —artísticos, poéticos, tropológicos, lingüísticos, sinestésicos; su rica imaginación, su enrevesado estilo culterano y barroco, su esoterismo, su humor juguetón, su proclividad irónica y satírica, sus constantes parodias, su extrema sofisticación y otros muchos detalles de su técnica y su estilo— lo convierten en el James Joyce del momento actual —parangón que estoy seguro de que lo halagaría si lo leyera. Es, sin disputa, el que más se le parece y aproxima, y el que mejor lo ha aprovechado de los centenares de escritores por Joyce influidos.

Nabokov es un polígrafo extraordinario que tiene un prodigioso dominio del ruso, del inglés y del francés, además de leer varias otras lenguas. No hay hipérbole en afirmar que es un hombre de

múltiples talentos que además de poeta, novelista, dramaturgo, cuentista, crítico, traductor, y biógrafo, es el lepidopterólogo más famoso de cuantos viven hoy. A mayor abundamiento, es un ajedrecista notable y deportista o jugador de tenis bien conocido, cuyo arte enseñó en Berlín en su juventud. Su cultura literaria, filosófica, histórica, artística, glotológica y hasta científica (especialmente en el ramo de la entomología) es proverbial. Tal es la cédula de identificación de este hombre venturoso.

Vladimir Nabokov pertenece a la generación literaria más numerosa y de mayor talla que Rusia ha producido. Es una generación escindida y terriblemente trágica. Tanto los que en la URSS se quedaron después de la revolución de 1917, como la enorme legión de los que como el autor y Alexander Werth, para citar los dos más prominentes exilados, conocieron el horror del régimen stalinista o las miserias y angustias del destierro. Todos nacieron y se educaron bajo la Rusia zarista. Si aceptamos la teoría de Ortega y Gasset que postula quince años para cada generación, el grupo nacido en Rusia entre 1890 y 1905 es realmente excepcional. El período a que se alude se inicia con una generación de creadores que si bien nacieron en años anteriores, gran parte de su labor creadora coincidió en el tiempo con la de la generación de Nabokov. León Tolstoi murió en 1910, pero es anterior al grupo que precedió y orientó a los nuevos. Esta generación precursora la integran principalmente Nicolás Gumilev (1866, fusilado en 1921); Máximo Gorky (1868-1936); Alexander Kuprin (1870-1938); Ivan Bunin (1870-1953), Premio Nobel en 1933; Leonid Andreyev (1871-1919); Alexis Tolstoi (1883-1945); Vladislav Khodassevich (1886-1939); Mark Aldanov (1886-1957), y varios otros. La mayor parte de ellos murieron en el destierro, refugiados de preferencia en Berlín, París o Praga.

Pero la que aquí nos interesa es la generación siguiente. Mencionaré sólo unos cuantos nombres con la respectiva fecha de nacimiento. La encabeza Boris Pasternak (1890), Premio Nobel en 1958; Alexander Fedayev (1891), se suicidó en 1956; Ilya Ehrenburg (1891); Dimitry Furmanov (1891); Ossip Mandelstamm (1891); Konstantin Fedin (1891), Konstantin Paustovsky (1892), Marina Tsvetayeva (1892), se exiló en 1921, regresó a Rusia en 1939, y acabó suicidándose en 1941; Nicolás Zabalots (1893); Vladimir Mayakovsky (1893), se suicidó en 1930; Boris Pilniak (1894), fue muy perseguido y por último lo eliminaron fusilándolo en secreto o enviándolo a Siberia. Igual destino le cupo al extraordinario cuentista hebreo Isaac Babel (1894), desaparecido en 1938. Michael Soshchenko (1895); Serghei Essenin (1895), se suicidó

en 1925. En 1899 nacieron Leonid Leonov y el que motiva estos comentarios, Vladimir Nabokov. El último en aparecer de los más importantes fue Mikhail Sholokov (1905), también laureado con el Premio Nobel.

No sería justo omitir el nombre ilustre de otro polígrafo por el mero hecho de no ser narrador ni poeta. Alexander Werth es un historiador y escritor político también expatriado cuya fecha de nacimiento debió coincidir con la del siglo. Como la de Nabokov, su familia era opulenta, si bien carecía del rango noble que la del novelista tenía. Su padre era un rico industrial y banquero, pero al advenir la revolución de 1917, lo perdió todo y tuvo que exilarse con su familia. Así como Nabokov estudió en Cambridge, Werth lo hizo en la Universidad de Glasgow. Ambos se especializaron en lenguas. Alexander Werth es perito de ruso, inglés, francés, alemán, italiano, etc., y como el autor de *Lolita* ha enriquecido la cultura anglosajona. Pero a diferencia de Nabokov que ha permanecido arrogante, desdeñoso y fiel a su clase aristocrática, Werth se incorporó al ala izquierda del partido laborista inglés, y durante muchos años ha colaborado en la prensa izquierdista y democrática —el *Manchester Guardian*, *New Statesman*, *The Nation* de Nueva York, etc. Entre sus muchos libros, el más importante y famoso es *Russia at War* (1964) en 1,100 páginas, sin disputa la obra de mayor significación e interés en varios sentidos que la epopeya rusa ha producido. En cierto modo es la antítesis de Nabokov y muy superior a él en cuanto hombre o valor humano. Constituye con él la pareja de emigrados que más ha contribuido a la cultura europea y norteamericana.

Dos narradores emblemáticos

MÁXIMO Gorky y Vladimir Nabokov son dos novelistas que podríamos reputar como simbólicos en el sentido de que ambos escriben en función de la respectiva clase social a que pertenecieron. Quiere decir que son antitéticos. Sus respectivas vidas, su educación, sus gustos, su estilo, sus ideas, todo en ellos es antípoda. Dentro de la literatura rusa son los dos escritores que mejor representan los dos modos de vida y las dos clases predominantes: la aristocrática de la época previa a la revolución, y la proletaria desde 1917. Son escritores antónimos, y por consiguiente representativos. Nabokov es cultísimo, refinado, arrogante y peyorativo, que se deleita en los juegos malabares de la inteligencia y en proponer acertijos y "cru-cigramas" para lucirse y deslumbrar a la "élite" muy culta; Gorky, en cambio, fue una de las figuras más trágicas que se descubren en

ninguna literatura. Desde los siete años tuvo que ganarse el pan. Sólo pudo asistir por seis meses a la escuela elemental. Como dijo, "su universidad fue la vida". Sufrió hambre, frío y miseria tan atroces que acabó intentando suicidarse. Fue perseguido, maltratado y encarcelado por los esbirros zaristas. No obstante, era un lector voraz. Si hay un escritor autodidacta en el mundo, ése fue Gorky. De ahí los graves defectos estilísticos y técnicos de su obra —y también sus grandes aciertos. Su obra refleja su falta de preparación académica. Mientras Nabokov desdenea a las masas y a los escritores "redentoristas", Gorky se identifica con ellas y las retrata con "empatía", sin ocultar ni atenuar sus vicios, su tosqueidad y deformaciones morales. Por Gorky siente Nabokov el mismo desdén que por Dostoievsky, Sigmund Freud, Thomas Mann, Balzac, Zola, Stendhal, Romain Rolland, Eugene O'Neill, Hemingway, Sartre, Karl Marx, Lenin, Lunarchasky, y tantísimos otros. Podemos estar seguros de que si Gorky viviera le pagaría con la misma moneda.

No debe extrañarnos, pues, que Nabokov deviniera el novelista predilecto de minorías muy cultas y sofisticadas, en tanto que Gorky se convirtió en revolucionario y fuera la gran figura literaria del comunismo soviético a partir de 1928. Sus relaciones con los revolucionarios y sus métodos hasta el año citado fueron poco cordiales porque el narrador se convirtió en crítico severo de los procedimientos bolcheviques entre 1917 y 1921. Esto le valió acres censuras de los revolucionarios —censuras que lo compelieron a refugiarse de nuevo a Italia. (Perseguido después de la revolución de 1905, Gorky emigró a Italia y allí permaneció hasta 1914, cuando regresó a Rusia). En 1928 se había consumado el éxodo de centenares de intelectuales rusos y los bolcheviques habían triunfado definitivamente. Por su parte Gorky estaba ya traducido a muchas lenguas, y era el escritor ruso vivo más aclamado y famoso. Los revolucionarios sintieron la necesidad de atraerlo e incorporarlo a su ideología. Moscú procuró seducirlo para que regresara, y el escritor, nostálgico y enfermo, volvió al redil patrio en 1928. Se incorporó al partido, y con Romain Rolland que desde hacía años residía en la Unión Soviética, constituyó el dúo de novelistas de mayor alcurnia que la revolución podía presentar al mundo. Tal era el prestigio de ambos que ni Stalin ni Lavrenti Beria los molestaron. No creo aventurado, sin embargo, afirmar que ambos disientían y condenaban la feroz dictadura de los dos paranoicos que en Moscú prevaecía, pero era ya demasiado tarde para combatirla. Es seguro también que ambos murieron desilusionados, no de la ideología sino de la conducta de los tiranos.

Sinopsis biográfica

LA obra toda de Vladimir Nabokov está estrechamente vinculada a su vida —igual que la de Gorky. De ahí la necesidad de este breve resumen. La trayectoria vital de este afortunado escritor está dividida en cuatro períodos de casi idéntica duración, por más que el último no se complete hasta 1979, cuando el autor contará ochenta años, y su obra de creación habrá lógicamente concluido. Nació en 1899; por consiguiente, al publicarse estas apostillas habrá cumplido los 73 años. Como su salud parece ser excelente y su energía física y vigor mental apenas se han atenuado, casi no hay riesgo en augurarle seis o siete años más de actividad creadora. De hecho, la novela más extensa, compleja y "joyceana" que ha escrito la publicó en 1969, al cumplir los 70 años: *Ada*.

La diosa fortuna o hada benéfica parece haber presidido al nacimiento de Vladimir Nabokov. Todo le fue concedido al venir al mundo: alcurnia heráldica, riqueza, padres y abuelos ilustres, buena salud, talento de excepción, y hasta prestancia física que lo convirtió en especie de lord Byron moderno, sin manquedad. He aquí, traducido, un pasaje de *King, Queen and Knave* en que se autorretrata ufanamente, igual que a Vera, su futura esposa. Franz, el amante de la protagonista de la novela, está sentado a una mesa en un restaurante de lujo en que se come, bebe, fuma y baila. Franz no puede menos de admirar a una pareja de extranjeros que vestía y bailaba con suma elegancia, y agrega el autor:

La muchacha extranjera en traje azul bailaba con un hombre notablemente hermoso vestido en traje pasado de moda. Hacía tiempo que Franz se había encontrado en varias ocasiones con esta pareja. Se le había aparecido en fugaces instantes como una recurrente imagen onírica o un sutil "leit motiv" unas veces en la playa, otras en un café o en el paseo. A veces el hombre llevaba una red para cazar mariposas. La joven tenía una boca delicadamente pintada y tiernos ojos de un azul acerado, y su novio o esposo, delgado y exhibiendo una incipiente y elegante calva, desdénoso de todo lo que no fuera ella, la miraba orgulloso; y Franz sintió envidia de aquella pareja excepcional, tanta, que su opresión, dicho sea con pena, se hizo tan amarga, y la música cesó. La pareja hablaba en voz alta. Hablaba una lengua totalmente incomprensible. . . [para Franz].

En otro pasaje de la misma novela aparece la misma pareja dichosa hablando el idioma exótico que Franz no entiende, pero las características que el autor se otorga son las mismas: hermoso, ele-

gante, distinguido y orondo de sí mismo. Su buena estrella lo acompañó en el exilio, pues en él encontró a Vera, la esposa bella y amante, inteligente y culta, colaboradora en sus tareas docentes durante los veinte años de residencia en los Estados Unidos, y competidora en el ajedrez, juego en que Nabokov, como buen ruso, es muy experto. Según todo lo que se sabe ha sido un matrimonio feliz. Tienen un hijo, Dimitri, que ha traducido al inglés varias de las novelas que en ruso publicó su padre antes de 1940. Es probable que el autor haya colaborado en todas estas traducciones.

Según el propio Nabokov, el linaje o abolengo noble de la casa se remonta al siglo XIII, cuando lo fundó un príncipe tártaro, y por consiguiente sus blasones son de los más rancios que en Rusia había. Varios de sus antepasados figuraron prominentemente en el gobierno de los zares. El novelista describe esta vida familiar opulenta, refinada, linajuda y feliz en uno de sus libros más interesantes y de más bella prosa cuya lectura es absolutamente indispensable para todo el que aspire a comprender su obra de creador: *Speak, Memory*. He leído la segunda edición dada a luz por G. Putnam's and Sons en 1967, reproducida luego en la colección Pyramid Books en 1968. Es un libro de memorias más que una autobiografía. Se cierra en 1940, ya rumbo a Norteamérica en unión de su esposa y su hijo. Nabokov proyecta una continuación que debe tener en gran parte escrita cubriendo los segundos cuarenta años de su vida, pero no me sorprendería que se publicara póstumamente. *Speak, Memory* fue escrito a lo largo de quince años, en diversos lugares de Europa y los Estados Unidos, y en dos lenguas distintas, pues uno de sus capítulos fue escrito y publicado en francés en 1936 durante la estancia del autor en París. Igualmente complicada es la historia de su publicación. En 1966 el libro se había traducido ya al ruso, al francés, al italiano, al español y al alemán. En el momento actual es probable que se lea en varias otras lenguas ya.

Como dicho queda, Nabokov nació en San Petersburgo, hoy Leningrado, en 1899. A menos de leer *Habla, memoria*, no es posible tener idea de lo que fue la infancia y adolescencia del autor, de la altísima estimación y el orgullo que siente por sus antepasados, de lo regalado y fastuoso que era el hogar paterno, igual que de la esplendidez y cultura del ambiente hogareño. Aquí sólo es posible aludir a esta suntuosidad y boato.

El primero de los cuatro periodos en que se divide la trayectoria vital de este hombre "suertudo" va de 1899 a 1919 cuando su familia se expatrió. El segundo transcurrió entre 1919 y 1940. Durante estos años vivió en varios países y capitales de Europa. El

tercero constituye el paréntesis norteamericano, 1940-1960. En el último año se expatrió de nuevo. A ejemplo de Charlie Chaplin y el muy detestado por Nabokov, Thomas Mann, nuestro autor se refugió en Montreux (Suiza) donde reside desde entonces. Durante la segunda y tercera etapas, su vida fue un perpetuo trajinar de un país a otro, primero, y de un Estado a otro en Norteamérica. Diríase que su vida está presidida por un signo ambulatorio y de perpetua movilidad desde la infancia. El único período relativamente sedentario ha sido el último, pero aun los años de Montreux lo han visto transitando por valles y montañas durante los veranos impelido por su vocación de lepidopterólogo.

El lector de *Habla, memoria* no puede menos de asombrarse ante la suntuosidad y boato de aquel hogar en el que había una servidumbre de más de cincuenta personas —contando institutrices, tutores, cocheros, palafreneros, camareras, lacayos, ayudas de cámara, etc., etc., con el consiguiente despilfarro y estafas admitidas y confesadas. La familia se permitía el lujo asiático de pasar con frecuencia los veranos en la Riviera o en Biarritz. Naturalmente, la acompañaba un ejército de fámulos, pedagogos y niñeras. Mientras tanto, docenas de millones de proletarios y "mujiks" morían de hambre y de frío. Pero este criminal desequilibrio económico no alarma ni indigna al autor, ni se le ocurre pensar que tal injusticia tenía necesariamente que desembocar en el torbellino revolucionario y sangriento que barrió con la iniquidad reinante. A tal extremo llegaba la ceguera y el desdén por las masas que ni siquiera se hablaba el ruso en las casas nobles más que para comunicarse con la servidumbre. Los idiomas preferidos eran el francés o el inglés. El propio Nabokov los aprendió antes que el vernáculo. Compárese la agonía que fue la vida para Gorky con el boato de la de Nabokov hasta 1917 y se tendrá idea cabal de la razón por la cual ambos devinieron emblemáticos.

La síntesis biográfica que de su progenitor nos da Nabokov en *Speak, Memory* se inicia con estas dos sentencias que revelan su espíritu clasista tanto como su ufanía familiar:

Vladimir Dimitrievich Nabokov, jurisconsulto, publicista y estadista, hijo de Dimitri Nicholaievich Nabokov, Ministro de Justicia, y la Baronesa María von Korff, nació el 20 de julio de 1870, en Tsarskoc Selo, cerca de San Petersburgo, y lo mató la bala de un asesino el 28 de marzo de 1922 en Berlín. Hasta los trece años fue educado en el hogar por institutrices inglesas y francesas, y por instructores rusos y alemanes. . .

Entre 1896 y 1904 el padre estudió jurisprudencia y fue profesor de derecho penal en la Escuela Imperial de Jurisprudencia. Recibió títulos honoríficos de la corte imperial que le fueron retirados en 1905 por haber publicado sin permiso un artículo en el cual censuraba severamente a la policía zarista por la participación que tuvo en el "pogrom" de Kishinev contra los judíos en 1903. Entonces rompió definitivamente con la corte y se convirtió en "líder" de los "liberales" y publicista. Entre 1905 y 1915 presidió la Asociación Internacional de Criminología. En 1919 se expatrió con su familia, perdió su enorme fortuna, y continuó en el exilio su lucha en favor de las reformas liberales hasta su muerte. Estos esfuerzos eran ya completamente ineficaces y baldíos porque ya Lenin y Trotsky eran dueños del poder. Las circunstancias en que fue asesinado lo honran. En un *meeting* político, un fanático zarista de extrema derecha intentó matar al orador. Nabokov se percató del movimiento homicida, se interpuso entre el asesino y el orador tratando de ampararlo. La bala destinada al orador hizo blanco en el protector. La ideología de este hombre extraordinario y noble —noble por la sangre cuanto por sus mérito— habría sido eficaz cincuenta años antes, pero en el siglo XX era ya inoperante y estéril. Aquella sociedad zarista, opulenta y aristocrática, era tan egoísta y obtusa como la nobleza francesa de fines del siglo XVIII, o la plutocracia norteamericana de hoy. La avaricia rompió el saco, dice un viejo refrán.

Durante siete siglos los Nabokov dieron múltiples héroes y colaboradores a los zares y su fortuna económica se multiplicó. El propio autor era heredero de más de un millón de dólares que le dejó un tío, sin contar la muy lauta fortuna de sus progenitores. La revolución de 1917 dio al traste con todo, y los potentados de antaño pasaron a ser pobres de solemnidad en el destierro.

Las páginas que en el capítulo sexto de *Speak, Memory* consagra el autor a su vocación de lepidopterólogo revisten particular interés. A los siete años poseía ya una buena colección de mariposas. Esta afición se ha intensificado durante sesenta años, y aun se ha extendido a otras ramas de la entomología. En el momento actual es probablemente el más famoso lepidopterólogo de cuantos viven. Muchísimos ejemplares por él descubiertos y clasificados en Europa y Norteamérica enriquecen las colecciones de varios museos en ambos continentes. Así como Pablo Neruda es un distinguido malacólogo, Vladimir Nabokov es conocido en el mundo de los entomólogos como el más dedicado y erudito de los lepidopterólogos. Es dudoso, sin embargo, que Neruda posea en la malacología la erudición que Nabokov tiene en varias lenguas en el de su espe-

cialidad. El autor es un caso insólito; su mente parece escindida entre dos mundos, el científico y el del arte, y se revela tan apta en uno como en el otro —sin olvidar su interés por la historia, la filosofía, la glotología, y deportes como el ajedrez y el tenis. Es un infatigable trabajador y lector incansable en varias lenguas. Acaso no exista hoy un creador menor de setenta y cinco años tan sapiente ni con tan ingente obra realizada.

El tema de las mariposas es un *leit motiv* que aparece frecuentemente en sus novelas, pero en ninguna de las muchas que he leído tiene tanta importancia como en *The Gift* (1938), la última de las nueve que escribió en ruso. Es la más extensa y valiosa de las nueve, y la que contiene mayor número de transferencias autobiográficas. Es también la preferida del autor. En el prefacio que en 1962 escribió para la traducción al inglés, niega Nabokov que el poeta Fyodor Godunov Cherdynsev, el principal de los *dramatis personae* de la narración, sea su *alter ego*, como ha sugerido algún crítico. Esto es sin duda cierto, pero igualmente innegable es también que a ninguna otra novela transfirió tantos elementos y experiencias personales como a *The Gift*. Estos factores o transferencias se les encuentran repartidos en dos protagonistas: en el ya mencionado Fyodor, y en su padre, Konstantin Kirillovich. Por de pronto Fyodor nació en 1900, unos meses después que el autor, y como éste perteneció a una familia adinerada, aunque no linajuda. Konstantin es un famoso explorador, viajero y lepidopterólogo afortunado y erudito, vocación que Fyodor hereda. Como Nabokov, Fyodor empezó a coleccionar mariposas desde niño. Como su creador, Fyodor es poeta distinguido, y posee una fina sensibilidad para la pintura y los efectos plásticos son ostensibles en sus poemas. A semejanza de Nabokov, no le interesa la música y aun parece serle indiferente al extremo de que en un diálogo con su novia le reprocha ésta: "A veces me enoja tu insensibilidad para la música". Común a creador y criatura es también su actitud clasista, el desdén por las masas humildes, y la arrogancia. Al igual que el autor, Fyodor se ganaba la vida en Berlín dando lecciones de inglés. La nostalgia de Rusia y la cultura vernácula es idéntica en ambos. En cierta ocasión, después de una tertulia literaria, Fyodor departe con Koncheyev, otro poeta, sobre las letras patrias. En este diálogo, Fyodor deviene el auténtico *alter ego* y portavoz de las opiniones de Nabokov. Por boca de Fyodor expresa el autor sus propios juicios y prejuicios, y aun expresa frases que años después repetirá *ad pedem litterae* en otros libros como propias. En cierto momento, Fyodor le replica a Koncheyev: "Deje a Pushkin tranquilo: él es la reserva en oro de nuestra literatura", símil poético-pecuniario

perfecto que expresa la veneración de Nabokov por el autor de *Egenio Onieguin*. Poco después, tras citar una frase poco feliz de Dostoevski, añade Fyodor peyorativamente: "Ahí tiene a su Dostoevski", frase que encuentro repetida literalmente por Nabokov en varias ocasiones posteriores. En esta narración Nabokov revela casi tanto entusiasmo al describir la vocación lepidóptera de Konstantin Kirillovich como empleará muchos años más tarde al referirse a la propia en *Speak, Memory*. A mayor abundamiento, Fyodor no sólo es perito ajedrecista sino muy dado también —igual que el autor— a proponer o inventar problemas de ardua solución en este juego. No hay duda, pues, de que en *The Gift* las transferencias de creador a criatura —de autor a protagonista— son múltiples y harto significativas. Como Velázquez en alguno de sus cuadros, Nabokov es proclive a incluirse apenas disfrazado en algunas de sus novelas, lo mismo que a dialogar directamente con el lector. Esto ha sido señalado por varios críticos, y la reacción del autor es frecuentemente intemperante. Mas a despecho de sus protestas, las transferencias ya aludidas en *The Gift*, lo mismo que las que se descubren en *The Real Life of Sebastian Knight*, la primera narración extensa que publicó en inglés, son innegables.

Periodo europeo —el narrador en ruso

AL producirse la revolución de 1917 la familia Nabokov se refugió en la Crimea y de allí pasó a Turquía hasta recalar en Inglaterra en 1919. Vladimir ingresó en la Universidad de Cambridge y la familia se estableció en Berlín. El padre fue anglófilo toda su vida y no es aventurado suponer que la disposición progresista y tolerante, así como su amor a la cultura de la nobleza anglosajona lo influyeron. La familia pudo rescatar algunas joyas y con el producto de su venta vivió en el destierro. Se especializó en el estudio de lenguas modernas y acabó siendo escritor trilingüe: ruso, inglés y francés. Terminados sus estudios en Trinity College, se trasladó a Berlín, centro principal de la emigración rusa. En la capital alemana se ganó la vida dando lecciones de inglés y de tenis, deporte al que ha sido siempre aficionado, haciendo traducciones, escribiendo para varias publicaciones, dando conferencias, etc. Por último se estableció en París.

Como les ocurre a tantos grandes prosistas, Nabokov empezó escribiendo versos y tiene en su haber varios libros de poesía. De la expresión rimada pasó al cuento, la crítica, la biografía, el drama

y la novela. En todos estos géneros ha sobresalido, pero el que más ha cultivado y como tal pasará a la historia es el último.

La primera narración larga que publicó fue *Mashenka*, en 1926. Que yo sepa no ha sido traducida todavía. La segunda fue *King, Queen and Knave* (1928), traducida al inglés mucho más tarde por su hijo en colaboración con él. En el prefacio que para esta traducción escribió en 1968 ofrece el autor noticias interesantes para conocer su evolución literaria y estética. El tema de la obra es un asunto ya gastado que la novela francesa ha explotado hasta el tedio —el eterno triángulo—, pero Nabokov lo trata con originalidad. En el prólogo mentado encontramos un juicio casi irreverente que desagrada a los admiradores de Balzac y Teodoro Dreiser. Defendiéndose de posibles acusaciones de haberlos parodiado, dice peyorativamente: "Juro que no había leído todavía sus absurdas o ridículas baratijas". En 1930 dio a luz *The Eye* y *The Defense*, y en 1931, *The Exploit*. El simposium de penetrantes y eruditos estudios titulado *Nabokov: The Man and his Work*, University of Wisconsin Press, 1967, contiene una extensa bibliografía activa y pasiva en 48 páginas en la que sus autores Jackson R. Bryer y Thomas J. Bergin, Jr., registran de preferencia lo que Nabokov ha escrito en inglés, y lo más valioso que sobre él se ha publicado en esta lengua. Es imponente el eco que este autor foráneo ha tenido en los Estados Unidos en las últimas dos décadas, particularmente entre los críticos de monto y en el mundo académico. El lector interesado haría bien en consultar este libro tanto como la guía bibliográfica que contiene. De similar categoría o quizás mayor es otro libro análogo, pero más copioso, recopilado por el profesor de Stanford University, Alfred Appel, Jr.: *Nabokov*, Northwestern University Press, 1970. El profesor Appel fue discípulo de Nabokov en Cornell University, y desde entonces se ha convertido en uno de los más fervorosos y sapientes intérpretes del autor de *Ada*. Nadie que desee conocer a fondo a este creador puede prescindir de esta obra colectiva ni de la edición crítica de *Lolita* que en 1970 publicó Appel. En la guía bibliográfica precitada se mencionan otras novelas en ruso que no he leído.

Como estas apostillas se han alargado ya mucho, necesario será poner puertas al campo y limitarnos a comentar algunas obras escritas en inglés que son las que lo han consagrado. De las publicadas en ruso, la más conocida quizás sea *Laughter in the Dark* (*Risa en las tinieblas*), no sólo por estar traducida sino porque fue llevada al cinematógrafo. El tema es ingrato y poco menos que sádico. En realidad es un melodrama en que la protagonista, una "nymphet" de dieciséis años con alma de prostituta, seduce a un burgués casado,

rico y crítico de arte, ingenuo hasta lo inverosímil. El desenlace es angustioso y sensacional. Mucho más compleja en el montaje, más extensa y de mayor contenido autobiográfico es *The Gift* en la que ya se percibe el influjo de Joyce.

Culminación y fama

Si Nabokov sólo hubiera publicado los libros que en ruso dio a luz hasta 1940, hoy sería apenas conocido en otras lenguas. Lo que lo ha convertido en autor famoso traducido ya a muchos idiomas, y acatado como el prosista más rico, original y sofisticado que en inglés escribe hoy son los libros que en esta lengua ha escrito desde 1940. No todos tienen el mismo calibre artístico ni han merecido igual acogida de la alta crítica. Lo que sí puede afirmarse es que su obra de creación ha seguido un proceso ascensional hasta culminar en *Lolita* (1955), *Pale Fire* (1962), y sobre todas, *Ada* (1969), que son sus tres novelas apicales hasta ahora. En el instante en que se redactan estos comentarios (noviembre de 1971), escribe en Montreux otra novela cuyo título provisional parece ser *Transparent Things* (*Cosas Transparentes*). Según su más exaltado panegirista, el profesor Appel, Nabokov prepara una historia del tema de las mariposas en el arte occidental, y planea varios otros libros. Las dos décadas más fecundas —y culminantes— de esta prolífica vida han sido las dos últimas. De 1941 a 1948 fue profesor de literatura rusa en Wellesley College, y de 1948 a 1958 profesor de literaturas comparadas en la Universidad de Cornell. Las pingües regalías que percibe como autor, y las que la filmación de *Laughter in the Dark* y *Lolita* más tarde le deparan, le permitieron jubilarse para consagrarse a escribir. Durante varios lustros trabajó también en el Museo de Zoología Comparada de la Universidad de Harvard. Las vacaciones estivales las dedicaba a recorrer los estados de la Unión coleccionando mariposas raras, estudiando y escribiendo.

He aquí la nómina de las novelas que ha escrito en inglés: *The Real Life of Sebastian Knight* (1941); *Bend Sinister* (1947); *Pnin* (1953); *Lolita* (1955); *Pale Fire* (1962); y *Ada* (1969). Simultáneamente escribió cuentos de los cuales tiene varios tomos publicados, igual que de dramas, y varios otros libros de diversa índole: *Nicolai Gogol* (1944), una biografía crítica del autor de *Almas muertas*; *Conclusive Evidence* (1951), luego titulado *Speak, Memory* en la edición de 1960, y tres libros de traducciones del ruso al inglés, de las cuales la más importante y controvertida es el poema o

novela en verso *Eugene Onieguin* (1964) en cuatro imponentes tomos los contentivos del original, y otros dos con las profusas, eruditas y detalladas notas y comentarios con que el traductor enriquece su versión. Esta traducción de Alexander Pushkin ha sido muy comentada y hasta puesta en tela de juicio por los críticos que leen ruso. Exceptuada *Lolita*, ningún otro libro del autor le ha valido tantos juicios discordantes y hasta negativos. Hasta el pontífice de la crítica norteamericana, Edmund Wilson, que lee el ruso y había traducido algunos pasajes de Pushkin, terció en el debate en forma poco halagüeña para Nabokov, a pesar de que habían sido muy amigos. Por desdicha para el crítico, Nabokov es un polemista temible que posee una insólita capacidad de ironía, mordacidad y sátira, y naturalmente conoce el ruso —y el inglés— mucho mejor que Wilson. En el ensayo con que le contestó, Nabokov emplea abundantemente estos recursos y deja malparado al sapiente crítico. La capacidad de trabajo de este genial tratadista es realmente asombrosa.

La obra que más ruido produjo y mayor número de gacetillas hostiles motivó fue *Lolita*. He leído la edición crítica comentadísima que de esta novela hizo el profesor Appel en 1970. Es una de las rarísimas novelas contemporáneas que han merecido este honor. Es difícil comprender la razón de la batahola que en torno a esta novela se produjo tan pronto apareció la segunda edición —primera dada a luz en los Estados Unidos— publicada por Putnam and Sons en 1958. En el alboroto que muchos gacetilleros armaron en la prensa diaria se mezcló una fuerte dosis de hipocresía victoriana, de levitismo y de insipiencia y torpe interpretación. De hecho la repulsa comenzó desde antes de aparecer el libro. El autor ofreció el original a cuatro casas editoras norteamericanas y todas lo rechazaron por temor a la reacción del público y a que fuese prohibida su venta. Nabokov decidió entonces publicar la obra en París en la editorial Olympia Press que no gozaba de muy pulcra reputación moral. Esta primera edición aparecida en París en dos breves tomos en 1955, fue apenas conocida de la crítica estadounidense. Pero como dijo Shakespeare, "All's well that ends well". Así el caso de *Lolita* que tras un corto escándalo entre la gente farisaica, acabó convirtiéndose en la obra más conocida, popular y comentada del autor. Por largo tiempo fue *best seller*, y por último filmada. Es también la que más lautos emolumentos le ha producido.

Lolita no es una novela inmoral ni pornográfica como muchos críticos y lectores farisaicos la clasificaron, pero la seducción de una chiquilla casi impúber por el cuarentón Humbert era demasiado para los camanduleros y mojigatos de las iglesias y la prensa. El

tema central de la obra es favorito de Nabokov, y en diversos grados de importancia aparece tratado en varias de sus novelas hasta culminar en *Lolita* y *Ada*. El vocablo "nymphet" ya se había empleado, pero fue Nabokov quien lo puso en circulación y lo popularizó. De *Lolita* pasó a la terminología técnica de sicólogos, sociólogos, siquiátras, etc., además de haberse convertido en moneda de curso legal en literatura. Pero la necedad y torpeza con que *Lolita* fue acogida no se limitó al ambiente norteamericano y a la crítica enteca. En Francia fue prohibida por lo menos tres veces la venta de la novela, pero nunca en los Estados Unidos. Un verdadero *succès de scandale* —tanto que en 1970 *Lolita* estaba traducida ya a veinticinco lenguas.

El tema de la "nymphet" o chiquilla apenas púber y tentadora es casi una constante en la obra del autor. El profesor Appel en su docto estudio "Background of *Lolita*", rastrea los antecedentes que ha descubierto en muchas novelas de Nabokov. En *Ada* se retoma y hasta supera el tema hasta llevarlo a sus últimas conclusiones.

La verdad es que el narrador no inventa ni descubre nada nuevo en esta obra. Lo único que no toma de la realidad social norteamericana es el nombre de los dos principales *dramatis personae*. De hecho, *Lolita* es una de las novelas más realistas —en el sentido flaubertiano— de su repertorio, mucho más que *Ada*. La obsesión sexual reviste características epidémicas en los Estados Unidos desde hace un cuarto de siglo. Es un síntoma indicador del deterioro de los valores éticos y espirituales que en el país se percibe. Ya los chicos, hembras y varones, ni siquiera esperan la llegada de la pubescencia para practicar el rito afrodisíaco. Recientemente se han publicado varios casos de chiquillas de once y doce años que sin haber sido violadas, y sin intervención milagrera, han dado a luz niños normales, y hasta se dio el caso inaudito de una nena de diez años que parió felizmente, hecho que maravilló a no pocos galenos. Como él mismo ha confesado, Nabokov estudió seriamente este fenómeno social antes de escribir *Lolita*. Se familiarizó con el lenguaje, el comportamiento y el concepto que de las relaciones sexuales tenían los adolescentes —hembras y varones. Para ello visitó escuelas de incógnito, viajó en ómnibuses escuchando a las chiquillas y adquirió una vasta información sobre el escabroso tema. El lector se preguntará con harta razón por qué la aparición de esta novela provocó tanta airada protesta si tanto los padres de familia como la sociedad conocen y toleran esta promiscuidad, o práctica sexual que a nadie asombra ni indigna. El hecho se tolera tácitamente; lo insufrible e imperdonable es que alguien lo admita

y retrate públicamente. Es la secuela del fariseísmo puritano y de la simulada santurronería de la era victoriana que aún perduran.

Quien desee entender cabalmente la complejidad y refinamiento literario de *Lolita*, los problemas estéticos y técnicos que plantea, las múltiples parodias que contiene, los recursos poéticos que el autor emplea, las alusiones literarias, las glosas de otros escritores, las paronimias, pitorreos y juegos de palabras de los que el autor alardea, debe leer la mentada edición crítica con sus eruditas y esclarecedoras novecientas notas.

Necesario es aludir, siquiera sea brevemente, a la más inusitada —en cuanto a técnica y forma—, y compleja de las novelas de Nabokov: *Pale Fire*. La novela propiamente dicha está escrita en verso —999 líneas en total. La número 1,000 es tácita, pero se supone ser reiteración de la primera —artilugio que recuerda el monólogo interior de Molly Bloom al final del *Ulysses*. En esta obra, el artificio de Nabokov alcanza máxima expresión. Todo en ella es delusorio y contrahecho. En la compleja ficción, el autor del "poema-novela" es el supuesto poeta John Shade, en tanto que el autor del extenso prefacio y las 228 páginas de enrevesados "Comentarios" es el lunático emigrado y profesor ruso, Charles Kimbote, que en su enajenación se imagina ser el destronado rey del quimérico reino de Zembla a quien sus súbditos llamaban "el Bien amado". El argumento en verso sólo alcanza 36 páginas. La única parte de este embrollo, maraña o rompecabezas atribuible a Nabokov es el peculiar "Índice" final que más que índice es una larga serie de notas "aclaratorias" a los textos anteriores que lejos de aclarar embrollan y confunden aún más al lector. Como dice John O. Lyons en el lúcido ensayo exegético "*Pale Fire and the Fine Art of Annotation*": "*Pale Fire* de Nabokov es sin duda una de las novelas más sutiles e ingeniosas (en el sentido que "wit" tenía en el siglo XVIII) desde el *Ulysses* de Joyce." Es uno de los crucigramas más abstrusos que el autor ha publicado. No en balde el ficticio Kimbote aconseja en el prefacio que sus "comentarios" se lean tres veces y de tres maneras distintas para entender la novela. La obra ha sido proclamada por la élite sofisticada como un prodigio de ingenio. Mary McCarthy la postula "una de las creaciones cumbres de nuestro tiempo".

En este apresurado recuento de la vida y la obra de este altanero y ufano autor hemos llegado a 1969, fecha en que celebró sus setenta años publicando la más notable de sus narraciones: *Ada*. Es su esfuerzo creador más sostenido y extenso. Podría definirse como una alegoría o exaltación del erotismo, o como la iconología del deleite sexual. Es también la glorificación o exaltación gozosa

de la "nymphet", más aún que *Lolita*. Los protagonistas de la obra, Ada y su medio hermano Van Veen, son apenas pubescentes, pues tienen doce y catorce años respectivamente al comenzar su interminable orgía sexual, que con extensas interrupciones se prolonga a lo largo de setenta años. Al tema erótico añade el autor el picante incentivo del incesto. Al terminar la narración, los protagonistas son nonagenarios ya, y extinguido el ardor tienen que resignarse con revivir imaginariamente el deleite sexual que la vida les deparó y la vida les apagó. Estas reminiscencias no son decepcionadas ni amargas, sino filosóficas, diríase que alegremente estoicas. Vivieron felizmente; gozaron lo indecible, y ahora, un poco en el sentido de *sic transit gloria mundi*, ambos aguardan sin espanto la visita de Tanatos. El misterio que el tránsito pudiera implicar no los alarma ni intriga. Van ha devenido un filósofo notable a quien el problema del tiempo metafísico obcede —como al autor— y Ada que en su adolescencia había demostrado precoz vocación por la entomología, se transformó luego en "nymphet", especie de Afrodita o personificación del placer sexual. El tema central de la obra sugiere un concepto hedonístico de la vida. Para el crítico proclive a juzgar con criterio moral, la obra es poco edificante. Sin embargo, la aparición de Ada no provocó la andanada de acres censuras que saludó a *Lolita*, a pesar de que el tema es muy similar, con el añadido en este caso del incesto. La diferencia esencial consiste en la edad de los amantes: tanto Ada como Lolita tienen doce años cuando se inician en el goce sexual; pero en tanto Humbert es cuarentón, Van sólo tiene catorce. Traduciré algunos breves juicios publicados al aparecer esta novela: "Nabokov es nuestro único genio literario vivo. . . Ada es su mariposa enjoyada, singular, intemporal, el hombre mismo". (El *New York Times*). "Hay una incandescencia erótica en la novela de Nabokov que constituye uno de sus principales triunfos. Nabokov es un sensualista, un maestro de la lengua y de la observación que desdeña (como él mismo ha dicho) el tedio de los clisés de la cópula sexual". (*Look*). "Ada es el Paraíso recobrado de la literatura del siglo xx. . ." (Rebecca Phelps). Y como éstos, cien más.

Imposible dar idea siquiera aproximada en el exiguo espacio de que dispongo de *Ada*. Es la novela más alambicada, sofisticada y culterana del autor, y aquélla en que más ostensiblemente se manifiesta el influjo de Joyce. Como el irlandés, el autor es un lingüista y retórico consumado, y usa y abusa del arsenal cultiparlista de que el inglés dispone. Más que en ninguna obra anterior, en *Ada* se prodigan los antónimos, parónimos, neologismos, parodias, trasliteraciones, catacrexis, solipsismos, burlas y chirigotas, sines-

tesias, etc., etc., con el añadido del frecuente empleo del ruso, el francés y el italiano. El ruso, el inglés y el francés son para el autor "las tres lenguas más ricas y bellas del mundo" —por lo menos son las tres que él mejor conoce. No hay hipérbole en decir que es el autor más esotérico, culto y culterano que en inglés escribe hoy. Su peculiar variante de barroquismo es glotológica tanto como de pensamiento y tema. La obsesión sexual —y sensual— en *Ada* es más intensa e iterada que en el *Ulysses*, pero el autor no incide nunca en la pornografía, recurso de narradores mediocres. El espíritu de pitorreo y de *épaté de bourgeois*, igual que el sentido deportivo del humor son en Nabokov muy parecidos a los de Joyce, sin olvidar el narcisismo, tan evidente en ambos. Si nos pusiéramos a catalogar todas las analogías comunes, habría que añadir una larga serie de atributos presentes en ambos, tanto intelectuales como idiosincrásicos entre los cuales se destacan la arrogancia, el desdén por la estulticia humana, la intoxicación léxica, la proclividad satírica, menos amargada en Nabokov, pero igualmente peyorativa, etc.

Aquí cabría señalar una peculiaridad de Nabokov que no he visto explicada ni siquiera aludida por nadie. Según su propio testimonio estuvo rodeado desde la infancia por mujeres ejemplares, nobles, inteligentes, cultas y leales, y en su adultez por Vera, la esposa ideal. Sin embargo, su visión o retrato de la mujer en sus novelas es cínica, peyorativa, y muy poco halagüeña. Innumerables son las "nymphets" y erotómanas, las lésbicas, las incestuosas, prostitutas, esposas desleales, etc., que en sus narraciones encontramos. El tipo de mujer ejemplar como Vera o su propia madre no aparece en sus novelas. En su narrativa prevalece un tipo de mujer zafia, prostituida, lasciva, egoísta, frívola y venal. ¿Cómo explicar esta antinomia entre su íntima experiencia afectiva y la idiosincrasia y conducta femenina que describe? (Algo muy similar ocurre en Joyce). ¿Es secuela de su observación social en los múltiples *milieux* en que ha vivido? ¿Es convicción de sicólogo o "pose" o influjo de Flaubert, Tolstoi, Joyce y tantos otros? Lo único cierto es que por sus obras desfila una galería de Magdalenas nunca arrepentidas. Cierto también es el hecho de que este retrato coincide perfectamente con la amoralidad sexual de la mujer contemporánea. Por lo demás, no puede decirse que el hombre resulte favorecido en sus libros. La libidine en ellos aparece tan hiperestesiada como en el sexo opuesto, y son tan tontos y venales como ellas. Todo esto aparece mejor retratado que en ninguna otra, en la última y más valiosa de sus novelas: *Ada*. A despecho de su reiterado desdén por Freud, ha caído en similar monomanía sexual, si bien expre-

sada artísticamente y sin caer en el dogmatismo en que incurrió "el charlatán de Viena".

En *Ada* Nabokov prodiga acaso con exceso su fecundidad en recursos técnicos, filológicos, culturales, y artilugios de toda índole, su erudición en diversos campos y su capacidad satírica. Más que figuras reales, sus caracteres son alegorías eróticas o sublimaciones del placer sexual. Aquí es Nabokov quien diserta y perora siempre. Como en el caso del *Ulysses*, en *Ada* se proyecta demasiado el ego del autor que al igual que Joyce es un perfecto ventrílocuo.

El libro de Van Veen sobre el tiempo metafísico, el espacio y la relatividad aquí resumido, viene a ser como el ápice intelectual de la novela. Aquí evidencia el autor su capacidad cogitativa, su agudeza y genialidad; pero estos son temas más propios del ensayo filosófico o científico que de una novela. Espacio, tiempo —y modernamente la relatividad— son motivos que han preocupado a los filósofos de todos los tiempos y no se prestan a ser tratados frívolamente con chirigotas, sutilezas y juegos de ingenio. Pocos filósofos o científicos tomarán en serio este alarde metafísico y ontológico. De todas maneras corrobora su capacidad pensante y su cultura.

La realidad social, histórica y hasta psicológica está manipulada aquí con gran arte, pero con muy poco respeto. Como Dante, Rabelais, Cervantes, Goethe, Virginia Woolf, Joyce y tantos otros, Nabokov, más que retratarla, se la inventa con su imaginación caprichosa y mordaz. La terminología cultista y la mezcla lingüística alcanzan en *Ada* máxima expresión. Siguiendo el ejemplo de Joyce en sus dos últimas obras, todo en *Ada* es volitivo, abstruso, juguetón y artificioso. Frecuentemente es la fonología la que lo guía y emplea caprichosamente palabras innecesarias con el único fin de producir efectos auditivos iniciales o finales de palabras aconsonantadas —rima. No faltan tampoco los versos, a veces trilingües. Un *leit motiv* que permea toda la obra de Nabokov es su amor a Rusia —la Rusia de su adolescencia. Este escritor cosmopolita, que ha vivido en tantos países, ultra culto, que por más de cincuenta años ha vivido fuera de Rusia, lleva a Moscovia en la médula, y en el fondo sigue siendo el aristócrata ufano, arrogante y desdenoso que fueron sus antepasados. Rusia está en él tan viva y actuante como la sal en el agua. Es otro punto de contacto con Joyce, quien a su pesar, y a despecho de su voluntario exilio, llevaba a Irlanda en los redaños del alma, como diría Unamuno.

Esta glosa en torno a *Ada* podría prolongarse por muchas páginas, pero hay que terminarla. Añadiré, para concluir, que Nabokov es el escritor puro, egocéntrico y ególatra, deshumanizado y sardónico. El del arte es su reino —y el de la lepidopterología.

La injusticia social y el dolor humano no le quitan el sueño. Esos son temas que él deja para los autores menores. El "está más allá del bien y del mal". En el momento actual esta actitud "joyceana" resulta un poco extemporánea. Como el creador del *Ulysses*, Nabokov es un gran escritor, pero no podemos decir que sea un hombre superior, un gran valor humano.

Colofón: Nabokov y Jorge Luis Borges

ESTA silueta quedaría incompleta sin una referencia a este extraño caso de afinidad intelectual y literaria. Son los dos escritores más abstrusos y sofisticados que en inglés y español escriben hoy. Son también los más cerebrales, eruditos y proclives a concebir la obra de creación como juego malabar de la inteligencia, es decir, como laberinto o problema que el lector debe descifrar. Ambos entroncan con una tradición secular que en la edad moderna se remonta a Luis de Góngora, y se continúa con Laurence Sterne, Stéfano Mallarmee, Paul Valery, y James Joyce. Después de éste, los cultivadores —o aspirantes a tales— de esta literatura recóndita, refinada y sofisticada son legión en varias lenguas. Joyce la puso de moda y por la brecha que él abrió han penetrado muchos émulos, pero los dos que en nuestros días cultivan con más éxito este arte refinado para deleite de mentes ociosas y deshumanizadas en inglés y español son los que aquí se aluden. Ninguno de los dos ha dado en la pueril manía de remedar al genial irlandés, aunque ambos hayan sido influidos por él. Ambos tienen demasiado talento para convertirse en acólitos o secuaces pasivos. No en balde Borges es el único escritor hispano moderno a quien Nabokov reconoce beligerancia y admira —por lo menos es el único que yo recuerdo haber visto citado.

Curiosamente, los dos nacieron en 1899 y recibieron esmerada educación. Borges estudió en Suiza y pasó luego a España. Como la de Nabokov, su cultura es ecuménica, pero se ha especializado de preferencia en lengua y literatura inglesas. Las afinidades estéticas y mentales que entre ambos se descubren son muchas, y por ende imposibles de recapitular aquí. Hasta en las preocupaciones metafísicas coinciden. Léanse al respecto los cuentos fantásticos y policíacos de Borges, *Speak*, *Memory* y *Ada*, y se descubrirá que son narradores de la misma estirpe. Común también es su teoría o concepto del arte y su respectivo desdén por el lector común, así como la inclinación a involucrar una acción secundaria dentro del argumento principal. Ambos proyectan narcisistamente su ego y su vanidad en su obra destinada al lector cultísimo, nunca al común

de los mortales. Patricia Miravale en su excelente ensayo exegético "The Flaunting of Artifice in Vladimir Nabokov and Jorge Luis Borges" ("La ostentación o alarde del artificio en V. N. y J. L. B.") nos ha dado un estudio comparativo de la obra quintaesenciada de estos dos artistas que el lector interesado hará bien en consultar. (Fue recogido en el citado volumen, *Nabokov: The Man and his Work*, págs. 209 y siguientes). Dudo que haya influencias recíprocas en estos dos creadores. Más que de ascendiente de uno sobre el otro se trata de afinidades mentales, estéticas y hasta temperamentales, y de influjos comunes. (Ambos son conservadores e indiferentes a la injusticia y el dolor que las masas sufren). Su respectivo concepto de la vida como laberinto o caos y su peculiar modo de interpretarla creando otro caos o laberinto, sus preocupaciones metafísicas, su arte culterano y barroco, sus métodos y preferencias los hermanan. Nabokov descubrió a Borges en inglés y francés, y el argentino entró en contacto con Nabokov mucho después de 1940. Cuando se descubrieron recíprocamente, ambos habían madurado ya. La cultura de Nabokov alcanza un radio más amplio que la de Borges porque se extiende al campo de la ciencia. Nabokov menciona a Borges por su nombre en varias ocasiones, siempre con elogio, a pesar de su proclividad peyorativa. En otra ocasión lo alude anagramáticamente con el nombre de Osberg. No es éste el único anagrama por Nabokov empleado. Vivian Darkbloom, por ejemplo, es anagrama del propio autor, muy dado a estos juegos de ingenio que a su vez ponen a prueba el del lector.

CAMARA OSCURA DE MANUEL DURAN

ESTE último proyecto de Manuel Durán cuenta con una pequeña serie de poemas de índole muy mezclada, y la estructura del libro en sí está ideada de una forma un tanto original, comenzando por las mismas tapas que consisten en un pedazo de cartón de la clase que se acostumbra usar cuando se envuelven paquetes, y que ha sido doblado en dos, con una cuerda atada de cualquier modo dividiendo el centro de las páginas y sujetándolas al cartón. Además, hay un cierre hecho de dos pequeños clavos, a modo de chinchetas, alrededor de los cuales se enrosca otro pedazo de cuerda con el que se puede cerrar el libro, si llamársele puede así.

En el dorso de la portada se anuncia que existe sólo una "tirada de 250 ejemplares numerados y firmados" y se nombra a una tal "ANTIEDICIONES VILLA MISERIA de Elena Jordana" con la dirección de: "349 East 65th Street New York, N. Y. 10021". El papel en que están impresas las poesías es de color marrón, de calidad vulgar, también del estilo que se usa para envolver paquetes que se mandan por correo. La tipografía no tiene pretensión de lujo, todo lo contrario, es de escritura muy corriente, como escrita con una máquina de escribir cualquiera, imprenta negra en colores pardos.

En la primera página (por cierto que todas carecen de paginación) hay una fotografía del autor y dos epígrafes, uno verdadero y otro falso, según confesión misma del poeta:

Yo quería evitar a toda costa
el realismo fotográfico.

R. Lowell

La fotografía es realista
porque el mundo también
lo es: el mundo es una
inmensa foto tomada por
la cámara oscura de los
dioses.

E. Kodak

Después de esta misma página se encuentran más fotos sacadas probablemente de periódicos o revistas, no he podido identificarlas, y que

sugieren el título de la obra, como asimismo el de varios poemas que contiene: "Las fotos del periódico", "La foto de los hippies", "La foto del ángel", etc. Hacia la página diez hay otra "especie" de fotografía del poeta, y digo "especie" pues en realidad es la reproducción de un "negativo" y, en efecto, con este apelativo escrito en plural y a un lado de esta misma planilla, se encabeza la segunda serie de composiciones.

Me he entretenido en detallar esta construcción tan audaz y personal pues creo que es digna de considerarse dentro de la crítica literaria en sí, y además existe una relación entre la obra y el modo de presentarla, toda ella de sencillez rebuscada, "rebuscada" pues tanta originalidad ha tenido que ser pensada a fondo antes de ser empleada. Es obvio que el autor quiere salirse de lo corriente dándonos una obra de interpretación difícil, pero al mismo tiempo no pretende que sea de la clase que sólo algunos puedan apreciar y comprender, así efectúa un doble propósito contrastando el valor personal y original, con lo humilde de la calidad material del envoltorio.

En cuanto al contenido, quiere representar realidades a modo de instantáneas fotográficas que retratan simbólica y efectivamente una amalgama de episodios ocurridos al poeta, o testimoniados por él, o sencillamente conceptos y emociones personales expresadas por el vehículo del ritmo poético y su plenitud metafórica.

Dentro de esta vestidura acartonada hallamos un total de veintidós poemas, algunos de los cuales han sido publicados anteriormente, de verso libre y de temas muy variados, incluyendo lo eternamente tradicional, sentimientos relacionados con la mujer, preguntas que reflejan la angustia humana ante el correr del tiempo, el misterio de la creación y su evolución dentro del orden universal, y varias descripciones de algunos aspectos de la naturaleza:

... nos olvidamos de la noche
 las palabras de amor son columnas
 sostienen huecos
 en sus hombros poderosos
 sus alas de fuego
 ensanchan el horizonte
 toco ese cuerpo amado...
 (La tarde se abre)

... todo pasa todo huye todo acaba...
 ... el hombre hijo de mujer corto de días
 harto de sinsabores nace como la flor
 y es cortado y no permanece
 nada es eterno ni siquiera

la minifalda o la sonrisa platónica
de esta muchacha bellísima de blanca dentadura
que fuma Kools o Winstons...
(Las fotos del periódico)

Resaca de luz
entre los pinos
las manchas doradas
lamen la sombra y se retiran
reaparecen más allá
bajo las inquietas navajas verdes...
(A lo lejos)

Prosigue señalando algunas preocupaciones sociales y humanitarias del hombre moderno, ante, pongamos por caso, la guerra de Vietnam (pero entendamos, sin meterse a desarrollar ninguna filosofía partidaria, sólo presenta) o la prostitución de nuestro planeta llevada a cabo por gases y desperdicios industriales y automovilistas que contaminan el aire y destruyen como un cáncer la vida orgánica. Otro aspecto expresado es la labor científica y sus flojos resultados tan apartados de resolver problemas diarios, ni los misterios del universo. Para ilustrar su punto se sirve Durán sobre todo de la ironía:

... en Vietnam los muertos tienen sangre en la boca
a su lado una joven bellísima sonríe
y su sonrisa muestra definitivamente
que en efecto Pepsodent hace desaparecer
lo amarillo lo blanquea lo vence
lo borra con su sonrisa eternamente blanca...
... pero a la boca de los muertos ya no llega
sabor alguno ni siquiera el de un tabaco
tan excelente como el de los Winston
la guerra se llamaba antes MacNamara Johnson
todo pasa todo huye todo acaba
ahora se llama Nixon Mitchell
(Las fotos del periódico)

... papeles sucios manchados de grasa,
masas de grises gasómetros en el horizonte,
latas vacías en la cuneta y al borde de la fuente.
... largas hileras de obscenos automóviles...
(Las ninfas se han marchado
sin darnos su nueva dirección)

Con el propósito de llevar a cabo este contraste entre temas tradicionales y modernos, emplea de un lado vocablos tales como: brisas, abandono, nubes, luz, frágil doncella, suave melodía, cielo, flores, armonía, etc., y en fuerte oposición ideológica-lingüística: enzima, napalm, gas neón, offset, Solvay, detergente, discoteca, etc.

Señalando definitivamente esta aseercción que estamos haciendo, contraponemos unos cuantos versos de distintas composiciones:

Frente a mis ojos reposas,
descuidada, serena,
y la ausencia misma de movimientos,
el reposo constante de tu cuerpo,
ordena los espacios,
limpia el aire de esta noche,
impones su dominio a mi mirada.
(El contacto)

...dejen ya de tocar ese organillo
esa música infame de circo de cuarta clase
mejor algún valsecito de Strauss
como en la película *2001* volutas de música optimista...
(Instrucciones para revelar la foto
cósmica manejando el abrelatas filosófico)

Carnaval en agosto salgamos a la calle
un muchacho inocente disfrazado de espía
dos espías absurdos vestidos de muchacho
la vecina de enfrente se ha cambiado el peinado
hoy es Marilyn o Greta mañana Mrs. Burton...
(La foto de los hippies)

También interesa advertir el uso que se hace ahora de varios idiomas. Rara vez se notó este estilo en obras anteriores de Durán, pero aquí es muy corriente. Las lenguas que usa, además de la suya propia, son la inglesa, la francesa, la italiana y la latina, esta última esporádicamente. Generalmente se sirve de este artificio cuando se refiere a palabras o frases de autores extranjeros en su lengua natal, y su introducción añade mucho a la temática o estructura de la composición. Esto nos lleva a considerar el empleo muy frecuente de citas ajenas, que tampoco acostumbraba hacer anteriormente. La escala de estas citas es muy diversa, proviniendo de escritores muy diferentes entre sí. Por ejemplo, encontramos extractos

de François Villon y Gracilaso de la Vega: "...où sont les neiges d'antan", "... el dulce lamentar de dos pastores", o de Shakespeare en *Lady Macbeth*, "... out out damned spot", del *Don Juan* de Molière, "pour l'amour de l'humanité". También aparece un verso de las "coplas" de Jorge Manrique, "todo va a dar en la mar que es el morir", y otro de San Juan de la Cruz que forma parte de su "Cantar: aunque es de noche", "... Qué bien sé yo la fonte que mana y corre", en Durán: "la fuente mana y corre". También hay una referencia simbólica y textual de *Phèdre* de Racine, y de la Doña Endrina del *Libro de Buen Amor* del Arcipreste de Hita.

Junto a este racimo de líneas literarias famosas, se encuentran anuncios que de costumbre vemos en la televisión de los Estados Unidos, "Ajax según reza la fábula is stronger than dirt". "Winstons taste good like a cigarette should", o anunciando desodorantes "Secret", pasta de dientes "Pepsodent", detergentes "Fab" y hasta "Alka-Seltzer muy oportuno / para estómagos delicados", simbolizando en este último caso el total aislamiento que asume el hombre cuando no quiere meterse en asuntos comprometedores, desagradables o que puedan alterar el tranquilo fluir de su cómoda vida:

... en Vietnam los cadáveres siguen manchados
de sangre barro tierra
hasta esos cadáveres no ha llegado todavía
la actividad salvadora de los detergentes
los recogen en montones grandes palas mecánicas
antes de arrojarlos a la fosa abierta
por otras grandes palas mecánicas
todos lo hemos visto en televisión
entre un instructivo anuncio de Secret
el desodorante más rápido que se conoce
y otro de Alka-Seltzer muy oportuno
para estómagos delicados todo pasa todo huye
mundus senescet...

(Las fotos del periódico)

En cuanto al estilo ya dijimos que los poemas son de verso libre. Además notamos que de los veintidós que contiene el librito, diecisiete no tienen puntuación ortográfica. Una nota interesante es que hay un total de seis que pueden leerse o enteros, o dividiéndolos en dos, con la ventaja de que se convierten en parejas composiciones que pueden ser leídas simultáneamente sin alterar visiblemente el significado. Transcribimos un ejemplo para demostrar gráficamente lo que queremos decir, incluso la posición de los versos sugiere lo implicado:

A derecha e izquierda
 los árboles disciplinados
 versos bien hechos
 todas las altas cimas riman
 una sola hoja amarilla
 envuelta en luz
 cae de muy alto
 con un sencillo gesto de abandono
 tú y yo seguimos andando
 entre altas brisas amarillas
 con un sencillo gesto
 de abandono (El camino)

La única línea que puede desentonar, y sólo gramaticalmente hablando, es 'envuelta en luz', que debía ser plural si se refiere a "todas las altas cimas riman" y no a "una sola hoja amarilla" únicamente.

Abundan en *Cámara oscura* las metáforas a que es tan aficionado Durán y que tan brillantemente inventa: "la luz sangre de estrellas", "dos sillones nos hablan en un lenguaje blando / que se hunde en la penumbra. Las lámparas dolidas, / apenas iluminan". "Hacia el fondo, insistente, / un teléfono terco solloza sin consuelo". "Tarde feliz / inmensa mesa puesta". Puntualizamos sobre todo unos versos de fuerza simbólica excelente:

...toco ese cuerpo amado
 como la lluvia insistente
 llamando a las puertas de la tierra
 la tarde y tu cuerpo
 se abren a la vez bajo mi peso
 (La tarde se abre)

Los dos poemas más largos y complejos y que más nos llaman la atención, abren y cierran la producción. Ya hemos citado algunas partes de ellos en otras ocasiones. Ninguno de los dos tiene puntuación. En ambos abundan síntomas y lenguaje ultramodernos en tono. Un buen número de los vocablos usados pertenece al mundo nuestro actual y su poesía posee un poder simbólico muy acentuado. En el primero, "Las fotos del periódico", se trata principalmente de la barbarie, crueldad y desastre moral que suponen todas las guerras, pero por su actualidad se discute sobre todo la de Vietnam. Otro tema concomitante a éste es el de la muerte que aunque llegue para todos, para algunos viene mucho más indignamente, los he-

ridos en tierras vietnamesas, que son arrojados "a la fosa abierta / por... grandes palas mecánicas... a pesar de todo la sangre sigue fresca todavía / en los limpios colores offset / del periódico ilustrado del domingo... Ajax según reza la fábula is stronger than dirt / el detergente absoluto montado en su caballo blanco / borraré esas manchas de sangre para siempre". Esto nos hará recordar fácilmente otros ejemplos transcritos que ilustran esta misma acepción. Añadido a esta fuerte temática entra, como se habrá notado, un tono de calculada ironía que de todos modos se advierte por gran parte del libro, y que está de acuerdo con casi toda la obra duraniana. Unido a este tema de época presente, tenemos otro que nos viene por tradición, que de por sí subraya lo antedicho: "nada es eterno... generación va y generación viene... todo pasa todo huye... los cadáveres no durarán demasiado / sobre la tierra manchada del Vietnam / vanidad de vanidades todo pasa".

El último poema de la serie tiene un título muy largo y muy expresivo que se necesita descifrar para comprender los versos que lo siguen: "Instrucciones para revelar la foto cósmica manejando el abrelatas filosófico", o sea que con "el abrelatas filosófico" de sus teorías han pretendido los sabios filósofos comprender el universo, cuando en realidad sigue siendo un gran misterio, de ahí "revelar la foto cósmica". Varios vocablos empleados resaltan por su tono científico y espacial. Aquí abunda también la ironía, pero es de otro estilo, menos mordaz, más en tono de guasa, pero no nos confundamos y creamos que no va en serio el poema, muy al contrario, encierra y desarrolla conceptos muy profundos:

En un sistema bien ordenado
según los rumores escolástico-existencialistas
todos siguen igual todo sigue igual
nada se crea ni se destruye
qué aburrido dijiste antes de apagar la televisión. . .

. . . las líneas sinuosas del esquema las valencias
los pesos atómicos todo se corresponde
danzas y contradanzas minueto en el espacio

Aquí también entra la filosofía del destino, pero es un destino programado para todo:

. . . el choque fue inevitable la nube negra avanza
todos pegados con cola de destino
la cola más eficaz y duradera
muchachos que siga la música
un buen tango puede despejar la situación. . .

más abajo:

... la boca del presente nos espera
 la muerte es una gran aventura dijo Peter Pan
 el futuro es una gran sonrisa subrayó Mark Lawford
 discípulo de Greta Garbo y Joe E. Brown
 la sonrisa del futuro nos deslumbra apunta Schopenhauer
 pero han surgido manchas sombras nubes inmensas
 la caries se llama entropía todos a una contra ella
 manejando hábilmente el abrelatas filosófico...

Lo "inevitable" es la exterminación del hombre y del universo, de ahí "la caries se llama entropía," y además luego cita a tres grandes sabios, Leibnitz, Descartes y Newton que pretendieron explicar en cierto modo la realidad existente dentro de leyes y principios universales que nos rigen. Pensemos en Leibnitz y sus teorías del tiempo y del espacio, Newton y su ley de gravedad, Descartes con su famoso dicho: "Je pense, donc je suis".

gira el torno gira el mundo la sonrisa deslumbra
 apretemos ahora sabiamente este botoncito
 la parte delantera del abrelatas filosófico
 se convertirá en una gran llave dorada
 para dar cuerda al inmenso juguete mecánico
 en lo alto del andamio tres figurillas patéticas
 Leibnitz con la peluca manchada de grasa
 el mono azul la gorra manchada también sobre la peluca
 la camisa de encaje desentona y se le va a
 manchar
 Descartes de negro se le reconoce por la nariz grande
 la verruga prominente Newton con la gran peluca
 medio caída
 todos se hablan a gritos discuten blasfeman...
 Todos ellos, como nosotros,
 personajes de Beckett esperando a alguien que no
 llega
 mendigos absurdos esperando a Godot...

No encuentro que esta última colección duraniana prescinda completamente de su estilo y temática acostumbrados, todo lo contrario, continúa sin duda apareciendo su sello personal, sobre todo en lo que se refiere a estar siempre muy al tanto y comprometido con lo que le rodea, incluso en la constante modernización de la lengua, pero sí se nota un interés

profundo por ensayar nuevas técnicas en la poesía, aunque no siempre sea el inventor de las mismas, imitándolas, a menudo las supera. Manuel Durán es un valiente de la literatura. Siempre tiene la vista proyectada a horizontes futuros, pero sin despreciar la creación del pasado.

MORAIMA DE SEMPRÚN DONAHUE.

Se terminó la impresión de este libro el día 4 de septiembre de 1972, en los talleres de la Editorial Libros de México, S. A., Av. Coyoacán 1035, México 12, D. F. Su tiro consta de 1,600 ejemplares.

Nº

286

Cuadernos Americanos

ha publicado los siguientes libros: Precios

	por ejemplar	
	Pesos	Dls.
RENDICION DE ESPIRITU (I y II), por <i>Juan Larrea</i>	10.00	1.00
LA APACIBLE LOCURA, por <i>Enrique González Martínez</i> ...	10.00	1.00
LA PRISION, por <i>Gustavo Valcárcel</i>	10.00	1.00
SIGNO, por <i>Honorato Ignacio Magaloni</i>	5.00	0.50
LLUVIA Y FUEGO. LEYENDAS DE NUESTRO TIEMPO, por <i>Tomás Bledsoe</i>	10.00	1.00
LUCERO SIN ORILLAS, por <i>Germán Pardo García</i>	10.00	1.00
LOS JARDINES AMANTES, por <i>Alfredo Cardona Peña</i>	10.00	1.00
MURO BLANCO EN ROCA NEGRA, por <i>Miguel Álvarez Acosta</i>	15.00	1.50
DIMENSION IMAGINARIA, por <i>Enrique González Roio</i>	5.00	0.50
DIMENSION DEL SILENCIO, por <i>Marcarita Paz Paredes</i> ..	15.00	1.50
SANGRE DE LEJANIA, por <i>José Tiquet</i>	10.00	1.00
ARETINO. AZOTE DE PRINCIPIES, por <i>Felipe Cossio del Pumar</i>	15.00	1.50
OTRO MUNDO, por <i>Luis Suárez</i>	10.00	1.00
LA BATALLA DE GUATEMALA. por <i>Guillermo To- riello</i>	30.00	3.00
EL HECHICERO, por <i>Carlos Solórzano</i>	5.00	0.50
POESIA RESISTE, por <i>Lucila Velásquez</i>	5.00	0.50
AZULEJOS Y CAMPANAS, por <i>Luis Sánchez Pontón</i>	15.00	1.50
RAZON DE SER, por <i>Juan Larrea</i>	10.00	1.00
EL POETA QUE SE VOLVIO GUSANO, por <i>Fernando Ale- gria</i>	5.00	0.50
LA ESPADA DE LA PALOMA, por <i>Juan Larrea</i>	15.00	1.50
INCITACIONES Y VALORACIONES, por <i>Manuel Maples Arce</i>	15.00	1.50
PACTO CON LOS ASTROS, GALAXIA Y OTROS POE- MAS, por <i>Luis Sánchez Pontón</i>	15.00	1.50
LA EXPOSICION, DIVERTIMIENTO EN TRES ACTOS, por <i>Rodolfo Usieli</i>	15.00	1.50
LA FILOSOFIA CONTEMPORANEA EN LOS ESTA- DOS UNIDOS DE AMERICA DEL NORTE 1900-1950, por <i>Frederic H. Young</i>	10.00	1.00
GUATEMALA, PROLOGO Y EPILOGO DE UNA REVO- LUCION, por <i>Fedro Guillén</i>	5.00	0.50
EL DRAMA DE AMERICA LATINA. EL CASO DE ME- XICO, por <i>Fernando Carmona</i>	25.00	2.50
DIALOGOS CON AMERICA, por <i>Mauricio de la Selva</i>	10.00	1.00
LA ECONOMIA HAITIANA Y SU VIA DE DESARROLLO, por <i>Gerard Pierre-Charles</i>	25.00	2.50
EL PANAMERICANISMO. DE LA DOCTRINA MONROE A LA DOCTRINA JOHNSON, por <i>Alonso Aguilar Monteverde</i>	10.00	1.00
MARZO DE LABRIEGO, por <i>José Tiquet</i>	10.00	1.00
ASPECTOS ECONOMICOS DEL INSTITUTO MEXICANO DEL SEGURO SOCIAL, por <i>Lucila Leal Araujo</i>	25.00	2.50
PASTORAL, por <i>Sara de Ibáñez</i>	5.00	0.50
UN METODO PARA RESOLVER LOS PROBLEMAS DE NUESTRO TIEMPO, por <i>José Gaos</i>	5.00	0.50
LA AGONIA DEL PERU, por <i>Gustavo Valcárcel</i>	5.00	0.50
OROZCO Y LA IRONIA PLASTICA, por <i>José Guada- lupe Zuno</i>	8.00	0.80
UNA REVOLUCION AUTENTICA EN NUESTRA AMERICA, por <i>Alfredo L. Palacios</i>	3.00	0.30
VIGILIAS, por <i>Clarivel Alegria</i>	5.00	0.50
LOS FUNDADORES DEL SOCIALISMO CIENTIFI- CO: MARX, ENGELS, LENIN, por <i>Jesús Silva Herzog</i>	20.00	2.00
REVISTA: SUSCRIPCION ANUAL (6 números)		
(1972)		
MEXICO	150.00	
OTROS PAISES DE AMERICA Y ESPAÑA		13.50
EUROPA Y OTROS CONTINENTES		15.50
PRECIOS DEL EJEMPLAR		
MEXICO	30.00	
OTROS PAISES DE AMERICA Y ESPAÑA		2.70
EUROPA Y OTROS CONTINENTES		3.00

Ejemplares atrasados, precio convencional

N U E S T R O T I E M P O

- | | |
|--------------------------------|---|
| <i>Jesús Silva Herzog</i> | El Presidente Echeverría y la Derecha y la Izquierda en México. |
| <i>Margaret Randall</i> | El drama del indio norteamericano. |
| <i>Carlos O. Suárez</i> | Bolivia dio un salto atrás. |
| <i>Mario Monteforte Toledo</i> | España, 1972. |

Nota, por *Mauricio de la Selva*

A V E N T U R A D E L P E N S A M I E N T O

- | | |
|-------------------------------|---|
| <i>Manuel Martínez Bález</i> | Reflexiones sobre la personalidad de Pasteur. |
| <i>Manuel Maldonado-Denis</i> | Hostos, El Antillano. |
| <i>José Blanco Amor</i> | La generación violenta. |
| <i>Ignacio Chávez</i> | La cultura superior en México. |

P R E S E N C I A D E L P A S A D O

- | | |
|---------------------------|---|
| <i>Miguel A. Cipriano</i> | Significado y proyecciones de la entrevista de Guayaquil. |
| <i>César Leante</i> | La República de Juan Criollo. |
| <i>L. B. Klein</i> | Ideas de Unamuno sobre temas americanos. |
| <i>G. R. Coulthard</i> | Edward Brathwaite y el neoafricanismo antillano. |

D I M E N S I O N I M A G I N A R I A

- | | |
|------------------------------|--|
| <i>Alejandro Paternain</i> | Sara de Ibáñez: La esfera cerrada. |
| <i>Raúl Leiva</i> | Blas de Otero, conciencia poética de España. |
| <i>Manuel Pedro González</i> | Apostillas a Vladimir Nabokov. |

Nota, por *Moraima de Semprún Donahue*